
UN
AMOR
PARA
REBECA
MAYTE UCEDA

Rebeca está a punto de casarse cuando emprende un viaje con sus amigas al corazón de Escocia.

En medio de un paisaje de subyugante belleza comienza a dudar que Mario, su prometido, sea el amor de su vida. Pero ¿cómo saberlo?, ¿cómo darse cuenta de que estamos haciendo la elección correcta? Cuando conoce a Kenzie MacLeod, un joven con aspecto de haber vivido mil vidas del tamaño de la suya, Rebeca encuentra todas las respuestas.

Tres amigas; tres formas diferentes de entender el amor.

Mayte Uceda

Un amor para Rebeca

Título original: *Un amor para Rebeca*
Mayte Uceda, 2014

A mi madre, por ser como es.

«*Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio*».

Julio Cortázar, *Rayuela*

Prefacio

Las Ramblas
Barcelona, 3 de mayo de 2006

—Niña, por un euro te leo el futuro en la mano.

Rebeca se detuvo frente a la gitana que le había cortado el paso y sonrió furtivamente. Buscó en el interior de su bolso y extrajo una moneda.

—No le hagas caso —le dijo su hermano Enric, tirando de su brazo.

—Espera, quiero ver lo que me dice.

Le entregó el euro a la mujer y esta apresó su mano antes de que pudiera retirarla.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó, curvando los labios en una mueca extraña—. ¿Tal vez si encontrarás el amor verdadero?

A Rebeca se le escapó una risita y su hermano bufó de impaciencia.

—Ya lo he encontrado.

La mujer frunció el ceño y concentró la mirada en los surcos de la mano.

—No, niña, no lo has encontrado, pero lo harás. —Hizo un gesto exagerado, como si de esa forma pudiera concentrarse mejor en el futuro—. Aunque…

—¡Vamos, Rebeca! —Enric tiró de su brazo y ella se encogió de hombros mientras se despedía de la mujer con una sonrisa.

La gitana la observó marcharse, chascó la lengua y meneó la cabeza. Luego se fijó en otra muchacha que pasaba a su lado.

—Niña, por dos euros te leo el futuro en la mano.

Rompiendo barreras

Barcelona
25 de junio de 2006

El sol se nubló un instante sobre el cielo azul de Barcelona. Rebeca abrió los ojos algo molesta; aquella nube errante había interrumpido de golpe la agradable calidez que recibía su rostro vuelto al sol. Le molestó particularmente porque, tan solo un minuto antes, había cerrado los ojos para disfrutar de esa grata sensación que le acariciaba la piel. Apenas había comenzado a soñar con el verano que se aproximaba; el primero después de terminar la universidad, lleno de planes y proyectos de futuro.

Giró la cabeza y miró a sus amigas. Lola escribía alguna nota en su cuaderno, y Berta hojeaba el periódico de atrás hacia delante como era su costumbre.

Las tres se conocían desde sus primeros años de instituto. Sin embargo, no fue una amistad que naciera por la afinidad de caracteres. Cada una de ellas era tan distinta de las otras que nunca habrían llegado a prever que la suya sería una amistad duradera. Si sus personalidades formaran parte de la lista de ingredientes de una ensalada vegetal, Berta sería el aceite; el oro líquido de propiedades altamente beneficiosas para la salud: tranquila, segura de sí misma y que siempre sabía qué decir y qué hacer en cada situación. Sus consejos eran los más sensatos, y tanto Lola como Rebeca se los tomaban muy en serio.

Rebeca era como los tomatitos Cherry; muy decorativos y fáciles de cultivar. Era bonita, ingenua e influenciable. Procedente de una familia católica a la antigua usanza, se dejaba llevar sin plantearse demasiadas cuestiones. Respetaba las decisiones de sus padres y no poseía un carácter propenso a la rebeldía.

Por último, Lola era el ingrediente capaz de alegrar cualquier plato con solo una pizca, la sal que potencia los sabores y salva de la insipidez. Educada en un ambiente liberal, era la que animaba las fiestas, la que mejor contaba los chistes y la que más éxito tenía con los chicos. No era, sin embargo, la más bonita; la naturaleza había reservado ese don para Rebeca, pero sin duda sabía sacarle partido a unos rasgos expresivos que, combinados con una espontaneidad desbordante y una lengua mordaz, constituían un cóctel explosivo de resultados sorprendentes.

Con todo ello, Lola era la única que no tenía pareja. Berta mantenía una relación estable con Albert, un opositor a Secretario Judicial, y Rebeca salía desde hacía dos años con Mario, el hijo único del socio de su padre.

La mañana se había esfumado rápidamente. Las tres se habían reunido en los alrededores del edificio Alfa del Campus de Barcelona para disfrutar del merecido sosiego que sobreviene a los últimos exámenes. Tumbadas sobre la hierba, gozaban del agradable clima veraniego, hablaban de sus cosas o simplemente descansaban bajo el sol. Cuando este comenzó a sentirse como una tortura sobre sus cabezas, decidieron marcharse. Cogieron sus *scooters* y recorrieron la corta distancia hasta sus casas.

Rebeca vivía en el exclusivo barrio de Pedralbes, cerca del Monasterio. Con el mando a distancia abrió el gran portón de la entrada y aparcó la moto en la pequeña explanada delantera, dejó el casco colgado del manillar y entró en casa.

Su hermana pequeña la recibió con la alegría típica de los niños; se tiró al suelo y aferró su pierna, abrazándola con fuerza hasta impedir que diera un paso más. Mientras trataba de avanzar, Rebeca

no dejaba de preguntarse cómo una mocosa de tan solo siete años podía tener tanta fuerza.

—¡Basta, Inés! —protestó—. Suéltame la pierna o tendremos que quedarnos a comer en el recibidor.

—¿¡Sí!? —exclamó la pequeña, echando el cuello hacia atrás y elevando la mirada para ver a su hermana—. ¿En serio podemos comer aquí? —Abrió mucho los ojos—. ¿En el suelo?

Baudelia, la señora que ayudaba en las tareas del hogar, apareció frente a ellas con el ceño fruncido.

—Vamos, chiquita, deja a tu hermana —dijo, sujetándola con fuerza.

Inés desapareció por el pasillo, pataleando bajo el brazo de Baudelia, soltando todo tipo de nuevos adjetivos que había aprendido durante el último curso en el colegio. Rebeca se dijo que si tuviera edad para ello su madre la mandaría directa al confesionario del padre Arnau.

Entró en el salón donde la recibió la imagen sacra pintada al óleo de La Moreneta, obra del pintor Ernest Descals, enmarcada en un grueso marco dorado y colgada en un lugar bien visible en la pared, frente a la puerta.

Su madre y su hermano Enric mantenían una conversación en una esquina. Estaban tan enfrascados que no se percataron de su presencia.

—Hola —saludó.

Los dos se sobresaltaron al tiempo.

—Ah, eres tú, Rebeca. —Su madre mostró una mueca parecida a una sonrisa y zanjó la conversación con su hijo—. ¿Qué tal la mañana?

Elvira Brañanova, natural de la provincia de Lugo, era una mujer elegante, aunque no bella, de pelo rubio y ojos verdes. Su hija pequeña había heredado su cabello claro; Enric y Rebeca el color de sus ojos. Elvira había conocido a Víctor Bassols durante unas jornadas de convivencia entre jóvenes católicos en 1979, y al año siguiente se dieron el *sí quiero* una mañana lluviosa de la primavera

lucense. Economista de profesión, había sacrificado su vida laboral para dedicarse al cuidado de la familia. Y nadie osaba pensar que se hubiera arrepentido de ello. Sus fuertes convicciones religiosas y morales la impulsaban a pensar que la crianza de los hijos era un asunto indelegable que estaba obligada a afrontar con rectitud y poca beligerancia. Solo así conseguiría hacer de sus hijos personas de principios y valores sólidos.

—He estado con las chicas —respondió Rebeca.

—¿Cómo les va a las muchachas? ¿Han aprobado todo?

—Sí, mamá.

La conversación con su madre no duró mucho, se la notaba tensa y tenía el rostro encendido. Rebeca no dijo nada pero sabía que algo había pasado con Enric. Cuando su madre abandonó el salón, le dirigió una mirada cargada de intriga. Él le hizo un gesto con la mano para que no preguntara nada.

Nuevos improperios infantiles llegaron hasta el salón sofocados por las paredes. Cuando Inés cogía una pataleta no había nada ni nadie que pudiera calmarla.

Rebeca suspiró hondo. Enric era tres años mayor que ella. Había estudiado Derecho, tal y como sus padres le habían recomendado. Siempre fue un chico aplicado y disciplinado, con excelentes calificaciones, y al terminar la carrera había ingresado en el prestigioso bufete de abogados financieros Caralt & Bassols.

Su padre había sido alumno de Josep Caralt en la universidad. El reconocido profesor de Derecho había pedido una excedencia para fundar un bufete de abogados. Contó para ello con su discípulo más brillante: Víctor Bassols, y más tarde con su propio hijo, Mario Caralt. El señor Caralt aportaba el dominio de la materia y Víctor la juventud y el afán luchador inherente a un espíritu joven. El sueño de Bassols era también que sus hijos entraran a formar parte del gabinete de abogados. Enric ya formaba parte de él como abogado junior desde hacía dos años. Rebeca, siguiendo los designios de sus padres, había ingresado en la Facultad de Derecho, pero después de dos cursos desastrosos le habían permitido abandonar y comenzar la carrera de

Magisterio. Siempre había querido ser maestra, y lo de las leyes a ella se le atragantaba tanto como el maíz tostado en la garganta.

Mientras disponían la mesa para el almuerzo, llegó su padre. Víctor Bassols era un hombre cuya apariencia reflejaba lo que era; alguien de buena familia que siempre ofrecía una imagen pulcra en su forma de vestir, además de mostrar una buena dosis de seguridad en sí mismo, una cualidad indispensable en un buen abogado. Tenía el pelo negro un poco descolorido en las sienes debido a las canas y lo llevaba echado hacia atrás, sujeto por unos toques de gomina.

Tras el intercambio cotidiano de besos, todos se sentaron a la mesa.

Baudelia entró en el comedor con una gran fuente de ensalada en una mano y un plato de sopa en la otra; a su señora le gustaba tomar sopa cada día, a pesar del calor.

Con el movimiento, un poco de líquido se derramó sobre el mantel.

—No entiendo esa manía tuya de llenar tanto el plato, Baudelia —le recriminó Elvira.

—Lo siento, mi doña, es que como sé que siempre toma dos platos, pues es *pa´* no repetir el viaje.

—Está bien, empecemos a comer, hoy ya es tarde.

Baudelia se refugió en la cocina, avergonzada por su torpeza y reprendiéndose a sí misma por ser tan *jiribilla*. Reconocía que su señora tenía razón, se lo había repetido infinidad de veces, pero a ella siempre se le olvidaba. Baudelia había llegado a casa de los Bassols hacía quince años. Era mexicana, natural de Cochoapa el Grande, un municipio situado en el estado de Guerrero y uno de los más pobres del país. Apenas rebasaba el metro cincuenta de estatura y llevaba el pelo, liso y negro como el carbón, recogido en una trenza. A pesar de las frecuentes reprimendas de su *doña*, estimaba mucho a la familia Bassols. A decir verdad, la consideraba su única familia. En México no le quedaba nada. Había dejado atrás el tiempo en que su marido descargaba sobre ella sus frustraciones a base de golpes. Se había casado a los diecisiete años con un

hombre diez años mayor al que apenas conocía. Tras ocho años de matrimonio su marido la abandonó después de un último ensañamiento que la había dejado medio muerta. La culpaba por no haberle dado hijos, aunque ningún estudio médico hubiera diagnosticado que ella era la responsable. Los Bassols colaboraban con diferentes causas benéficas y, a través del anciano padre Juan, un sacerdote que trabaja en lugares deprimidos del mundo, consiguieron ofrecerle a Baudelia la oportunidad de empezar una nueva vida.

En la mesa se respiraba una atmósfera inusualmente silenciosa que evidenciaba que algo pasaba. Enric no habló durante toda la comida, y su madre no levantó los ojos del plato, aunque sus mejillas al borde de las llamas mostraban un claro disgusto.

La única que parecía disfrutar del almuerzo era Inés, que no dejaba de parlotear sobre una niña nueva que había llegado a su colegio unas semanas antes de que finalizara el curso.

—Se llama Nelly —decía en esos momentos—, y tiene los dientes muy blancos, bueno, todos menos estos dos —precisó señalando los incisivos superiores con los dedos, dejando ver de paso la comida que tenía en la boca—. Es la única de mi clase a la que se le han caído —continuó, dándose golpecitos en los dientes—, a Xavi también se le cayeron, pero no cuenta porque ya no va a nuestra escuela. Nelly tiene cintas de colores en el pelo, una mochila de Hello Kitty y su madre es de Manzania…

—Querrás decir Tanzania —la corrigió Rebeca, que había hablado alguna vez con la mujer.

Inés afirmó con la cabeza.

—Sí, pero su padre es de ese sitio donde vive el tío Antón.

—¿Galicia? —preguntó su padre.

—Ajá. Papá, los *galicianos* ¿de qué color son? —preguntó, y sin esperar a recibir una respuesta continuó—: Porque Nelly no es negra ni blanca; es negra-blanca y tiene un color muy bonito. Mamá, ¿por qué yo no soy negra? Quiero ser negra para tener los dientes tan blancos como Nelly y el pelo lleno de cintas de colores. La señorita

Olga nos dijo que en África hace mucho sol y que por eso la gente que vive allí es negra. Si yo me pongo mucho al sol, ¿podré ser como Nelly? Nelly dice que ella es así porque nunca se pone esa crema que tú me pones cuando me llevas a la playa, así que no vuelvas a ponérmela a ver si así puedo ser más negra que Nelly y para que mis dientes brillen como los suyos.

El padre sofocó una carcajada ante el desparpajo de su hija pequeña y comentó:

—Bueno, tu madre es «galiciana», por si te interesa saberlo.

—Ahhh. —Inés abrió mucho los ojos.

—Ándale, *m'ijita* —la acució Baudelia, que retiraba en ese momento los platos—, cómete los nopalitos. Fíjate que en mi país las mujeres se tapan del sol no más que *pa'* ser más blanquitas.

—Además —añadió su madre—, por mucho que deje de echarte crema no te pondrás como esa niña. ¿Te acuerdas de lo que le sucedió a tu amiga Erika el verano pasado cuando su madre olvidó ponerle crema en la playa?

—Se puso roja.

—Exacto. Y después se le cayó la piel a tiras. Así que lo único que conseguirás si no te pongo crema es quemarte, y eso duele bastante.

—Pero podrías ponerme cintas de colores en el pelo…

—Bueno, eso sí.

—Yo te las pondré —intervino Rebeca.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, pero ahora termínate la ensalada, ya hemos acabado todos menos tú.

Los hermanos ayudaron a Baudelia a retirar la mesa. Elvira reclamó la presencia de su marido en el despacho ante la mirada angustiada de Enric. Cuando la mesa estuvo recogida, este subió directo a su dormitorio.

Rebeca lo siguió.

Llamó a la puerta y esperó. Enseguida escuchó la voz de su hermano invitándola a entrar.

—¿Qué haces? —le preguntó atónita cuando lo descubrió llenando de ropa una mochila grande.

—Ya lo ves. Me voy —respondió, conciso.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—He alquilado un apartamento cerca del despacho.

La joven no pudo ocultar su consternación.

—¿Lo saben mamá y papá?

—Esta mañana he hablado con papá, y a mamá se lo acabo de decir.

—Pero ¿por qué?, ¿qué ha pasado?

—No voy a quedarme aquí para siempre. Tengo trabajo, puedo mantenerme yo solo.

—Para siempre no, pero mejor estar con tu familia hasta que formes la tuya, ¿no?

—¡Eres igual que mamá! —le recriminó su hermano.

—Yo solo digo que…

—¿¡Es que todavía no lo entiendes!? —le espetó con dureza—. ¡Yo nunca crearé mi propia familia!

—No digas eso…

—¡Sí, lo digo! Lo digo porque estoy harto. Tengo veinticinco años, y estoy… cansado de tener que estar siempre fingiendo.

—¿Y Carla?

—Lo hemos dejado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque ni siquiera me gusta, ¿¡te enteras!?

Rebeca lo miró con gesto preocupado. Enric nunca le había hablado así, siempre había sido un hermano atento y cariñoso. Su comportamiento la estaba empezando a inquietar. Él se dio cuenta y trató de calmarse antes de volver a hablar. Cogió a su hermana de la mano y los dos se sentaron en el borde de la cama.

—Mira…, lo he intentado —dijo más calmado—. Siempre he hecho lo que me pedían porque siempre he creído a ciegas en el

criterio de papá y mamá. Sé que Carla es una buena chica… pero no puedo seguir con ella o le haré daño. —Hizo una pausa mientras se humedecía los labios resecos—. Mamá piensa que lo mío se cura así, con alguien como Carla… No se da cuenta de que esto no es una enfermedad.

—Pero no tienes que darte por vencido —rebatió su hermana—. Hay gente que logra llevar una vida normal. Puede que tengan que hacer un esfuerzo, pero al final lo consiguen…

—No sigas por ahí, Rebeca. ¿Qué pretendes?, ¿que me case con Carla y la convierta en una desgraciada?

—¿Por qué iba a ser desgraciada? Tú eres…

Enric dio un salto y se levantó.

—¡No la quiero! —exclamó, y comenzó a moverse por la habitación, nervioso.

—Aprenderás a quererla…

—¿Eso es lo que harás tú? —inquirió su hermano, deteniéndose para mirarla—. ¿Aprenderás a amar a Mario?

—¡Yo quiero a Mario!

—Eso te han hecho creer todos. Os casaréis pronto, y entonces nunca conocerás el verdadero amor, el que te corta el aliento, el que te hace pensar que morirás si no estás con esa persona. Aquella gitana te lo dejó bien claro: Mario no es el amor de tu vida, ¿no lo recuerdas?

—Lo recuerdo, pero no creo en las artes adivinatorias. Y estoy segura de que tú tampoco. No entiendo a qué viene eso ahora.

—Puede que yo tampoco crea en ello, pero pienso lo mismo que aquella mujer, y no soy ningún adivino.

—Enric, el amor verdadero existe: en el cine, en la literatura, pero tras la frase «fueron felices y comieron perdices» se esconde un gran fraude. Si esas historias fueran reales no durarían para siempre, créeme. La mitad acabaría divorciándose.

—Aún queda otra mitad.

—La otra mitad aguanta por pura rutina, por intereses comunes, no por amor.

—¿Cuándo te volviste tan fría?

—Querrás decir práctica.

—Ya… —musitó su hermano mientras se acercaba a la ventana y fingía mirar al exterior—. Tal vez sea cierto que no existe. Yo nunca lo he conocido, y posiblemente el sentimiento de culpa que llevo dentro me impida conocerlo algún día. Pero tú… —se volvió para mirarla—. Tú eres libre de elegir, Rebeca. Yo estoy encadenado a esta maldita moralidad que me impide ser yo mismo, pero tú aún puedes…

—Creo que estás muy afectado —le cortó ella mientras se levantaba de la cama y se acercaba a la puerta—. No eres tú mismo. Además, sé que nunca te ha gustado Mario.

Su hermano colocó las manos en las caderas y le sonrió de forma sardónica.

—En eso llevas razón, siempre me ha parecido un cretino en grado superlativo.

Enric observó su expresión dolida y al instante se sintió mal por haber sido tan sincero. Después de todo, ¿quién era él para desbaratar sus planes de futuro? Si ella era feliz no tenía derecho a cuestionar su dicha.

Antes de salir, Rebeca se volvió para mirarlo.

—Será mejor que hablemos en otro momento.

—Espera. —Enric se acercó a su escritorio y apuntó algo en un papel. Luego le tendió la nota—. Esta es mi dirección, me gustaría que vinieras a verme alguna vez para charlar, si te apetece.

Rebeca estiró el brazo y tomó el papel.

—Claro —murmuró con la mirada caída—, iré a verte.

El viaje

Aquella tarde, Rebeca se reunió con sus amigas en la playa. El sol apretaba con fuerza y a menudo aliviaban sus cuerpos sumergiéndose en las cálidas aguas de la Barceloneta. Mientras Lola y Berta se refrescaban en el agua, Rebeca se había quedado tumbada sobre la arena, protegiéndose los ojos con unas gafas de sol y cubriendo su cuerpo con un fino y sedoso pareo. En su cabeza todavía reverberaba la conversación con Enric. No se había atrevido a contarles nada a las chicas, no por desconfianza, sino porque no creía que eso gustara a su hermano. En casa siempre habían intuido que Enric no era como los demás niños, que se enredaban en juegos brutos y hacían rabiar a las niñas. Él siempre estaba del otro lado; en el bando femenino. No se encontraban en él, sin embargo, rasgos afeminados que pudieran delatarlo, solo un poco más de sensibilidad de lo normal, eso era todo. De pequeño lloraba cada vez que veía la película de Bambi y, al ver el panorama, su madre trató de endurecerlo por el discutible método de la exposición. Enric dejó de llorar, cuando Bambi se quedaba solo en este mundo, al cuarto pase. Ella lo interpretó como un triunfo. Cuando Enric creció, no volvió a llorar, aunque se le hinchaba una vena en la frente cada vez que trataba de contener la emoción.

Berta y Lola se tumbaron en sus toallas, chorreando y salpicando a Rebeca a propósito, provocando que esta diera un pequeño salto.

—¿Por qué no te quitas ese ridículo pareo? —le espetó Lola.

—Ya estoy bastante morena. No quiero que el sol me torture más la piel.

—Yo creo que quieres taparte.

—No digas tonterías.

—Lo digo en serio, Rebeca. Nunca te había visto utilizar pareos hasta que comenzaste a salir con Mario. Te está creando un complejo absurdo.

La aludida juntó las cejas en un claro signo de disgusto.

—Tonterías.

—Sabes que no me gusta meterme en estos asuntos —intervino Berta—, pero Lola tiene razón. Tienes un cuerpo precioso, no tienes que taparlo.

—Lo que tengo es un culo enorme y unos pechos descomunales —claudicó Rebeca—. Cada vez que me levanto de la toalla los ojos de los hombres se me clavan en las dos partes.

Berta resopló.

—Eso es porque les gustas, tonta.

—¡Ah, por Dios! —exclamó Lola—. Mario es un cretino. Tienes un cuerpo envidiable; caderas poderosas y pechos firmes. Estás estupenda, no dejes que te acompleje un hombre al que le gustan las mujeres con forma de farola.

—Ojalá fuera más esbelta —se lamentó—. Creo que debo hacer dieta.

—No necesitas hacer dieta —apuntó Berta—. Lo que necesitas es convencerte de que tienes un cuerpo bonito. ¿Por qué crees, si no, que te miran los hombres?

Lola hizo un aspaviento con las manos.

—Bueno, dejemos ese tema y vamos a otro más interesante. Le he dicho a Berta que deberíamos hacer ese viaje que habíamos planeado hace años.

—¿Un viaje? —Rebeca se sorprendió.

—Sí. ¿Recuerdas que cuando ingresamos en la facultad hablamos de hacer un viaje cuando termináramos?

—Sí, me acuerdo —asintió Rebeca, apoyándose sobre los codos para poder mirarlas—. Pero hace tanto de eso…

—Cinco años —indicó Berta.

—Y creo que nos lo merecemos —continuó Lola—. Porque a ver, ¿qué hemos hecho en los últimos veranos? Yo siempre me voy a Burdeos a casa de mi padre, Berta se va a su pueblo, y tú —dijo, señalando a Rebeca— te has pasado los dos últimos veranos trabajando en la recepción de ese hotel de Londres. Tendríamos que hacer un viaje las tres solas, como una manera de culminar la etapa de estudiantes para luego zambullirnos de lleno en la edad adulta.

—Tú nunca serás adulta —se regodeó Rebeca con media sonrisa.

—Y tú naciste ya anciana —le recriminó Lola, que movió fuertemente la cabeza para salpicarla de agua.

—Bueno, y ¿adónde iríamos? —preguntó Berta, y Rebeca se encogió de hombros. Entonces volcó la mirada en su otra amiga, que comenzó a moverse inquieta en su toalla.

—Yo iría a Escocia.

—¿Escocia? —bufó Rebeca, como si Lola hubiera sugerido viajar a Saturno—. Serían unas vacaciones geniales pasadas por agua. Si quieres lluvia, praderas verdes y gaitas te vas a Galicia, que es más barato.

—¿Os acordáis de Rory?

Rebeca hizo memoria.

—¿El inglés?

—¿Cómo lo íbamos a olvidar? —dijo Berta—. Tuviste un desliz con él mientras salías con Santi.

Lola frunció el entrecejo.

—¡No es cierto!

—Claro que lo es —replicó Rebeca—. ¿Por qué te ofendes? Las tres sabemos que no reconocerías el aspecto de la fidelidad ni aunque te acostaras con ella.

—Dicho así suena muy frívolo.

—Es que tú eres frívola.

Lola pasó por alto el comentario y siguió con la explicación.

—Rory no era inglés, era escocés. Yo le decía «el inglés» porque sabía que le daba mucha rabia. Era mi manera de pincharlo. Me dio mucha pena cuando terminó su *master* y regresó a Edimburgo.

—¿Estás diciendo que quieres viajar a Escocia para verlo? —inquirió Rebeca.

—Bueno, también hay muchas cosas que ver en Escocia.

—¿Como qué? Dime tres lugares que te gustaría visitar en Escocia y tomaré tu opción en serio. Y bajo las faldas de un escocés no es un lugar.

Lola le lanzó una mirada aguda y luego meditó un instante.

—No sé… ¿el lago Ness?

Rebeca elevó los ojos al cielo y Berta tomó la palabra.

—Yo siempre he querido viajar a Japón.

—¡Vaya! —exclamó Lola—. Muy… tecnológico. ¿Y tú podrías decir tres lugares interesantes de Japón?

—¿El monte Fuji?

—A mí me gustaría visitar Ciudad del Vaticano.

Lola giró la cabeza lentamente hacia Rebeca.

—No me fastidies.

—Es que en mi familia han estado todos menos Inés y yo.

—Pues te vas con Mario, estoy segura de que disfrutaríais como dos niños en un parque de atracciones.

—Mario también ha estado.

—Pues te vas tú sola, pero a mí no me metes entre sotanas ni con el cuerpo atiborrado de burundanga.

—También podríamos visitar Roma, Nápoles…

—Yo ya he estado —la cortó Lola.

—¿Veis? —se quejó Berta—. Sería difícil organizar un viaje juntas si ni siquiera somos capaces de decidir el lugar.

—Podríamos echarlo a suertes, si es que va en serio —propuso Rebeca.

A Lola no le pareció buena idea y se negó a celebrar un sorteo si antes Rebeca no cambiaba su destino.

—Está bien —dijo esta—, cambio Ciudad del Vaticano por…

—Como digas el santuario de Lourdes, te mato.

—No iba a decir eso, lista, ¿te parece bien un crucero por el Mediterráneo? —Lola relajó los músculos de la cara—. Aunque no

entiendo por qué no puedo elegir libremente. A mí no se me ha perdido nada en Escocia y sin embargo respeto tu decisión.

Las discusiones comenzaron de nuevo. Hasta que Berta, harta de escuchar a sus dos amigas debatir sobre las ventajas y desventajas de uno u otro lugar, había sacado de su bolsa de playa un papel y un bolígrafo. Partió el papel en tres pedazos, escribió los tres destinos posibles y los dobló meticulosamente. Después, dirigiéndose a una niña pequeña que jugaba en la arena muy cerca de ellas, le pidió que eligiera uno de los tres papelitos que reposaban en el cuenco que formaban sus manos.

Entre tanto, Lola y Rebeca ya habían dejado de discutir y prestaban atención a la escena.

La pequeña, indecisa, tocó un papel, pero antes de tomarlo cambió de opinión y cogió el que estaba a su lado.

—Gracias —le dijo Berta, recogiendo el papel de su mano diminuta.

La niña sonrió y continuó con sus juegos en la arena.

Con el papel sujeto entre el dedo índice y el pulgar, Berta levantó la mano en el aire como si fuera un trofeo.

—Antes de abrirlo —dijo muy seria—, tenemos que acordar que acataremos sin ningún tipo de queja el resultado de este sorteo. Luego no quiero lamentaciones. Si hacemos este viaje, será al lugar que tiene escrito este papel. ¿Lo aceptáis, o no?

Lola y Rebeca se cruzaron una mirada de expectación.

—Yo lo acepto —dijo una.

—También yo —afirmó la otra.

Berta desdobló el papel, apretando los labios suavemente. Lo hizo deliberadamente despacio, con cierta ceremonia y un poco de misterio en la mirada, como si el nombre que había allí escrito fuera capaz de cambiar sus destinos para siempre.

Cuando lo hubo abierto del todo, sus ojos se agrandaron.

—Escocia —leyó.

Lola dio un gritito jubiloso y Rebeca la contempló con el semblante de los perdedores. A Berta no le importaba haber

perdido; el viaje tenía para ella una connotación diferente. Pensaba que quizá esa podría ser la última vez que pasarían una temporada juntas antes de comenzar una nueva etapa. Después de aquel verano era probable que se mudara de ciudad si Albert conseguía su puesto de trabajo. Rebeca y Mario no tardarían en casarse, y Lola…, bueno con Lola nunca se sabía. Su ilusión era ser corresponsal de prensa en algún lugar del mundo.

Sí, estaba claro que sus destinos se separarían después de aquel verano.

La proposición

Reunida la familia alrededor de la mesa, el silencio solo se vio interrumpido por la curiosidad de Inés preguntando por su hermano. Rebeca percibía en sus padres una tensión que se transmitía en sus movimientos, en sus miradas. Su madre era la que peor disimulaba, incluso pudo constatar que su pulso no era del todo firme mientras se llevaba la cuchara a la boca. Su padre mantenía la postura, y el único rasgo inusual en él era la poca disposición a seguir las conversaciones de su hija pequeña. Las cenas en casa de los Bassols siempre habían sido muy animadas, llenas de parloteos incesantes entre sus miembros, cada uno contando con su característico estilo los acontecimientos más importantes del día.

Después de cenar, Elvira y su marido se refugiaron en el despacho. «Mal asunto», pensó Rebeca, posiblemente estarían discutiendo sobre Enric. Ella deseaba entrar; quería sugerir que aún podían hacer algo para ayudarlo. Pero ese era un tema que nunca se había tocado en aquella casa, aunque siempre hubiera estado ahí, sin que nadie quisiera verlo.

Por otro lado, también tenía que hablarles del viaje. No negaba que al principio la propuesta la había sorprendido, pero después de meditarlo se había dado cuenta de que le apetecía mucho.

Un poco nerviosa, llamó a la puerta y asomó la cabeza. Dos pares de ojos la contemplaron como a alguien que acabara de interrumpir una conversación importante.

—¿Qué sucede, Rebeca? —preguntó su padre.

Ella se frotó las manos, sin saber muy bien cómo abordar la cuestión.

—He hablado con Enric esta tarde, después de almorzar. Estaba… estaba enfadado, y me ha contado lo del apartamento…

—Pues entonces ya lo sabes. —La voz de su madre sonó seca.

La muchacha se adentró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—Sí, pero creo que tenemos que hacer algo, no podemos dejar que se vaya así, no estaría bien…

Su padre se cruzó de brazos.

—¿Y qué podemos hacer? Ya es mayorcito…

—No sé, quizá si… —Quería decir «si mamá dejara de buscarle una novia», pero no se atrevió, cohibiéndose ante su mirada penetrante—. Quiero decir que… es mejor no presionarlo, quizá dentro de un tiempo él mismo conozca a una chica y entonces esto nos parecerá solo una anécdota.

—¿Tú también? —dijo su padre—. ¿Cuándo vais a comprender que Enric nunca va a encontrar una mujer?

Madre e hija se sorprendieron.

—Bueno —comenzó Rebeca—, en la facultad había un profesor que todos sabíamos que era… bueno que era… al menos lo parecía. —No podía decir la palabra «homosexual» delante de ellos—. Sin embargo, está casado y tiene hijos. Creo que hay gente que aunque sienta de esa forma puede controlarlo…

Elvira encontró en las palabras de su hija el apoyo que necesitaba para reforzar lo que posiblemente llevara ya un buen rato tratando de explicar a su marido.

Rebeca tiene razón —dijo con cierta urgencia en la voz—. Debemos hacer el esfuerzo… Si no se echará a perder. Tú lo sabes. ¡Por Dios, Víctor! No debemos desistir, es nuestra obligación…

—¡Basta, Elvira! —exclamó él—. Durante los últimos meses he hablado mucho con nuestro hijo. Vivimos negando un hecho que no tiene solución y lo único que hemos conseguido es que se separe de

nosotros. Enric ha decidido que tiene que vivir su vida tal como Dios la ha dispuesto.

—¡No digas estupideces! —masculló ella, perdiendo el control—. Dios no puede querer que nuestro hijo lleve esa vida.

—¡Está en su naturaleza! —replicó su marido—. Sabes que ha sido así desde niño. Yo también pensaba que ese tipo de comportamientos se aprende, que algún suceso los inclina hacia esa actitud, no sé, que era una cuestión de educación y disciplina. Pero no lo es. Conozco a mi hijo, Elvira, nació así y me consta a mí, tanto como a ti, que ha luchado contra ello, pero no se puede luchar contra uno mismo, es absurdo.

—No me quedaré de brazos cruzados viendo como mi hijo destroza su vida y también la nuestra.

—¡Por eso se ha marchado, para que no lo veas!

Elvira Brañanova le lanzó a su marido una mirada cargada de desprecio, la primera en veintiséis años de matrimonio, y aunque mentalmente pidió perdón por ello, en el fondo de su corazón sabía que no se arrepentía, y eso la afligió aún más. Se dio media vuelta y, antes de que pudieran llegar a decirse algo inconveniente, se marchó del despacho.

Rebeca se quedó a solas con su padre. Con él siempre había sido más sencillo hablar; su madre no tendía fácilmente a razonamientos que entraran en conflicto con sus principios.

—¿De verdad crees que no hay nada que hacer? —le preguntó.

—¿Has hablado con Enric alguna vez de este tema?

—No, nunca me he atrevido a preguntar, y creo que a él le avergüenza hablar de ello.

—Pues deberías hacerlo; temo que las ideas de tu madre se hayan fijado fuertemente en tu cabeza. Además, a tu hermano le conviene hablar con alguien de confianza. Pero cuidado, Rebeca, no lo juzgues o también lo perderás.

Escuchó el consejo de su padre y prometió pasar pronto a verlo. Cuando ya se marchaba, recordó el segundo tema por el que había entrado en el despacho.

—Papá, las chicas quieren que hagamos un viaje juntas este verano, ya sabes, para celebrar el fin de carrera y eso. Dicen que ya no tendremos otra oportunidad para hacerlo.

Su padre la miró con las cejas enarcadas.

—¿Has hablado con Mario? Después de todo, su criterio tiene ya más peso que el mío.

—Quería saber primero vuestra opinión.

—Hija, yo no veo inconveniente, pero tu madre… No creo que sea el momento para sugerir algo así. Por otro lado, tienes casi veintitrés años y siempre has sido muy prudente, tus notas han sido inmejorables, aunque no pases a engrosar la lista de abogados de la familia —dijo mirándola con media sonrisa—. Te lo mereces, así que no te preocupes, tú habla con Mario y, si él no tiene nada que objetar, yo hablaré con tu madre.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Rebeca entró en el despacho de abogados Caralt & Bassols. Había quedado con Mario para ir al cine y quería aprovechar la ocasión para hablarle del viaje.

La recibió, como siempre, Angus, la secretaria.

Cuando era pequeña, había creído que Angus era de algún país donde abundaban nombres como Agnes o Sigmund, pero cuando creció, descubrió que, en realidad, Angus no era de ningún país exótico, sino que era de Cuenca y se llamaba Angustias. Siempre le había costado pronunciar su nombre, era como si la lengua se le trabara en la primera sílaba y tenía que pararse a vocalizarlo mentalmente antes de pronunciarlo en voz alta. Se preguntaba si a su padre y a Josep Caralt les sucedía lo mismo.

—¿Has venido a ver a tu padre, o a Mario? —le preguntó la secretaria de forma amable.

—He quedado con Mario.

—Terminarán pronto —comentó Angus mientras manejaba un montón de papeles en su mesa—. Están reunidos con un cliente

desde hace ya un buen rato. No tardarán mucho. ¿Quieres un refresco?

—No, gracias. Esperaré aquí sentada.

Angus levantó la mirada por encima de sus lentes, asintió y se concentró de nuevo en su trabajo.

Al cabo de veinte minutos, cuatro hombres salieron del amplio despacho de abogados. Víctor Bassols, Josep Caralt y su hijo Mario acompañaban a un hombre alto, de pelo blanco y aspecto de ejecutivo. Tras un intercambio breve de frases de despedida se dieron la mano cordialmente y el hombre se marchó.

Víctor se fijó en su hija, que esperaba sentada en un cómodo sillón de la sala. Esta se levantó y se acercó a su padre, a su futuro suegro y a su novio.

—¿Dónde iréis hoy, pareja? —preguntó el señor Caralt, que era un hombre de escasa estatura y poco pelo que dejaba entrever una incipiente barriga bajo la tensa camisa.

—Al cine —apuntó Mario.

Rebeca se percató de la ausencia de su hermano.

—¿Dónde está Enric?

—Se ha tomado unos días libres para terminar de instalarse —le explicó su padre.

Rebeca hizo un gesto de asentimiento y no preguntó nada más.

Mario cogió su maletín de bandolera, se lo colgó al hombro y salieron del despacho.

La película resultó aburrida, y lo único interesante fueron unos cuantos besos y unas inocentes caricias en la oscuridad. Durante sus dos años de noviazgo tan solo habían hecho el amor unas pocas veces. Rebeca era consciente del disgusto que se llevaría su madre si llegara a enterarse de esos escarceos. Elvira Brañanova estaba segura de que había logrado inculcar en su hija unos fuertes valores morales. Sin embargo, ese era el único aspecto de la vida de Rebeca que se había escapado del dominio de su progenitora. Era una

muchacha dócil y manejable, pero también tenía su propio criterio respecto a su cuerpo. No deseaba dejar ese detalle para la noche de bodas. Mario vivía en el gran edificio de cuatro plantas que había pertenecido a la familia Caralt durante generaciones. Sus padres ocupaban las dos plantas superiores y él vivía en las inferiores. De esta manera la pareja disponía de suficiente intimidad cuando sentían la necesidad de estar juntos.

Después del cine se sentaron a cenar a la mesa de una pizzería a la que solían acudir cada semana. Rebeca aprovechó la ocasión para sacar el tema del viaje.

Mario se tomó muy bien la iniciativa. Le dijo que iba a estar muy ocupado en el bufete durante el verano y no tendría mucho tiempo para salir. En concreto mencionó un importante asunto que podría elevar el prestigio de la firma de abogados de forma espectacular. No entró en detalles, no porque temiera aburrirla, pues a veces se extendía más de la cuenta en sus explicaciones sobre los asuntos del despacho, sino porque aún no se había concretado nada, y si al final no se lograba un acuerdo, sería como admitir un fracaso.

Y a Mario no le gustaba fracasar en nada, era tremendamente competitivo y hasta ahora había conseguido todo lo que se había propuesto.

—¿Adónde queréis ir? —le preguntó.

—Lo hemos echado a suertes y ha ganado Lola. Quiere que vayamos a Escocia.

—En Escocia solo saben hacer bien dos cosas —dijo Mario, mientras cortaba un trozo de pizza con el cuchillo y el tenedor—: beber whisky y hablar de política. Cuando están un poco cargados de whisky, y se necesita mucho para cargar a un escocés, entonces te empiezan a hablar de política. Normalmente sus interlocutores suelen estar igualmente hasta arriba de alcohol por lo que no importa demasiado de qué hablen, a menos que este último sea inglés. Entonces la cosa se complica y terminan a puñetazos.

—¿Has conocido a muchos escoceses? —preguntó Rebeca, ante el aparente conocimiento de sus costumbres.

—Solo a dos; cortados por el mismo patrón. Y si piensas que son fríos y distantes como sus vecinos del sur, y que en vez de sangre por las venas les corre horchata, estás equivocada. No hay pueblo más pasional que el escocés, aunque dirijan esa pasión hacia objetivos imposibles. No aprenderán nunca que la historia se conjuga en tiempo pretérito y que no sirve de nada rebelarse contra unos hechos que ya no le importan a nadie.

Rebeca lo escuchaba absorta, pero al cabo de diez minutos de oír una ristra de disputas taberneras en las que habían estado involucrados sus dos amigos escoceses, se perdió entre sus palabras.

Mientras hablaba lo observó con minuciosidad.

Se fijó en sus manos, finas y elegantes, entrenadas para el discurso jurídico y las transacciones financieras. Mario tenía la costumbre de manotear, de reforzar sus diálogos con el movimiento de sus manos. No eran ademanes bruscos, sino suaves y comedidos que utilizaba para enfatizar cada cosa que decía.

Se parecía mucho a su padre, excepto por la tripa abultada y la papada que comenzaba a formársele a su progenitor bajo la barbilla. Compartían la estatura, las cejas tupidas y la nariz griega que conserva el mismo grosor en su nacimiento, entre las cejas, que en la punta. Todos decían que el parecido se había intensificado desde que Mario ingresara en la firma de abogados y comenzara a vestir traje y corbata. Claro que de eso Rebeca no se acordaba porque Mario llevaba en el bufete casi diez años. Lo conocía desde niña, y habían empezado a salir por insistencia de su madre, que solo encontraba buenas virtudes en el hijo de Josep Caralt. Al principio Rebeca no sentía nada por él, pero el roce y las continuas alabanzas de su madre hacia Mario instauraron en ella un sentimiento de cariño y respeto que poco a poco se convirtió en amor. Compartían metas y objetivos, amén de los mismos principios espirituales que también eran importantes para ellos. Lo que más los diferenciaba

era la experiencia; Mario, once años mayor que Rebeca, tenía a su favor un futuro prometedor y el apoyo incondicional de Elvira Brañanova.

Sin darse cuenta, Rebeca estiró la mano en busca de un tercer trozo de pizza. Le encantaba comerla con las manos. Pero sabía que a él le molestaba así que siempre pedían cubiertos. Solamente una vez se había permitido un pequeño acto de rebeldía, un día en que Mario se había levantado de la mesa para saludar a un cliente del bufete que cenaba en la mesa contigua. Aprovechando que Mario le daba la espalda, Rebeca se había comido una porción entera de pizza con las manos y, para dejar constancia de su sabotaje a las refinadas formas de su novio, después se había chupado los dedos uno a uno. Cuando Mario regresó a la mesa, Rebeca lo recibió con una sonrisa satisfecha. Luego volvió a sujetar los cubiertos, poniendo fin al desacato.

Mario le dio un suave golpecito en la mano.

—Perdón —dijo ella, y utilizó el cuchillo y el tenedor.

—No comas más —la reprendió—, si no ya sabes dónde se te va a instalar la *mozzarella*.

Mario la conocía muy bien; a ella y al metabolismo de su cuerpo, que tendía a acumular los kilos extra en las caderas y en los senos. Desde que había entrado en la adolescencia, su cuerpo había eclosionado hasta convertirse en una mujer de formas sensuales cuyas sugerentes líneas trataba de disimular bajo la ropa holgada. Sabía que a Mario le gustaban las mujeres más estilizadas, con pechos pequeños y caderas estrechas. Ella distaba mucho de ser así, y a veces se preguntaba qué era lo que él veía en ella.

Desistió en su empeño de comerse otro trozo de pizza y se quedó con hambre. Estaba tan abstraída en sus cavilaciones que no escuchó la pregunta de Mario.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Decía que podíamos casarnos este otoño.

Se quedó perpleja. Mario nunca le había propuesto formalmente matrimonio. Habían hablado alguna vez de casarse, pero aquello la

pilló desprevenida. Además, la forma que tuvo de soltarlo, tan fría y sin ningún preámbulo, la desconcertó. No es que ella fuera una romántica empedernida que necesitara una declaración de amor con la rodilla hincada en el suelo, pero aquello…

—¿Este otoño? —reaccionó.

—¿Por qué no? Tú has terminado la carrera y yo he progresado en el bufete. Tengo mi casa, está en pleno centro, es muy cómoda y…

—Y está en el edificio de tus padres.

—¿Es eso un impedimento?

—Bueno, yo siempre había soñado con tener una casita individual…

—La casa es muy espaciosa —continuó Mario—. Podemos cambiar la decoración si lo prefieres, en estos tiempos resulta un poco anticuada.

—No sé, es que…

—Le diré a mi madre que empiece a buscar restaurante, si queremos un lugar selecto no podemos perder un día más.

—Así, tan de repente…

Él percibió su actitud esquiva. Estiró una mano por la mesa y aferró la de ella.

—Creo que es lo mejor, nena. Ya sabes que no me gusta llevarte a mi casa a escondidas, siento que traiciono la confianza de tus padres, de los míos. Cuanto antes formalicemos la situación, mejor para todos.

Ella reconoció que llevaba razón en esa parte y asintió con la cabeza. Sus familias eran muy conservadoras y aunque ellos tenían plena libertad para ir donde quisieran, ambos sabían que debían ser prudentes. Por otro lado, Mario no era ningún muchacho y su posición no le permitía ciertos deslices. En ese aspecto tenía un fuerte autocontrol sobre sí mismo, algo que a veces irritaba a Rebeca. Puede que ella no fuera muy apasionada, pero su frialdad rozaba a veces la indiferencia. En alguna ocasión había llegado a preguntarse cómo serían los demás hombres. Mario era su primer

novio y no podía establecer ninguna comparación. Esa simple inquietud hacía planear sobre su cabeza un montón de dudas. Aunque jamás se habría atrevido a exponerlas en voz alta.

Mario hizo un gesto de satisfacción y cambió de tema, dando por zanjado el anterior, como si fuera una causa archivada en un expediente judicial.

—El viaje a Escocia te resultará útil para practicar inglés —dijo mientras se comía la última porción de pizza ante la expresión famélica de Rebeca—. Aunque, francamente, nena, temo mucho que te estropeen ese acento londinense que tanto te ha costado conseguir. La variante escocesa del inglés es terrible.

De camino a casa, Rebeca no habló demasiado, iba ensimismada en sus pensamientos. Trataba de imaginar su vida de casada y aunque al principio la propuesta de Mario la abrumó, pronto comenzó a ilusionarse con su futuro. Mario era un hombre más práctico que romántico, sí, pero estaba segura de que era el hombre que le convenía.

La forma fría de proponerle matrimonio se fue difuminando hasta desaparecer, convertida en un rescoldo que pronto se extinguió, sofocado entre las incipientes ilusiones de un futuro prometedor.

Un viaje y una boda

Anunciaron su inminente boda para el otoño. Primero lo celebraron en casa de los Caralt, brindando con el mejor cava, y luego en casa de los Bassols, donde Elvira se tomó la buena nueva con entusiasmo; una gran noticia en medio del caos emocional que le había provocado la actitud de su hijo.

Pero su alegría duró poco, lo que tardó en conocer los planes aventureros de su hija.

—¿Cómo se te ocurre? —le espetó a la primera ocasión.

—Solo serán unos días.

—Con todo lo que hay que organizar: el vestido, las invitaciones, los detalles, la lista de bodas… y tú quieres marcharte con tus amigas ¡a Escocia! Lo que no alcanzo a entender es por qué Mario está de acuerdo.

—Dice que estará muy ocupado este verano…

Su madre paseó nerviosa por la estancia; una mano en la frente, la otra en la cintura.

—Os habéis propuesto acabar conmigo. Primero tu hermano se va de casa, y ahora tú me vienes con esto a pocos meses de la boda.

Su padre, que estaba cerca leyendo el periódico, intervino a favor de su hija.

—Precisamente por eso, Elvira. Rebeca tiene veintidós años y dentro de unos meses será una mujer casada, y si Dios quiere, para el resto de su vida. Dale ese respiro. No hacen daño a nadie.

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que tres chicas de su edad viajando solas por el mundo no conlleva ningún peligro? Por favor, Víctor…

—Te recuerdo que se ha pasado los dos últimos veranos en Londres, y nunca te pareció mala idea.

—Eso era distinto. Estaba bajo la tutela de los Narváez… Y fue allí para aprender inglés, no para hacer turismo. Apenas tenía tiempo libre.

Su madre no dejaba de moverse de un lugar a otro, frotándose las manos. Su pelo rubio, sujeto en un moño bajo, brillaba como una joya de ámbar bajo las potentes luces de la lámpara.

—Al menos podía acompañarlas Enric —propuso—. No creo que él sea imprescindible en el bufete.

—Enric no puede marcharse, tenemos asuntos importantes entre manos y necesitamos todos los recursos disponibles.

Cuando Elvira Brañanova se sintió vencida, algo que no ocurría a menudo, sus ojos verdes adquirieron un brillo particular, y sus mejillas se colorearon de rojo intenso. Siempre había sido una mujer comedida en sus actos, pero tenía un temperamento fuerte que trataba de mantener a raya. Esa contención se reflejaba siempre en sus ojos y en el color de sus mejillas, que se encendían como antorchas.

Rebeca la vio salir del despacho tan tensa como un cable de acero.

—No te preocupes —le dijo su padre—, se le pasará.

A la mañana siguiente, antes de abrir los ojos, Rebeca notó un bulto pesado sobre el cuerpo. Abrió ligeramente un ojo y descubrió a Inés, aún en pijama, sentada a horcajadas sobre ella, encima de la cama.

—¿Me pones las cintas en el pelo? —preguntó la pequeña con una sonrisa ilusionada—. Mamá me las compró ayer por la tarde.

Rebeca miró el reloj de su mesita de noche.

—Inés, son las ocho menos cuarto, ¿no puedes esperar al menos hasta las ocho y media?

—¿Por qué? Yo no tengo sueño…

—Pero yo sí… Vamos, déjame dormir otro poco.

—¡No! —gruño Inés—. Luego te levantarás y te irás con tus amigas, y yo tendré que esperar otro día para enseñarle a Nelly mi pelo en el parque.

—Está bien. —Se resignó Rebeca—. Me ducho y bajo, ¿vale?

—¡Vale! —respondió su hermana con gesto triunfal. Después salió de la habitación tan rápido como había entrado.

Tras ducharse, Rebeca tomó un desayuno suculento e invirtió la siguiente hora en decorar el pelo de su hermana con cintas de colores. Su padre ya se había marchado al despacho y su madre apenas le había hablado; se limitó a darle algunas instrucciones a Baudelia para la comida y la cena de ese día.

Mientras terminaba de rematar el nuevo peinado de Inés, Elvira se dirigió a ella. Su voz sonó seca y sin opción a réplica.

—Ya que piensas marcharte de vacaciones, debemos dejar algunas cosas resueltas, como el tema de tu vestido y las invitaciones de boda. Voy a llamar a Ángels para que nos acompañe esta mañana.

Rebeca asintió con la cabeza, sin atreverse a llevarle la contraria.

—¿Puedo pedirles a las chicas que vengan? Me gustaría tener su opinión sobre el vestido.

Su madre la miró con cierto recelo. En esos momentos percibía a las dos muchachas como las responsables de sugerir aquel dichoso viaje.

—Haz lo que quieras —le dijo, y añadió, resentida—: después de todo, mi opinión parece que no cuenta mucho.

Su madre salió de la cocina. Rebeca lamentaba que se hubiera tomado tan mal el asunto del viaje, y pensó que si no fuera por el apoyo de su padre, la iniciativa se habría quedado en nada. Baudelia reparó en su rostro apenado y se sentó a su lado para tratar de animarla.

—No se preocupe, mi niña. Ya sabe lo enojosa que es a veces su *amá*, pero tiene buen corazón. Se le pasará pronto.

—Ya lo sé, Baudelia, es solo que pienso que tal vez tenga razón, pero me hace tanta ilusión marcharme con las chicas…

—Pues claro, *m'ijita*. Aunque es usted tan joven y tan relinda que su *amá* teme que algo le pase. Pero yo creo que es bueno que haga ese viajecito con sus amigas. Yo también me casé pronto y… bueno mi esposo era mayor que yo… Ay, no sé, mi niña…

—Déjalo, Baudelia, no hace falta que disimules, ya sé que a ti tampoco te cae bien Mario.

—Ah, pues no es eso mi hija, es solo que…

—¡Mario tiene un palo en el culo!

Las mujeres volvieron la mirada hacia el rostro risueño de Inés, que sofocaba la risa con la mano.

—¿Pero qué dices, pequeñaja? —le recriminó su hermana.

—Lo dijo Enric —soltó la niña entre risas—, dijo que Mario caminaba como si apretara un palo con el culo.

Baudelia no pudo reprimir la risa y, al final, aunque Rebeca no deseaba sucumbir a la broma, terminó contagiada por sus carcajadas.

Dos horas más tarde, en un coqueto salón de pruebas de una elegante boutique nupcial, Rebeca mostraba su blanca presencia delante de cinco pares de ojos que se agrandaron de forma cómica.

—¡Pareces una princesa! —exclamó Inés.

Elvira y Ángels, su futura consuegra, que era una mujer pequeña y voluminosa, se miraron buscando algún indicio la una en la otra sobre su opinión del vestido. Estaba claro que ninguna quería hablar primero, no fuera a ser que sus criterios divergieran sustancialmente. En cuestión de moda, ninguna de las dos quería parecer demasiado extravagante o demasiado vulgar, demasiado simple o demasiado ostentosa.

Rebeca buscó la aprobación de sus amigas.

—Demasiado… —comenzó Lola, y las mujeres adultas la miraron expectantes—. No sé… —Se frotó la barbilla—. Demasiado…

Madre y suegra la apremiaron con la mirada, pero Lola parecía haberse atascado; a ella los vestidos de novia le sugerían lo mismo que un traje de luces a un activista contra el maltrato animal.

Berta observó el vestido con detenimiento, se subió las gafas, se sujetó el pelo pajizo detrás de la oreja, y dijo:

—Demasiado voluptuoso.

Las mujeres volvieron la mirada hacia ella. Había algo en la chica que denotaba seguridad y buen criterio. No sabían si era por las gafas, que le daban un aire intelectual, o si su aspecto poco femenino le otorgaba más objetividad que a las otras, pero tanto Elvira como Ángels adoptaron su opinión como la más válida.

—Sí, sí —convino una—, demasiado voluptuoso.

—Exacto —dijo la otra—. Me lo acabas de quitar de la boca.

Cuando Rebeca salió con el siguiente modelo, ya todos los ojos se volvieron hacia Berta, que parecía tener un don especial para decir las cosas claras y sin ningún resquicio que alentara a la duda.

—Demasiado sencillo —dijo esta vez.

—Es verdad —dijo la madre.

—Cierto —aseguró la suegra.

—Pues a mí me gusta —objetó Inés.

—A ti te gustan todos —le dijo su hermana.

Los siguientes modelos tampoco convencieron a nadie, aunque solamente Berta daba su opinión al respecto.

—Demasiada cola.

—Muy cerrado.

—Demasiado escotado.

—Muy atrevido.

El séptimo modelo fue diferente. Cuando Rebeca salió del probador, el exigente jurado se quedó sin aliento. Rebeca lucía un vestido de cuello barco, ligeras y acampanadas mangas de encaje, cuerpo ceñido y falda no demasiado voluminosa confeccionada en tul y *chantilly*.

—¡Hala! —exclamó Inés.

—Es perfecto. —Se atrevió a decir Elvira.

—Lo es —corroboró Ángels.

Las chicas sonrieron ante la imagen deslumbrante de su amiga.

—Sí —dijo Berta—, este es.

El tema del vestido había quedado zanjado, para tranquilidad de las mujeres. Se despidieron de las chicas y se marcharon, llevándose también a Inés y a su llamativo y moderno peinado lleno de color.

Poco más tarde, las tres charlaban sentadas en una de las terrazas del Puerto Olímpico mientras tomaban unas tapas a modo de frugal almuerzo.

—Parece mentira que vayas a casarte, aún no me lo creo —comentó Berta.

—Pues mira cómo me he quedado yo. —Lola bizqueó de una forma graciosa.

Rebeca se encogió de hombros.

—¿Para qué esperar?

—¿Para conoceros mejor y asegurarte de que es el hombre indicado? —dijo Lola en tono jocoso.

—¿Y dentro de dos años lo sabré?

—Puede que sí o puede que no.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Berta—. Hay veces que lo sabes al instante y otras nunca estarás segura de haber tomado la decisión correcta, aunque lleves casada muchos años.

—Dejemos el tema de mi boda y hablemos del viaje.

—Ya he hablado con Rory. —Las chicas miraron a Lola con la boca abierta, y esta sintió que debía dar una explicación—. Es que… últimamente he pensado tanto en él que no he podido evitar llamarlo.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Berta.

—¿Os acordáis de que Rory había venido a Barcelona a hacer un *master* de formación de profesores de español como lengua

extranjera? —Ambas asintieron con la cabeza—. Pues al parecer está trabajando en un colegio de Edimburgo dando clases de español.

Berta no comprendía a dónde quería llegar.

—Me alegro por él, ¿y?

—Le he dicho que era probable que fuéramos a hacerle una visita, y se ha puesto muy contento. Pero me ha contado que no estará en Edimburgo durante el verano. Su familia es de un pueblo que se llama Beauly, situado en las *Highlands* y se pasará allí todo el verano.

Rebeca se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Yo había pensado…

Lola se interrumpió mientras buscaba algo en su bolso. Al cabo de un instante sacó un papel doblado que desplegó pacientemente: un mapa.

Rebeca se quitó las gafas de sol y enarcó una ceja mientras la observaba.

—¿Te has traído el mapa de Escocia?

—Mirad —les dijo—. Aquí está Edimburgo. —Las tres juntaron las cabezas sobre el mapa. Lola señaló la ciudad con el dedo y después lo desplazó un poco hacia la izquierda—. Y aquí, no demasiado lejos, Glasgow. Podríamos estar un par de días en cada ciudad y después alquilar un coche y viajar a Beauly. ¿Qué os parece?

—¿Conducir por la izquierda? —saltó Rebeca—. Ni hablar.

—O sea —comenzó Berta—, que quieres que hagamos un circuito veloz por las ciudades más importantes de Escocia y después meternos en las Tierras Altas durante dos semanas para ver trasquilar ovejas mientras tú no sales de la cama de Rory, quien te estará esperando con su falda escocesa.

Lola se dejó caer hacia atrás en la silla, y resopló.

—Es que es la única forma que tengo de verlo —dijo usando su tono más lastimero—. Chicas, Rory me gusta de verdad. He pensado en él muchas veces desde que se marchó, y sé que yo le gustaba. Creo que podría haber algo serio entre nosotros.

Berta frunció el ceño.

—Esto sí que es una novedad. Nunca te había visto tan interesada por un chico. Y lo que más me sorprende es que estés dispuesta a recorrer un montón de kilómetros para verlo. Yo desde luego te creo —dijo llevándose una mano al pecho.

—No tengo ningún interés en hacer turismo por Escocia, solo quiero ver a Rory, creo que si no lo hago no me lo perdonaré. No puedo quedarme con la duda de pensar que lo nuestro podría haber sido algo importante.

—¡Vaya! —exclamó Rebeca—. Me acabas de impresionar.

Lola percibió que sus amigas por fin comenzaban a comprender.

—El pueblo de Rory está muy cerca de una ciudad importante. Mirad —dijo volviendo al mapa—. Aquí está Inverness, muy cerca del lago Ness. Seguro que hay un montón de lugares interesantes que visitar.

Rebeca apoyó una mano en el brazo de su amiga.

—No necesitas decir nada más. Creo que este viaje no va a ser turístico, después de todo. Por mí parte iremos adonde tú decidas. Cualquier cosa por amor, ¿no es ese tu lema?

—Entonces, ¿no os importa pasaros tres semanas en Beauly?

—¡¿Tres semanas?! —exclamaron las dos al mismo tiempo.

—Es que no os he contado lo mejor. Rory me ha dicho que podríamos alquilar una casita. Conoce a varias personas que las alquilan durante el verano y nos puede conseguir un buen descuento: tres semanas a precio de dos.

Berta se acomodó bien las gafas, puso los codos sobre la mesa y se cubrió las mejillas con las manos.

—Tres semanas bajo las nubes de un pueblo escocés.

Lola se mordió los labios.

—Se puede ser feliz bajo las nubes, ¿no creéis?

—Cualquier cosa por amor —zanjó Rebeca, y levantó su vaso de té helado.

Las demás la imitaron y brindaron por ello.

El comienzo

Inverness
19 de julio de 2006

Sus mejillas aún reverberaban el calor de la ciudad Condal cuando las recibió una fina lluvia en la capital de las Tierras Altas.

Durante el vuelo Rebeca había fingido dormitar la mayor parte del tiempo. Quería perderse con libertad en sus pensamientos. Los últimos quince días habían sido una locura entre pruebas de vestido, degustación de menús, lista de invitados… Se sentía relajada y con la sensación de haberlo dejado todo resuelto, a pesar de que su madre le recordaba a menudo lo contrario.

La boda se había fijado para el sábado siete de octubre, única fecha disponible en el restaurante más lujoso de Barcelona. La lista de invitados la había mantenido ocupada durante casi una semana, y por más que trató de reducir el número para que el evento resultara familiar y discreto, esta no descendía de trescientos, a los que, a la mayoría, Rebeca ni siquiera conocía. «Compromisos», decía su madre cuando preguntaba.

Por otro lado, estaba el trabajo que le habían ofrecido. El señor con aspecto de ejecutivo, que Rebeca viera en el despacho de su padre, resultó ser el director de un importante colegio privado de la ciudad. Al parecer, necesitaba cubrir dos puestos en el primer ciclo de educación primaria para el próximo curso. Rebeca había pasado la entrevista con éxito y prácticamente tenía el trabajo asegurado a

la vuelta de las vacaciones. Era consciente de que la relación que el director mantenía con el bufete de su padre había sido decisiva para su elección, pero se dijo que pronto demostraría su valía como maestra.

Tenía muchos motivos para sentirse feliz: su boda, su trabajo… y para poner la guinda a ese pastel de suculentas expectativas se pasaría las próximas tres semanas de viaje con sus amigas. Todo era perfecto en su mundo. La única cosa que podía empañar su dicha era ver sufrir a su hermano.

Siguiendo el consejo de su padre, le había brindado la oportunidad de sincerarse con ella. Sin embargo, no fue hasta el día anterior a su marcha cuando su hermano se decidió a hablar. Estaban sentados en unas confortables y amplias sillas de mimbre que Enric había comprado para la terraza de su pequeño apartamento. Apuraban una bebida refrescante mientras conversaban sobre algo trivial. Fue entonces cuando Enric se quedó de pronto pensativo, observando a su hermana con expresión tensa.

—Siempre supe que yo era diferente.

Rebeca levantó la mirada y la volcó en sus brillantes ojos verdes, pero guardó silencio, limitándose a escuchar lo que fuera que Enric estuviera dispuesto a contarle.

—Desde que era un niño —continuó—. Pero piensas que con el tiempo se te pasará. Cuando creces te das cuenta de que no solo no se ha pasado sino que esa forma de sentir se ha aferrado a tu corazón y ha crecido contigo, sin dejar espacio para nada más. Tratas por todos los medios de no pensar en ello, de desterrarlo… Y pronto descubres que ha echado raíces tan profundas que no hay forma de sacarlo sin que te rasgue la piel. Porque forma parte de ti lo mismo que el color de los ojos o del pelo.

—Enric… —Rebeca lo miró sin poder disimular su angustia.

—No, Rebeca, déjame seguir. —Tomó aire y continuó, con la voz agarrotada por el esfuerzo—. He aguantado demasiados años sin atreverme a sacarlo fuera. Pero ahora lo necesito, me siento solo en

esto. Incluso he llegado a contárselo al padre Arnau para ver si así me sentía mejor, o quizá buscando algún consejo…, no sé.

Se pasó las manos por la cabeza, echándose el pelo liso y brillante hacia atrás.

—¿Y qué te dijo?

Lo vio encogerse de hombros y cerrar los ojos un momento. Cuando los abrió, los tenía cristalinos y un poco enrojecidos.

—Que luche. Que la vida se compone de lucha y sacrificio, que no me rinda. Pero, sobre todo…, que no me deje arrastrar por lo que siento.

Rebeca lo escuchó con el corazón encogido, sin saber muy bien qué consejo podía darle.

Se limitó a depositar una mano sobre su brazo.

—Sabes que yo te apoyaré en lo que sea.

Él levantó la mirada y le sonrió.

—Lo sé.

—Creo que papá y mamá solo quieren lo mejor para nosotros. Pero en el fondo, pienso que has hecho bien en afrontarlo y comenzar una nueva vida.

¿De verdad lo crees así? —le preguntó él mientras se frotaba las manos, sujetas entre las rodillas.

—Es la única forma de que mamá comprenda. Supongo que con el tiempo…

Se interrumpió de golpe y su hermano asintió levemente, luego murmuró:

—Yo también lo espero.

Se quedaron en silencio, cada uno recluido en sus propios pensamientos. Hasta que Enric sonrió.

—¿Qué? —Rebeca también sonrió, contagiada por su gesto alegre.

—He conocido a alguien.

—¿En serio?

—En realidad, ya lo conocía. Es un amigo de la universidad. Se llama Pablo.

Ella se sorprendió tanto que no supo qué decir, y balbuceó algo incongruente.

—Déjalo, no digas nada —la atajó él—. Sé que no es fácil hacerse a la idea. Pero me gustaría que te fueras mentalizando.

Respiró aliviada.

—Está bien.

Su hermano la miró fijamente, con expresión seria.

—No puedo creer que te cases dentro de tres meses.

—Sí, es un poco raro.

—Siempre puedes echarte atrás en el último minuto —le dijo con picardía.

—No empieces, Enric.

—No lo haré. Solo digo que mientras no digas «sí quiero», siempre hay tiempo de… ya sabes.

—¿Y matar a mamá con otro disgusto?

—Ella no será quien se meta en la cama con Mario.

Rebeca levantó un dedo en señal de advertencia, y su hermano se disculpó.

—Vale, lo siento, no diré nada más. Si tú estás feliz, yo también.

Estaba totalmente abstraída, recordando la conversación con su hermano, cuando Berta, que se sentaba a su lado, la sacó de su burbuja de pensamientos.

—Vamos a aterrizar. Mira.

Se apretujó contra su amiga y miró por el diminuto ventanuco.

—Al fin podemos ver algo —comentó—. Hemos viajado todo el rato por encima de un mar de nubes.

—Pero si has dormido todo el tiempo.

—Bueno, he abierto los ojos alguna vez.

—¡Qué fastidio! —se quejó Lola, a la que había tocado uno de los asientos de la fila central—. Yo no puedo verlo.

El avión tomó tierra a orillas de la ría de Inverness, con la ciudad de marco de fondo. La capital de las Tierras Altas se situaba en la desembocadura del río Ness, en el extremo sur occidental del fiordo de Moray.

Para regocijo de Lola, Rory Elliot las estaba esperando en el área de llegadas del pequeño aeropuerto.

Hacía dos años que no se veían pero, nada más verla, Rory caminó apresurado a su encuentro, esquivando por el camino carros cargados de maletas. Cuando llegó a su lado, la estrujó en un abrazo tan fuerte que casi le hizo crujir las costillas. Luego le dio un beso en la mejilla. Berta y Rebeca no pudieron evitar sonreír ampliamente ante semejante recibimiento. Después el chico reparó en la presencia de las dos muchachas.

Las saludó a la española, con un par de besos.

—¿Qué tal el vuelo? —les preguntó, con su casi perfecto español, mientras se dirigían a la salida.

—Lo justo para no cansarse demasiado —respondió Lola que aprovechó la conversación para fijarse en él.

Rory tenía el pelo rubio, y lo llevaba más corto de lo que recordaba, aunque unos rizos graciosos adornaban su cabeza. Tenía el rostro enrojecido y las chicas no sabían si era por haber tomado demasiado el sol, cosa dudosa bajo un cielo semejante, o porque estaba completamente ruborizado.

Cuando salieron al exterior, las recibió un gran letrero azul colgado de una farola. Les daba la bienvenida en los dos idiomas del país; el inglés: «Welcome to Scotland», y el gaélico escocés: «Fàilte gu Alba».

Rory se fijó en que Lola calzaba unas sandalias abiertas; bonitas, pero poco prácticas en días como aquel.

—Te resfriarás —le dijo, desviando la mirada hacia sus pies desnudos.

—Lo tendré en cuenta para mañana —respondió Lola sin perder la sonrisa.

—Estáis muy bronceadas —observó Rory—. Echo de menos el sol de Barcelona.

—Y nosotras lo haremos pronto —apuntó Berta, mirando al cielo.

Lola le dio un pequeño empujón a su amiga. Acababan de llegar y no veía apropiado comenzar a hacer bromas con el mal tiempo.

Con los ojos entrecerrados por la llovizna, Rebeca también echó un vistazo al cielo encapotado; un gesto de hastío que revelaba su predisposición hacia aquel lugar, y aunque le pendía de la lengua hacer el típico comentario sobre el tiempo británico, logró contenerse; no deseaba recibir un empujón con disimulo.

Lola estaba entusiasmada. Rebeca pensó que su amiga se mostraría de igual humor si estuvieran lloviendo perros y gatos; una expresión muy inglesa que había oído con frecuencia en Londres, aunque nunca entendió muy bien esa relación. Tenía claro que si uno decía «llueve a cántaros» era porque llovía mucho; un cántaro de agua podía llegar a empaparla si a alguien se le ocurría la feliz idea de vaciárselo encima, pero si le lanzaban un perro o un gato, era más probable que terminara llena de arañazos, y con varios mordiscos, antes que mojada.

Buscaron con paso ligero el coche de Rory en el aparcamiento, un Ford Mondeo de color rojo, y se instalaron dentro después de acomodar las tres grandes maletas de la mejor forma que pudieron, entre el maletero y los asientos traseros.

Abandonaron las inmediaciones del aeropuerto y tomaron la carretera que discurría paralela a la ría, dirección suroeste.

El paisaje era del todo previsible; abundante vegetación dondequiera que se posara la mirada. Algunas casas salpicaban ambas orillas de la carretera. Tenían las paredes blancas o de piedra y los tejados eran puntiagudos y cubiertos de teja plana y negra. «Muy británico», pensó Berta, que enseguida sintió curiosidad por saber a qué distancia se encontraba Beauly.

Rory sonrió instintivamente al oírla pronunciar el nombre, y la expresión de sus ojos se reflejó en el espejo retrovisor.

—¿Qué pasa? —preguntó Berta.

—Nada —respondió él—. Es solo que ha sonado muy gracioso.

—Se pronuncia como «beauty», —la corrigió Lola—, tú lo has afrancesado un poco…

—Bueno, no es para tanto, ¿no?

—En el fondo —añadió Rory—, el nombre es de origen francés.

—¿Lo ves? —Berta miró a Lola elevando una ceja.

—Beauly está a diez millas, tardaremos unos veinte minutos en llegar.

Las ocupantes de los asientos traseros mostraron un claro alivio; no les gustaba la idea de hacer muchos kilómetros rodeadas de maletas que las obligaban a permanecer en una postura rígida y apretujada entre ruedas pequeñas y policarbonato.

—Os va a encantar el *cottage* que os he reservado —anunció Rory—. Es el mejor de la zona, aunque la señora Munro ha sido una negociadora implacable; no he podido conseguiros más de tres semanas.

—Oh, no te preocupes por eso —dijo Berta, observando cómo Rebeca ponía los ojos en blanco—, tres semanas es más que suficiente.

—Yo me pasaría aquí el verano entero —intervino Lola volviendo la mirada hacia Rory, quien le correspondió con una amplia sonrisa prometedora.

Las chicas escudriñaron a su amiga y a su desliz de universidad. No dejaban de ponerse caritas sonrientes y alentadoras, incluso pudieron ver cómo se cogían de la mano. Ambas sabían que Rory había supuesto una relación fugaz en la ajetreada vida amorosa de Lola. Literalmente había sido una cana al aire durante su relación de seis meses con Santi, su compañero de clase en el tercer año de universidad. Al final, Lola los había dejado a los dos, y siempre les había contado que aunque a Santi no le importó demasiado, Rory pareció lamentarlo profundamente. Estaba claro que aún la adoraba. Se notaba en su forma de mirarla.

Encontraron un letrero que indicaba a la izquierda y en el que se podía leer: *Culloden Battlefield*.

—¿Es un campo de batalla? —preguntó Berta, traduciendo mentalmente.

—En el páramo de Culloden —comenzó Rory—, tuvo lugar la última batalla en suelo británico. Fue en el año 1746. —Hizo una

pausa antes de añadir—: Un enfrentamiento con resultados nefastos para nuestra historia.

—¡Vaya! —exclamó Rebeca, impresionada.

—Podemos visitarlo un día, si os apetece.

—Sí, por favor —dijo Rebeca—. Quiero saber más.

Lola cambió de tema.

—Chicas, he leído que el fiordo de Moray es uno de los lugares costeros más importantes de todo el Reino Unido para ver focas y delfines.

Pocos minutos y varias rotondas después, un gran letrero les confirmaba esa posibilidad, anunciando el *Dolphin and Seal Visitor Centre* justo antes de traspasar el puente de Kessock.

En el asiento trasero se produjeron miradas de satisfacción. Berta se dijo que, después de todo, las ovejas no eran los únicos animales interesantes que habitaban Escocia —si es que a las ovejas se les podía aplicar ese calificativo—, y compartían protagonismo con los elegantes delfines y las graciosas focas.

Observaron el ancho caudal de la ría. Las pequeñas lomas que surgían en la otra orilla se difuminaban entre la bruma espesa y el suave velo de la llovizna.

El trayecto se hizo monótono; todo era verde, exceptuando algún campo de cebada.

Un gran letrero con la parte superior redondeada y un escudo en el centro les dio la bienvenida al pueblo: *Welcome to Beauly*, rezaba en la parte superior, amoldándose a las líneas curvas. En la parte de abajo, algo incomprensible: *A'Mhanachainn*.

—¿Qué significa? —preguntó Berta.

Rory pronunció las palabras, lo que provocó cómicas miradas ante el sonido de la extraña lengua.

—Significa «El Monasterio». Está un poco más adelante, en el centro del pueblo, aunque solo se conservan las ruinas. Tendréis tiempo de verlo. A algunas personas les parece un lugar muy espiritual.

—La única de las tres que tiene parte espiritual es Rebeca —se burló Lola.

—Oye —se quejó Berta—, habla por ti.

—Bueno —se corrigió Lola—, al menos, es la única que la cultiva.

Cruzaron el pueblo por la avenida principal, observando la arquitectura típica que los había acompañado durante todo el viaje. Después tomaron una desviación hacia la izquierda, abandonando la avenida. Las casas a ese lado eran individuales, con pequeños jardines. La calle llegó a una bifurcación. Un letrero anunciaba el nombre del lugar: Riverside Drive.

Rory detuvo el coche.

—Hemos llegado —dijo, señalando con la cabeza hacia la casa que se intuía tras un amasijo de árboles y arbustos.

Lola limpió el vaho de su ventanilla y Berta y Rebeca la imitaron en la parte trasera.

La casa era como casi todas las demás; de piedra y con el tejado puntiagudo en el que sobresalían pequeños casetones. También tenía un coqueto jardín delantero, circundado por un muro bajo sobre el que se había añadido una valla de madera pintada de marrón.

—Parece bonita —dijo Berta, moviendo la cabeza hacia ambos lados para tratar de esquivar los dos grandes árboles que le cortaban la visión. Rory señaló con el dedo la casa de al lado, prácticamente idéntica a la otra, pero algo más grande.

—La señora Munro vive ahí. Nos estará esperando.

Parecía que ninguno de ellos estaba dispuesto a salir del coche, ya que la lluvia se había intensificado. Esperaron unos minutos a que arreciara el chaparrón y luego recorrieron el corto trayecto hasta la casa.

La señora Munro los recibió con gesto risueño. Su rostro rechoncho y sin arrugas, pese a que posiblemente hubiera sobrepasado los setenta, era afable.

—Bienvenidas —dijo en su idioma, a modo de saludo—. Pasad, pasad, no os quedéis fuera —añadió ante la timidez de las

muchachas.

Los momentos siguientes fueron incómodos, pues los ojillos de la señora Munro analizaron vivazmente a sus inquilinas. Rory hizo las presentaciones y después todos fueron a sentarse a un saloncito.

—Así que… de Barcelona… —comentó la mujer mientras se acomodaba en un sillón tapizado de flores rosas y hojas verdes.

—Sí, señora —respondió Lola.

—¿Puedo ofreceros un té? Está recién hecho…

Ninguna de ellas era aficionada a tomar té, a menos que fuera helado, pero no rechazaron la invitación, bien fuera por cortesía o como en el caso de Rebeca porque tenía frío.

—Se nota por vuestros bronceados que sois de un lugar cálido —apreció la señora Munro mientras sacaba unas tazas de porcelana de un viejo aparador de madera. Su extraño acento las obligó a afinar los oídos. A la singular cadencia escocesa había que sumar la voz aguda de la casera, que en algunos momentos llegaba a resultar chillona—. Mucha gente aquí se va de vacaciones a las Islas Canarias —continuó—, pero no regresan con ese tono, no señor, regresan tan colorados que luego mudan la piel como las serpientes y vuelven a estar tan pálidos como antes de irse.

Las chicas rieron por la comparación y la señora Munro continuó desde la cocina con su detallada charla sobre «el endemoniado tiempo escocés». Al parecer llevaban una semana completa bajo esa fina y persistente llovizna.

—El pronóstico dice que los próximos días mejorará —comentó Rory viendo la cara de horror de las invitadas.

—¡Dios te oiga! —exclamó ella cuando volvió a entrar en el salón con una bandeja llena de tazas de té—. Si no estas pobres muchachas se irán de aquí con la piel macerada por la humedad.

Berta era la que más problemas tenía a la hora de seguir la conversación; su inglés no era tan bueno como el de Rebeca o el de Lola. Nunca había pasado en el extranjero un periodo más largo que el de unas vacaciones corrientes, y el máximo nivel de inglés que había adquirido se reducía al propio de sus estudios. Por el contrario,

Lola, cuyo padre era un directivo de una importante empresa nacional, había vivido en varios países antes de que sus padres se separaran y ella se instalara con su madre en Barcelona. Su progenitor, que se había vuelto a casar, y tenía otros dos hijos, vivía en la ciudad francesa de Burdeos donde Lola solía pasar los veranos y las navidades.

Cuando Berta no pudo reprimir un bostezo, más por aburrimiento que por cansancio, la señora Munro comprendió que era hora de dejarlas descansar.

—Creo que será mejor que os enseñe la casa. Parecéis cansadas —anunció a la vez que se levantaba y cogía unas llaves que reposaban sobre una mesa camilla.

Las tres muchachas y Rory se levantaron a la vez como si un muelle los hubiera impulsado hacia arriba.

—Tiene todo lo que podáis necesitar —continuó la señora mientras recorrían la corta distancia que separaba ambas viviendas.

La lluvia había cesado, aunque había tanta humedad en el ambiente que apenas se dieron cuenta de que ya no llovía.

Llegaron a la esquina y atravesaron un rústico portillo de madera. Después caminaron entre la vegetación por un minúsculo sendero hecho con piedras planas. Una gran cristalera sobresalía de la fachada principal en forma de medio hexágono.

La señora Munro le dio un fuerte empujón a la puerta y, una vez dentro, les mostró el equipamiento de la casa.

—Tenéis lavadora, microondas, nevera y una televisión pequeña —les explicó—. Si lo deseáis yo misma os puedo preparar la comida, pero incrementaría un poco el precio del alquiler.

—Gracias —dijo Lola—, nos las apañaremos para cocinar.

La mujer asintió con la cabeza.

—Tenéis dos habitaciones dobles en la planta de abajo y un baño completo, así que os ruego que no utilicéis la planta superior. En el baño encontraréis un cesto para las toallas usadas. Si lo dejáis en el porche os las cambiaré por otras limpias. Lo mismo para las

sábanas. Pero solo sábanas y toallas —remarcó—, nada de ropa personal.

Lola y Rebeca asintieron, y Berta lo hizo por imitación ya que apenas había captado unas pocas palabras sueltas de la conversación.

—La puerta de entrada se traba cuando hay humedad —continuó —, es decir, queridas, está siempre trabada, tan solo debéis empujar con decisión. Debería hacer que la cepillaran, pero prefiero que se trabe a que se cuele el frío por el espacio holgado.

Tras una serie de normas y más recomendaciones para el uso y disfrute de la casa, la señora Munro les entregó las llaves.

Antes de marcharse dijo:

—En la cocina os he dejado unos sándwiches, seguramente tendréis hambre.

Las chicas le agradecieron el gesto y cuando se quedaron a solas curiosearon por todos los rincones mientras Rory las contemplaba con gesto divertido.

—¿Qué os parece? —les preguntó.

Berta mostró el dedo pulgar en señal de aprobación al tiempo que abría unos cajones de la cocina.

—Es ideal para nosotras —añadió Rebeca—. Y la señora Munro es muy amable.

—¿Os habéis fijado en su forma de pronunciar las erres? ¿Y las vocales? —comentó Berta mientras se limpiaba las gafas empañadas —. Casi no me entero de nada.

Lola le lanzó una mirada cariñosa a Rory.

—Tú no hablas así.

—Eso es porque mi madre es de Liverpool. Pero os acostumbraréis al acento. En cuanto a la señora Munro, yo la conozco desde que nací. Siempre ha sido una persona muy amable, aunque habla mucho para mi gusto… Tiene dos hijos que trabajan en Glasgow.

—¿Tú vives lejos de aquí? —le preguntó Lola con disimulada curiosidad.

—No mucho; al otro lado de la avenida principal, en Fraser Street. Beauly es un sitio pequeño.

Lola le sonrió ampliamente y Rory enrojeció. Ahora Berta y Rebeca ya sabían que aquel tono que teñía su rostro del color de una llama roja no era su color natural. Ese hecho les resultó entrañable, y también un poco chocante; la desenvuelta y alocada Lola abrumada por un chico que se sonrojaba con facilidad. Nunca lo habrían imaginado.

Descubrieron una puerta que daba acceso a un jardín trasero. Tras la cortina de la puerta divisaron un tendal para la ropa y una pequeña mesa redonda con cuatro sillas. También había varios arbustos en flor. El ambiente húmedo no las animó a explorarlo.

Compartieron los sándwiches con Rory, quien comió tímidamente uno relleno de atún. La señora Munro tenía razón; todas estaban hambrientas, y encontraron los sándwiches deliciosos, excepto algunos que además de estar rellenos de queso, atún y jamón cocido, también lo estaban de patatas fritas de bolsa…

—Es la primera vez que veo esto —dijo Berta mostrando a sus amigas las patatas fritas en el interior de su sándwich.

Rory se encogió de hombros cuando ellas lo interrogaron con la mirada.

—*Crisp potato sandwich* —dijo después de tragar el pedazo de emparedado que tenía en la boca.

Dieron la respuesta por válida y continuaron comiendo.

Antes de marcharse, Rory las ayudó a meter el equipaje dentro. Después Lola lo acompañó al coche.

Treinta minutos más tarde volvió a entrar en casa, y se encontró con dos pares de ojos cargados de preguntas.

—¡Qué! —exclamó.

Berta elevó una ceja inquisidora.

—Eso mismo nos preguntamos nosotras.

Los ojos de Lola se encendieron por un momento y luego corrió a abrazar a sus amigas mientras daba pequeños saltitos de alegría.

—No lo sé… —dijo separándose un poco—. Estoy tan… —Resopló —. Es que he pensado tanto en él en las últimas semanas que…

—Creo que Lola al fin se ha enamorado —sentenció Berta.

—¿No es maravilloso?

Rebeca suspiró.

—Enamorarse siempre es maravilloso.

—Me refiero a Rory. Es tan… tierno, tan dulce… ¿Habéis visto cómo se sonroja? Me dan ganas de comérmelo a besos.

Berta volvió a limpiarse las gafas, que por alguna razón que desconocía no dejaban de empañarse.

—Solo por verte así —dijo—, este viaje ha merecido la pena, aunque no deje de llover durante las próximas tres…

Rebeca le tapó la boca con una mano.

—Ni lo menciones. Solo por si acaso.

Un encuentro apasionado

Beauly
20 de julio de 2006

Lola fue la primera en despertarse, sin duda a causa de la emoción por volver a ver a Rory. Este había quedado en pasar a recogerlas a las diez de la mañana para acompañarlas al pueblo. A las ocho y media, Lola irrumpió en el dormitorio que compartían sus dos amigas con una energía desproporcionada para esa hora tan temprana.

—Vamos perezosas, Rory vendrá dentro de hora y media y solo tenemos un cuarto de baño para las tres. Además, ya sabéis lo puntuales que son los ingleses.

—Rory es escocés —murmuró Rebeca, adormilada—. ¿El dicho también vale para ellos?

Berta abrió un ojo somnoliento.

—A lo mejor los escoceses se retrasan por el simple placer de llevarles la contraria a sus vecinos.

Lola descorrió las cortinas y la luz inundó la habitación.

—¿Ha salido el sol? —preguntó Rebeca estirando el cuello en dirección a la ventana.

—No —dijo Lola escudriñando el cielo—. Pero, al menos, no llueve.

—Me conformo con eso.

Se ducharon por turnos y fueron a desayunar a la cocina. Se sentaron en tres altos taburetes, que había junto a una barra de mármol, dispuestas a terminarse los sándwiches que habían sobrado.

—Detesto las patatas fritas en el sándwich —se quejó Lola mientras las extraía de su bocadillo.

—¿Qué es esto? —preguntó Berta, que se había levantado y señalaba un objeto parecido a una jarra eléctrica.

—Es un hervidor de agua —respondió Rebeca—. Para hacer té.

Berta abrió los armarios y examinó el menaje de cocina. Encontró un envase de cartón rojo con forma rectangular.

—¿Os apetece un té?

Lola lanzó un resoplido.

—A falta de café…

El agua hirvió en pocos segundos dentro de aquel aparato y Berta sacó del armario una tetera de porcelana blanca con florecitas, puso tres cucharaditas de hojas de té en ella y luego añadió agua.

Su sabor las sorprendió, intenso y vigorizante, perfecto para comenzar el día.

Rory se pasó a la hora acordada, ni un minuto más ni un minuto menos, lo que les hizo pensar de nuevo sobre la puntualidad inglesa, extendiendo su definición a la escocesa.

Dejaron Riverside Drive y, a través de Ferry Road, llegaron a la avenida principal. High Street era una larga y prolongada avenida que seccionaba el pueblo en dos mitades. Las casas de dos alturas se sucedía a ambos lados de la calle, y los negocios se hacían visibles en sus plantas bajas, con su apariencia familiar y acogedora. Cambiaron sus cheques de viaje por libras esterlinas en el Banco de Escocia, un elegante edificio de planta cuadrada, plaqueta asalmonada y ventanas ojivales.

Emplearon la mañana en comprar lo necesario para cocinar durante unos días. También tuvieron tiempo de pasear por el pueblo. La disposición de las calles hacía de Beauly un lugar donde era difícil perderse, con su larga avenida siempre como punto de referencia.

Ese día por la tarde, Lola quiso salir a solas con Rory. Tenía tres semanas para tratar de saber si su relación con él era algo más que un capricho o la idealización de un recuerdo, así que Berta y Rebeca se quedaron en casa, asaron el pollo que habían comprado y cocinaron una gran olla con menestra como guarnición para varios días. Al final de la tarde, salieron a pasear por el camino que discurría paralelo al río Beauly.

Berta miraba de reojo a Rebeca mientras el aire limpio y fresco se llevaba el olor a sofrito impregnado en sus cabellos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Me refiero a la boda…

Rebeca rozó con sus dedos el anillo de compromiso que le había regalado Mario. Lo hizo girar varias veces en torno a su dedo como si su contacto pudiera evocarle algún tipo de sensación. Era un fino anillo de oro con tres brillantes. En el interior, tenía grabada la fecha de su compromiso.

—Tengo ganas de que pase todo. No te imaginas el lío que se monta.

—Ya —dijo Berta, concisa—. ¿Estás ilusionada?

—Claro.

—Me alegro por ti.

Guardó silencio un momento y al final se decidió a preguntar:

—Estás segura, ¿verdad?

Rebeca se detuvo y la miró, extrañada por la pregunta. Luego sus ojos se perdieron en algún punto de la masa de árboles cercana a la orilla.

—Quiero casarme con Mario, aunque no me hubiera importado esperar algo más, al menos hasta cumplir los veinticinco. Pero siempre olvido que él ya no es ningún niño. —Aspiró una bocanada de aire y resopló antes de continuar—. Además, está mi madre. Creo que para ella ha sido un alivio que anunciáramos la boda. Seguro que piensa que Mario y yo nunca nos hemos acostado y que en cualquier momento ocurrirá lo inevitable. —Miró a Berta de reojo y

esbozó una sonrisa traviesa—. Se moriría si apareciera un día embarazada.

Berta recordó lo estricta que siempre había sido Elvira con ella.

—Tampoco se iba a terminar el mundo por eso —dijo.

—El de mi madre sí. —Se quedó pensativa, alzó la mirada y observó los nubarrones—. ¿Alguna vez has tenido dudas?

—¿Respecto a qué?

—Ya sabes… con Albert.

—Bueno, siempre he sabido que era mi media naranja. No, nunca he tenido dudas.

—¿Y cómo saberlo? ¿Cómo saber que estamos haciendo la elección correcta?

—Supongo que te lo dice el corazón. Lo sientes y ya está, no hay fórmulas mágicas.

—Ojalá las hubiera.

Caminaron en silencio, solamente acompañadas por el rumor del río y el canto de algunos pájaros que se escondían entre los arbustos.

Entonces Berta se detuvo en seco y sujetó a Rebeca por un brazo, impidiendo que diera un paso más.

—¿No escuchas eso? —le preguntó en voz baja.

Rebeca aguzó el oído.

—No —respondió en el mismo tono discreto.

—Parecen suspiros.

Berta avanzó despacio por el sendero y se acercó a un matojo espeso que ocultaba la ribera del río unos metros más abajo. Rebeca esperó donde estaba y vio que su amiga acechaba a través de las ramas. Berta se volvió hacia ella y le hizo señas para que se acercara.

Cuando estuvo a su lado le hizo un gesto para que guardara silencio y la instó a mirar entre el hueco que había abierto en el ramaje.

A pie del río una pareja se entregaba a la dulce tarea de inspeccionar sus cuerpos con entusiasmo. El chico se encontraba

sentado sobre una gran piedra plana, y sujetaba a una muchacha rubia acomodada a horcajadas sobre él. Los dos se besaban como si quisieran devorarse. Las manos de ella enredadas en el pelo cobrizo del muchacho. Las de él se perdían de vista bajo la falda de la chica.

Afectadas por el descubrimiento, las dos reprimieron un ataque de risa. Después se fijaron en los aparejos de pesca diseminados por la piedra, lo que dejaba claro que, en principio, los dos amantes habían ido al río a pescar.

Berta se retiró hacia un lado, pero Rebeca quiso curiosear un poco más, fascinada por el arrebato amoroso de la pareja. En un intento por ver mejor la escena, abrió demasiado las ramas del arbusto y el ruido que produjeron al rozarse captó la atención del chico que, inesperadamente, dirigió la mirada hacia ella.

Sus miradas se cruzaron un instante, antes de que Rebeca soltara de golpe las ramas y diera un paso atrás, espoleada por el sobresalto.

Berta tiró de su brazo en silencio. Cuando estuvieron lejos, recriminó a Rebeca.

—Te han pillado, ¿verdad?

Ella la miró todavía con cara de susto.

—Ajá, pero solo me vio él.

—¿Y qué hizo?

—Nada, solo me miró.

—Bueno, al menos fue más educado que nosotras. ¿Qué mirabas tanto? Solo era una pareja dándose unos besos.

—Ya, pero se besaban de una forma…

—Me parece que tendrás que enseñar a Mario a ser más apasionado.

—No creo que eso pueda aprenderse, ¿no crees?

Berta le dirigió una sonrisa torcida.

—Anda, vamos.

Regresaron a casa y se dieron cuenta de que la habitación de Lola estaba ocupada. Decidieron dar a la pareja un poco de intimidad, tomaron una manta y salieron al jardín trasero. Eran ya

cerca de las nueve cuando Lola apareció ante ellas con su pelo negro, largo y rizado, totalmente revuelto.

—¿Dormías la siesta? —le espetó Rebeca.

Aunque trató de mantenerse digna, a Lola se le escapó una risita.

—Parece que te lo hayas pasado bomba —dijo Berta—. ¿Dónde está? ¿Se ha metido debajo de la cama?

—Se ha marchado. Pero mañana temprano vendrá a buscarme. Iremos a Inverness.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Y nosotras?

—Iremos otro día las tres, lo prometo, pero ahora quiero estar a solas con Rory, ¿lo entendéis? Decidme que lo entendéis… *please*…

—Qué remedio —balbució Berta.

Lola les dio un sonoro beso a cada una y luego añadió:

—Volveremos para la cena. Cenaremos los cuatro juntos, ¿qué os parece?

—Todo un planazo.

Rebeca seguía con el ceño arrugado.

—¿Y quién preparará la cena?

Lola puso cara de osito triste y Rebeca se rindió.

—Anda ve a ducharte que parece que vienes de un concurso de revolcones.

—Pero si tú no sabes lo que es un revolcón, y seguro que el insulso de tu novio tampoco.

Rebeca le sacó la lengua y Lola desapareció detrás de la puerta del baño.

Nuevas amistades

Lola ya se había marchado cuando se levantaron, así que ellas decidieron visitar las ruinas del monasterio y algún edificio destacable que aparecía en la guía que les había dado Rory. Solamente tenían que seguir la vía de Riverside Drive que discurría paralela al río hasta llegar al monumento.

Vieron a la señora Munro, muy entretenida, arreglando su jardín y la saludaron con la mano desde la acera. Lucía un sombrero de paja y un pañuelo alrededor del mismo anudado bajo el mentón. Las sorprendió tanta protección contra el sol, que parecía haber emigrado para siempre de aquellas tierras.

El paseo hasta el monasterio apenas duró unos minutos. A la derecha, el río quedaba oculto tras paredes de árboles centenarios; robles de sinuosas hojas verdes y abedules de ramas plumosas y corteza plateada competían en belleza con manchas de brezo y helechos que se alternaban con piezas solitarias de césped. A la izquierda, hileras de casas blancas y tejados negros disfrutaban de una visión espectacular de las dos orillas del río.

Pronto apareció frente a ellas el monasterio, o al menos lo que quedaba de él. Rebeca extrajo de su mochila la guía y leyó la información que ofrecía sobre el montón de piedras que tenían delante.

—Aquí dice que fue fundado en el año 1230 por la orden de los Valis… —Se esforzó por leer despacio—. Valiscaulianos. ¡Buf! Parece el nombre de alguna forma de vida alienígena.

Los restos de la iglesia, rodeados por un muro de piedra, tenían forma cruciforme, y estaban situados en medio de una amplia explanada verde sobre la que reposaban montones de lapidas, grandes y pequeñas, horizontales y verticales. Pasaron un buen rato tratando de descifrar las inscripciones, la mayoría escritas en latín. Una en concreto les llamó la atención. Por suerte, había una pequeña placa en la base con la traducción al inglés. Rebeca leyó con voz solemne:

—«La muerte nos ha ganado. Aquí yacen Henry Mildmay, caballero, y Mary, su esposa. Él murió el último día de Mayo de 1576; ella, el decimosexto día de Marzo de 1589. Dejan dos hijos y tres hijas».

Berta la miró y formó un puchero con la boca.

—Qué triste.

—Imagino que la vida en esa época debía de ser dura. La gente moría joven, si no era por las guerras era por cualquier enfermedad o simplemente por mala alimentación.

Entraron en el interior de la iglesia atravesando su puerta ojival. El cielo, cargado de algodones grises y pedregosos bajo porciones de cielo azul, se podía divisar sin ninguna dificultad por la falta de techumbre. Un rayo de sol se escapó de las nubes e iluminó el templo con una luz cálida. Las dos volvieron los rostros hacia él, tratando de absorber todo su calor antes de que desapareciera de nuevo, lo cual ocurrió al cabo de veinte segundos.

Después visitaron la biblioteca local; un vistoso edificio de 1903. Lo examinaron por dentro y por fuera, ante la imposibilidad de hacer otra cosa. Cuando ya estaban aburridas, decidieron buscar el *Coffee Shop*, un lugar donde Rory les había dicho que podrían saborear un rico café o cualquier variedad de té.

Lo hallaron sin mucha dificultad en la avenida y se sentaron en la única mesa vacía del concurrido local. Tras una cristalera, vieron una suculenta variedad de pastas y otros aperitivos de apariencia exquisita. Un pequeño letrero ofrecía *haggis*. Decidieron comer algo

antes del café; después de todo, era ya la una y no esperaban a Lola hasta la tarde.

Sintieron curiosidad por los *haggis* y preguntaron a la chica de detrás de la barra.

—Es un plato hecho a base de carne embuchada —les explicó—, mezclada con cebolla, harina de avena, hierbas y especias.

—¿Qué tipo de carne? —quiso saber Berta.

—Las piezas de la oveja que se desperdician habitualmente: corazón, pulmones, estómago…

Por la expresión de sus caras, la camarera comprendió que no lo pedirían y les ofreció unos sándwiches vegetales.

Se decidieron por ellos y los comieron con apetito. Después degustaron un aromático café con media docena de pastas. Estaban terminando el postre cuando observaron a dos muchachas que acababan de atravesar la puerta del local. Una de ellas tenía el pelo del color de una zanahoria, y la otra era rubia.

Berta y Rebeca intercambiaron una mirada de sorpresa; la muchacha rubia era la misma que habían visto en el río la tarde anterior en los brazos de aquel chico.

Su intimidad se vio de pronto interrumpida cuando las dos jóvenes, después de pedir unos refrescos, se sentaron a su mesa, que por otro lado, era la única que disponía de algo de espacio libre.

La incursión las pilló desprevenidas. Las recién llegadas saludaron con un *Hello* apenas susurrado e inmediatamente comenzaron a hablar entre ellas mientras bebían sus refrescos.

Las miradas de confusión pronto se cruzaron entre las cuatro.

—¿No sois de aquí, verdad? —preguntó la del pelo naranja.

Rebeca le sonrió.

—¿Se nota mucho?

—Bueno, aquí nos conocemos todos. Además esos bronceados… no son del sol de Escocia.

—Venimos de Barcelona.

—Mmm, España, el sol… —Dio un trago a su refresco y añadió—: ¿Os alojáis en Beauly?

—Ajá. En una casa propiedad de la señora Munro.

—¿En Riverside Drive?

—Eso es.

—¿Os quedaréis mucho tiempo?

—Tres semanas. Llegamos hace dos días.

—¿Y qué os ha traído aquí? No se ven muchos turistas extranjeros en Beauly.

Berta, que había permanecido callada hasta entonces, respondió con una gran sonrisa.

—El amor.

Las dos chicas abrieron mucho los ojos.

—¿Ah, sí? —La pelirroja se mostró muy intrigada—. Contadnos.

—En realidad, es nuestra amiga Lola la que nos ha arrastrado hasta aquí —explicó Rebeca—. Su amigo Rory vive en el pueblo.

—¿Rory MacDonald? —inquirió la rubia.

—No… —Trató de recordar el apellido de Rory, pero la pelirroja se adelantó.

—¿Rory Elliot?

—El mismo.

—¿Rory Elliot es el novio de vuestra amiga? —preguntó la rubia, muy sorprendida.

Asintieron con la cabeza.

—Más o menos.

—Rory es un tío guay —dijo la pelirroja—. Fue con mi hermano al colegio y todavía son buenos amigos. Ahora creo que da clases en Edimburgo.

—Así es —afirmó Rebeca.

—Por cierto, yo me llamo Sophie. —La pelirroja señaló a su amiga—. Y ella es Mary.

Después de las presentaciones y de una charla trivial sobre lo que habían hecho las extranjeras en el pueblo —que no había sido mucho pero que incluía una sesión de espionaje a la rubia Mary y al apasionado muchacho de pelo cobrizo, aunque eso no lo dijeron—, Rebeca se disculpó ante ellas, alegando que debían regresar a casa.

—Espero que volvamos a vernos —dijo Sophie—. Podríamos enseñaros algún sitio interesante.

—Eso sería genial —dijo Berta mientras se levantaba.

Antes de que se fueran, Sophie volvió a interrogarlas.

—¿Os gusta la música celta?

No supieron qué responder.

—Ya sabéis: gaitas, tambores…

—Sophie toca el *bodhràn* en una banda —explicó Mary—, y su hermano el tambor. Lo hacen muy bien.

—El domingo comienza el *Highland Celtic Festival*. Este año se celebra en Beauly, y nosotros participaremos en él.

Berta le lanzó una mirada ilusionada a Rebeca.

—Suena muy interesante.

—¿Nos vemos allí, entonces? —preguntó Sophie con alegre expectación.

Rebeca se contagió de su gesto y sonrió. Por alguna razón y, a pesar del interrogatorio, la chica le había caído bien.

—De acuerdo —dijo, finalmente—. Allí nos veremos.

Volvieron a Riverside Drive y decidieron tumbarse un rato en el sofá para aliviar el cansancio de sus pies. Se habían quedado un poco traspuestas cuando escucharon el timbre de la puerta.

Berta se levantó de mala gana y fue a abrir.

—Hola, querida —dijo la señora Munro, quien sujetaba entre sus manos un plato cubierto con papel de aluminio—. Os he preparado estos *haggis* para que probéis algo de comida típica.

Rebeca, que había escuchado la voz de su casera, se acercó a la entrada. La señora Munro esperaba en el quicio de la puerta y Berta sujetaba el plato sin saber muy bien qué decir.

—Gracias —dijo al fin.

—No tenía que haberse molestado —añadió Rebeca.

—Oh, no ha sido ninguna molestia, querida.

Como la señora Munro no tenía intención de marcharse, Rebeca la invitó a entrar, intuyendo que lo que en realidad deseaba era echar un ojo al interior de la vivienda y comprobar que las inquilinas cuidaban bien de su casa. Por fortuna, esa mañana habían tenido tiempo de limpiar la cocina y recoger la ropa desparramada por todos lados.

La señora Munro miró con disimulo a su alrededor y mostró un rostro satisfecho.

—¿Quiere un té, señora? —le preguntó Berta.

—Oh, si no es mucha molestia…

Las tres se sentaron en el saloncito; Berta y Rebeca en el floreado sofá de tres plazas y la señora Munro en una pequeña butaca igualmente decorada.

—¿Y vuestra otra amiga?

—Está en Inverness con Rory.

—Hacen muy buena pareja, ¿verdad? Me di cuenta desde el primer momento de que entre esos dos había algo. Puedo ser vieja, queridas, pero todavía no estoy ciega. Bueno, contadme —dijo, cambiando de tema—, ¿qué habéis hecho hoy?

—Hemos visitado el monasterio —dijo Berta.

—Ah, por supuesto.

—Después hemos ido a la biblioteca —continuó Rebeca—. Y en el *Coffee Shop* hemos conocido a dos chicas del pueblo.

—Ya veo. Y decidme, ¿quiénes eran las muchachas?

—Una se llama Sophie —dijo Berta—. Y la otra Mary.

—Conozco al menos a cuatro Sophies en Beauly; es un nombre muy común en los últimos años. Pero si es de vuestra edad solo puede tratarse de Sophie MacLeod. ¿Era pelirroja?

—Sí.

—Claro que sí. Buena chica —dijo la señora Munro—. Su amiga es Mary Campbell. Siempre se las ve juntas. —Se quedó pensativa antes de añadir—: Una lástima lo de William y los niños…

Berta y Rebeca se miraron sin comprender, sin embargo no dijeron nada y sorbieron un poco de té. La señora Munro se sintió un

poco decepcionada porque las muchachas no demostraran más interés en la historia. Se removió en su butaca de flores, como un perrillo inquieto ante un hueso colgado de un palo, y apuró su taza de té. Después comenzó a contar la desafortunada historia de los MacLeod, quisieran o no quisieran escucharla. En realidad, la vieja señora Munro tenía pocas oportunidades como aquella para hablar, y la condición extranjera de las chicas suponía un aliciente extra para hacerlo sin tapujos. Después de todo, pronto se marcharían y lo olvidarían todo.

—Conocí a William y a Elisabeth MacLeod cuando llegaron a Beauly. —Berta bostezó y Rebeca le dio un codazo con disimulo—. Estaban recién casados y se veían muy enamorados. Al parecer, se habían conocido en Kirkcaldy cuando William acababa de llegar de la isla de Skye para trabajar en la mina de Seafield. El pobre… —La señora Munro se quedó un momento callada, y Berta volvió a bostezar—. Cuando se casaron, ella insistió en que dejara el trabajo en la mina y William consiguió un empleo en la destilería de Glen Ord, cerca de Inverness. Fue entonces cuando compraron la casa de Croyard Road. Elizabeth era una mujer muy bonita. Ya conocéis a Sophie… la chica ha salido a su madre, sí señor, ha heredado su belleza y su precioso cabello pelirrojo. —Hizo un gesto elevando los ojos al techo—. Dios quiera que solo sea eso.

»Pronto nacería Kenzie. En esa época, hablábamos a menudo. Elisabeth no acababa de adaptarse a la vida tranquila y aburrida de Beauly, siempre quejándose de que en este pueblo nunca había nada que hacer y que, de haberlo sabido, jamás habría insistido para que William dejara la mina, así podrían haberse quedado en Kirkcaldy o en Edimburgo. Siete años después nació Sophie.

La señora Munro hizo una pausa y Berta le ofreció otro poco de té; la historia había captado su interés.

—Gracias, querida —dijo antes de continuar—. ¿Por dónde iba?

—Cuando nació Sophie —le apuntó Rebeca.

—Ah, sí. Como decía, siete años después nació Sophie, y tres años más tarde de nacer la niña, Elizabeth se marchó,

abandonándolos a los tres.

Rebeca ahogó una exclamación.

—¿Qué clase de madre abandona a sus hijos?

—Las hay, querida, las hay. Si todo lo malo hubiera sido eso… —se lamentó—. Pero la partida de Elizabeth sumió a William en una profunda depresión, comenzó a beber y perdió el empleo. En un arranque de lucidez envió a los niños a Skye con su abuelo y allí vivieron durante diez años. William iba a visitarlos cuando reunía el coraje suficiente para dejar de beber durante tres días seguidos, luego volvía a Beauly, a la casa donde había sido feliz junto a Elisabeth. Nunca supero su marcha.

—¿Adónde se fue ella? —quiso saber Rebeca.

La señora Munro se encogió de hombros.

—Unos dicen que se fue sola a Edimburgo, y otros que se fue con un hombre. ¿Quién sabe?

—¿No volvió a ver a sus hijos?

—Nunca volvió al pueblo. Pero sé que Sophie pasa algunas temporadas con ella.

—¿Y su hermano?

—Oh, no. El chico sufrió mucho viendo cómo su padre se convertía en un borracho sin voluntad para superar el abandono. Tenía diez años cuando su madre se marchó. No creo que la haya perdonado. Dejó de estudiar muy jovencito, el pobre. Su abuelo no era un hombre de muchos recursos y tuvo que ponerse a trabajar. Cuando murió el viejo, los chicos volvieron a Beauly. Kenzie consiguió un empleo en el taller de los Cameron, aquí en el pueblo, y su hermana continuó estudiando. El año pasado ingresó en la universidad, en Edimburgo, y durante el curso vive allí con su madre. Ella era muy pequeña cuando todo sucedió. No tiene el corazón lleno de rencor como su hermano.

Las tres se quedaron en silencio, con las tazas vacías.

—Vaya historia —murmuró Rebeca.

—Sí, bastante triste. A veces me sorprende que los chicos no se hayan echado a perder, sin una madre, con el abuelo de la isla que,

según creo, era un cascarrabias gruñón. Mis pobres…

Después de la impresión que les había causado la historia, trataron de animarse un poco hablando del festival de música celta. La señora Munro también estaba al tanto del evento.

—Oh, sí —respondió con una expresión renovada—. Dos días de auténtica locura.

—Sophie también dijo que su hermano y ella tocan en una banda —comentó Rebeca.

—Cierto. En el pueblo todos estamos muy orgullosos. Los otros tres muchachos son de Inverness. Da gusto verlos, tienen mucha fuerza en el escenario. Visten el *kilt* en todas sus actuaciones lo que demuestra una gran pasión por nuestras costumbres.

—¿Por *kilt* se refiere a la falda escocesa? —preguntó Rebeca.

—Exacto, querida. Por cierto, si vais al festival no dejéis de alquilar algún vestido en la tienda de la señora Ferguson, tiene modelos realmente preciosos.

Aquella especie de morcilla gigante resultó estar más sabrosa de lo que habían imaginado. La descripción de sus componentes no resultaba muy apetitosa, pero tuvieron que reconocer que su sabor era incuestionable.

Sentados a la mesa, Lola parloteaba sin cesar sobre su visita a Inverness. Cuando se enteró de que habría un festival celta, recriminó a Rory por no haberle dicho nada.

—Lo había olvidado —se justificó, y los vasos sanguíneos de su rostro se dilataron, llenándolo de rubor.

Berta intervino en su favor.

—No te enfades con él, ha estado muy ocupado con nosotras, especialmente contigo. —Le guiñó un ojo y sonrió.

—Es verdad, lo siento —se disculpó Lola, y le acarició una mano. Luego volvió a centrarse en sus amigas—. Bueno, ahora habladme de esas chicas.

Le explicaron cómo las habían conocido y Rory les habló de Kenzie y de la amistad que los unía desde que eran niños. Dijo que siempre habían sido buenos amigos, y que aún lo eran, aunque ya no se veían con mucha frecuencia.

Al final de la velada, brindaron con un poco de whisky que Rory había comprado en una destilería cercana a Inverness. Rebeca era la primera vez que lo probaba y arrugó la nariz cuando acercó el vaso a la boca y el olor del líquido ambarino ascendió por sus fosas nasales.

—¡*Slàinte mhòr agad*! —exclamó Rory.

Las chicas se miraron. La conocida palabra «cheers», que se usaba para los brindis, se les había quedado colgada de la lengua.

—¿Qué demonios se supone que debemos decir? —preguntó Lola, confundida.

Rory sonrió al fijarse en sus caras.

—Podéis decir simplemente *slàinte*.

—Ah, vale, aunque mira que es raro este idioma vuestro —dijo Lola, y le dio un suave beso en los labios que lo ruborizó.

—¡Slàinte! —exclamaron todos a la vez.

Bebieron un trago y depositaron los vasos sobre la mesa. Hubo algún carraspeo y el estómago les ardió al recibir el vigoroso licor.

—¿Hablas gaélico? —inquirió Berta—. Tenía entendido que queda poca gente que lo hable.

—Y así es. La mayoría en las islas y aquí en las *Highlands*. Mi bisabuelo paterno lo hablaba, y mi abuelo por ende, también, pero cuenta que si lo usaba en el colegio el maestro le reprendía duramente. Ninguno de nosotros lo habla más allá de las frases más usuales. Ahora el gobierno trata de darle un nuevo impulso a la lengua. De todas formas, si queréis profundizar en el conocimiento del gaélico podéis preguntarle a vuestra nueva amiga.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Rebeca.

—Sophie. Ella y su hermano forman parte del selecto grupo de escoceses que habla gaélico a la perfección.

—¿En serio?

—No es raro, crecieron con su abuelo en las Hébridas, en la isla de Skye. Allí la mitad de la población lo habla. Teníais que oírlos… sobre todo cuando discuten, o cuando los bribones quieren que nadie más se entere de lo que están diciendo.

Cuando Rory se marchó, las tres cogieron unas mantas para cubrirse y salieron al jardín trasero. La noche era fresca, pero seca. Olieron el peculiar aroma a hierba recién cortada de algún jardín cercano. Era un olor intenso, natural y agradable.

Desde que habían llegado a Beauly casi no habían tenido tiempo de hablar a solas. Estaban a punto de lanzar un interrogatorio a Lola cuando esta se anticipó.

—¡Sí, estoy enamorada! Más que eso: ¡estoy loca por él!

Berta soltó una risotada que provocó que las gafas le resbalaran por la nariz. Se las subió con un dedo antes de decir:

—No hace falta que lo jures, tendrías que ver cómo le miras.

—¡Y solo llevamos aquí tres días! Todo está pasando demasiado rápido.

—Deberíais poner el freno o ya os veo en capilla antes de que lo haga Rebeca.

—No seas antigua. A mí no me hacen falta ni capillas ni curas con sotana.

—Puede que a Rory sí —apuntilló Rebeca—. ¿Es católico o protestante? O lo que quiera que sean en Escocia.

—Y yo qué sé, como si es liliputiense…

—Pues deberías saberlo, si te interesa tanto. Después vienen las sorpresas…

—Me da igual lo que sea. Ahora mismo siento que sería capaz de casarme con él por el rito balinés si hiciera falta.

Berta lanzó un suspiro.

—Mmm, casarse a orillas del mar en la isla de los dioses… No suena tan mal. Pero ¿te estas escuchando? Estás hablando de casarte, ¡por el amor de Dios!

—Ya sé que me estoy portando como una estúpida enamorada, y nunca pensé que esto pudiera pasarme… y menos así, tan a lo bestia.

—Yo digo que el whisky te hace decir tonterías —aseguró Rebeca.

—¿El whisky? ¡Anda ya! Es que… lo quiero.

—Más bien yo creo que es esta bruma escocesa que te nubla la cabeza —asestó Berta.

—¿Sabéis qué? Que me voy a dormir. —Bostezó—. Hoy ha sido un día agotador, y quiero recordarlo todo antes de dormirme. Mañana ya me contaréis algo más de esa tal Sophie de la que tanto habláis.

—Que descanses, Julieta —le deseó Berta.

Demasiado escote

Prepararon el té entre bostezos matutinos y lo acompañaron con unas tostadas que untaron con *lemon curd*, una crema casera de limón que la señora Munro les había dejado en la nevera y que era lo más delicioso que habían probado jamás. Durante el desayuno, Lola escuchó la historia de los MacLeod, un relato que Berta y Rebeca no se habían atrevido a contar delante de Rory. También le describieron con detalle la tórrida escena de amor que la rubia Mary había protagonizado en el río con el chico de pelo cobrizo.

Lola sonrió maliciosamente a Rebeca mientras imaginaba lo avergonzada que debió de sentirse al ser pillada espiando.

Esa misma tarde Rory las acompañó a la tienda de la señora Ferguson que, como casi todas las tiendas, se situaba en High Street. Se probaron varios vestidos, a cada cual más bonito y se decidieron por modelos sencillos, excepto Lola, que eligió un atuendo más llamativo.

—Es la primera vez que el festival se celebra en Beauly —comentó Rory—. Ya puede verse a mucha gente por el pueblo. Este año tocarán ocho grupos, incluyendo a Caledonia, la banda de Sophie y Kenzie.

—¿Te pondrás faldita para mí? —le preguntó Lola, con picardía.

Rory enrojeció.

—No tenía pensado… pero supongo que… si tú quieres…

—¡Quiero! —se apresuró a exclamar Lola antes de que cambiara de opinión.

La mañana del domingo Berta amaneció con un poco de fiebre y un terrible dolor de garganta. El cambio de temperatura les había afectado a todas, pero Berta, sin duda, había cogido un buen resfriado.

Cuando la señora Munro se enteró del malestar de su inquilina, se presentó en la puerta cargada con un montón de remedios para el resfriado.

—Toma —le dijo a Rebeca ofreciéndole una cacerola—. He preparado un buen *scotch broth*. Caldo, hija —precisó ante la mirada confusa de la muchacha—. Esto espanta cualquier resfriado, por fuerte que sea. Que lo tome bien calentito. También le he traído un poco de *porridge*: puré de avena, querida —detalló de nuevo con paciencia—. Su garganta no está en condiciones de tomar sólidos. Mira —dijo mostrando dos frascos y caminando hacia la cocina—, le podéis añadir miel y canela. En dos o tres días estará como nueva.

—Gracias, señora Munro, es usted muy amable.

—Bah, bah —replicó esta haciendo un gesto con la mano como si espantara una mosca—, no tiene importancia. Os miro y pienso en mis hijos, son un poco mayores que vosotras pero las madres siempre extendemos el ala protectora a todos los polluelos en apuros.

—Tendremos que devolver los vestidos —dijo Lola que acababa de entrar en la cocina—. Berta no puede ir a ningún lado.

—¿Devolver los vestidos? —La señora Munro las miró con sus ojillos vivaces—. Oh, ni hablar. Yo me quedaré a cuidar de ella. Después de todo, solo es un resfriado.

—No queremos abusar de su amabilidad…

—Nada, nada, ya está decidido. Id al festival y disfrutad; vuestra amiga estará bien atendida.

A primera hora de la tarde Lola y Rebeca se ataviaron con sus vestidos de estilo celta y salieron del dormitorio mostrando el resultado de sus respectivas elecciones. Berta descansaba tumbada

en el sofá, cubierta con una manta ligera, mientras que la señora Munro permanecía sentada en la florida butaca. Se levantó de un salto cuando las vio aparecer en el saloncito. Berta, sin embargo, estornudó dos veces y se sonó la nariz.

—Estáis preciosas, queridas mías —dijo con entusiasmo la señora Munro.

El vestido de Lola se componía de dos piezas; un ajustado corpiño y una falda larga, ambas de color granate con rebordes negros. Se había recogido los rizos largos en una trenza que le otorgaba un aspecto más recatado que de costumbre. El vestido de Rebeca era de una sola pieza, de color verde musgo, igual que sus ojos, y lucía unas brillantes tiras doradas en la cintura y en el escote. Se dejó el pelo suelto, que le caía en graciosas hondas sobre los hombros. Al contrario que Lola, Rebeca desprendía sensualidad a borbotones.

La señora Munro pensó en lo bonitas que estaban y en lo mucho que ayudaban esos atuendos a la belleza femenina. Hasta aquel momento no se había fijado en las chicas detenidamente, pero con esa ropa pensó que Rebeca parecía una mujer realmente hermosa. Sus ojos grandes y verdes destacaban en su rostro bronceado, y su pelo moreno mostraba ligeras mechas más claras producidas por el sol.

Lo único que no acababa de gustar a Rebeca era el escote tan acusado de aquel vestido, que rozaba el borde de lo indecente.

—No te quejes tanto —le dijo Lola cuando observó que su amiga tiraba de la tela hacia arriba en un vano intento de cubrir el canalillo que quedaba a la vista—. Luce tus encantos.

—Lo que pasa es que tú tienes menos pecho, y el vestido te aprieta menos ahí. Pero a mí parece que se me van a salir las… —Se detuvo de golpe.

—Las tetas, dilo —terminó Lola con sorna—. Puedes decir «tetas», no es una palabra venenosa.

Rebeca la fulminó con la mirada mientras seguía intentando subir la tela.

—Tú sí que eres venenosa. Además, no iba a decir eso.

Lola se atusó el vestido.

—¿Entonces qué ibas a decir? ¿Las pechugas?, ¿las peras?, ¿las *melondras*? —Hizo una pausa y la miró, esperando una respuesta. Pero como no la obtuvo, continuó—: ¿Las sandías?, ¿las *tetarcias*?, ¿las *chichis*?, ¿las gemelas?

—¡Déjalo, Lola! Eres más tonta que un mosquito lobotomizado.

—Eso sí que ha tenido gracia —dijo Berta, riendo y conteniendo la tos.

—Y por si tanto te interesa —añadió Rebeca con cara traviesa—, iba a decir «las lolas».

La interpelada plantó ambas manos en las caderas.

—¿Me ves cara de teta?

Su gesto ofendido hizo que las chicas estallaran en carcajadas. La señora Munro se había perdido en la conversación, pero captó la esencia de la discusión a juzgar por los gestos de Rebeca intentando ocultar los generosos atributos que la naturaleza había tenido a bien concederle.

—No le falta razón a la chica —intervino—. No habrá hombre en el radio de una milla que no se vaya a fijar en… bueno, querida, tienes un busto muy bonito, pero si lo que quieres es pasar desapercibida no creo que lo consigas así vestida. Y que conste que te hablo como le hablaría a mi propia hija, aunque solo haya tenido dos varones.

Las palabras de la señora Munro alteraron aún más el ánimo de Rebeca.

—¿Me cambias el vestido? —le preguntó a Lola.

—Ni hablar, me gusta este color.

—Vamos, no seas así, ese parece un poco más subido.

—Precisamente es más subido porque, como has dicho, mis «lolas» son más pequeñas.

Rebeca le sacó la lengua.

—Si al menos tuvieras el pelo largo que te cubriera esa parte… —intervino la enferma con la voz ronca por el resfriado.

El claxon del coche de Rory las obligó a terminar de arreglarse a toda prisa.

—Pasadlo bien, queridas —les dijo la señora Munro mientras las acompañaba hasta la puerta.

Berta las despidió con un sonoro estornudo.

El festival celta

Apoyado en su Ford rojo, Rory las esperaba vestido con una versión sencilla del típico atuendo escocés. Lola abrió los ojos en su máxima dimensión y se acercó a él con una corta carrera, recogiendo su vestido con las dos manos para no pisarlo y caerse. A Rory le impresionó la soltura que demostraba con un traje como aquel, y se dijo que posiblemente se debía a alguna reminiscencia genética que las mujeres conservaban por siglos de vestir prendas como aquella.

—Estás guapísimo —le susurró al oído al tiempo que lo abrazaba.

Luego tuvo tiempo de contemplarlo. Rory vestía un simple *kilt*, en el que predominaba el color azul atravesado por rayas de diferentes colores; unas rojas y finas y otras más gruesas y negras. Una camisa blanca, elegantemente ajustada dentro de la falda, le aportaba cierto aire anacrónico. Ceñido a sus caderas, un ancho cinturón y en las pantorrillas, medias de color azul marino.

Rebeca lo observaba con gesto curioso, y Rory enrojeció ante el minucioso análisis.

—Estáis preciosas —se apresuró a decir para desviar su atención.

Sus ojos no pudieron evitar detenerse en el escote de Rebeca, lleno y sensual hasta el aturdimiento. Luego pensó que ojalá no tuviera que pasarse la noche alejando de su entorno inmediato al impreciso, pero abundante, número de hombres ebrios que sin duda se fijarían en esa parte de su anatomía.

Salieron del pueblo por la avenida principal en dirección a la estación. La dejaron atrás y cruzaron la vía del tren por un pequeño puente. Un kilómetro más adelante atravesaron el río Beauly a

través del *Lovat Bridge*, un puente de piedra muy bien conservado. El tráfico era denso; nadie quería perderse el festival, aunque, para un lugar tan pequeño como Beauly, cualquier cosa de menor importancia habría sido un acontecimiento a seguir para salir de la monotonía.

Giraron a la izquierda y aparcaron el coche en una amplia pradera habilitada a tal efecto. En la pradera anexa, un gran letrero colgado les daba la bienvenida al festival en dos idiomas.

—Es una pena que Berta no haya podido venir —dijo Lola observando el bullicio a su alrededor.

Eran las cinco de la tarde y el ambiente era ya muy animado, repleto de gente comiendo y bebiendo en los puestos de comida y bares ambulantes esparcidos por todas partes. Algunas mujeres vestían atuendos parecidos a los suyos y muchos hombres aprovechaban la ocasión para lucir el *kilt* tradicional.

Lola se aferró al brazo de su escocés y caminó orgullosa a su lado, olvidando por momentos la presencia de Rebeca. Fue Rory quien demostró ser más considerado; no quería que la muchacha se sintiera un estorbo o una carabina molesta, así que, con disimulo, se soltó del brazo de Lola y se colocó en medio de las dos, provocando un leve refunfuño en su compañera.

A medida que se iban adentrando en el corazón de la pradera, descubrieron diversos espectáculos; músicos, malabaristas y exhibición de juegos. Había puestos de artesanía, de recuerdos típicos del país y un *stand* donde se ofrecía información sobre los clanes escoceses.

Estaban husmeando entre la cantidad de abalorios y prendas confeccionadas con llamativos tartanes de cuadros cuando Lola sintió curiosidad.

—¿Cuál es tu clan? —preguntó a Rory—. ¿Existe un clan de los Elliot?

—Claro. Fue un clan muy activo y poderoso en su tiempo.

Rory examinó la cantidad de insignias y broches que se exponían prendidos de un tartán. Al fin encontró lo que buscaba. Lo compró y

después de besarlo, se lo colocó a Lola en su corpiño, a la altura del corazón.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es el emblema del clan Elliot.

—Es precioso, gracias —dijo Lola, un poco aturdida por la emoción.

La insignia era plateada, aunque no estuviera hecha de un material tan noble. Simulaba la forma de un cinturón abrochado. En el centro, una mano empuñaba una espada. Siguiendo la curva del cinturón había tres palabras escritas en latín: *Fortiter et Recte*.

—Mira —le dijo él—, es el mismo símbolo que llevo en el cinto.

Lola se fijó en la brillante hebilla que adornaba el cinturón, y reconoció el diseño que mostraba la insignia. Se sintió tan entusiasmada que no pudo reprimir el arrebato de besarlo. Cuando sus bocas se separaron, intercambiaron una mirada que estremeció a Rebeca. No fue por la situación, fue por la complicidad que desprendían. Ella nunca había mirado a Mario de esa forma, ni él tampoco la había arropado con la urgencia del deseo con que Rory miraba a su amiga.

Una voz en su interior comenzó a sonar débilmente, como la de aquel al que nunca se le permite hablar y cuando un día logra que alguien lo escuche comienza su discurso con la voz floja y el aplomo vacilante.

Sintió un nuevo escalofrío y entonces el sonido de una música que se aproximaba consiguió desvanecer sus pensamientos.

Era la banda de gaitas del pueblo, que inauguraba el festival de forma oficial con un pasacalle que concluía en el centro del recinto.

Sonaron canciones conocidas como «Scotland the Brave», o «Amazing Grace».

No fue hasta las siete de la tarde que los grupos comenzaron a actuar.

La gente se apelotonó alrededor del escenario, deseando que diera inicio el espectáculo. Fue una explosión de movimiento, agravado por los sujetos que a esas horas ya mostraban signos de

estar cargados de alcohol. Por suerte, Rory solo tuvo que vérselas con un par de tipos tambaleantes que repararon en la exuberante Rebeca. Querían comprobar con sus propias manos si aquello que veían sus ojos era real o solo se trataba de una ensoñación celestial producida por el whisky y la cerveza. Por suerte para ella, sus manos nunca llegaron a rozarla.

Los grupos se fueron sucediendo. A los ojos de las extranjeras, todas las bandas parecían iguales. Usaban los mismos instrumentos y vestían de forma similar el atuendo tradicional.

Al tiempo que la tarde se extinguía, la aglomeración frente al escenario menguaba, bien fuera para reponer fuerzas en los puestos de comida o simplemente por aburrimiento. Fue algo que agradecieron, pues desde que comenzaran las actuaciones apenas habían podido moverse entre tanta gente, incluso se hacía difícil evitar los empujones y salpicaduras de cerveza.

Rebeca se preguntaba dónde estaría Sophie. Había estado observando el lugar donde se reunían los músicos, a un lado del escenario, pero no consiguió distinguir entre el barullo su llamativa melena pelirroja.

Rory las informó de que tocarían en último lugar, un privilegio que solía concederse al grupo local.

Ya era de noche cuando Rebeca notó que alguien la sujetaba por un brazo. Rory había ido a buscar algo de bebida y ella y Lola bailaban al son de la música aprovechando los huecos de espacio a su alrededor. Se giró y entonces vio el rostro sonriente de Sophie.

—¡Habéis venido! —exclamó esta, elevando la voz por encima de la atronadora banda de gaitas que ocupaba en esos momentos el escenario.

Se fijó en su ropa: una larga falda escocesa a cuadros rojos y verdes y un chaleco negro sobre la blusa blanca. En el cuello, una cadena de plata con un símbolo celta.

—Estamos deseando veros tocar.

—Lo haremos dentro de un rato, cuando lo hayan hecho todos los grupos, y solo falta uno. —Sophie se fijó en Lola—. ¿Es ella la

novia de Rory?

Lola puso cara de sorpresa ante la observación y aceptó para sus adentros la mirada de disculpa que le dispensó Rebeca.

—Algo así —dijo la aludida, y se lanzó a saludar a la recién llegada con dos sonoros besos en las mejillas—. Me llamo Lola.

La joven correspondió, divertida, y entonces se dio cuenta de que faltaba Berta.

—¿Y vuestra otra amiga?

—Está enferma, ha cogido un resfriado. Nada grave, pero no ha podido venir.

—Cuánto lo siento —se lamentó Sophie—. No tenemos por aquí muy buen tiempo, ¿verdad?

De pronto, pareció reconocer a alguien a lo lejos.

—¡Kenzie! —Llamó, levantando la mano para captar la atención de su hermano—. ¡Kenzie! ¡Aquí! —Volvió a agitar el brazo.

Miraron en la dirección que apuntaban sus brazos extendidos y alcanzaron a distinguir a un hombre alto, vestido con falda, que se acercaba a ellas.

Cuando estuvo a su lado, Rebeca no pudo evitar mostrar su consternación. Se trataba del chico de pelo cobrizo que habían visto en el río. Maldijo interiormente su mala suerte y se dijo que con todos los hombres que debía de haber en Beauly tenía que ser este el hermano de Sophie.

Y rezó para que no la reconociera.

—Este es mi hermano Kenzie —les dijo Sophie.

Su aspecto resultaba ser una mezcla entre un guerrero escocés a las órdenes de William Wallace y el cantante de un grupo de *Heavy Metal*.

«Por Dios, que Lola no lo bese», deseó Rebeca, pues de hacerlo, ella se vería obligada a hacer lo mismo.

Sin embargo, sus deseos no se cumplieron. Lola se adelantó dos grandes pasos, ante la sorpresa del chico, se puso de puntillas, estiró el cuello y le plantó sendos besos en las mejillas mientras se presentaba.

—Yo soy Lola —le dijo.

—Encantado —respondió el muchacho.

Rebeca dudó hasta el último momento, pero al final no tuvo el valor suficiente para acercarse a él y besarlo. Permaneció quieta y en silencio, y posiblemente sonrojada bajo su bronceado. Hasta que Lola le dio un pequeño codazo.

—Yo soy Rebeca —dijo tímidamente, y su mirada se posó sin pretenderlo en los brazos desnudos del escocés, que mostraban un buen número de tatuajes. Por suerte para ella, este hecho desvió su atención de la mirada de él, que se posó directamente sobre su escote.

Kenzie hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo y la miró con intensidad, más por el sur de su barbilla que por el norte.

Sophie lo sacó de su agradable distracción.

—Ella está con Rory —le dijo mientras señalaba a Lola.

—Humm —profirió, y aprovechando que el grupo del escenario había terminado de tocar, añadió en tono más bajo, acercando la cabeza a la de su hermana—: Oye, Sophie, tenemos que prepararnos, después vamos nosotros.

En ese momento apareció Rory con tres vasos de bebida entre las manos.

—*Hey*, Kenzie —saludó—. Hola, Sophie.

—¿Cómo te va, hombre? —Kenzie palmeó la espalda de su amigo.

Mientras se saludaban, Lola y Rebeca tuvieron tiempo de examinar al hermano de su amiga pelirroja con detenimiento. Se habían imaginado al pobre niño, abandonado por su madre, y que había tenido una infancia tan dura, de otra forma; con una apariencia menos agresiva.

El muchacho tenía el cabello largo, sin llegar a los hombros. No era pelirrojo como su hermana, pero su pelo ondulado desprendía llamativos reflejos de cobre bajo las luces portátiles del recinto. Sus ojos eran oscuros y tenía un rostro atractivo, sin ser perfecto, marcado por un rictus serio. Vestía el *kilt* con los mismos tonos que

la falda larga de Sophie, y en la parte de arriba, una simple camiseta negra sin mangas dejaba a la vista un número indefinido de vistosos tatuajes. Unas botas de cuero, hasta la rodilla, cubrían sus pantorrillas.

—Vamos, Sophie —insistió Kenzie.

Cuando estuvieron suficientemente lejos, Lola no se pudo aguantar más.

—¿Habéis visto a ese tío?

Rory y Rebeca la miraron al tiempo.

—¡Qué bárbaro! —exclamó. Entonces se dio cuenta de que Rory la observaba perplejo—. No te ofendas, cielo, pero tu amigo está para…

—No hace falta que lo digas —la reprendió él.

Al ver el rostro de Rory, Lola se dijo que tenía que aprender a controlar sus impulsos, que siempre viajaban un paso por delante de su cerebro.

—Pero tú no le envidias nada —le dijo en compensación.

—Solo los quince centímetros de diferencia que separan nuestras cabezas del suelo.

Lola depositó una mano sobre el cabello rizoso de Rory.

—Bueno, si te estiras el pelo hacia arriba ganarías unos centímetros.

—Muy graciosa…

Rory aún conservaba la sonrisa en los labios cuando Rebeca tiró del brazo de Lola.

—¡Ese es el chico! —exclamó a media voz.

—¿Qué chico?

—El que estaba en el río.

—¿Dándose el lote con vuestra otra amiga?

Rebeca asintió.

—Así que es él… —murmuró Lola con una sonrisa lasciva—. No me extraña, debe de tener una horda de mujeres haciendo cola para que las lleve al río. ¿Y te ha reconocido?

Rebeca se encogió de hombros.

—Espero que no.

—Qué divertido. Eso te pasa por fisgona.

El grupo del escenario terminó su repertorio y el presentador del festival anunció la actuación de la última banda de la noche.

Lola y Rebeca tenían buen ángulo de visión y pudieron observar con claridad a los miembros de la banda. Todos vestían el típico atuendo escocés, pero en su caso, ofrecían cierto aspecto trasgresor, sobre todo por la camiseta negra de tirantes que usaban todos los componentes masculinos.

Los vieron ocupar sus puestos en el escenario y preparar sus instrumentos; Sophie portaba un *bodhràn*, y su hermano un gran tambor que se sujetó a la cintura con un ancho cinturón de cuero. Los otros tres componentes también tomaron posiciones: en el centro, un chico de cabello rubio oscuro, muy largo, colocaba varios tambores pequeños dispuestos sobre una estructura metálica, otro de pelo castaño y corto, que parecía mayor que los demás, apoyaba una gaita sobre su hombro izquierdo. Por último, un muchacho muy joven sujetaba una pandereta de media luna.

La música comenzó a sonar; primero la percusión señaló un compás animado que por sí solo incitaba a moverse, la gaita se unió a su ritmo, marcando con claridad una melodía alegre. El resto de instrumentos se incorporaron de golpe.

Las luces que iluminaban el escenario envolvían su contenido con un halo seductor y atrayente. De tanto en tanto, algún miembro de la banda profería un grito ronco y desgarrado.

—¿Por qué gritan como si les estuvieran arrancando la piel a tiras? —preguntó Lola.

—Las gaitas y los tambores solían acompañar al ejercito escocés en las batallas —le dijo Rory—, es una especie de grito de guerra. La banda de Kenzie tiene un carácter reivindicativo, y muchas de sus canciones y melodías tienen que ver con guerras pasadas y con clamores de libertad.

La muchacha se fijó en el gran letrero que había en el fondo del escenario con el nombre del grupo escrito en mayúsculas:

«CALEDONIA». Más abajo, en letras más pequeñas se podía leer: *Alba gu bràth*.

—Significa «Escocia para siempre» —le aclaró Rory.

Lola se volvió entonces hacia su amiga, que parecía muy concentrada en un punto en el escenario.

Siguió la línea de su mirada.

—Está muy bueno, ¿verdad? —le dijo al oído.

Rebeca se sobresaltó.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, no disimules, estabas mirando al hermano de Sophie.

—¡No!

—Sí, claro que lo hacías, fijamente y durante un buen rato.

—No seas estúpida, Lola —le espetó Rebeca—, los miro a todos.

—¡Oye! ¿Por qué te molesta tanto? Reconócelo y ya está. Tan solo lo estabas mirando no te estabas acostando con él.

—Te estás pasando, Lola, guárdate tu lengua viperina donde te quepa.

Rory trató de poner paz entre las amigas.

—Déjala ya, Lola, es normal que lo mire. Todos lo hacen.

—No, yo te miraba a ti. Pero no pasa nada por admitir que le estaba mirando —dijo, volviéndose de nuevo hacia ella.

—Ah, déjame en paz, Lola.

Rebeca se sintió tan turbada que ya no sabía hacia dónde dirigir la mirada. Si lo hacía sobre el escenario, Lola pensaría que miraba al hermano de Sophie, y mirar hacia otro lado tampoco tenía mucho sentido. Empezó a estar muy incómoda.

Aunque la verdad era que sí lo miraba. Pero no había sido un gesto premeditado. Sus ojos lo habían buscado sin apenas darse cuenta.

Lola percibió su nerviosismo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada. Es que es tarde y estoy cansada. Me gustaría irme a casa.

—¿A casa? Pero si son las diez y media. ¿Dónde está tu espíritu joven?

—Tú te lo has cargado —le dijo con cierto rencor.

—Oye, lo siento, ¿vale? —se disculpó Lola tratando de contentarla—. Ya sabes cómo soy… Seguro que los mirabas a todos, ha sido una pequeña broma.

Lola hubiera dicho cualquier cosa con tal de que su amiga se tranquilizara y no quisiera marcharse tan pronto, de lo contrario ellos también tendrían que irse.

Rebeca relajó su postura, volvió a animarse y a mirar hacia el escenario, tratando de no concentrar la mirada en ningún punto en particular. Pero no lo consiguió. Por segunda vez en cinco minutos se sorprendió a sí misma observando al hermano de Sophie. Sus ojos se iban sin pretenderlo al chico del tambor. El sudor estaba empezando a brillar sobre sus brazos desnudos y tatuados, que golpeaban con fuerza la membrana del instrumento. Mechones de pelo largo se le pegaban a la frente.

Un latigazo de calor le recorrió la espalda. «¿Qué estoy haciendo?», pensó. Cada vez que lo miraba no podía apartar de su cabeza la imagen del río, y eso conseguía alterarla más de lo conveniente.

Se imaginó por un segundo ocupando el lugar de Mary entre aquellos brazos y sintió un vértigo extraño en el estómago, una sensación desconocida que la incomodó. Era una atracción física y primitiva que se había instalado en ella sin pedir permiso.

Avergonzada por aquellos pensamientos, apartó la vista del escenario dispuesta a no volver a mirar. Se volvió hacia un lado y vio a su amiga bailando con Rory al son de la música. Se sintió sola entre la gente, pero la sensación no duró mucho pues un muchacho rubicundo la sacó a bailar. Lo calibró bien antes de aceptar, y como no le pareció ebrio aceptó la invitación.

Bailó como pudo, dejándose llevar por el muchacho que parecía dominar la técnica. Los ojos de él clavados en su escote la disgustaron bastante y en cuanto se dio cuenta de que Lola y Rory

ya no bailaban soltó al chico de piel pálida y pecosa. Él protestó un poco, pero ella hizo gala de su condición de extranjera y simuló no comprender su idioma.

Cuatro piezas musicales más tarde, la banda terminó su repertorio. Kenzie cogió un micrófono y dio las gracias a los presentes por haber esperado hasta el final para verlos, luego gritó una consigna en gaélico:

—¡*Alba gu bràth*!

Un coro de mil voces le respondió.

El chico del tambor

La banda local enseguida acaparó la atención del público. Se acercaban a ellos con intención de felicitarlos o hacerles alguna fotografía y, aunque sucedía con todos los grupos, fueron ellos los que disfrutaron de mayores atenciones. Después la gente comenzó a dispersarse para continuar la fiesta en los bares ambulantes.

Mary apareció en algún momento que Rebeca no pudo determinar. La vio acercarse a Kenzie y aferrarse a su cintura mientras instaba a Sophie a hacerles una fotografía.

Rebeca le hizo un gesto a Lola con la cabeza, indicando a la muchacha rubia.

—¿Mary? —murmuró Lola con una sonrisa.

Sophie terminó de hacer la fotografía y se dirigió hacia ellas como un huracán.

—¿Os ha gustado?

—Mucho —dijo Lola.

—Sí —dijo Rebeca—, sois geniales.

—Os presentaré al resto de la banda.

Se acercaron al grupo y Rebeca notó un imprevisto calor en las mejillas.

—Este es Liam, y como ya habéis visto toca la gaita como nadie. Aparte de eso es como un padre para nosotros.

—Oye, ¿me estás llamando viejo? —se quejó Liam, que inmediatamente sonrió y saludó a las muchachas ofreciéndoles la mano.

—Este es *Tambourine* James —continuó Sophie señalando al muchacho más joven que saludó tímidamente con la mano. Era el único que no lucía tatuajes en los brazos, blancos como velas—. Y este es Scott y sus baquetas. —El chico de larga melena saludó con gesto risueño.

Rory insistió en invitarlos a una cerveza, pero Liam y Scott se disculparon alegando que al día siguiente tenían que madrugar. James expresó de forma tácita su disgusto ya que, aunque él no madrugaba, tendría que irse con ellos si no quería regresar a Inverness a pie.

—Nosotros sí aceptamos esa cerveza —dijo Sophie, y su hermano le lanzó una mirada aguda—. Vamos, Kenzie —se quejó—. Ya no soy una niña. Podré tomarme una cerveza, ¿no?

—Tú lo has dicho —le respondió su hermano—, una cerveza.

—Lo quiero mucho —les dijo Sophie a los demás—, pero a veces es peor que un padre gruñón.

Se dirigieron al bar que se situaba en el extremo opuesto al escenario. Era el más animado y la música que les llegaba desde allí era agradable.

Lola no se percató, pero a Rebeca le pareció extraño que Mary y el hermano de Sophie se comportaran como dos simples amigos. Después de lo que había visto en el río, su actitud no parecía la de dos enamorados.

Pidieron cervezas para todos. Rebeca casi nunca tomaba cerveza, es más, podía contar con los dedos de una mano las veces que la había probado. No obstante no se atrevió a decir nada y aceptó el vaso de plástico que le entregó Rory, lleno de líquido dorado y espumoso.

Sophie recordó de pronto que no había guardado su *bodhràn* y salió disparada hacia el escenario antes de recibir una reprimenda de su hermano, a la vista de cómo la había mirado.

Comenzó a sonar una canción suave y romántica que hizo que Lola diera un salto y se volviera hacia Rory con los ojos centelleantes.

—¿Te acuerdas de esta canción?

—No creo que pudiera olvidarla.

—Rory me la cantó el día que nos conocimos —les dijo Lola—. *Spanish Eyes*, de los BSB. —Miró a Rory con una pícara sonrisa—. Mmm… Fue mágico.

—No sabía que te gustaran los Back Street Boys —le dijo Rebeca, un poco burlona.

—Ni yo… Pero adoro esta canción. —Se giró hacia su novio—. ¿Bailas conmigo, mi amor?

—Claro —le respondió el enamorado.

La pareja comenzó a bailar y, al momento, Lola se dio cuenta de que había dejado a Rebeca en compañía de Mary y de su amante furtivo.

Se volvió hacia ellos con una expresión traviesa en la mirada.

—¿Te importaría bailar con mi amiga? —le pidió a Kenzie, y antes de que este contestara, y pasando por alto la cara catatónica de Rebeca, la empujó suavemente hacia él, provocando que su pecho rozara el brazo del escocés—. Te aseguro que no te dará mucha lata, ya está prometida.

Kenzie se había puesto un poco rígido al oír la palabra «prometida», no sabía bien por qué. Se había fijado en Rebeca; la chica tenía una cara bonita y un cuerpo sensual. Pero mujeres hermosas las encontraba en cualquier parte. El aspecto físico podía tener cierta importancia, pero nadie mejor que él sabía que eso no lo era todo. Sin embargo, había algo en la chica que traspasaba la apariencia exterior, algo indefinido que le encantaría descubrir.

Le ofreció la mano y percibió su indecisión.

—No le hagas caso a mi amiga —le dijo ella, y miró de reojo a Mary—. No tienes que entretenerme.

Él insistió con la mano extendida y Rebeca se vio obligada a tomarla ante la mirada perpleja de la muchacha rubia, que giró el cuerpo de manera brusca y se marchó en la misma dirección que lo había hecho Sophie unos minutos antes.

Se fijó en las protecciones de color azul que cubrían la base de alguno de sus dedos y las pulseras de cuero que adornaban sus muñecas. Con la mano izquierda tuvo más problemas que con la derecha, pues cuando la iba a depositar en el hombro del muchacho, un diablillo rojo con cuernos, tridente y una cola que terminaba en un triángulo puntiagudo, la miró con expresión disoluta. Sin embargo, Rebeca no quiso quedar como una timorata y no dejó que unos simples tatuajes la desconcertaran. Al final, optó por apoyar la mano un poco más abajo; sobre el bíceps, justo encima de la bandera de Escocia. Sin embargo, lo peor vino cuando sintió el otro brazo del joven rodeando su cintura y atrayéndola hacia él.

El súbito contacto de sus cuerpos la puso nerviosa.

—No quiero que tengas problemas con tu novia. Si le molesta que bailemos…

—¿Mi novia? —la interrumpió él.

Rebeca se dio cuenta de que había hablado demasiado. Kenzie y Mary no habían hecho nada que evidenciara que estaban juntos. Trató de arreglarlo, pero ya era demasiado tarde.

—Bueno, no sé, he supuesto que Mary y tú…

Él se quedó pensativo.

—Así que, eras tú.

—¿Cómo dices?

Kenzie inclinó la cabeza y le susurró al oído.

—La espía del río. —Se separó un poco y volvió a mirarla—. Lo sospeché nada más verte, pero no estaba seguro.

Rebeca sintió que un fuego le invadía las mejillas. Estaba en una situación muy embarazosa y no supo qué decir.

—Yo…, estábamos paseando y…

—No pasa nada, hay gente que tiene aficiones peores.

El comentario le resquemó, levantó el rostro y lo miró a los ojos. Era la primera vez que se atrevía a enfrentar su mirada y disimuló un repentino estremecimiento.

—No tengo por costumbre espiar a nadie…

—Era una broma —le dijo él con una sonrisa—. Mary es una amiga, y lo que viste en el río fue…

—No tienes que explicármelo —le atajó—. No es asunto mío.

En eso llevaba razón, pero decidió hacerlo de todas formas.

—Lo que viste solo fueron unos besos, nada más.

Rebeca paseaba la miraba, inquieta, en todas direcciones.

—Déjalo, ¿quieres? Me siento incómoda hablando de esto, no es necesario.

Él volvió a sonreír al ver el rostro violentado de la chica.

—Está bien. Solo una última cosa. —Ella volvió a mirarlo—. No quiero que Sophie se entere. No volverá a suceder así que me gustaría que quedara entre nosotros.

—No era mi intención contárselo —refutó ella, pensando que acababa de conocerlo y ya compartían un secreto.

—Me alegro. —Kenzie observó el rostro abochornado de Rebeca, y decidió cambiar de tema—. ¿Te gusta Beauly?

—Claro, es un pueblo muy bonito —dijo sin demasiada convicción.

—Sophie me ha dicho que sois de Barcelona.

—Ajá —respondió concisa, sintiendo la mirada de él clavada en su rostro. Ella, sin embargo, no se atrevía a levantar la vista y se concentró en el cordón negro que colgaba de su cuello con un pequeño símbolo plateado.

—Debe de ser una ciudad muy luminosa.

—Lo es —respondió, y añadió—: pero mi amiga Lola opina que se puede ser feliz bajo las nubes.

—Estoy de acuerdo con ella —dijo con media sonrisa—. De otra forma, la mitad de la humanidad sería desgraciada.

—Sí, supongo que sí.

Se quedaron en silencio y Rebeca se concentró en la música. Tenía que reconocer que, aunque no era fan de los BSB, aquella canción tenía algo especial. Lo único que la ponía un poco tensa era que hablara de ojos españoles mientras un escocés con faldas y brazos tatuados la estaba apretando contra él. Sintió un leve

cosquilleo en el vientre al intuir la hebilla de su cinturón clavándosele en el estómago y sus piernas chocando contra las suyas al moverse. Entonces se dio cuenta de que él continuaba mirándola. Levantó los ojos y se encontró de nuevo con la mirada oscura de Kenzie.

—Supongo que esos ojos de los que habla la canción serían parecidos a los tuyos —le dijo él.

—¿Qué?

—Te estaba echando un piropo. Tus ojos son muy bonitos.

Rebeca concentró la mirada en el suelo y no volvió a levantar la cabeza hasta que, unos instantes después, la canción terminó.

Entonces sintió un fogonazo que la hizo girarse hacia la luz. Sophie, que ya había vuelto, acompañada de Mary, les había hecho una fotografía antes de que tuvieran tiempo de soltarse.

—Lo siento —se disculpó la muchacha—. No he podido contenerme.

Una ancha sonrisa ocupaba la mayor parte de su rostro. Sin embargo, Mary parecía querer aniquilarla. Por suerte, Rebeca comprobó que las miradas no mataban. Se separó bruscamente de Kenzie y se acercó a Lola, que todavía permanecía aferrada a Rory de forma cariñosa.

—Nosotros nos tenemos que ir —anunció Kenzie después de apurar su cerveza de un trago.

—Vamos, hermano, espera un poco —gimió Sophie.

—Sabes que mañana yo también trabajo, y por la noche tocamos otra vez.

—Solo un rato más, por favor —insistió.

—¡No!

—Nosotros también deberíamos marcharnos —comentó Rebeca, mirando a la pareja que no recibió la propuesta con buena cara.

—¿Por qué no te llevan ellos? —sugirió Rory—. No te importa, ¿verdad, tío? —dijo dirigiéndose a Kenzie—. Así nosotros podremos quedarnos un poco más.

—¿Dónde se hospedan?

—En Riverside Road.

—Me pilla de camino.

Rebeca asistió impotente al debate. Estaba claro que ella no podía decidir quién la llevaría a casa, así que se mantuvo en silencio y decidió que Lola la tendría que escuchar cuando estuvieran a solas.

—Voy a buscar el tambor —dijo Kenzie, y se marchó dando grandes zancadas mientras su *kilt* se zarandeaba por el movimiento. Lola y Rebeca lo observaron sin pretenderlo mientras atravesaba la pradera. Mary, sin embargo, lo miró con total y absoluta pretensión.

Al cabo de pocos minutos, Kenzie ya estaba de vuelta con su tambor al hombro dentro de una funda negra y las baquetas, forradas de fieltro, en una mano.

—¿Nos vamos, entonces? —dijo.

Antes de que pudieran alcanzar el aparcamiento, se detuvieron varias veces a saludar a quienes se acercaban a ellos para felicitarlos por la actuación. Rebeca se sentía un poco fuera de lugar, escoltada por sus dos acompañantes ataviados con aquellas ropas tradicionales. Aunque luego se dio cuenta de su propio aspecto.

Como si le leyera el pensamiento, Sophie hizo mención a su vestido alquilado.

—Te sienta genial. Ojalá yo lo rellenara igual que tú ahí arriba —dijo en un tono bajo para que no se enterara su hermano que, sin embargo, sí la escuchó.

—Sería una suerte para ti y una desgracia para mí. Porque tendría que ir por ahí cortándoles las manos a todos los que quisieran ponértelas encima, que serían la mayoría.

—No seas animal —le recriminó su hermana—. Puedo defenderme sola. —Su hermano sofocó una risotada—. ¿Tengo que entender, entonces, que tú también querrías ponérselas encima? —preguntó burlona.

—¿Qué?

—A ella —dijo señalando a Rebeca—. Dices que la mayoría de los hombres querrían ponerme las manos encima si yo tuviera algo así.

Bien, ella lo tiene y tú entras dentro de la mayoría de los hombres.

—Ah, cállate, Sophie, esa cabeza tuya piensa demasiado.

Por suerte para Rebeca, se había perdido en la conversación, pues su acento escocés se había intensificado, y hubo palabras que no pudo comprender.

Sophie iba a responderle algo cuando su hermano la cortó.

—¡*Dùin do bheul*! —exclamó con el ceño fruncido.

—Cerraré la boca, pero tengo razón.

Kenzie resopló y Sophie le sacó la lengua cuando él le dio la espalda. Luego miró a Rebeca y le sonrió.

En el aparcamiento, se acercaron a un todoterreno Nissan Pickup de color azul oscuro. Colocaron los instrumentos en la parte de atrás, que estaba cubierta con una lona, y Sophie le abrió a Rebeca la puerta del copiloto.

Kenzie se puso al volante y se marcharon.

En el interior del vehículo la sensación de intimidad se hizo embarazosa. La oscuridad exterior no ofrecía ninguna alternativa de distracción así que la sensación de recogimiento se intensificó. El silencio no ayudó a mitigar esa impresión.

Fue Sophie quien comenzó a hablar, apoyando los antebrazos sobre ambos asientos delanteros.

—¿Volveréis a vernos mañana? —preguntó.

—Seguro que tienen cosas mejores que hacer que venir a vernos a nosotros, Sophie —comentó su hermano.

—Bueno, a lo mejor su amiga ya está bien y quiere venir al festival.

—No querrá perdérselo —aseguró Rebeca.

—Pasado mañana vamos a tocar a Culloden, ¿habéis estado allí?

—Aún no.

—Podéis venir con nosotros, ¿verdad, Kenzie?

—Claro —dijo su hermano, que parecía mantenerse ajeno a la conversación.

—Gracias, pero me temo que seríamos una carga.

—¿Una carga? ¿Por qué? No hay más que hablar: vendréis con nosotros, tocamos, recibís una clase de historia y volvemos a casa. ¿Qué te parece?

—No sé… puede que Berta todavía no se encuentre bien…

—Seguro que estará mejor —respondió Sophie, animada.

Llegaron a Riverside Drive y Kenzie detuvo el todoterreno frente a la casa. A través de los árboles, vieron que la luz del porche iluminaba la entrada.

—Gracias por traerme —dijo volviendo la mirada hacia él.

—No hay de qué.

—*Oidhche mhath* —le dijo Sophie con una risita.

—¿Qué?

—Buenas noches.

—Ah, sí. Buenas noches —dijo ella en español, para devolverle la gracia.

Los hermanos esperaron a que desapareciera tras la puerta y después se fueron.

El vehículo deshizo el trayecto hasta la calle principal en High Street, giró a la izquierda y atravesando Croyard Road salió del núcleo del pueblo. Tomaron un camino rural a la derecha y se detuvieron ante una casa pequeña rodeada de amplias praderas que se extendían en la oscuridad.

William MacLeod reposaba sentado en un viejo sofá en la sala de estar. Sujetaba en una mano un vaso con hielo.

—*Haló, dadaidh* —saludó Kenzie.

—Hola, hijo. ¿Cómo ha ido la noche?

—Como siempre.

—Como siempre no —respondió Sophie divertida, sentándose al lado de su padre y dándole un sonoro beso en la mejilla—. Hoy ha bailado con una chica.

—No será la primera vez que tu hermano baila con una muchacha.

—No, pero tenías que haber visto cómo la miraba.

—Hablas de más, Sophie —le reprochó su hermano mientras se retiraba las protecciones de los dedos y las depositaba sobre la pequeña mesa redonda, al lado del sofá.

—Bueno, ya tienes edad para buscarte una mujer, hijo.

—¿Para qué? —respondió este, seco—. Me va bien así.

—Es española, ¿sabes? —continuó Sophie—. De Barcelona, y es muy guapa.

—¿Barcelona? —El padre frunció el ceño—. Eso está muy lejos. Más te valdrá no enamorarte, entonces. La gente de países cálidos se adapta mal a estas tierras, y no creo que tú pudieras vivir en otro lugar.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —inquirió Kenzie, enfadado. Es una chica más de las que he conocido hoy, por el amor de Dios…

—Sí, hijo, pero es mejor cortar estas cosas de raíz, no darles siquiera la oportunidad de germinar.

—Eso díselo a tu hija que ha hecho todo lo posible para que la llevemos a todas partes.

—Yo solo quería ser amable —se defendió Sophie—. Llevan aquí varios días y aún no han salido de Beauly.

—No es nuestro problema.

—Bueno, como he notado que te gustaba, solo quería ayudarte un poco.

—Pues no me ayudes más, ¿quieres, Sophie? Además, está prometida.

—¿Prometida?

—Sí. Ahora voy a darme una ducha y a meterme en la cama antes de que se os ocurra alguna tontería más.

Sophie miró a su padre y se encogió de hombros mientras su hermano se refugiaba en el cuarto de baño murmurando algo para sí mismo.

—Pues es una lástima —le dijo Sophie a su padre—. Me cae muy simpática, y a mí no me importa que esté prometida —añadió

ahogando una risita—. Una de sus amigas se ha resfriado y la otra sale con Rory Elliot, así que está un poco sola y…

—Tú siempre preocupándote por los demás —comentó su padre.

—La verdad es que quiero que sean mis amigas, estoy cansada de estar con Mary que lo único que quiere es ligarse a Kenzie.

—Deberías salir con otras chicas del pueblo, no con extranjeras que se marcharán en unos días.

—Sí, ya lo sé, pero yo también me marcharé el mes que viene a Edimburgo con mamá, así que, en realidad, no importa demasiado.

—Anda —murmuró su padre con el rostro ensombrecido—, ve a dormir tú también.

Sophie le dio otro beso.

—*Oidhche mhath, dadaidh*.

—*Oidhche mhath*, mi pequeña.

William MacLeod aferró con fuerza su vaso de whisky y lo apuró de un solo trago. No estaba borracho. El tiempo de las borracheras había quedado atrás hacía años; tiempos oscuros en los que había tenido que renunciar a sus hijos, entregándoselos a su padre porque él se había convertido en un ser incapaz, desprovisto de cualquier facultad que no fuera la de beber y sucumbir a la desesperación. Había amado solamente a una mujer en su vida: Elisabeth. Siempre se había preguntado por qué alguien como ella, con el rostro de un ángel y el cabello como el fuego, se había casado con él, un don nadie que había trabajado como un animal en las minas del sur.

Cada noche se sentaba en el sofá con un vaso de whisky en la mano. Bebía despacio, saboreando, recordando. Cerraba los ojos y volvía a tiempos felices. Luego, cuando el whisky conseguía calarle las venas, olvidaba el amor que aún sentía por ella, pese a todo, y entonces la odiaba con un desprecio visceral nacido de las raíces de su corazón. «Sophie apenas tenía tres años cuando se fue, la muy zorra», pensaba un poco entoldado por el alcohol, que conseguía extraer con cada sorbo el rencor apresado en el alma. «Y Kenzie…,

no podía soportar ver la tristeza en sus ojos. Maldita perra, ¿por qué los abandonaste? Yo me hubiera marchado si me lo hubieras pedido, pero tú querías irte lejos, sin ninguna carga. Me mandaste aquella carta en la que me decías que ya no aguantabas más, que no estabas preparada para educar a los niños porque te pasabas el día pensando que tu vida estaba acabada y que eso terminaría por perjudicarles. Decías que yo lo haría bien, que los cuidaría bien, pero te olvidaste de que también a mí me destruiste».

William abrió los ojos, enrojecidos y brillantes por el alcohol y las lágrimas. Volvió a cerrarlos y susurró unas palabras antes de quedarse dormido apoyado en el respaldo del sofá.

—*Elisabeth, mo ghraidh*, mi amor.

Discusiones

A la mañana siguiente Rebeca se levantó temprano. Berta aún no se había despertado y Lola había llegado de madrugada así que no esperaba verla hasta bien entrada la mañana.

Salió a dar un paseo por el camino del río. Miró al cielo y vio un montón de nubes. Podría describir en aquel mar de algodones más de ocho colores distintos y por primera vez no asoció los nubarrones con algo molesto. Al contrario, pensó que era un cielo bello. El río fluía silencioso en ese tramo, los árboles se estremecían con la brisa y los pájaros saltaban y trinaban entre los arbustos. Era un paisaje vivo y fresco cuyos aromas, potenciados por la humedad del ambiente, la hacían sentirse extrañamente ligada al entorno. Respiró hondo varias veces para embriagarse de aquel olor, y sus fosas nasales se inundaron de nuevas fragancias que nada tenían que ver con los olores artificiales de la ciudad.

Su mente se fue sin querer al suceso del día anterior. Se había visto envuelta en una situación engorrosa por culpa de Lola, y lo que más le molestaba era saber que lo había hecho a propósito, siendo consciente de que la molestaría. A la memoria le vino el cálido contacto del chico y aquel ligero estremecimiento que sintió cuando la aferró por la cintura y la estrechó con suavidad.

Se le escapó un suspiro involuntario y sintió de pronto la necesidad de hablar con Mario. Sabía que a esa hora estaría trabajando, pero necesitaba oír su voz. Sacó el teléfono móvil y marcó su número.

—¿Rebeca? —dijo una voz masculina al otro lado de la línea—. ¿Estás bien?

—Sí, solo quería hablar un rato contigo.

—Oye, nena, ahora no es buen momento. Estamos reunidos con un cliente. Sabes que no debes llamarme hasta la tarde. Te llamo yo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, vale. No es nada importante, no te preocupes.

—Un beso, guapa.

—Un beso —susurró ella.

Una gota de agua humedeció la pantalla del teléfono. Rebeca elevó los ojos y vio que los nubarrones grises se habían vuelto más oscuros, más amenazadores. Dio la vuelta y regresó a casa a tiempo de no mojarse.

Encontró a Berta en la cocina, preparándose un té.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo a su amiga, que sujetaba una taza en una mano y un pañuelo en la otra.

Se preparó otro té y unas tostadas y se sentó frente a su amiga.

—Esto es lo que voy a llevarme de Escocia —dijo Berta con voz áspera y gangosa—. Un tremendo resfriado.

—Se te pasará antes de irnos, ya verás. —Trató de animarla—. ¿Qué tal anoche con la señora Munro?

—No puedo decir que me haya aburrido. Me ha puesto al corriente de la vida de todo el vecindario. Y me ha hecho tomar toda esa sopa de verduras y el *porris* ese.

—Se dice *porridge*.

—Como sea, y también he tenido que beber una pócima a base de whisky caliente con miel y limón. —Suspiró—. ¿Y vosotros, qué? ¿Lo habéis pasado bien?

Se sonó de forma ruidosa.

—Yo lo habría pasado bien si no hubiera sido por Lola, que siempre quiere hacer las cosas a su manera.

En esos momentos Lola entró en la cocina, con el pijama arrugado y el pelo tan revuelto que parecía el nido de una cigüeña.

—Buenos días —dijo con la voz ronca—. Hacéis más ruido que un *bulldozer*.

—Ahora mismo iba a poner al corriente a Berta de tus jueguecitos.

—Bien, llego a tiempo, entonces —dijo con desgana mientras rebuscaba en el armario.

—¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó Berta con una sonrisa suspicaz.

Los ojos de Rebeca parecían echar chispas.

—Tan solo empujarme a los brazos de un escocés con aspecto de salvaje.

Berta abrió al máximo los ojos vidriosos.

—¿Quién tiene aspecto de salvaje?

Lola soltó una risotada.

—La verdad es que sí, tiene el aspecto más salvaje y sexy que he visto en mi vida —dijo, y llenó su taza con agua caliente—. Si no fuera porque adoro a Rory, no me importaría llevármelo a la cama, o a un pajar escocés, o a un cuarto oscuro escocés, o al asiento trasero de un coche escocés, o a un establo lleno de ovejas escocesas, o al…

—¡Basta, Lola! —la interrumpió Berta a punto de atragantarse con el té—. Nos queda claro ese punto. Pero ¿me podéis decir de quién estáis hablando?

Lola se sentó junto a ellas.

—Del hermano de Sophie.

—¿Tiene aspecto de salvaje? —preguntó sorprendida.

—De un completo bárbaro.

—¿El mismo del que nos habló la señora Munro?

—El mismo. Y también el mismo que visteis en el río dándose un festín con la rubia Mary.

Los ojos congestionados de Berta se abrieron en su máxima dimensión detrás de sus gafas.

—¿El chico del río es el hermano de Sophie? —Rebeca afirmó despacio con la cabeza—. ¿Y te reconoció?

La mirada abatida de su amiga le dio la respuesta.

Berta se echó a reír.

—Me habría encantado estar allí. ¡Ay! ¿Por qué he tenido que coger este resfriado? ¿Y dices que Lola te empujó a sus brazos? ¡Oh, Dios! Quiero oír eso.

—Solo le pedí que bailara con ella —explicó Lola—. Yo estaba bailando con Rory y… bueno, ya sabes… por no dejarla sola.

—¡¿Por no dejarme sola?! —estalló Rebeca—. Mary estaba a nuestro lado, y me miró con cara furiosa.

—¡Madre mía! Es mejor de lo que pensaba. —Berta se volvió hacia Lola y añadió—: Eres una bruja.

—Que no se queje —respondió esta—. Allí había una docena de chicas deseando hacer lo mismo, pero esta mojigata ni siquiera se dio cuenta.

—¡Yo no quería bailar con nadie!

—Bueno, tranquilízate —le dijo Berta—. No merece la pena ponerse así por un baile inocente.

—Un baile inocente con un escocés cañón vestido de *Brave Heart*. Creo que deberías darme las gracias. Será lo más cerca que vayas a estar en tu vida de un tío bueno.

Berta comenzó a reír de forma sonora, pero la tos le cortó la risa.

—Ah, Lola, vete a la mierda —le espetó Rebeca, harta de la conversación.

Las dos amigas abrieron mucho los ojos.

—*Hey*, señorita palabrotas, ten cuidado con lo que dices o tendrás que buscar un cura católico que te confiese —la amonestó Lola—. Y posiblemente tendrías que dar un salto hasta Irlanda para encontrarlo.

Se quedaron en silencio; Rebeca mascullando para sus adentros, Berta sofocando las ganas de reír y de toser al mismo tiempo y Lola intentando colocarse los rizos.

—Pues que sepáis que Mary no es su novia —las informó Rebeca mientras le daba los últimos bocados a su tostada. Sus dos amigas

volvieron de golpe la mirada hacia ella—. Me dijo que solo son amigos, y que lo del río fue algo que no se repetirá.

—Si trata así a sus amigas te sugiero que no vuelvas a acercarte a él —comentó Berta, y reprimió un estornudo.

—Yo me pregunto por qué demonios te contó eso —dijo Lola pensativa—, después de todo, no eres más que una desconocida para él. A menos que…

Rebeca puso cara de hastío.

—A menos que qué.

—Un flechazo, ya sabes: le gustas.

—Tú y tus historias… Pero la realidad es que no quiere que se lo cuente a su hermana.

—Qué desilusión. Aunque yo para estas cosas tengo olfato de sabueso.

Rebeca tomó otra tostada y la untó de *lemon curd*.

—Yo te identifico más con un caniche de pelo negro y rizado.

—Mientras tenga pedigrí…

—Venga chicas, dejadlo —intervino Berta.

Lola chascó la lengua y se removió en el taburete.

—Pues ya que estamos os diré que Rory me ha invitado a pasar unos días en Nairn.

—¿Dónde está eso? —preguntó Berta.

—Cerca de Inverness. Unos amigos le han dejado una casita. ¡Estoy emocionada! Por fin estaremos solos. No os importa, ¿verdad?

Berta se encogió de hombros y se subió las gafas con un dedo.

—Bueno, este es tu viaje —dijo.

—¿Por qué no alquiláis un coche y os movéis?

—Si esta gente tuviera la sana costumbre de conducir por donde lo hace la mayoría, sabes que lo haría —gruñó Rebeca—. Pero no quiero estrellarme por ahí y llevarme por delante a algún inocente.

Lola elevó los ojos y apoyó la cabeza entre las manos. Rebeca terminó de comer su segunda tostada y recogió las tazas del desayuno.

—Iré a devolver los vestidos a la tienda de la señora Ferguson —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Lola—. El festival no termina hasta esta noche.

—¿Le ves cara a Berta de querer irse de fiesta? —Esta se sonó la nariz ruidosamente, levantó la mano libre y movió negativamente el dedo índice—. Pues yo no pienso ir sola.

—No irás sola. Tienes a Sophie. —Luego con una pícara risita añadió—. Y a Kenzie, que por si no te diste cuenta anoche te miraba con la misma intensidad que lo haría un gato alrededor de un sabroso ratoncito. Pero claro, a ti te parecía más interesante el suelo.

—Tú dedícate a retozar con Rory y déjanos vivir al resto en paz —le espetó Rebeca.

—Vale —dijo Lola—. Haced lo que queráis.

Berta había vuelto a la cama después de darse una ducha rápida y tomarse un analgésico, así que Rebeca recogió los vestidos y, un poco desanimada, fue a devolverlos a la tienda.

Había recordado coger un paraguas, y se alegró mucho de ello, pues a los pocos minutos comenzó a lloviznar.

Después de la visita a la tienda de la señora Ferguson y de hacer algunas compras por el pueblo, volvió a Riverside Drive a la hora de comer.

Encontró a Berta en el sofá, ojeando una revista. Se acomodó a su lado y se dio un masaje en los pies, resentidos por la actividad de los últimos días.

—¿Y Lola? —preguntó—. No, no me lo digas, ya se ha marchado.

—Exacto, y no sabe cuándo volverá.

Rebeca soltó un bufido.

—Con que venga para coger el avión…

Berta le puso una mano sobre la pierna.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. Yo estoy hecha un asco, y me da rabia que te quedes encerrada en casa por mi culpa.

—No te preocupes, no me importa.

Rebeca recordó la conversación con Sophie. Tenía que avisarla de que no irían al festival, ni tampoco al día siguiente a Culloden.

—¿Culloden? —se extrañó Berta.

—Sí, dijo que iban a tocar allí.

—¡Ay, yo quiero ir! —se quejó Berta—. Quiero verles tocar, quiero ir a Culloden y sobre todo quiero conocer a Kenzie Mac…

—MacLeod —finalizó Rebeca.

—¿Está tan bien como dice Lola?

—Ya sabes, a Lola todos los hombres le gustan.

—Eso no es cierto —le reprochó Berta—. Suele tener buen gusto.

—No niego que sea atractivo. Claro que vestido de esa manera y con todos esos tatuajes…

—¿Tiene tatuajes?

Berta comenzó a reír hasta que le dio otro ataque de tos.

—¿Por qué te ríes tanto?

—Imaginaba la cara que pondría tu madre si te hubiera visto bailar con alguien así.

Berta continuó riendo y tosiendo hasta que se le saltaron las lágrimas. Rebeca quería estar seria, pero pensar en la cara de espanto de su madre fue suficiente para que también estallara en carcajadas.

—Se moriría del susto —dijo entre risas.

Entonces Rebeca dejó de reír. Pensó seriamente que debería avisar a Sophie; tal y como estaba Berta no creía que pudieran ir a ningún sitio. Esta se sintió culpable, si solo fuera por la tos y los estornudos no habría dudado en abandonar su encierro, pero la fiebre la dejaba sin fuerzas.

Decidió preguntar a la señora Munro, seguro que ella sabía cómo podría localizarla.

A primera hora de la tarde llamó a la puerta de su casera.

—Hola, querida —le dijo esta cuando la vio—. ¿Sucede algo? ¿Está peor tu amiga Berta?

—No, no es eso. Es que necesito encontrar a Sophie.

—Bueno, yo no tengo su número de teléfono, pero los MacLeod viven en Croyard Road. Verás, tienes que salir a la calle principal, después tomas Croyard Road a la izquierda, avanzas todo recto y dejas atrás el pueblo. Caminas por una carretera estrecha hasta que encuentras una desviación a la derecha. Al final del camino de grava verás la casita de William. Solo hay esa y la distinguirás porque tiene algunas ovejas pastando en la pradera que hay junto a la casa. Ya no hay mucha gente que críe ovejas en Beauly, pero parece ser que a él le entretiene. Qué te voy a contar…, el pobre… —Se quedó pensativa y al cabo de unos segundos añadió—: ¿Te acordarás?

—Creo que sí: calle principal, a la izquierda, Croyard Road, paso el pueblo, camino de grava a la derecha y ovejas.

—Buena memoria, jovencita.

La oveja Lola

Croyard Road era una carretera que salía del pueblo en dirección noroeste. Rebeca dejó atrás las últimas casas y continuó avanzando, tal y como le había indicado la señora Munro. La vía estaba flanqueada por enormes árboles de follaje ondulante y densas copas que ocultaban el cielo sobre su cabeza. Sintió la típica sensación de estar caminando dentro de un túnel y apuró el paso cuando el frío se le coló por debajo de la fina falda que le llegaba hasta las rodillas.

La carretera era muy estrecha y exhibía evidentes muestras de haber sido reparada aquí y allá. En el pavimento, la palabra «slow» recomendaba controlar la velocidad, aunque hasta entonces no se había cruzado con ningún vehículo. Cuando no había árboles en la orilla, las praderas, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, estaban delimitadas por pequeños muros y vallas destartaladas de madera.

Encontró un pequeño camino de grava a la derecha y, al fondo, una casita de piedra rojiza y tejado puntiagudo. A ambos lados del escueto camino sin asfaltar había dos grandes prados cercados con vallas de madera bien conservada. En la pradera de la izquierda, un grupo de seis o siete ovejas pastaba con parsimonia.

Oyó el crujir de la grava bajo sus pies acompañando sus pasos y, por alguna razón, su corazón comenzó a latir con más fuerza.

Justo cuando estaba llegando a la casa, un hombre salió de ella portando un pequeño cesto de caña entre las manos. Cuando notó su presencia, se detuvo con brusquedad y se quedó observándola.

—¿Buscas algo, muchacha? —le preguntó desde la distancia.

Rebeca redujo el paso pero siguió avanzando.

—¿Es… es esta la casa de los MacLeod? —preguntó, insegura.

—Así es —respondió el hombre, que se percató del acento de la chica y se hizo una idea de quién podría ser.

—Yo… quería hablar con Sophie, si está en casa.

William caminó hacia ella.

—No, no está —dijo deteniéndose a escasa distancia—. Mary vino a buscarla después de comer.

El padre de Sophie y Kenzie no aparentaba ser muy mayor y, aunque su cabello estaba salpicado de canas, aún desprendía reflejos cobrizos. Estaba sin afeitar y tenía marcadas ojeras bajo unos ojos profundos y rasgados de un tono azul oscuro. Rebeca pensó que su hijo había heredado su mirada intensa.

—¿Puedo dejarle un mensaje?

—Claro, criatura —respondió él con amabilidad.

—Solo quiero decirle que mi amiga no ha mejorado de su resfriado y que no iremos hoy al festival. También quería darle las gracias por invitarnos a Culloden mañana, pero me temo que tampoco podremos ir.

—¿Desde dónde vienes caminando?

—Nos hospedamos en casa de la señora Munro, en Riverside Drive.

—Es una buena caminata. Te has tomado muchas molestias para avisar a mi hija.

Rebeca sonrió, comedida.

—Ella ha sido muy amable con nosotras. Era lo menos que podía hacer.

William se quedó callado y la miró con interés. Rebeca se sintió de repente incómoda bajo su mirada escrutadora y sintió alivio cuando él volvió a hablar.

—¿Quieres una taza de té o un refresco antes de irte?

—Oh, no gracias —se apresuró a decir.

—Vamos, insisto…, no puedo dejar que te vayas así.

—No se moleste, por favor.

—No es molestia. Mira, siéntate a descansar un poco bajo ese árbol de ahí —dijo señalando un gran sauce cerca de la valla que separaba la pradera de la casa—. Vuelvo enseguida.

Rebeca dejó de insistir y se dirigió hacia el árbol, sujetando con fuerza el paraguas que había cogido antes de salir de casa. Bajo el refugio que procuraba la gran masa de ramas lánguidas, había una mesa rústica, hecha de madera, y un banco a cada lado. Se sentó en uno de ellos y se dijo que sería un lugar estupendo para guarecerse del sol si se diera el caso de que luciera con fuerza en aquel lugar.

Al cabo de un momento, William volvió con dos latas de Irn-Bru en las manos. Rebeca tomó una, la abrió y tomó un pequeño sorbo.

—Refrescante —dijo con amabilidad, paladeando su sabor cítrico.

Por unos momentos se quedaron en silencio. El hombre parecía pensativo y un poco introspectivo.

—Es un lugar muy agradable —comentó Rebeca para romper el silencio—. Me refiero a este rincón bajo el árbol.

—A Sophie le gusta mucho practicar con su *bodhràn* aquí sentada. Se puede pasar horas tocando. Su hermano la acompaña a menudo, y la escucha.

—Por cierto, me llamo Rebeca —dijo.

—Lo sé. Sophie me ha hablado de ti. Yo me llamo William.

—Encantada de conocerle, señor.

—Lo mismo digo, *mo spáinneach bancharaid*. —Ante la cara de incógnita de su interlocutora, William aclaró—: Significa mi amiga española.

—Ah. —Rebeca miró hacia la pradera donde pastaba el ganado —. ¿Cuántas ovejas tiene?

—Desde ayer, ocho. Alice parió por la tarde.

—¿La oveja se llama Alice?

—Oh, sí. Sophie elige siempre el nombre de alguna amiga desleal que no se ha portado muy bien con ella y le pone su nombre a una oveja. Por suerte sus amigas nunca llegan a enterarse, y si alguna viene a casa procuramos no llamar a las ovejas. Es un pacto entre nosotros.

Rebeca no pudo contener la risa.

—¿Te gustan las ovejas?

—No he tenido mucha relación con ellas, la verdad…

—¿Quieres acercarte? —preguntó, levantándose del asiento de madera.

—Claro. Será divertido.

Dejaron sus refrescos en la mesa y traspasaron la valla por una pequeña puerta de madera. A medida que iban caminando por el prado, las ovejas se aproximaban a su dueño haciendo sonar sus esquilas.

—Esta se llama Emma —dijo señalando a una de color blanco y negro—. Estas son Lucy y Emily. —Señaló a dos de cuerpo blanco y cabeza negra—. Aquí vienen Molly y Mary. —A Rebeca se le escapó una risita al escuchar el último nombre—. Aquel de allí, el de los grandes cuernos es Jack. Sophie le puso el nombre de un compañero de instituto que se burló de ella por hablar gaélico. Nunca se lo perdonó.

—Ya veo —dijo Rebeca sonriendo.

—Y aquellas del fondo, son Alice y su pequeña.

—¿Se enfadará si me acerco?

—No lo creo, vamos.

Caminaron hasta el final de la finca, justo en el límite con la carretera, y llegaron junto a Alice. El diminuto cordero que había a su lado parecía un pedazo de algodón blanco y esponjoso.

—¿Puedo tocarlo?

—Adelante, no te hará nada.

Hincó la rodilla en el suelo y acarició al pequeño animal, que movió la diminuta cola como si fuera una batidora.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rebeca.

—Aún no tiene nombre. ¿Quieres ponérselo tú? Creo que a Sophie le gustará.

—¿En serio?

—Por supuesto. Es una hembra.

No necesitó mucho tiempo para pensar.

—Se llamará Lola —dijo ahogando la risa.

—¿Es una mala amiga esa Lola?

—En realidad, no, pero últimamente me colma la paciencia.

William sonrió.

—Me gusta el nombre.

Volvieron bajo el árbol y terminaron los refrescos en silencio, observando con detenimiento el paisaje a su alrededor. La sensación incómoda de permanecer callados había desaparecido. Por alguna razón, de pronto se sentía a gusto al lado de aquel hombre, y no necesitó decir nada.

Mirara donde mirase todo eran grandes praderas delimitadas por vallas o por líneas de arbustos o grandes árboles, alguna casita distante y las nubes de varios colores adornando el cielo sobre ellos.

—Es un lugar precioso —dijo casi sin darse cuenta. William volvió la mirada hacia ella, pero no dijo nada, simplemente la escuchó—. Siempre he vivido en Barcelona. Debe de ser agradable vivir en un lugar donde todo el mundo se conoce.

—Es agradable. Al final forman parte de tu vida. Pero seguro que alguien de ciudad no podría acostumbrarse a un sitio como este.

—Mi padre siempre dice que el hogar es donde está la familia, el amor o el trabajo.

—Una afirmación sabia y práctica a la vez. ¿A qué se dedica?

—Es abogado. Y mi hermano mayor, Enric, también.

—¿Y tú no has seguido sus pasos?

—Las leyes no son lo mío. Siempre quise ser maestra.

—Un buen oficio; enseñar al que no sabe.

—¿Y Sophie? La señora Munro nos dijo que está en la universidad.

—Sí, estudia Arte en Edimburgo. —Se quedó pensativo y luego añadió—: ¿Qué más os dijo la señora Munro?

—Ah, nada más. —Rebeca se puso tensa.

—Te acabo de conocer, muchacha, pero diría que se te nota cuando mientes.

—Bueno —se aclaró la garganta antes de seguir—, ya sabe cómo es la señora Munro, aparte de muy buena persona.

—Sí —dijo él soltando un suspiro—. Le gusta hablar demasiado, aunque sé que no lo hace con mala intención.

—No, señor.

El hombre se sumió unos momentos en el silencio y de pronto pareció recordar algo.

—¿Sabes? Hace muchos años, cuando trabajaba en las minas, tuve un compañero español. Se llamaba Alberto y hacía unas tortillas de patata que no olvidaré jamás. Cada vez que traía una para el almuerzo siempre nos ofrecía un pedazo. Era buena gente. Al cabo de un año volvió a su tierra. No he vuelto a probar una tortilla de esas.

—Sí, es uno de nuestros platos nacionales —dijo Rebeca animada porque la conversación hubiera cambiado de rumbo.

En medio del silencio oyeron el motor de un vehículo que se aproximaba. Aún no había aparecido en el camino de grava pero William sabía de quién se trataba.

—Ese es Kenzie —dijo.

Rebeca se agitó, y se levantó de un salto.

—Bueno… —empezó a decir—, yo… tengo que irme.

—Oh, bien, pero ahora que mi hijo está aquí él te llevará.

—No, no quiero molestar —replicó Rebeca nerviosa mientras observaba el Nissan azul acercándose lentamente por el camino—. Volveré dando un paseo.

El vehículo se detuvo al lado de la casa. Cuando el muchacho se apeó, su padre lo llamó desde el refugio bajo el árbol.

—¡Kenzie! —Este se volvió hacia la conocida voz. Reflejó sorpresa al ver a Rebeca y se quedó varado—. Kenzie, *trobhad an seo* —insistió su padre para que se acercara.

—La chica ha venido a decirle a Sophie que no podrá ir hoy al festival —le comunicó cuando llegó a su lado—. Al parecer su amiga aún no está bien.

Kenzie movió la cabeza, asintiendo, pero no dijo nada. Rebeca se fijó en su aspecto; se notaba que acababa de salir de trabajar pues llevaba anudado a la cintura un peto gris. Rebeca pensó que incluso así vestido su imagen seguía siendo muy atractiva, pero no se atrevió a clavarle la mirada y observarlo con detenimiento.

—Gracias por el refresco, señor, y encantada de conocerlo —dijo, y se dispuso a marcharse.

—No te vayas, espera —le pidió William, y se volvió hacia su hijo —. Kenzie, ¿tienes tiempo para acercar a la muchacha a Riverside Drive?

Él miró el reloj, y Rebeca se sintió de nuevo una carga.

—De verdad, puedo ir caminando…

—Ni hablar. Estos días hay muchos forasteros en el pueblo. Te llevará Kenzie.

El chico dio media vuelta y regresó en silencio al vehículo. Al ver que Rebeca no le seguía, se volvió hacia ella:

—¿Vamos?

—Ah, Kenzie —añadió su padre—. Llama de paso a tu hermana y pasa a recogerla dondequiera que esté.

—Está bien, *dadaidh*.

Rebeca lo siguió con desgana, sabiendo lo embarazoso que sería el viaje. Levantó una mano a modo de despedida y William le devolvió el gesto.

—Adiós, muchacha.

El color de sus ojos

Kenzie apartó del asiento las cosas que estorbaban; un jersey de lana, una pieza grande de metal, un destornillador con el mango de vinilo azul y una llave dinamométrica. Cuando hubo terminado, Rebeca se subió de un salto y se sentó.

—Siento mucho que siempre te obliguen a llevarme a casa —murmuró.

—No te preocupes —respondió él con amabilidad.

Dio vuelta al vehículo y salieron a la carretera.

El silencio volvió a pesarle como una roca e intentó aplacar su rigidez haciendo girar el anillo de Mario sobre el dedo. No obstante, se atrevió a desviar la mirada lo justo para depositarla en las manos que sujetaban el volante. Estaban limpias, sin rastro de aceite. Su ropa no corría la misma suerte; su camiseta verde militar estaba marcada por un buen número de manchas frescas y oscuras.

Observó unas letras tatuadas en las primeras falanges de sus dedos, pero no consiguió descifrar su significado.

—Parece que ha sido un día duro —le dijo casi sin pensar, más por romper el silencio que porque tuviera ganas de hablar. El chico la miró sin comprender—. Lo digo porque parece que te hayas rebozado en una tina de aceite.

Él se fijó en su propia ropa y luego volvió la vista al frente.

—El coche del viejo Alastair. Hace años que debería haberlo convertido en chatarra, pero creo que se morirán juntos. Le tiene mucho cariño.

Ella había vuelto la cabeza para mirarlo mientras hablaba.

—Ya —dijo—. Algunas personas atribuyen cualidades humanas a las cosas y les cuesta mucho desprenderse de ellas.

Lo vio afirmar con la cabeza, sin decir nada. Rebeca pensó a toda velocidad cualquier otra cosa que pudiera decir.

—Vives en un lugar muy bonito —comentó. Él apartó la mirada un momento de la carretera y la miró—. Tu padre me ha dejado ponerle nombre al nuevo cordero.

Al instante se sintió estúpida por el comentario. Kenzie la volvió a mirar y elevó las cejas cobrizas.

—¿Y qué nombre le has puesto?

—Se llama Lola.

El muchacho sonrió y Rebeca observó que el blanco de sus dientes destacaba sobre su incipiente barba rojiza.

Un teléfono comenzó a sonar dentro de la guantera, frente a Rebeca.

Kenzie estiró el brazo y trató de abrirla, rozándole las rodillas.

—Lo siento —se disculpó.

«Esto lo he visto yo en montones de películas», pensó ella que no pudo reprimir la risa.

Kenzie encontró el teléfono y, al sacarlo, volvió a rozarle las rodillas. Rebeca se vio obligada a abrir las piernas para dejarle espacio suficiente. Él sintió el roce suave de su piel bronceada y se sorprendió imaginando lo que sería introducir la mano por ese hueco entre los muslos. Estaba tan cerca, que el diablillo rojo tatuado en su brazo le gritaba que detuviera el Nissan en la orilla y la sedujera. Reconocía en la muchacha una delicada y dulce feminidad que provocaba que su cuerpo reaccionara solo con sentirla cerca.

Se sacudió de encima esas sensaciones y se disculpó de nuevo.

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella, sintiendo la piel erizada por el contacto.

Lo escuchó hablar en gaélico por el aparato, y dedujo que lo hacía con su hermana.

Al cabo de un momento, le ofreció el teléfono sin desviar la mirada de la carretera.

—Sophie quiere hablar contigo.

Tomó el aparato de su mano y le comunicó a su joven amiga que no podrían acompañarlos esa noche al festival ni al día siguiente a Culloden. Después le devolvió el teléfono a su dueño. Se sentía mal; Sophie parecía muy decepcionada por el repentino cambio de planes.

Rebeca sonrió con gratitud cuando el Nissan se detuvo frente a la casita de piedra de la señora Munro.

—Gracias otra vez por traerme.

—De nada.

—Adiós.

—*Tioraidh* —le respondió él.

—*Tior… Tioraidh* —pronunció ella con dificultad.

—Hum, aprendes rápido —murmuró.

Sonrió de nuevo y antes de apearse se fijó en sus ojos. No eran marrones como le habían parecido la noche anterior, sino azul oscuro, como los de su padre.

Cerró la puerta y al tiempo observó que la señora Munro se dirigía hacia ellos, apresurada.

—¡Kenzie! ¡Kenzie, muchacho! ¡Espera!

Él la vio por el espejo retrovisor e hizo descender su ventanilla. Rebeca se detuvo un instante en el jardín y escuchó lo que decía su casera.

—Oye, querido, no consigo que mi viejo Fiat arranque, ¿puedes echarle un vistazo?

En su camino hacia la entrada, Rebeca no logró escuchar lo que le respondía Kenzie, entró en casa y miró por la cristalera de la fachada principal, a través de la cortina, hasta que vio que se marchaba.

—¿A quién espías por la ventana? —inquirió Berta, quien había salido de la cocina al escuchar el ruido de la puerta. Sujetaba en la

mano una taza llena de caldo que le había preparado la señora Munro.

Rebeca volvió la cabeza hacia ella.

—Al hermano de Sophie.

—¿Está ahí fuera?

—No, ya se ha marchado. Es que me ha traído a casa.

—¿Otra vez?

Tuvo tiempo durante el resto de la tarde de contarle a Berta lo sucedido. Mientras hablaba, se notaba extraña; en un momento la embargaba una euforia desbordante y al instante siguiente se sentía desanimada. No sabía bien por qué se producían en ella esas reacciones pero no podía evitarlas, de igual modo que no podía evitar tener el pelo oscuro y los ojos verdes. De lo que sí estaba segura era de que le sucedía cuando pensaba en Kenzie. Era un sentimiento bonito y deprimente al mismo tiempo. Bonito porque era nuevo, desconocido y estimulante, y deprimente porque no estaba destinado para ella.

Antes de que acabara la tarde, sonó su teléfono. Era Mario. Había olvidado que había prometido llamarla y se alegró de que él lo recordara. Por fin podrían hablar, seguro que la voz de su prometido era capaz de desterrar de su cabeza aquellas sensaciones que comenzaban a desconcertarla. Quería decirle que lo echaba de menos y, sobre todo, quería escuchárselo decir a él.

Quería sentir.

Pero no sintió nada.

Mario la puso al corriente sobre algunas negociaciones en el bufete que los mantenían ocupados. Habló y habló haciendo pequeñas pausas para asegurarse de que ella continuaba escuchando. Rebeca seguía la conversación con escuetas intervenciones: «Ajá… ¿de veras?… es estupendo…». Pero no hubo ninguna palabra alentadora que le hiciera desear salir corriendo para estar a su lado.

Se despidió de ella con un simple: «Un beso, nena», y Rebeca esperó un momento antes de colgar, deseando que él añadiera algo

más. Pero no lo hizo y la comunicación se cortó.

Contuvo las emociones, sin embargo no pudo impedir que se reflejaran en su estómago. La imagen de Kenzie y Mary en el río la arrolló. La pasión con la que se besaban la había sorprendido, mucho más cuando él le confesó que no había significado nada. Notó que la piel se le encendía. Pero no era solo la imagen del río. En cualquier parte y a cada momento encontraba testimonios de un amor diferente al suyo. Alguna vez se le había cortado la respiración al contemplar las miradas y los gestos que se dispensaban Lola y Rory, o cuando Berta le hablaba de Albert; le fascinaba el sereno amor que envolvía sus facciones cuando lo mencionaba. La historia de William y su esposa; un hombre destrozado por el abandono, incapaz de superar la pérdida. ¿Por qué ella no podía sentir algo tan intenso por Mario?

Porque no lo amas, susurró una tímida vocecita en su interior.

Antes de que anocheciera, Berta quiso salir a tomar el aire. Ambas dieron un paseo por la orilla del río y respiraron con gusto la atmósfera húmeda y fresca. Las nubes del cielo se habían teñido de rosa, como si se hubieran vestido de ese color para despedir al día y saludar a la noche. Rebeca miró las nubes; ese acto estaba empezando a ser una costumbre en aquel lugar.

—Oye, Berta, ¿echas de menos a Albert?

La mirada de su amiga se dulcificó.

—Pienso en él a cada momento. Sé a qué hora se pone a estudiar, y a qué hora hace un receso para tomar un café. Conozco su postura favorita mientras descifra un test y la forma que tiene de morder el bolígrafo. Lo sujeta con los colmillos y lo hace girar sobre sí mismo. Todos sus bolis tienen la misma marca, y ni siquiera se da cuenta de que lo hace. —Suspiró suavemente—. Sí, lo echo de menos, pero no me arrepiento de haber venido. Sé que él está más tranquilo y esas oposiciones son importantes para los dos.

La humedad próxima del río hizo que Berta estrechara contra su cuerpo la chaqueta de lana que la cubría. Luego añadió:

—Tú también echas de menos a Mario, ¿verdad? Siempre estáis juntos.

—Sí, por supuesto. —Rebeca trató de añadir algo tan bonito como lo que había dicho Berta, pero no se le ocurrió nada. Se quedó un momento callada y al fin dijo:

—¿Te ha pasado alguna vez que cuando sales de tu ambiente y estás lejos te percibes a ti misma como a alguien diferente?

—Nunca lo he pensado, la verdad. ¿Tú lo sientes así?

—A veces. Me ocurrió cada verano que pasé en Londres. Me sentía distinta, no sé, es solo una sensación. Aquí me siento igual.

—Bueno, he notado que te vistes de otra forma. No intentas ocultar tu cuerpo bajo la ropa holgada.

—A Mario no le gusta que marque demasiado la figura.

—¿Y a ti? ¿Te gusta vestir de ese modo? —Rebeca se encogió de hombros y Berta añadió—: Creo que Mario no sabe apreciar lo que tiene.

—Pues aquí pienso vestirme como me apetezca. —Sonrió de forma traviesa y añadió en tono confidencial—: Antes de venir hice unas cuantas compras y pienso ponérmelo todo.

—Voto a favor de eso. Estás estupenda, Rebeca, no dejes que nadie te haga creer lo contrario.

Por la izquierda

A primera hora de la mañana Rebeca se revolvía inquieta en la cama, envuelta en extrañas ensoñaciones en las que una banda completa de gaitas la rodeaba y la atronaba con su potente rugido. Ella se encogía en el suelo y se tapaba los oídos, pero sus manos no conseguían atenuar el estruendo de los instrumentos que a punto estaban de convertir en añicos su cerebro. Por eso no oyó el timbre de la puerta, ni a Berta que la llamaba con urgencia.

—¡Rebeca!

Cuando por fin se despertó, tardó unos segundos en ubicarse.

—¿Qué pasa?

—Están llamando a la puerta.

—¿Y qué? Quiero dormir un poco más… —dijo y se tapó la cabeza con la almohada, como si el sonido de las gaitas aún le estuviera perforando los tímpanos.

—Ve a abrir. Sea quien sea tú hablas mejor que yo.

El timbre volvió a sonar.

—Pero ¿quién puede ser a estas horas? —bufó malhumorada mientras se levantaba de la cama.

Salió en pijama, con los ojos entrecerrados por la luz que se colaba en el salón y el pelo revuelto. Miró por la ventana antes de abrir. Sophie estaba en la puerta. Abrió sin perder un momento.

La chica se disculpó por levantarla de la cama tan temprano. Había aprovechado que su hermano estaba inspeccionando el coche de la señora Munro, antes de ir a trabajar, para pasar a saludarlas y ver de paso qué tal se encontraba Berta. Rebeca la invitó a pasar y,

antes de cerrar la puerta, estiró el cuello y llegó a ver el Nissan azul de Kenzie aparcado frente a la casa de la señora Munro.

Berta apareció en el salón reprimiendo un bostezo y colocándose las gafas.

—Hola, Sophie —saludó.

—Ah, Berta, ¿cómo te encuentras?

—Creo que mejor, al menos ya no tengo fiebre.

—Qué buena noticia, ¿vendréis entonces esta tarde a Culloden?

La propuesta activó la vitalidad adormecida de Berta como si hubiera pulsado el botón de energía extra. Por fin tenía la oportunidad de hacer algo en aquel lugar.

—Creo que ya estoy en condiciones de salir a ver mundo. Me va a dar algo si sigo aquí encerrada.

—Oh, estupendo —dijo dando un leve saltito de alegría—. ¿Pasamos a recogeros a las tres, entonces?

—Bien —respondió Berta.

—Bueno, pues volveos un rato más a la cama si os apetece, yo me voy. Kenzie no tardará mucho con la señora Munro, siempre son cosas sin importancia las de su coche.

La muchacha se despidió y se marchó. Berta y Rebeca cruzaron la mirada un segundo antes de salir disparadas hacia la cristalera. Rebeca llegó primero; Berta tenía los músculos agarrotados debido al reposo.

—Vamos, déjame mirar —le pidió.

—Solo se ve su coche. Sophie se ha subido a él.

—Ya sé…, ¡por la habitación de Lola! Su ventana da a la casa de la señora Munro.

Las dos entraron como torbellinos en el cuarto de su amiga. Berta movió un poco la cortina, lo justo para tener una buena visión del patio delantero de su casera.

Kenzie estaba agachado sobre el motor del pequeño auto y lo único que se veía de él era su camiseta negra y un trozo de sus vaqueros.

—Maldita sea, no lo veo bien —refunfuñó Berta.

Kenzie se incorporó, se limpió las manos con un trapo sucio y se dirigió a buscar algo al todoterreno. Entonces Berta pudo verlo.

—¡No lleva falda escocesa!

Rebeca le lanzó una sonrisa burlona.

—¿En serio?

—Es que me lo había imaginado con falda.

—Ya.

—Vaya —dijo Berta volviendo a mirarlo—. Desde aquí parece muy guapo. No me parece nada salvaje, sois unas exageradas, más bien tiene aspecto de motero. Me encanta su pelo.

—Creo que no deberíamos ir con ellos a Culloden —insinuó Rebeca.

—¿¡Por qué!? —Berta casi había chillado.

—No sé… Sophie es muy amable invitándonos, pero no estoy segura de que su hermano esté tan feliz como ella. Es un poco reservado.

—Además de guapo, misterioso. Por lo que me habías contado, creía que era agradable.

—Sí, lo es, incluso me dijo mientras bailábamos que mis ojos eran bonitos.

—Y galante —determinó Berta—. Yo lo que sé es que llevo dos días aquí encerrada. Esto no son vacaciones, son un tormento. O vamos con ellos o alquilamos un coche, tú decides.

Rebeca lanzó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Anda, vamos a desayunar.

Después de tomar unas tostadas y un té, hicieron un poco de limpieza, abriendo las ventanas para que corriera bien el aire. Se diría que la casa necesitaba respirar después de dos días de clausura a causa del resfriado de Berta. Lavaron la ropa sucia y la tendieron en el jardín trasero. Para su sorpresa, había amanecido un día soleado, el primer día despejado desde que habían llegado.

Antes de comer Rebeca llamó a su padre.

—¿Qué tal, hija? ¿Cómo te tratan los escoceses? ¿No se te estará pegando ese acento tan ruidoso, verdad?

—No, papá. ¿Cómo va todo por ahí?

—Tu madre un poco atareada repartiendo invitaciones y soportando que Inés le pida cada día que le ponga esas cintas de colores en el pelo. Y Enric ha vuelto al trabajo. Se le ve bien, no te preocupes.

—Lo llamaré.

—Sí, hazlo, se alegrará de oírte, aunque apenas hace una semana que te fuiste.

—A mí me parece una eternidad.

—¿No lo pasas bien, cariño?

—Sí, sí, es que aquí todo es diferente. Hoy es el primer día que luce el sol.

—Ya me lo imagino. Pero hay que aprender a apreciar todas las cosas, cielo.

—Es verdad. Bueno, papá, un beso para todos.

—Cuídate, hija.

Comieron en el jardín, disfrutando del sol esquivo que al fin había logrado librarse de las nubes. Rebeca apenas probó bocado; estaba nerviosa por la excursión de la tarde. Deseaba ir, pero también se sentía inquieta porque vería de nuevo a Kenzie y volvería a experimentar aquellas sensaciones que la llenaban de culpabilidad. No había hecho nada en absoluto, sin embargo se sentía culpable por el simple hecho de pensar en él de la forma en que lo hacía, por haber notado un remolino de mariposas en el estómago cuando bailaron, cuando su mano le rozó las rodillas.

Pensó en Mario, en su forma impecable de ir siempre vestido; su ropa de marca, su pelo engominado, sus manos finas y su forma un poco arrogante de tratar a todo el mundo. A Rebeca no le molestaba que fuera así con ella, era parte de lo que consideraba su superioridad. Su madre también poseía ese carácter. Lo único que le

resultaba irritante era que a veces tratara a su hermano como si este fuera estúpido solo por la falta de experiencia de Enric en el bufete.

Comparó a su novio con Kenzie. ¡Dios, eran como el sol y la luna! Aunque no supiera exactamente a quién atribuir los rasgos del sol y a quién los de la luna. Eran tan distintos que parecían de una especie diferente.

Berta la sacó de su abstracción.

—La Tierra llamando a Rebeca.

—¿Qué?

—Chica, ¿estabas en Marte o qué?

—Solo pensaba.

—Pues no pienses tanto y vamos a recoger los platos, pronto vendrán a buscarnos.

Rebeca sintió una nueva agitación y se apresuró a ordenar la cocina. También recogieron la ropa tendida en el jardín; aún estaba húmeda así que decidieron dejarla dentro, en el tendedero portátil, no estaban convencidas de que el sol burlara a las nubes durante todo el día.

Se vistieron con ropa cómoda; vaqueros y camisetas, cogieron sus chaquetas y esperaron sentadas en el sofá los quince minutos que faltaban para que el reloj diera las tres.

Justo a la hora acordada, escucharon el ruido de un motor detenerse frente a la casa. Rebeca se levantó de un salto.

—Ya están aquí.

Sophie las esperaba de pie junto al vehículo. Vestía su falda larga a cuadros y la blusa blanca bajo el chaleco. Se había sujetado el pelo en dos trenzas que le hubieran dado un aspecto infantil de no haber sido por su estatura.

Berta se subió en la parte trasera del todo terreno y Sophie la siguió, guiñándole un ojo a Rebeca cuando esta intentó colarse en la parte de atrás. A Rebeca no le quedó más remedio que sentarse al lado de Kenzie.

«Genial», pensó.

Se fijó en que él también llevaba puesto su atuendo tradicional, aunque aquella camiseta negra sin mangas y todos aquellos tatuajes no entraban en lo que Rebeca consideraba típico o folclórico. El muchacho murmuró un saludo casi imperceptible y ella no pudo evitar fijarse de nuevo en sus tatuajes.

Giraron hacia la calle principal y salieron del pueblo por la A862 dirección este. Era la misma carretera por la que habían llegado a Beauly la semana anterior.

Sophie y Berta parloteaban sin parar en la parte trasera. A Sophie le divertía especialmente la forma tan poco fluida que su nueva amiga tenía de expresarse en inglés y cuando le hablaba lo hacía despacio y no le importaba repetir las frases para que ella consiguiera entenderla.

Sin embargo, Kenzie no hablaba; parecía concentrado en la carretera a pesar de que apenas había tráfico.

—Creo que nunca me acostumbraría a conducir por la izquierda —dijo Rebeca para romper el hielo.

Kenzie la miró un segundo.

—¿Tienes licencia para conducir? —preguntó.

—Sí —respondió Rebeca, animada porque por fin mantendrían una conversación.

—¿Quieres probar? —la instó, y sus labios se curvaron en una mueca traviesa.

Ella se llevó instintivamente la mano al pecho.

—¡No! No podría…

Kenzie puso el intermitente y disminuyó la velocidad. Rebeca se quedó paralizada. En pocos segundos el todoterreno se había detenido en la orilla de la carretera. Él se bajó del vehículo y después de rodearlo por la parte delantera, abrió la puerta del copiloto.

—Inténtalo —le dijo.

Sophie y Berta no sabían qué sucedía y dejaron a un lado su animada charla para mostrar toda su atención a la pareja.

—No es una buena idea —señaló Rebeca.

—¿Qué no es una buena idea? —intervino Sophie, pero nadie le respondió.

—Es sencillo —la animó Kenzie—, vamos, yo estaré pendiente.

—Esto —dijo Rebeca haciendo un gesto que abarcaba el todoterreno—, es muy grande y la carretera muy estrecha…

—No voy a dejar que te estrelles… —insistió él.

Rebeca cedió, más por la costumbre que porque tuviera ganas de conducir un gran vehículo por aquel lugar, y encima por la izquierda.

Saltó de su asiento y se sentó frente al volante. Percibió el calor del cuerpo de Kenzie en las piernas y en el trasero y sintió una leve excitación que dominó al instante.

Él ocupó su sitio y cerró la puerta.

—Funciona como cualquier otro coche —le dijo—, el cambio es manual.

Rebeca asintió con la cabeza.

—Vamos —la animó Berta—, tú conduces muy bien.

—¿Hay alguna rotonda cerca? —preguntó.

—No, por el momento.

—De acuerdo.

Soltó el freno de mano, metió la primera y salió a la carretera.

Durante el primer minuto nadie habló, era como llevar de conductor al aprendiz de una autoescuela, o algo peor.

—Lo haces muy bien —comentó Kenzie.

—Sí, no está mal para llevar solo cien metros y no pasar de tercera —apuntó Sophie conteniendo la risa.

—Aumenta la velocidad —dijo él.

—¿No voy bien así?

—Por mí no hay problema, pero no creo que el coche que llevas pegado detrás piense lo mismo.

Lo vio por el espejo retrovisor y se puso más nerviosa.

—No te preocupes, te pasará en cuanto gires en esa curva.

Efectivamente, el vehículo los adelantó y Rebeca sufrió la mirada irritada del otro conductor que, afortunadamente, enseguida desapareció de su vista.

—Disminuye la velocidad o cambia de marcha. Yo te sugiero que aumentes de marcha, vas pasada de revoluciones, ¿no oyes como ruge el motor?

Rebeca cambió de marcha y el motor se relajó.

—¡Oh, Dios! Viene un camión.

—Tranquila, hay espacio de sobra para los dos.

Sujetó el volante con fuerza y contuvo las ganas de pasarse al otro carril como le dictaba el subconsciente. Cuando el gran vehículo llegó a su altura, Rebeca cerró los ojos durante un segundo y se arrimó tanto a la orilla que casi se sale de la carretera.

Kenzie exclamó algo incomprensible y estiró con rapidez el brazo derecho, sujetando el volante con decisión. Rebeca disminuyó la velocidad y aparcó el todoterreno en la orilla.

—¿Has cerrado los ojos? —le preguntó él, entrecerrando los suyos, dándole más intensidad a su mirada.

—No… —farfulló Rebeca.

—Sí, has cerrado los ojos… —insistió él.

—Te dije que no era una buena idea…

—Ya lo veo.

—Lo… lo siento…

—Vamos, no la regañes —le recriminó su hermana—. La culpa es tuya por insistir.

Kenzie saltó del todoterreno y mientras lo rodeaba por segunda vez, Rebeca ya se había colocado de nuevo en su sitio.

El resto del camino, Sophie se esforzó por incluir a Rebeca en sus conversaciones con Berta ya que su hermano había decidido cerrar la boca y no volver a abrirla.

Tomaron la autopista A9, cruzaron *Kessock Bridge* dirección sur y pocos minutos más tarde la abandonaban para incorporarse a la carretera de Culloden, que bordeaba el pueblo del mismo nombre y llegaba hasta el campo de batalla. Era una carretera poco transitada, con numerosas viviendas individuales a ambas orillas. Poco a poco las casas se fueron distanciando hasta que desaparecieron del todo. Entonces solo quedaron campos y lejanos páramos en el horizonte.

Un letrero marrón y blanco les avisaba de que habían llegado. En él se leía: *Àrach Blàr Cùid Lodair*, y debajo *Culloden Battlefield*. Dos grandes banderas escocesas sobre altos mástiles flanqueaban la entrada.

Tambores de guerra

Kenzie aparcó el todoterreno en un estacionamiento grande lleno de coches y dos autobuses.

Se dirigieron al *Visitor Centre* para que Berta y Rebeca sacaran sus entradas y echaran un vistazo al centro de interpretación. La chica del mostrador los recibió con una gran sonrisa, aunque, a decir verdad, el gesto iba dirigido en exclusividad al componente masculino del grupo. Tras la gruesa capa de maquillaje, se adivinaba una muchacha guapa, de pelo muy rubio y ojos azules. Kenzie le devolvió un discreto gesto a modo de saludo.

—¿Cómo estás, Sarah? —le dijo.

—Esperando a que vuelvas a llamarme —respondió la chica mostrando buena disposición.

Él le dedicó media sonrisa esquiva.

Luego la rubia se fijó en las dos nuevas acompañantes.

—Ojalá pudiera salir de aquí y veros tocar un rato, pero hoy tenemos mucho movimiento.

—En otra ocasión, tal vez —replicó él.

—Me conformaré con escucharos desde aquí.

Sophie y Kenzie enseguida captaron la atención de los visitantes, e incluso alguno se atrevió a pedirles una fotografía. Ellos, conscientes de que su aspecto era atractivo para los turistas, se mostraron amables.

Antes de que llegara el resto de la banda desde Inverness, las chicas tuvieron tiempo de indagar en el centro interpretativo. Leyeron los paneles donde se explicaban los detonantes de la

batalla, los bandos que surgieron y cómo se dispusieron las tropas. Como no llevaban un orden fijo, pues deambulaban de un lado a otro sin mucho sentido, tuvo que ser Kenzie quien deshiciera el lío que se había formado en sus cabezas entre los defensores de la Casa de los Estuardo, los de la Casa de Hanóver, Bonnie Prince Charlie y el conjunto de clanes de las *highlands* que apoyaban la causa jacobita.

—Bonnie Prince Charlie —comentó Kenzie—, era el apodo del príncipe Carlos Eduardo Estuardo, hijo de Jacobo III, legítimo aspirante al trono británico. La mayoría de los jacobitas eran escoceses de los clanes de las Tierras Altas y su objetivo era restaurar en el trono a un rey católico de la Casa de los Estuardo. En oposición, el ejército real al mando del duque de Cumberland, hijo de Jorge II y miembro de la Casa de Hanóver. Aquí, en el páramo de Culloden, tuvo lugar la batalla final que terminaría con las rebeliones jacobitas.

Kenzie se acercó a una gran maqueta interactiva donde se mostraba la disposición de ambos bandos.

—Los jacobitas llegaron a Culloden tres días antes de la batalla. Habían recorrido un largo camino con los jefes de sus clanes y estaban cansados y hambrientos por la falta de provisiones. Pasaron varias noches a la intemperie, durmiendo sobre el suelo húmedo y frío del mes de abril. La mayoría portaba armas rudimentarias: espadas, hachas, escudos…

Una pareja de ancianos se detuvo a su lado a escuchar la historia. Por su forma de explicarse, Kenzie parecía conocer muy bien de qué hablaba, tanto, que la gente pronto lo confundió con un empleado del centro interpretativo. Su voz era sosegada pero cargada de emotividad. Rebeca percibió su tono suave y profundo, marcado por la cadencia de las gentes de aquella parte de Escocia. Hablaba a media voz, solo para sus invitadas, pero fue inevitable que poco a poco fuera rodeado por un grupo de turistas cada vez más numeroso.

—La mañana del enfrentamiento —continuó—, los jacobitas estaban exhaustos. Además no eran un ejército debidamente entrenado, cada uno obedecía las órdenes del jefe de su clan y era difícil coordinarlos. Por el contrario, el ejército del gobierno británico estaba formado por expertos soldados recién llegados de las guerras del continente, estaban bien aprovisionados y no les faltaban alimentos. Incluso la noche antes del enfrentamiento habían sido agasajados con un banquete especial para celebrar el cumpleaños del duque.

Kenzie señaló en la maqueta la posición de los clanes, la de Carlos Estuardo y la del duque de Cumberland y sus tropas.

—La mañana del dieciséis de abril de 1746 fue fría y lluviosa. El ejército británico levantó su campamento al amanecer. Estaban descansados después de haber dormido en sus tiendas durante la noche, habían comido en abundancia e incluso habían tomado algo de brandy. Llegaron a Culloden y formaron en filas ordenadas. El grueso de sus tropas ascendía a un total de ocho mil hombres. Los jacobitas eran, apenas, cinco mil.

»Los ejércitos quedaron enfrentados, separados por trescientas yardas de páramo cenagoso que resultaría ser un verdadero problema para la carga, algo en lo que los *highlanders* eran expertos. Con el viento en contra y una fuerte lluvia en forma de granizo, los jacobitas lo tenían difícil para salir victoriosos de aquella contienda.

Kenzie hizo una pequeña pausa para tomar aliento, y no demostró sentirse incómodo ante la expectación que había provocado su presencia.

—Primero vino el fuego de la artillería; veinte interminables minutos bajo el fuego de los cañones. La mayoría de las bajas jacobitas se producirían en estos primeros minutos. El viento les enviaba oleadas de humo de la artillería que conseguía cegarlos y desorientarlos. En medio de esta confusión llegó una lluvia de proyectiles de plomo. La artillería jacobita prácticamente había desaparecido y tan solo contaba ya con dos cañones. No tenían otra

opción más que cargar, aunque muchos serían abatidos incluso antes de entrar en combate.

El remolino de gente que se había congregado para seguir la explicación de Kenzie, no se atrevía a respirar, esperando escuchar el desenlace de la historia. Muchos sabían que allí se había desarrollado una batalla, pero la mayoría desconocía los pormenores del enfrentamiento. Los ecos de un pasado no muy lejano habían envuelto las palabras del escocés con un manto fino y transparente, aislándolos del presente para transportarlos más de doscientos años atrás.

—¿Qué sucedió? —preguntó impaciente una mujer de rasgos orientales con un marcado acento.

Kenzie volvió a señalar el panel.

—Un grupo de escoceses consiguió atravesar la primera línea del ejército británico que, en un principio, se desconcertó por el sonido desgarrador de los gritos de los *highlanders* que se aproximaban a gran velocidad, con sus espadas y hachas extendidas sobre sus cabezas. La carga escocesa era muy temida por las tropas británicas. Eran alrededor de seiscientos hombres. Pero pronto quedarían atrapados entre la primera línea de casacas rojas —dijo, señalando el movimiento en la maqueta— y la segunda. En pocos minutos fueron prácticamente aniquilados, y en menos de una hora la batalla había terminado. Los que no murieron bajo el fuego de los cañones, lo hicieron bajo el fuego de la metralla, el resto fueron abatidos por los mosquetes. Más de mil doscientos jacobitas murieron, otros tantos yacían heridos, y más de trescientos fueron hechos prisioneros. Un testigo inglés —continuó Kenzie—, escribiría más adelante: «El páramo estaba cubierto de sangre y nuestros hombres, que debido a la matanza del enemigo tenían los pies encharcados en sangre y se salpicaban entre sí, parecían carniceros en vez de soldados cristianos».

Un sentido murmullo de consternación recorrió el grupo de turistas. Rebeca no podía apartar los ojos de Kenzie, y Berta prestaba total atención para no perderse ningún detalle.

—Los heridos fueron rematados a bayoneta, los huidos fueron perseguidos por la caballería real, matando a todo el que se interpusiera en su camino, incluso a los no combatientes. Muchos de los prisioneros fueron fusilados; otros fueron ahorcados de las vigas de madera de la Iglesia Vieja en Inverness, luego fueron arrastrados y descuartizados; otros fueron enviados a las colonias. Fue la última de las batallas en suelo británico, pero también fue el final de una forma de vida; del sistema de clanes. Con la Ley del Desarme se prohibió el uso del tartán, del *kilt*, de las gaitas y el uso de nuestra lengua. La crueldad de las tropas al mando de Cumberland, apodado desde entonces el Carnicero, fue tal que ningún ejército ha reclamado hasta el día de hoy la victoria de Culloden.

Kenzie dio por finalizada su pequeña lección de historia. La gente pronto se dispersó murmurando entre sí, asombrándose de lo crueles que pueden ser las guerras. Berta y Rebeca aún estaban un poco consternadas por los hechos que acababan de escuchar; sin duda una parte importante de la historia de Escocia y sin la cual posiblemente no se podría entender bien el sentir de todo un pueblo.

—Has sido un narrador muy eficiente —dijo Berta.

—Ha sido horrible —comentó Rebeca, aún con el rostro desencajado, como si todavía no hubiera vuelto del páramo ensangrentado.

—Puedo encajar una mala crítica —repuso Kenzie.

—No, no me refería a ti, me refería a…

—Lo sé —la interrumpió él, divertido.

Rebeca iba a decir algo pero se contagió de su gesto burlón y esbozó una sonrisa.

—¿Salimos ya de aquí? —les apuró Sophie—. Hace un día maravilloso y quiero respirar aire fresco.

Salieron al exterior y el escenario de la sangrienta batalla se desplegó ante sus pies. Las jóvenes no sentían lo mismo que cuando habían llegado a aquel lugar hacía menos de una hora. Las palabras de Kenzie resonaban en su interior, al igual que el imaginario sonido

de los cañones sobrevolando sus cabezas. Caminaron en silencio hacia el centro del campo. Imaginaron también aquel lugar yermo, raso y desabrigado bajo una fuerte lluvia y un viento persistente azotando a los escoceses ya de por sí agotados y hambrientos. Allí, bajo el suelo que pisaban sus pies se había derramado tanta sangre que sentían como si estuvieran caminando sobre una enorme tumba.

—Este es el *Memorian Cairn* —les dijo Kenzie cuando se detuvieron ante un gran monumento de piedras—. Fue erigido en memoria de los muertos en 1881.

Leyeron la inscripción: «La batalla de Culloden tuvo lugar en este páramo el 16 de abril de 1746. Las tumbas de los valientes escoceses que combatieron por Escocia y el Príncipe Carlos están marcadas con los nombres de sus clanes».

Esas tumbas, desperdigadas por el páramo, consistían en una simple piedra clavada en el suelo y erosionada por el paso del tiempo. A medida que avanzaban, iban apareciendo algunas con los nombres de los clanes grabados en ellas; Clan Ferguson, Clan MacDonald, Clan Stewart, Clan Fraser, Clan MacKenzie, Clan MacLaren…, incluso vieron una tumba con la inscripción: *Mixed Clans*.

También les mostraron el lugar donde fueron enterrados los soldados del ejército británico que cayeron en Culloden; poco más de cincuenta.

—Debió de ser una locura —murmuró Rebeca que imaginaba aquellos promontorios, cubiertos por un manto verde, llenos de restos humanos—. ¿Las tumbas corresponden al lugar exacto donde fueron enterrados? —le preguntó.

—No se sabe a ciencia cierta —respondió Kenzie—. Pero es fácil suponer que así sea puesto que fueron las gentes del lugar quienes los enterraron. Posiblemente los identificaron por los distintivos de sus clanes.

Rebeca se dio cuenta de que estaban solos; Berta y Sophie se habían quedado rezagadas.

—¿El clan MacLeod participó en la batalla?

Kenzie se detuvo y la miró, intrigado.

—¿Por qué te interesa tanto todo esto? Estás muy lejos de tu hogar.

—No creo que sea una cuestión de países —replicó—, es más una cuestión humana. No importa de dónde sea uno, la gente que murió aquí eran personas como nosotros. Sentirían miedo, tenían familias que les esperaban, sin embargo lucharon por una causa hasta la muerte.

—Posiblemente la mayoría no tuvo otra alternativa que seguir al jefe de su clan al que habían jurado servir. Estar bajo su protección tenía sus obligaciones.

Un par de chicas jóvenes se acercaron a ellos.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —le preguntó a Kenzie una de ellas dejando escapar una risita.

—Claro —respondió él.

Rebeca se apartó ligeramente del campo de visión de la cámara, pero inmediatamente fue reclamada para hacer la fotografía. Kenzie les pasó un brazo por los hombros y sonrió.

—Gracias —dijeron ambas al tiempo y se fueron, cuchicheando entre risas y volviéndose a mirar al escocés y a su *kilt*.

—¿Te sientes disfrazado? —preguntó Rebeca.

—No —dijo, y sonrió. La luz del sol intensificaba el azul de sus ojos y arrancaba profundos destellos cobrizos en su cabello—. Solo cuando me ocurren cosas como esta.

Rebeca procuraba no mirarlo abiertamente, pero no podía evitar echarle un ojo mientras hablaba, algo totalmente permitido socialmente.

—Antes no me has contestado —le dijo.

—Respecto a qué.

—Al clan MacLeod.

—No hay mucho que contar. El jefe MacLeod de Dunvegan no apoyó la causa jacobita.

—¿Duvengan?

—Está en la isla de Skye. La familia de mi padre es de allí.

—Ah. ¿Y la de tu madre? —preguntó, y al ver que su expresión se ensombrecía se recriminó a sí misma por su torpeza. Kenzie se mostró incómodo y dudó un momento antes de responder.

—Mi madre es de Kirkcaldy, cerca de Edimburgo —murmuró, conciso.

Rebeca trató de cambiar de tema.

—¿Por qué no apoyaron la causa jacobita?

—¿Qué? —Parecía ausente.

—Has dicho que los MacLeod no apoyaron la causa jacobita.

—Había viejos rencores. Cien años atrás, Carlos II cometió el error de no expresar su gratitud al clan MacLeod por su servicio en la gran batalla de Worcester, y el jefe del clan proclamaría que ninguno de sus hombres volvería a empuñar una espada a favor de un Estuardo. Antes de Culloden, el entonces jefe MacLeod trató de disuadir al príncipe en su empresa, argumentando que era una locura y le aconsejó que se volviera a Francia y se olvidara de recuperar la corona de su padre. Aun así, algunos MacLeod afines a la causa se unieron al ejército del Príncipe y lucharon en Culloden.

—Entiendo.

Las chicas se acercaron a ellos, riendo.

—He terminado de explicarle a Berta lo que no te ha entendido a ti —le dijo Sophie a su hermano.

—Deberíamos ir a por los instrumentos —le respondió Kenzie—. Son cerca de las cinco y los muchachos estarán a punto de llegar.

Los hermanos se marcharon hacia el aparcamiento y las amigas se quedaron un rato a solas.

—Qué historia más impresionante, ¿verdad? —dijo Rebeca.

—Me ha impresionado bastante más la pinta del hermano de Sophie. Está cañón. ¡Huy! —exclamó—. No me parece la expresión más adecuada para usar en este lugar.

—No seas tonta —le dijo Rebeca, sonriendo.

—Ahora veo que Lola no había exagerado. Y con esa ropa tiene un aspecto tan…

—Salvaje —terminó Rebeca.

—Sí, eso es. Salvaje por fuera y dulce por dentro.

—¿Dulce?

—Vamos, podrás reconocer a un hombre guapo cuando lo ves, ¿no? Nadie te va a acusar de infiel por ello.

—No digas bobadas. Vale es guapo, ya lo he dicho.

—Y Lola tenía razón; te mira de un modo…

—¿De qué modo?

—Como si quisiera devorarte. —A Berta se le escapó la risa.

—Ah, no empieces…

—Y ¿sabes lo peor de todo? —Rebeca prestó toda su atención—. He visto cómo le miras tú.

—¿Cómo lo hago?

—No diré nada más. Pero no te preocupes, es normal que alguien tan carismático como él levante pasiones. ¿Te has fijado en la chica del *Visitor Centre*? Seguro que ha tenido con él algo más que palabras.

—Empiezas a parecerte a Lola —le recriminó Rebeca.

—Lola tiene mucha imaginación ya lo sabes. Pero me he fijado en que Sophie os echaba el ojo de vez en cuando y se le dibujaba una sonrisa en los labios.

Rebeca entornó la mirada.

—A ti te está afectando el sol. Llevas muchos días sin verlo.

—Tómatelo a broma, pero creo que se ha pegado a mí con la intención de dejaros a solas.

—¿Tú crees?

—Supongo que también se habrá dado cuenta de que le gustas.

—Me parece que exageras, puede que solo sea amable.

—De cualquier modo, ten cuidado, ¿vale?

Rebeca asintió y, desde la distancia, ambas vieron acercarse a Kenzie portando su tambor y a Sophie con el *bodhràn* y un micrófono con pie. Un poco más atrás les seguía Liam, sujetando su gaita. James había sustituido su pandereta por otro *bodhràn*; posiblemente consideraban la pandereta como un instrumento

demasiado alegre para tocar en un cementerio. También portaba un amplificador de sonido de tamaño mediano. El risueño Scott y su larga melena, cargaba con sus tambores enfundados y una estructura metálica plegada. La presencia del grupo pronto llamó la atención de los turistas.

Se dirigieron al centro del campo y se detuvieron al lado del monumento de piedra en memoria de los muertos. Scott desplegó sus soportes metálicos para colocar encima los tambores y Sophie dispuso el micrófono conectándolo al amplificador. Kenzie se sujetó el tambor y Liam colocó el fuelle de la gaita bajo su brazo.

La gente pronto comenzó a arremolinarse en torno a ellos. Cuando estuvieron preparados, Kenzie se acercó al micrófono y habló:

—Buenas tardes —dijo, y el micrófono soltó un pitido—. Somos el grupo Caledonia, todos nacidos y criados en las Tierras Altas de Escocia. Tocamos música tradicional escocesa, igual que tocaron nuestros antepasados durante siglos. Nos gusta especialmente tocar en este lugar porque despierta un sentimiento profundo en nuestros corazones, y deseamos que el sonido de nuestros instrumentos traspase las fronteras más allá de la muerte para reconfortar el alma de los caídos. Esto es para ellos.

Las palabras de Kenzie arrancaron vigorosos aplausos y gritos de *¡Aye! ¡Aye!* proferidos por algunos compatriotas.

Rebeca tragó saliva, y no apartó los ojos de la pequeña banda.

Comenzó el sonido de la gaita; Liam entonó una melodía lenta de notas largas que consiguió poner el vello de punta a buena parte del público. Kenzie golpeó su tambor imitando el ritmo de un corazón calmado. Con cada impacto su cuerpo se plegaba, como si con ello el instrumento pudiera cobrar vida y traspasar las fronteras del tiempo. Sophie batió su *bodhràn* de forma suave, al igual que el joven James, acompañando a la melodía. Sus trenzas pelirrojas parecían dos llamas de fuego sobre sus hombros. Ella era menos pasional que su hermano en la forma de tocar, cerraba los ojos y se dejaba llevar. Por último, Scott comenzó a golpear los pequeños

tambores, que se acoplaron al ritmo que marcaba Kenzie con el sonido sordo del suyo. La melodía cobró intensidad y rapidez, y de vez en cuando se escuchaban gritos roncos que eran respondidos por parte del público.

Rebeca no pudo evitar fijarse en Kenzie, a pesar de que se había propuesto no mirarlo. Su imagen desprendía tanta fuerza y tanto carisma que su presencia la atrapó sin remedio. Ni siquiera fue consciente de que Berta le había hablado; no escuchaba otro sonido que no fuera aquel tambor. Entonces su mente rezó una plegaria, uniéndose a la petición de Kenzie, deseando con toda el alma que la melodía apaciguara a los fantasmas de aquel pasado sangriento.

Un par de minutos más tarde, la música se detuvo de golpe.

La gente aplaudió, emocionada.

Kenzie dio las gracias, se desabrochó el cinturón y depositó el tambor en el suelo. Las notas solitarias de la gaita envolvieron de nuevo el campo de batalla. Esta vez era una melodía pausada, de notas sostenidas que evocaban otros tiempos. Cuando se aproximó al micrófono, Berta preguntó:

—¿Va a cantar?

—No lo sé —respondió Rebeca muy intrigada.

Sophie y James comenzaron a batir sus *bodhràn*, cuyo sonido se mantuvo en segundo plano, atenuado por las potentes notas de la gaita. Kenzie desplegó un papel que tenía entre las manos y se acercó al micrófono.

—Lo que les voy a leer es el contenido de una carta que le envió un soldado del regimiento del clan Chisholm a su esposa. La carta está fechada el veintisiete de abril de 1746, once días después de la batalla y se conserva en el *National War Museum* de Edimburgo. Dice así:

La gaita dejó de sonar y el sonido de los *bodhràn* ofreció el perfecto marco de fondo a las palabras de Kenzie.

Querida Ellen:

Te escribo en cuanto he tenido fuerzas para sostener la pluma entre mis dedos. Estoy bien; herido, pero aún me conservo entero. Sé cuál habrá sido tu preocupación durante estos días. Seguramente habrás tenido noticias del desastre y de ahí mi urgencia para hacerte saber que estoy bien. Por mi parte, deseo con fervor que tanto tú como nuestro hijo estéis bien, y no niego que tengo esa inquietud en mi corazón. Rezo para que no pase mucho tiempo antes de que pueda reunirme con vosotros.

Mis heridas van mejorando cada día, y pronto estaré en condiciones de cabalgar hasta nuestra casa. Querida Ellen, he pensado tanto en ti y en nuestro pequeño. Esto ha sido un infierno en la tierra. El sonido de los cañones me despierta en mitad de la noche, y el rostro de los hombres destrozados por la metralla me persigue durante el día. Oh, mi añorada esposa, ¿algún día olvidaré esta locura?, ¿algún día olvidaré el sonido ahogado de la muerte?

Rezo cada día a nuestro Señor para que los acoja en su seno y para que yo pueda volver pronto a casa.

Mi amada esposa, tuyo por siempre.

Brian

Kenzie volvió a doblar el papel, que no había usado, pues se sabía la carta de memoria, y la guardó en la funda de su tambor. Luego volvió a sujetar el instrumento con su cinturón. Berta miró alrededor y vio algunas mujeres limpiándose las lágrimas con un pañuelo, incluso Rebeca tenía los ojos enrojecidos.

—Te has emocionado —le dijo.

—¿Tú no?

—Sí, pero no soy de lágrima tan fácil.

—Es que me ha parecido una carta muy conmovedora…

—Y Kenzie tiene una voz preciosa; masculina y suave a la vez.

—Eso es cierto —asintió Rebeca.

—Bueno —dijo Berta—, al fin un acto de sinceridad.

La banda tocó otras tres piezas. Estas fueron más alegres. A pesar de ello, nadie daba saltos acompañando a la melodía como había ocurrido en el festival, aquel no parecía el lugar apropiado para ello. Pero sí se contagiaron de su ritmo y batieron palmas.

Incluso algunos movieron un poco los pies, como fue el caso de Berta y Rebeca, que querían sacudirse la sensación de tristeza que les había producido aquel sitio.

Cuando dejaron de tocar, montones de turistas los rodearon para conseguir una fotografía con el grupo. Después la gente pronto se perdió en el páramo.

Sophie les propuso a sus amigas hacerse juntos una fotografía.

—Berta, tú ponte a mi lado —terció.

Rebeca iba a colocarse junto a ellas cuando Liam, que aún portaba su gaita, la sujetó del brazo.

—No, *señorita* —le dijo en español mientras tiraba de ella. Luego añadió en inglés—: Hay demasiadas faldas juntas a este lado.

Rebeca sonrió, divertida. Lo cierto era que Berta y ella eran las únicas del grupo que usaban pantalones.

Liam le pasó un brazo por los hombros. Kenzie, que estaba a su otro costado, la sujetó por la cintura.

Mientras alguien disparaba la cámara, sintió la mano cálida como si fuera un hierro caliente en su cintura. Y ese simple contacto logró alterarla. No solo por el calor que irradiaba, sino porque la mano comenzó un suave movimiento indagador, buscando la tersura y la tibieza de la piel bajo la corta camiseta. Fue un gesto inapreciable para todos, excepto para Rebeca, que experimentó por primera vez un instante de erotismo. Así lo determinaba su corazón desbocado. Tan solo un roce y su cuerpo reaccionaba perdiendo el control. Siempre había pensado que el erotismo era un asunto peligroso que no encajaba con su personalidad. Pero entonces, ¿qué nombre poner a aquellas sensaciones? ¿Cómo llamar a lo que estaba sintiendo? Kenzie conseguía con una mirada lo que Mario jamás había logrado; que su interior se removiera, que su cuerpo vibrara ante el reconocimiento de un deseo omnipresente.

Notó los pezones rígidos bajo la ropa; una sensación perturbadora que se hizo visible por encima de su camiseta. La mano se cerró en un gesto posesivo entorno a la carne suave,

apretando y acariciando la piel, y su parte más íntima reclamó como propio el centro de ese deseo.

Sin pretenderlo, Rebeca lo buscó con la mirada. No le resultó difícil hallar sus ojos; él había inclinado la cabeza para mirarla. Esta vez no los vio oscuros, sino claros y brillantes. Fue una mirada breve y sedosa, pero tan intensa que pareció sellar un compromiso.

Se soltaron cuando la cámara hubo terminado de disparar dos veces.

—¿Dónde está Rory? —preguntó Scott, chocando sus baquetas —. Nos debe una cerveza.

—Se ha marchado unos días a Nairn con nuestra amiga —respondió Berta, que cada día se sentía más confiada con el idioma.

—Vaya granuja…

—Oye, Kenzie —dijo Liam aproximándose a él—, los chicos y yo hemos pensado en acampar este fin de semana en Loch Ness. Podemos hacer algún pase para los turistas en el castillo de Urquhart y sacarnos algún dinero extra.

—¿Habéis mirado el pronóstico del tiempo? No creo que los turistas se detengan a escucharnos bajo la lluvia.

—Parece que no va a llover, al menos no mucho.

—Pues por mí bien. No nos vendrá mal una ayuda para cambiar el viejo amplificador y el micrófono.

—Sophie, tus amigas pueden venir, si lo desean —añadió Liam—. ¿Habéis estado ya en Loch Ness? —les preguntó.

—No —respondió Rebeca, que aún notaba el cuerpo encendido.

—¡Es una idea fantástica! —exclamó Sophie.

Berta le lanzó una mirada ilusionada a Rebeca.

—A mí me encantaría —aseguró—. Después de todo, posiblemente sea lo más emocionante que hagamos durante estas vacaciones.

—Pero no tenemos tienda de campaña… —objetó Rebeca.

—Nosotros tenemos dos —apuntó Kenzie.

—Asunto resuelto —dijo Sophie.

Los chicos guardaron sus instrumentos, y eran cerca de las siete y media cuando se dispusieron a regresar a casa.

—¿Os ha gustado la actuación de hoy? —les preguntó Sophie apenas salieron del aparcamiento.

—La carta ha sido muy emotiva —dijo Rebeca, y miró a Kenzie de soslayo—. Hace cercanos hechos que ocurrieron hace mucho tiempo.

—Tendemos a pensar que las personas en esa época no eran como nosotros —dijo él—, que no sentían el miedo o el amor de la misma forma.

—¿Qué significa *Aye*?

—Significa «sí», entre otras cosas —contestó Sophie—. Pero también lo usamos para saludar. Voy a tener que daros un curso intensivo.

—Yo ya tengo bastante con el inglés como para tratar de aprender ese extraño idioma vuestro —comentó Berta.

—Aprender unas palabritas de cortesía no os vendría nada mal —añadió Sophie—. Cosas corrientes como *tha gaol agam ort*.

—¿Qué significa? —preguntó Berta.

Kenzie esbozó una sonrisa.

—Primero repite conmigo —pidió Sophie.

—Ah, no, soy negada para los idiomas —comentó Berta con resignación—. No podría repetirlo ni en un millón de años.

—Prueba tú, Rebeca.

Esta repitió como pudo las palabras.

—Dices mal las vocales —intervino Kenzie, y lo repitió despacio.

Ella lo intentó otra vez, vocalizando con cuidado.

—Perfecto —dijo Kenzie—. Pero deberías practicar un poco más.

—¿Qué significa?

—Significa *I love you* —dijo Sophie—. *Te quiero* —añadió en español—. Su hermano no pudo reprimir la risa.

Rebeca se ruborizó.

—¿No podías enseñarme algo más útil? —protestó.

—Oh, créeme, es realmente útil.

—No me parece, apuesto a que más de la mitad de la población no me entendería.

—Esa es la parte buena. De todas formas, depende de a quién se lo digas. Por ejemplo, Kenzie te entendería muy bien.

Rebeca volvió a enrojecer y esta vez fue Berta la que soltó una risotada.

Hablaron sobre los preparativos de la acampada y se dieron cuenta de que las chicas tendrían que comprar sacos de dormir, pues la temperatura a orillas del lago podía disminuir considerablemente por la noche. Resolvieron viajar al día siguiente a Inverness para comprar los sacos y de paso hacer un poco de turismo. Sophie se ofreció a acompañarlas y ser su guía por la ciudad.

Llegaron a Riverside Drive y Kenzie detuvo el Nissan en la entrada de la casa.

—Que os divirtáis mañana en Inverness —dijo—. Os llevaría yo mismo si no tuviera que trabajar.

—No te preocupes —le dijo Rebeca—, será divertido ir en tren.

—*Caidil gu math* —susurró él con voz dulce. Rebeca entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior—. Que duermas bien —tradujo Kenzie, y deseó poder besar ese labio apresado entre sus dientes.

—Lo mismo digo —le deseó ella antes de salir y cerrar la puerta del vehículo.

¿Quién cree en el amor verdadero?

Sentadas a la mesa de la cocina, con los pies cansados pero felices por haber pasado un día inolvidable en Culloden, sacaron de la nevera algo para cenar, incluyendo los restos de *haggis* de la señora Munro. Rebeca estaba pensativa y no tenía muchas ganas de hablar. Berta, por el contrario, estaba contenta y animada.

—Por fin empezamos a disfrutar de estas vacaciones, ¿no crees?

Rebeca masticaba, ausente, un trozo de *haggis* calentado en el microondas.

—¿Me has escuchado?

—Claro.

—Bien, ¿qué he dicho?

—Has dicho que… lo has pasado muy bien.

—Más o menos —la corrigió Berta—. Estás en las nubes, Rebeca. Kenzie te está afectando más de la cuenta.

—¡No es cierto!

—Si fueras otra persona diría que te estás enamorando.

Rebeca dejó de masticar y tragó de golpe para responder con urgencia.

—¿Enamorándome? ¡Por Dios, Berta! Lo acabo de conocer. Uno no puede enamorarse en unos días.

—Uno puede enamorarse en un instante, solo que a ti nunca te ha pasado.

—Es verdad, nunca me ha ocurrido, y no quiero continuar esta conversación.

Se levantó para recoger su plato y Berta no insistió en el asunto. Pensar que su amiga podría enamorarse de Kenzie le parecía una idea absurda, pero no del todo improbable.

Antes de acostarse, Rebeca llamó a Enric. Se lo había prometido a su padre y, aunque no se sentía con muchos ánimos para mantener una conversación agradable y alegre, pensó que hacía demasiados días que no hablaba con él. Tenía curiosidad por saber qué tal le iban las cosas viviendo solo; su padre no le había dado mucha información y estaba algo preocupada.

Enric no tardó en coger el teléfono.

—¿Cómo estás, hermanita? —preguntó una voz alegre al otro lado de la línea.

—Bajo las nubes de Escocia, ya sabes —respondió ella, lacónica —. ¿Cómo estás tú?

—Bastante adaptado a la vida en solitario. Pensé que lo llevaría peor, pero se ve que mi cabeza estaba saturada de los sermones de mamá.

Rebeca rio de forma sardónica; sin sentir alegría en su interior.

—Papá me ha dicho que ya has vuelto a trabajar.

—Sí, tampoco se tarda tanto en hacer la mudanza, además me he traído lo indispensable. Bueno, ¿y tú qué?, ¿te gusta Escocia?

Rebeca sintió un nudo en la garganta.

—En realidad no nos hemos movido mucho de Beauly.

—¿Beauly?

—Es un pueblecito cerca de Inverness, en las *Highlands*.

—Seguro que hay muchos castillos.

Rebeca se quedó en silencio.

—¿Te pasa algo? —inquirió su hermano—. Te encuentro un poco no sé cómo…

—Es solo que tengo ganas de volver.

—¿Echas de menos a Mario?

—Sí, claro —dijo sin mucha convicción.

—Últimamente está muy ocupado. Es como si lo quisiera resolver todo él solo. No quiere compartir méritos —dijo Enric con una risa

que sonó amarga.

—¿Y mamá?

—Ayer estuve en casa. Tenía ganas de ver a Inés, pero casi salimos discutiendo y me fui. A ver si se relaja un poco cuando pase tu boda si no acabará por enfermar, está histérica. Quiere controlar hasta el último detalle para que todo salga bien.

Rebeca sintió que su estómago se encogía.

—Dales un beso a todos de mi parte.

—No pienso besar a Mario. —Rio.

—Vale, pues besa a todos los demás.

—Muy bien, y tú disfruta bajo las nubes, aquí hace un calor insoportable.

—Lo haré, un beso.

Esa noche durmió inquieta, y frecuentemente se despertaba sobresaltada. Una de esas veces se despertó con la nuca húmeda y fría. Sin embargo no pudo recordar lo que estaba soñando. Miró la hora; eran las tres y cuarto. Se levantó de la cama y caminó hasta la cocina. Llenó un vaso de agua y volvió al dormitorio. Se fijó en que Berta dormía con una pierna fuera de la cama. Abrió la colcha y empujó la extremidad suavemente hacia dentro; no hacía calor para dormir con medio cuerpo al aire y temía que volviera a resfriarse. Se tumbó de nuevo y, ante la falta de sueño, se quedó mirando al techo en la penumbra. Pensó en Enric; lo había notado más animado. Puede que haber dejado de sentir la presión de su madre le hubiera liberado de alguna manera. Imaginó lo difícil que tuvo que ser para él tomar la decisión de marcharse. Sabía que la gente murmuraba y que para su madre aquello era como una condena. Recordó la tarde en que lo vio preparar la maleta, Enric estaba muy alterado y le había dicho cosas muy duras. Las recordaba bien, como si las acabara de pronunciar: «Nunca conocerás el verdadero amor, el que te corta el aliento y te deja sin respiración, el que te hace pensar que morirás si no estás con esa persona». Las palabras se habían

clavado en su alma como dagas afiladas, penetrando suavemente en la carne, sin oponer resistencia. Cerró los ojos y la imagen de Kenzie viajó hasta su cabeza. Trató de desterrarla, pero fue inútil. Se revolvió en la cama y apretó la cabeza contra la almohada, como si ese gesto fuera suficiente para borrar la emoción que la embargaba cuando pensaba en él.

Al final se rindió y dio rienda suelta a sus pensamientos. Las sensaciones físicas, grabadas en la mente, eran tan reales que su cuerpo volvió a estremecerse. Las manos de Rebeca recorrieron su propio cuerpo con movimientos sensuales, imaginando que eran otras manos más grandes y cálidas las que se deslizaban por su piel. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso podía ser cierto? ¿Se estaba enamorando? ¿Por qué nunca había sentido lo mismo con Mario?

La respuesta le cortó el aliento.

Impotente ante una verdad que pujaba por manifestarse, hizo un esfuerzo para no pensar en nada.

El sueño la recogió en medio de la lucha.

Inverness

Por la mañana fue Berta quien la despertó. Rebeca aún tardó un rato en desperezarse. Arrastró los pies hasta la ducha y dejó que el agua le despejara la mente. Recordaba haber soñado con Mario, con su hermano Enric y con una gitana que leía el futuro en las líneas de su mano.

Desayunaron en silencio. Berta le echaba miradas furtivas para calibrar los efectos de su charla la noche anterior.

—No has dormido bien, ¿verdad?

—No, para nada. He tenido unos sueños muy raros. Por suerte casi no los recuerdo.

—Mejor —convino Berta—. Ahora vamos a vestirnos y a pasar un buen día en la ciudad. Parece que hoy tampoco lloverá.

El tren abandonó la estación rumbo sureste, cruzó el río Beauly por un puente y avanzó entre un paisaje bastante repetitivo; praderas verdes se alternaban con otras más amarillentas hasta donde alcanzaba la vista. No vieron ninguna población importante, tan solo algunas casas desperdigadas a ambos lados de la vía que pronto transcurrió paralela al fiordo de Beauly. El viaje no duró mucho. Sophie les advirtió que iban a cruzar el canal de Caledonia que conecta las dos costas de Inverness; la oriental y la occidental. Poco después otro puente cruzaba el río Ness antes de entrar en la estación de la ciudad.

Trazaron un itinerario. Visitarían primero el castillo y después la catedral de St. Andrews, luego se desplazarían unas millas para visitar fugazmente Fort George y el castillo de Cawdor. A la vuelta comprarían los sacos de dormir.

Las tres estuvieron de acuerdo, así que comenzaron la visita por el castillo de la ciudad, que resultó estar cerca de la estación.

Se situaba en una especie de loma verde con vistas al río. El conjunto de piedra rojiza ofrecía la imagen típica de una postal, con numerosas almenas, redondas y cuadradas y la bandera de Escocia ondeando al viento.

—Esta construcción —les informó Sophie—, es en realidad una reconstrucción de un castillo anterior destruido durante las rebeliones jacobitas de 1746. Ahora son los juzgados municipales.

Rebeca sacó la cámara de fotos e inmortalizó el castillo. Frente al impresionante edificio vieron una estatua dedicada a Flora MacDonald, una heroína nacional que, según les relató Sophie, había salvado la vida del príncipe Carlos Eduardo después del desastre de Culloden. Lo había disfrazado de su sirvienta y burlado así los controles de las tropas inglesas.

—El príncipe tenía el apodo de Bonnie Prince Charly —explicó Sophie—, y en el inglés de escocia, *bonnie* significa «bello». Era un príncipe de rasgos delicados.

Deambularon durante un rato alrededor del castillo y luego, muy cerca de allí, cruzaron el río Ness para visitar la catedral de St. Andrews.

Con su estilo neogótico, la catedral les recordó a la de Notre Dame de París. Al parecer, el proyecto original incluía dos grandes torres que se quedaron al final recortadas por falta de fondos.

La catedral estaba construida con piedra arenosa rosada, mientras que el tejado era de laja verde. Rebeca animó a sus amigas a visitarla por dentro, así tendría algo interesante que contarle a su madre. Se hicieron con una guía de visitas, en español, y entraron en el templo.

Desde la capilla central, miraron el gran ventanal del oeste. La guía informaba que se trataba de uno de los vitrales más grandes de Escocia, con una magnífica gama de colores que hacía destacar la escena representada de manera sorprendente, a pesar de no recibir directamente la luz del sol.

Frente al pasillo sur, se situaba la capilla dedicada a San Andrés. Las vidrieras contaban la historia de la niñez y juventud de Jesús desde la Anunciación hasta su trabajo como carpintero en Nazareth.

Rebeca disfrutaba en silencio del recorrido por el templo como una niña, empapándose del olor característico de los lugares sagrados y de la tenue luminosidad que alentaba a la oración y al recogimiento. Cuando hablaban, lo hacían en voz muy baja para no molestar a los feligreses que se encontraban rezando.

Al final del pasillo norte, los candelabros convertían ese área en un lugar de rezo. Delante de la pila bautismal, un cuadro describía un incidente ocurrido en los días oscuros después de la batalla de Culloden, cuando la Iglesia Episcopal fue proscrita y su clero fue encarcelado por llevar a cabo oficios o misas públicas. La escena representaba a un sacerdote bautizando a un niño a través de su celda en la prisión.

Antes de abandonar el templo, dejaron una generosa dádiva en la caja de donaciones, al lado de la puerta principal, pues habían leído que el edificio se mantenía con los donativos de los fieles y los turistas.

Sus ojos se entrecerraron inevitablemente al chocar con la luminosidad exterior del mediodía. El tiempo se les estaba pasando sin apenas darse cuenta y ya casi era la hora de almorzar. Sophie las guio hasta la Escuela Vieja, situada al lado de la catedral y que en verano albergaba la casa de té para beneficio de visitantes y locales. Allí tomaron un pequeño tentempié y compraron algún recuerdo.

Con el objetivo cumplido del turista que ha hecho una visita bien aprovechada, caminaron por el paseo del río y cruzaron a la otra orilla por un bonito puente blanco de estructura metálica.

Tomaron un taxi, pactando previamente el precio con el taxista para tres horas de servicio y recorrieron las doce millas que las separaban de Fort George, que resultó ser un fuerte construido al terminar las guerras jacobitas. Era un espacio muy amplio con un enorme patio delantero y una muralla que lo rodeaba a lo largo de poco menos de una milla. No faltaban los cañones, ni las garitas de vigilancia. Su arquitectura era simple, a los ojos de Rebeca, pero Berta alegó que los fuertes no tienen que seguir los patrones de una arquitectura bella, sino práctica y defensiva.

Apenas hicieron las fotos, volvieron de nuevo al taxi, que las condujo unas seis millas al sureste de Fort George. El castillo de Cawdor las esperaba con su apariencia fantástica digna de una película de caballeros con armadura, con un puente levadizo que recordaba a los castillos de los cuentos. El cuerpo principal, de piedra rojiza, lo componía una torre medieval no muy elevada. Posteriormente a esa época, el castillo se había ido ampliando con varios edificios más bajos que conservaban el vernáculo estilo escocés.

—Es uno de los castillos mejor conservados de las *Highlands* —les indicó Sophie—. Y también de los más bonitos.

—Es precioso —corroboró Rebeca mientras Berta absorbía ensimismada toda su belleza.

—Es conocido por su conexión literaria con Macbeth. Aunque el castillo se cree que fue construido en 1454, bastantes años más tarde de los acontecimientos que se narran en la obra.

Pagaron las ocho libras de la entrada e hicieron un recorrido por el castillo. A pesar de lo magnífico y aristocrático de su porte, el interior estaba envuelto en un ambiente agradable, cargado de muebles, retratos familiares y muchísimos tapices colgados en las coloridas paredes.

Lo que más les llamó la atención fue el *Tartan passage*, una especie de alfombra que guiaba su recorrido y que estaba confeccionado con el típico tejido a cuadros del tartán escocés.

El tiempo que les sobró lo emplearon en recorrer los jardines, cuyo elemento más característico era una imitación del laberinto de Creta. Caminaron boquiabiertas entre multitud de rododendros, azaleas, narcisos, prímulas, sauces y bambúes. Todo ello desperdigado entre árboles centenarios.

Apuraron hasta el último minuto, y volvieron a Inverness a tiempo de cumplir con el taxista lo pactado.

Las dejó al norte de la ciudad, en Glendou Terrace. Era una zona donde proliferaban los grandes comercios del tipo de enormes naves industriales. Se detuvieron frente a la tienda deportiva *GO Outdoors*, un local donde se podía encontrar cualquier clase de material deportivo.

Una vez dentro, un dependiente amable ataviado con un polo azul, les aconsejó el tipo de saco de dormir y les ofreció la posibilidad de utilizar una esterilla para protegerse de la humedad y de la dureza del suelo. Sophie, aprovechó para comprar un cebo especial para salmones que le había encargado su hermano.

Compraron los sacos y las esterillas, que a pesar del tamaño, resultaron ligeras, y caminaron despacio hacia la estación de tren. Varios hombres vestidos con una extraña combinación de *kilt* y chaqueta americana se cruzaron en su camino.

—Cada vez son más los que deciden vestir el *kilt* de forma cotidiana. También aumentan las escuelas donde se enseña el gaélico escocés. Volvemos a nuestros orígenes.

—¿Es verdad que no llevan nada debajo de la falda? —preguntó Berta. Fue una pregunta más práctica que lasciva.

—Lo más probable. Cuando Kenzie era pequeño, el abuelo de Skye lo solía vestir a menudo con un viejo *kilt* que guardaba de nuestro padre. Alguna vez se quedó con las pelotas al aire mientras jugábamos.

Berta soltó una carcajada y Rebeca se puso colorada.

Agua de vida

A las seis y media de la tarde, ya de vuelta en Riverside Drive, Berta se tumbó en el sofá a ojear una revista que había comprado en la estación. Rebeca, sin embargo, no estaba cansada y sintió deseos de salir a pasear.

Caminar por la orilla del río Beauly era una experiencia muy agradable. El aire se notaba fresco, pero el paisaje, exuberante de vegetación, lograba que Rebeca experimentara una sensación de bienestar que hacía mucho que no sentía. Los árboles, que habían alcanzado la máxima viveza del colorido estival, flanqueaban el sendero que trazaba someramente los meandros del río. A veces el camino se situaba muy cerca de la orilla, y el murmullo del agua en su recorrido acompañaba los pensamientos de Rebeca.

Caminó con paso corto, ensimismada en sus cosas. Desde la perspectiva que otorgaba la distancia, repasó con detalle los acontecimientos más importantes de las últimas semanas. Esperaba encontrar a su madre un poco más tranquila cuando volviera a casa. Pensar en ella le hizo experimentar un pequeño escalofrío; no quería imaginar lo que le diría si llegara a descubrir los pensamientos que esos días le rondaban la cabeza. Una parte de ella tenía ganas de volver a casa, a su vida. Era consciente de que Kenzie le hacía sentir «cosas». No se atrevía a nombrarlas pero eran tan reales que comenzaban a asustarla. Sabía que solo se trataba de atracción física, pero nunca había sentido nada igual; el hormigueo en el vientre, el estremecimiento que sentía cuando la rozaba… Incluso sin tocarla, una mirada suya bastaba para despertar el deseo en partes

de su cuerpo tan íntimas que se avergonzaba solo de pensarlo. Era tan distinto a ella y a todas las personas que había conocido hasta entonces que se dijo que tal vez era eso lo que le resultaba atractivo. Kenzie tenía el aspecto de haber vivido mil vidas del tamaño de la suya. Sin embargo…

Durante el último mes había estado pensando en su falta de entusiasmo respecto a la boda. ¿Amaba tanto a Mario como para pasar con él el resto de su vida? Y si lo amaba ¿por qué se dejaba arrastrar por una atracción pasajera de verano? Debería estar ilusionada con su futuro, sentirse dueña de sí misma… Pronto se casaría con Mario, tendría hijos, un trabajo como maestra…

Y sin embargo, carecía del deseo que gobierna la razón de los enamorados.

Notó una sensación de angustia ante la evocación de su futuro inmediato, y caminaba tan enclaustrada en sus pensamientos que no fue consciente del requiebro que dibujó el camino, describiendo la curva del río para luego estrecharse y convertirse en un sendero descendente hasta la orilla. A través de una hilera de árboles esbeltos, el ancho caudal apareció de nuevo ante sus ojos. Sobre una gran plataforma que conformaban varias piedras planas vio a un hombre sujetando una caña de pescar.

Lo observó un momento, simplemente por el placer de verlo ejercer su pasatiempo. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció en la distancia el pelo cobrizo de Kenzie.

Se puso tan nerviosa que al intentar dar media vuelta para marcharse, resbaló con la tierra del camino y cayó sobre su trasero. Pese al rumor del agua, Kenzie se percató del movimiento a su espalda y se giró en su dirección.

—¿Rebeca?

Ella se levantó y sacudió la tierra que se le había quedado pegada a la ropa, lamentando haberse encontrado con él en esos precisos momentos.

—Sí, soy yo —respondió, avergonzada por su torpeza.

—Ven, acércate —le dijo haciendo un gesto con la cabeza, pues sus manos estaban ocupadas; una sujetaba la caña por el mango y la otra reposaba en el carrete.

El subconsciente de Rebeca le susurró: *márchate*, su corazón le pidió: *quédate*. Dudó unos instantes, sin saber muy bien qué hacer. El deseo de estar cerca de él seguía siendo poderoso.

Pero no debía quedarse.

—Tengo que volver, Berta me espera para cenar —le dijo.

Kenzie pareció decepcionado.

—Está bien.

—Nos vemos el viernes.

—Claro —contestó él.

Rebeca subió por el sendero con cuidado de no caerse de nuevo, pero entonces un chapoteo repentino del agua la hizo detenerse y volver la mirada. Observó la caña, tensa y curvada. Permaneció en su sitio atenta al proceso de captura. Kenzie sujetaba la caña fuertemente y recogía el sedal con cierto dominio de la técnica. Luego hacía una pausa y volvía a recoger un poco más. Y así durante varios minutos. Hasta que el chapoteo del pez cautivo se hizo visible cerca de las piedras de la orilla.

Lo vio agacharse y agarrar el mango de una red prendida de un aro. El pez prisionero se debatió furioso, lo que provocó que Kenzie soltara la red y se concentrara en la tenaz resistencia de su pesca.

—¿Necesitas ayuda? —se oyó decir, casi sin darse cuenta.

El joven volvió la cabeza, sorprendido por verla aún allí.

—¿Puedes sujetar la red? Creo que tengo un salmón enorme.

Rebeca se acercó con rapidez a la orilla y cogió la red del suelo.

—¿Qué hago? —preguntó, un tanto agitada.

—Cuando esté cerca sumerge la malla en el agua, debajo del salmón, y captúralo. Pero hazlo con suavidad; no queremos lastimarlo más de lo necesario.

—¿Ah, no? —dijo ella.

—Captura y suelta, de eso se trata.

Rebeca se arrodilló sobre la piedra y se preparó para sumergir la red. Cuando el pez estuvo a su alcance, estiró el brazo y la colocó debajo con cuidado.

—Ahora levanta poco a poco.

Obedeció y el salmón quedó atrapado en la malla.

—Es un ejemplar estupendo —observó.

—Lo es.

—¿Nunca has sentido tentaciones de llevarte la pesca a casa? Ya sabes, por el instinto de recolección.

—Este me lo llevaría a casa, sin duda —dijo agachándose para examinarlo—. Pero la pesca sin muerte es una manera de conservar los ríos y no acabar con las especies.

El salmón se sacudió con fuertes espasmos y les salpicó la cara de agua. Rebeca dejó escapar un pequeño grito de sorpresa y después rio a carcajadas. Él se contagió de su risa.

Sentada en la roca observó cómo Kenzie le extraía el anzuelo con cuidado. Aprovechó que se encontraba concentrado en su tarea para mirarlo mejor. Se fijó en sus antebrazos, cubiertos por un fino vello cobrizo. Estaban muy cerca y su corazón se aceleró cuando examinó con detenimiento su boca. Sus labios eran bonitos; era algo que ya había notado el primer día, pero no había podido contemplarlos como lo hacía ahora.

Él se lamentó de no haber traído una cámara para inmortalizar la captura y, después de sujetarlo unos segundos fuera del agua, lo liberó en su medio. El salmón huyó, raudo, a golpe de aleta, provocando un ligero chapoteo en el agua.

—Es la primera vez que ejerzo de ayudante de pesca.

—Técnicamente tú lo has cogido —dijo él, y se sentó a su lado, percatándose de que ella cruzaba los brazos sobre el pecho para procurarse calor.

Kenzie vestía una camisa gruesa, desabrochada, encima de una camiseta. Las mangas arremangadas hasta los codos ocultaban los tatuajes de su piel. Buscó algo en el bolsillo de la camisa, a la altura del corazón, y al momento extrajo una pequeña petaca metálica.

—Toma, bebe un poco —le sugirió.

—¿Whisky?

—*Uisge beatha*. —Ella lo miró sin comprender—. Agua de vida, o whisky si lo prefieres. Te quitará el frío.

Tomó la petaca de su mano, indecisa.

—Vamos —la animó él—; un pequeño sorbo será suficiente.

Más por quitarse el frío de encima que porque quisiera llenar su cuerpo de un líquido con una graduación alcohólica por encima de los treinta grados, desenroscó el tapón, acercó a la nariz el borde antes de beber y lo olfateó. Los vapores de un aroma poderoso le colonizaron las fosas nasales, anestesiándole durante un corto instante su sentido del olfato. Luego, sin vacilar, se llevó la botella a los labios y bebió un poco. El líquido le ardió en su tránsito desde la boca hacia la garganta, y de ahí hacia el esófago. La invadió un calor reconfortante en las entrañas que después se extendió por todos los miembros de su cuerpo.

Tosió ligeramente y miró a Kenzie con media sonrisa y los ojos brillantes.

—Te lo dije —comentó él.

—Es como una explosión en tu interior.

—Las mejores sensaciones son las primeras. Después, cuando el cuerpo se acostumbra, nunca más se saborea ni se siente de la misma forma.

Al primer trago le siguió el segundo y a este un tercero. Rebeca se encontraba bien, un poco aturdida pero con las capacidades intactas. No le gustaba mucho el sabor, y cada trago le arañaba la garganta, pero era una sensación pasajera, pues pronto el ardor se transformaba en calidez.

Su mente olvidó en un instante los recelosos pensamientos que la habían acompañado hasta allí y, embriagada por la cordialidad que instauraban en ella los pequeños tragos de buen whisky, comenzó a hablar de forma distendida.

Relató con detalle su visita a Inverness, le habló de lo maravillosa que le había parecido la catedral de Saint Andrews y lo hermoso que

resultó ser el castillo de Cawdor. Mientras hablaba, no podía evitar lanzarle cortas y tímidas miradas, aunque la mayoría de las veces sus ojos se concentraban en el paisaje, más por una cuestión de timidez que por el deseo de no mirarlo.

Le habló largamente sobre los jardines del castillo de Cawdor, olvidando que posiblemente Kenzie ya los conocía. Pero no escatimó ningún detalle y continuó con su animada charla sin despreciar cualquier particularidad, por insignificante que fuera.

Sin embargo, Kenzie sí mantenía sus ojos azules e invasores clavados en ella. La observaba con denodado interés, prestando especial atención al movimiento de sus labios al hablar. Tampoco perdía de vista sus ojos, verdes como las praderas de su tierra y enardecidos por el whisky de *Edradour*. Había algo en la joven que lo atraía de una forma instintiva. Lo había percibido el día que la atrajo hacía él mientras bailaban. Por supuesto, la belleza de la chica le parecía evidente, pero no era eso lo que más le fascinaba de ella. Había percibido su renuencia y su incomodidad cuando bailaron. Supo que se sentía extraña en sus brazos, unos brazos que no estaban destinados a abrazarla. De repente, sintió una irreprimible curiosidad por saber cómo era el tipo que había conseguido conquistarla. Y sin apenas calcular los efectos de su intromisión, interrumpió su charla.

—Háblame de tu prometido.

Rebeca se detuvo bruscamente y lo miró, atónita. Sujetaba entre las manos la petaca; ya no bebía, pero jugaba con ella mientras hablaba.

—Lo siento, ¿qué has dicho?

—Te he pedido que me hables de tu prometido. Estás prometida, ¿no?

—Sí —apenas susurró.

—Háblame de él.

Ella parpadeó pesadamente, abrumada por su interés. Luego le devolvió el pequeño contenedor de whisky.

—Bueno… —comenzó, vacilante—. Se llama Mario… —dijo, y se detuvo un instante antes de añadir—: Lo conozco desde niña.

Rebeca se quedó en silencio, esperando a que él dijera algo. En vez de eso, Kenzie desenroscó el tapón de la botella y bebió un corto trago. Después se pasó el antebrazo por la boca. Rebeca observó sus gestos de la misma forma que lo haría con el vuelo de una mariposa, recreándose en la armonía y en la liviandad de sus movimientos.

—Así que os conocéis desde niños —comentó.

Ella volvió los ojos hacia el agua antes de responder.

—En realidad desde que yo era una niña. Mario es once años mayor que yo —dijo a media voz. Kenzie torció levemente la cabeza y entrecerró los ojos. Esos fueron sus únicos gestos ante sus palabras. Pero ella no lo miraba.

—¿Y cómo es? —insistió.

—Es abogado.

—Vaya, eso ha sido bastante definitorio.

—Tratándose de Mario, sí.

—Para mí un abogado es alguien que se vende al mejor postor. Si el mismo diablo requiriese sus servicios este trataría de defenderlo demostrando que su cliente es una víctima de la sociedad que lo ha empujado hacia el mal.

—Mi padre también es abogado —anunció Rebeca—. Y él nunca defendería al diablo.

—No lo pongo en duda. Pero no estamos hablando de tu padre.

Rebeca sonrió al pensar en Mario.

—Bueno, posiblemente Mario sí lo haría.

Kenzie le ofreció otro poco de whisky.

—No, gracias, si doy un trago más no seré capaz de caminar en línea recta, y tendrás que cargar conmigo.

—Oh, no lo haría.

—¿Ah, no?

—¿Y privarme del placer de verte caminar como una oveja mareada?

—¿Una oveja? Habría sido más galante de tu parte buscar un animal más noble.

—Estás en el país de las ovejas, por tanto es un buen ejemplo. Y las ovejas pueden ser tan nobles como el más noble de los animales.

—Vale, lo admito. Pero tú reconoce que ha sido una mala comparación.

—Es cierto, no te pareces a una oveja. Una gacela ¿te haría sentir mejor?

—Mucho mejor; al menos son gráciles y esbeltas.

—Pero yo no sé cómo se comporta una gacela cargada de alcohol.

—¿Y sabes cómo lo hace una oveja?

—Por supuesto. Cuando tenía nueve años le robé a mi padre una botella del mejor whisky. Nunca lo había probado… ya sabes… la curiosidad de un niño. Pero siempre había oído decir que el whisky se disfruta más en compañía, así que no quería beber mi primer trago solo.

—¿Le diste whisky a una oveja?

—Compartimos unos tragos, sí, pero a ella le gustó mucho más que a mí. La condenada no dejaba de lamer el cuenco cada vez que le servía. De vez en cuando agitaba la cabeza bruscamente hacia los lados, pero luego continuaba bebiendo.

—¿Y qué pasó?

—Le sentó mal, claro. Despertó su lado lascivo. Intentó montar a Harry, el macho del rebaño, y a este no le gustó demasiado que Sally se encaramara sobre su lomo.

—¿Y a ti?

—No me fue mucho mejor. Tuve que arrastrarme por el suelo hasta mi cuarto, pero con el aturdimiento olvidé la botella en el cobertizo y mi padre la encontró al día siguiente. Me dio una buena tunda y me dijo que la próxima vez que quisiera beber primero se lo hiciera saber.

—¿Te sirvió de lección?

—Ya lo creo, no volví a probarlo hasta los diecisiete.

—¿Y la oveja?

—Oh, ella jamás volvió a beber.

—Me refiero a que si salió bien parada del trance.

Sonrió, irónico.

—Bueno, al día siguiente se quedó tumbada en el establo. Mi padre pensó que estaba enferma y llamó al veterinario. Cuando este concluyó que la oveja tenía una buena resaca tuve que escabullirme durante dos días para evitar otra zurra.

Rebeca no pudo contener una carcajada.

—Créeme, a mí no me resultó tan gracioso —afirmó Kenzie, conteniendo su propia risa—. Pero reconozco que eran buenos tiempos. Luego las cosas cambiaron… Y nos fuimos a Skye.

Había dicho esto último con mucha naturalidad, como el que se muda por una cuestión de trabajo. Rebeca aguardó en silencio, esperando que añadiera algo más. Lo vio coger unas piedras pequeñas y colocarlas en la palma cóncava de su mano, las hizo saltar y volvió a atraparlas en el aire. No dijo nada más.

Ella miró su reloj y se dio cuenta de lo tarde que era. No había cogido el móvil e imaginó que Berta se estaría empezando a preocupar.

—Tengo que marcharme —anunció—. Le he dicho a Berta que no tardaría en regresar y si no vuelvo pronto organizará una batida para buscarme.

Ambos se levantaron de la piedra donde habían permanecido sentados todo el tiempo. Rebeca percibió los músculos de las piernas agarrotados por la postura y, cuando quiso dar un paso, se tambaleó. Y lo hizo en mala dirección, justo hacia el lado del río. Kenzie la sujetó a tiempo por el brazo y ella apoyó una mano en su hombro.

—Yo te ayudo —le dijo él, y le pasó el otro brazo por la cintura.

—Voy a tener que cuidarme de ti —le dijo ella—. Disfrutas emborrachando a mujeres descuidadas y a ovejas indefensas.

—Es verdad, soy un canalla —afirmó él con una sonrisa—. Y tienes razón —añadió con un tono más serio mientras se bajaban de

las rocas—. Harías bien en cuidarte de mí.

Rebeca volvió la mirada hacia su rostro; se fijó en la barba de varios días que asomaba en su cara. Era de un tono más claro y más rojizo que su cabello. De nuevo sintió aquel vértigo en el estómago.

—Siéntate un momento mientras recojo todas estas cosas —le aconsejó.

Rebeca obedeció. Pensó en acercarse al agua y mojarse la frente para despejarse del todo, pero temió caerse de cabeza así que se mantuvo en su sitio.

Lo observó recoger todos los artilugios de pesca, que no eran muchos, y guardarlos en una mochila que cargó sobre su hombro izquierdo. Luego sujetó en un puño la caña y la red. Cuando tuvo todo colocado tomó a Rebeca de un brazo para ayudarla a levantarse.

—¿Podrás caminar sin caerte?

—No he bebido tanto…

—No tanto como para tumbarte, pero sí lo suficiente como para sentirte mareada durante un buen rato.

Rebeca caminó sin dificultades. Kenzie la liberó, pero se mantuvo atento por si volvía a tropezar con sus propios pies.

Los primeros minutos avanzaron sin hablar. El cuerpo de Rebeca se había acostumbrado a la posición erguida y el mareo había disminuido hasta casi desaparecer.

—¿Dónde está exactamente la isla de Skye? —le preguntó.

—En las Hébridas interiores, en el mar de la costa occidental escocesa. Los celtas la llamaban la isla alada y los vikingos la isla de las nubes. Es un lugar donde parece haberse detenido el tiempo.

—Suena bien.

—Alguien de ciudad como tú no aguantaría allí ni una semana, no más de dos días si es invierno.

—¿Crees que soy tan superficial que no podría vivir lejos de una gran ciudad?

Él torció el labio a modo de sonrisa.

—No creo que seas superficial, pero son muchos los que han intentado instalarse allí, atraídos por la belleza del paisaje. Sin embargo, son pocos los que resisten.

—¿Cómo era vivir allí?

—Para que te hagas una idea, la vida en Beauly resulta endiabladamente bulliciosa comparada con Skye.

A Rebeca le costó imaginar un lugar menos bullicioso que Beauly.

Avanzaron por el camino y ella concentró la mirada en el suelo.

—¿No vas a preguntarme por qué nos trasladamos a la isla?

Se detuvo y lo miró, sorprendida y un poco avergonzada. Negó con la cabeza antes de seguir caminando.

—No lo haces porque ya lo sabes, ¿no es cierto? —añadió él.

Ella volvió a detenerse y trató de decir algo, aunque solo logró balbucir unas palabras indescifrables.

—Déjalo —la atajó—, seguro que la señora Munro te ha contado la historia mejor que si lo hubiera hecho yo mismo.

—Me gustaría oír tu versión —se atrevió a decir.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Bueno, tú me has hecho preguntas muy personales. *Quid pro quo*. Es lo justo, ¿no?

—Me parece que es usted un poco morbosa, *señorita*.

Había dicho la palabra *señorita* en español, y a Rebeca le sonó de una forma tremendamente seductora.

—Nos fuimos porque mi padre no podía cuidar de Sophie y de mí en aquellos momentos.

—Por lo de tu madre…

Él la miró de una forma extraña.

—Mi madre no aguantó la monotonía de Beauly y quiso mudarse a Kirkcaldy. Pero mi padre no deseaba volver a trabajar en las minas. La relación entre ellos se deterioró. Entonces ella se marchó sola a Edimburgo. Eso fue todo.

—¿Por qué no os llevó con ella a Sophie y a ti?

—Llevo años preguntándomelo. Pero supongo que no podía mantenernos.

—¿Fue muy duro para vosotros?

—Solo al principio. Mi padre nos llevaba a menudo a verla. Luego nos fuimos a Skye.

—Entonces fue vuestro abuelo quien os crio.

—Sí.

—¿Has vuelto a verla?

—Alguna vez.

—¿Sientes rencor? —Rebeca recordaba que durante sus confesiones con el padre Arnau este siempre le hacía hincapié en lo malo que era el rencor.

—Siento rabia cuando veo a mi padre matar sus demonios con un vaso de whisky.

—¿Nunca pensó en rehacer su vida?

Él negó con la cabeza.

—Es muy triste.

—Hay cosas peores.

Rebeca aún estaba sumergida en la burbuja de complicidad que los había unido cuando se dio cuenta de que habían llegado a Riverside Drive. Berta y la señora Munro estaban apostadas frente a la pequeña puerta de madera, en la acera.

Cuando la vio, Berta no pudo evitar una exclamación.

—¡Rebeca! ¿Dónde estabas? ¡Ya comenzaba a creer que te habías caído al río!

—Ha sido culpa mía —se excusó Kenzie—. Le he pedido ayuda mientras pescaba.

—Podías haberte llevado el móvil.

—Bueno, queridos, yo me voy —intervino la señora Munro—. Ya veo que la muchacha ha estado bien acompañada y quiero ver el concurso de la tele antes de acostarme. Kenzie, hijo, mi viejo Fiat va a las mil maravillas. No sé qué le has hecho. —Se marchó, y por el camino hacia su casa todavía le dedicó al muchacho alguna alabanza más—. Tienes buena mano para los motores, sí, señor, muy buena mano…

Berta volvió a la carga.

—¡Qué susto me has dado!

—Lo siento, el tiempo se me ha pasado volando, no quería preocuparte.

—Estaba a punto de salir a buscarte.

—Lo siento, de verdad —se disculpó de nuevo Rebeca.

Mientras las amigas intercambiaban *opiniones*, no se dieron cuenta de que Kenzie también se había marchado.

Una vez dentro de casa, Berta, que era una muchacha sensata y con un alto grado de control de sus impulsos, explotó.

—¿Has estado todo este tiempo con él?

Rebeca afirmó con la cabeza y Berta puso los brazos en jarras.

—¿Estás loca?

—¿Por qué? Solo hemos charlado.

—¿Y de qué habéis estado hablando durante casi tres horas?

Rebeca fue a sentarse al sofá, y Berta la siguió. Allí le explicó lo que había pasado.

—Ten cuidado, Rebeca, no te conviene intimar de esa manera con él, aunque sea solo a base de conversaciones. Estoy empezando a pensar que esa idea de ir de *camping* no es tan buena después de todo.

—¿Lo dices por mí?

—¡Claro que lo digo por ti!

—Sé cuidar de mi misma, Berta.

—Pues yo no estoy tan segura. Si este chico fuera un bicho feo, con menos gracia que un grillo cojo, no me preocuparía. Pero es… muy atractivo ¡caramba!, agradable y atento… Y lo peor: es rotundamente opuesto a Mario.

—Pues si crees que es rotundamente opuesto a Mario, ¿de qué te preocupas?

—Ah, Rebeca, no entiendes nada… ¿Quieres convencerme de que no te gusta? Porque te conozco y sé que no pasarías tres horas a solas con otro hombre que no fuera Mario, te haría sentirte absurdamente infiel. Así que creo que te gusta hasta el punto de saltarte a la torera tus propios principios.

—No saques las cosas de quicio, ¿quieres? Su compañía ha sido muy agradable… —Se le escapó la risa recordando a la embriagada oveja Sally tratando de montar al macho Harry—. No por eso peligra mi matrimonio. Pero…

—Hay un «pero».

—Sí, lo hay. No puedo quitarme de la cabeza que no me siento rematadamente feliz con mi boda.

—Estás confundida, eso es todo —se apresuró a decir Berta.

—Lo sé, pero ¿qué pasará si…?

Se detuvo de golpe e hizo un gesto extraño, como si se encogiera de hombros.

—¿Si te enamoras? —terminó Berta.

Rebeca guardó silencio, y Berta añadió:

—Si eso sucede, solo tú tienes la respuesta.

Tortilla y advertencias

A Berta la despertó un bullicioso ajetreo en la cocina. Se dio cuenta de que Rebeca ya se había levantado e imaginó que estaría preparando el desayuno. Sin embargo, un olor familiar se colaba por debajo de la puerta del dormitorio. Se levantó y siguió el rastro oloroso hasta la cocina. Encontró a Rebeca en estado de máxima concentración.

—Huele a tortilla de patatas —dijo apuntando con la nariz en dirección a su amiga.

—Tu olfato funciona muy bien.

—Has madrugado mucho para preparar la comida —comentó mientras bostezaba y se desperezaba como un gato.

Observó que encima de la encimera reposaba un plato con una apetecible tortilla humeante. En la sartén se acababa de preparar otra tortilla del mismo tamaño.

—¿Es que pretendes que nos comamos todo eso? Ah, ya lo sé, una es para la señora Munro.

—No, no es para ella. Aunque, ahora que lo dices, tal vez tendría que haber hecho tres.

—Si no es para ella…, entonces ¿para quién?

Rebeca levantó los ojos de su tarea y sonrió a Berta.

—¿Y bien?

—Es para William, el padre de Sophie.

—Y el de Kenzie…

—No vayas a empezar con eso…

—Descuida, no lo haré. Ahora solo me interesa desayunar.

Rebeca sacó un plato del armario, cortó un trozo de tortilla recién hecha y se la extendió a su amiga.

—Mmm, qué bien huele. Como recompensa yo recogeré todo este desaguisado.

Rebeca terminó la tarea y fue a sentarse junto a ella con otro trozo de tortilla y un poco de té a modo de desayuno.

Tal y como había prometido, Berta recogió y fregó mientras Rebeca se daba una ducha. Tras vestirse con unos vaqueros y una camiseta, buscó un recipiente para transportar la tortilla. Encontró una bonita cesta de mimbre forrada con la típica tela a cuadros escocesa que contenía unas flores secas. Sacó las flores y colocó dentro el plato, luego lo cubrió con un trapo limpio. Antes de salir hacia Croyard Road cogió una chaqueta y un paraguas; el cielo matutino se mostraba atiborrado de nubarrones y no deseaba presentarse ante William calada hasta los huesos.

Hizo el recorrido despacio, sin prisas, aún era temprano y tenía toda la mañana por delante. Le había insistido a su amiga para que la acompañara, pero Berta tenía sus propios planes. Quería llamar a Albert a media mañana, cuando sabía que él haría un alto en sus estudios.

El paseo se le hizo corto. Ya conocía el camino y esa familiaridad hacía que el lugar pareciese más cercano. No tardó mucho en dejar atrás las últimas casas de Croyard Road para luego enfilar la estrecha carretera que conducía a casa de los MacLeod. Las ovejas pastaban en la pradera y la pequeña Lola daba saltitos alegres alrededor de su madre. La boca de Rebeca se curvó en una semisonrisa al recordar a su amiga. Los animales la observaron con indiferencia y continuaron mascando hierba.

Unos golpes secos apartaron su atención de las ovejas. Era el típico sonido que hace la leña al ser partida por el golpe certero de un hacha.

Los leñazos provenían de la parte trasera de la casa. Se dirigió hacia allí y encontró al padre de Sophie descargando la herramienta sobre un gran leño. Al instante, el trozo de madera quedó dividido

en dos. Sophie, que estaba a su lado, recogió los pedazos y luego los apiló en una hilera apoyada contra la pared.

No apreciaron la figura de Rebeca hasta que esta se detuvo frente a ellos. Sophie dio un pequeño respingo por la sorpresa e inmediatamente se acercó a saludar a su amiga de una forma efusiva y jovial. Su padre apoyó el hacha sobre el tocón.

Le ofrecieron una taza de té y a pesar de que el cielo no mostraba su mejor cara y de que la mañana era fresca, lo tomaron debajo del gran sauce. Entonces Rebeca extrajo de su cesta la tortilla. Al retirar el trapo, su aroma revoloteó en el ambiente.

—¿Tortilla española? —dijo William, incrédulo.

—Sí.

—¿La has preparado tú?

—Ajá.

—Huele muy bien. —Sophie aspiró por la nariz.

—Es cierto —corroboró él—. Su olor me recuerda a Alberto. Sin embargo, he de admitir que tu tortilla tiene mejor aspecto que las suyas.

—Gracias —murmuró Rebeca.

—No, muchas gracias a ti, jovencita —replicó él—. No tenías que haberte molestado, aunque, a decir verdad, me alegro mucho de que lo hayas hecho.

Charlaron sobre los planes de acampada para ese fin de semana. William dio a Rebeca algunos consejos útiles. Le recomendó que no se olvidaran un buen repelente para mosquitos; en las orillas de los lagos se podían llegar a formar auténticas nubes voladoras.

—Los *midges* pican como demonios —comentó—. No olvidéis mantener siempre cerrada la cremallera antimosquitos de vuestra tienda. Si alguno de esos pequeños devoradores se cuela dentro pasaréis la noche en vela y rascándoos. —Miró hacia su hija que en ese momento ya se estaba frotando el cuerpo solo de pensarlo.

—Es verdad —dijo Sophie—, yo olvidé cerrarla una vez y fue un suplicio. No pegué ojo en toda la noche.

Rebeca apuró su taza de té y consultó el reloj; era cerca del mediodía.

—Sophie —dijo William extendiendo hacia ella la tortilla—, ¿puedes lavar el plato antes de devolvérselo a tu amiga? La muchacha se levantó, tomó el plato y se fue hacia la casa. Cuando se quedaron a solas, William se dirigió a Rebeca en un tono más confidencial.

—Kenzie me ha dicho que ayer pescaste un salmón.

Ella observó que la boca del hombre se crispaba. Se sonrojó y habló un poco retraída.

—Bueno, yo no hice nada, solo poner la red bajo el pez.

William escrutó su rostro un momento, y esto la puso más nerviosa. Él se dio cuenta y miró hacia otro lado para no aumentar su incomodidad.

—Le gusta mucho pescar, desde que era un niño. —Apiló las tazas de té antes de recogerlas y añadió—: Solíamos pescar juntos cuando era pequeño. Después… Bueno a su abuelo no le entusiasmaba la pesca. Pero él continuó haciéndolo solo. A veces se escabullía de la escuela y pasaba el día apostado junto a un río. Se fabricaba las cañas, las redes e incluso los anzuelos, pero nunca se llevaba el pescado a casa. —Sophie apareció de nuevo y colocó el plato vacío en la cesta de Rebeca. Su padre le entregó las tazas de té y le pidió que las llevara dentro. Esta vez la muchacha torció el gesto, miró a su amiga y finalmente obedeció. William se frotó la nuca con la mano—. Su abuelo no tenía paciencia con él, y sé que los primeros años en la isla fueron duros para los dos. Kenzie se portaba como un diablillo, supongo que estaba resentido. No obedecía, se marchaba y tardaba horas en volver, incluso a veces pasaba la noche a la intemperie y no volvía a casa hasta el día siguiente. El viejo me lo contaba en sus cartas. Tenía un carácter fuerte, y su nieto resultó ser tan impulsivo y testarudo como él. Así que le dejaba hacer, si después de una regañina tardaba un par de días en volver, no le daba mayor importancia, ya volvería cuando tuviera hambre o frío. Esa era su táctica. Mientras esto sucedía yo

estaba demasiado ocupado regándome las entrañas con alcohol. —Meditó un momento, recorriendo con la mirada las ramas caídas del sauce. Finalmente dijo—: Lo único que deseo es que algún día tenga la familia que se merece, su propia familia, la que ni su madre ni yo pudimos darle.

Rebeca tragó saliva. Una repentina ráfaga de aire le sacudió el pelo.

—¿Por qué me lo cuenta? —murmuró, sintiendo un calor sofocante en las mejillas.

—Eres una chica lista, no creo necesario tener que explicártelo mejor.

El discurso de William la acompañó de vuelta a casa. Le había sorprendido su inesperado arranque de sinceridad. Era evidente que Kenzie le había hablado de su encuentro en el río y Rebeca tuvo la impresión de que el hombre tal vez había querido aclarar algunas cosas, como si la considerase una amenaza para la felicidad de su hijo. Pero ella no creía necesaria su advertencia, no se consideraba la clase de chica que pudiera interesar a Kenzie, no hasta ese punto. Eran demasiado distintos. Por otro lado, la historia que le había contado sobre la infancia de su hijo logró conmoverla al igual que lo hiciera la señora Munro días atrás. Había visto culpabilidad reflejada en el rostro de William. Sin embargo, Kenzie no parecía ser un adulto con un pasado traumático. Al contrario, le había hablado de aquella época con total normalidad.

Comenzó a llover. Era una lluvia suave, aunque bastante molesta. Abrió el paraguas pero le sirvió de poco pues el aire más fresco había levantado una brisa. Antes de volver a casa buscó una tienda donde comprar el repelente para mosquitos. En la avenida principal preguntó a una mujer que le indicó dónde adquirirlo; debía continuar High Street en dirección al monasterio y allí buscar una pequeña calle a la derecha llamada East End.

Compró dos frascos de repelente y decidió volver a casa por un camino alternativo; la avenida empezaba a resultar monótona y quería descubrir rincones nuevos, de modo que giró a la izquierda. Pronto se encontró en Fraser Street, la calle donde vivía Rory. Dos calles más adelante vio un taller mecánico. Irremediablemente pensó en Kenzie. ¿Sería allí donde trabajaba? Amparada bajo el anonimato que le otorgaba el paraguas decidió pararse a cierta distancia y observar. El taller tenía la forma de una casa de dos plantas. Varios coches ocupaban la explanada delantera y se distinguían dos más en el interior. Apreció el movimiento de un par hombres dentro, pero ninguno de ellos era Kenzie. Se dijo que tal vez había más de un taller en el pueblo. Escuchó el ruido de un motor que se aproximaba y al mismo tiempo descubrió un pequeño letrero en la fachada de la casa. En la inscripción rezaba: *Cameron's Auto Repair Shop*.

Un coche pasó frente a ella a poca velocidad, giró hacia el taller y detuvo el vehículo en la explanada. Un hombre salió a su encuentro. A este último le siguió otro; era Kenzie. Rebeca inclinó el paraguas para ocultarse; no estaba muy cerca pero tampoco lo suficientemente lejos como para que no la reconociese si llegaba a verla.

Levantó un poco el paraguas y observó a los tres hombres dialogando bajo la lluvia como si no fueran conscientes de ese inconveniente. El dueño del auto abrió el capó y los dos expertos husmearon dentro, guiados por sus palabras. Se fijó en que Kenzie llevaba un pantalón gris de trabajo, con refuerzos negros en las rodillas, y una camiseta negra con las mangas arremangadas hasta los hombros. Después de una escueta explicación, el hombre les entregó las llaves, sacó un paraguas del maletero y acompañó al otro mecánico al interior del taller. Kenzie se quedó solo, inclinado sobre el motor, con las manos metidas en sus entrañas. Parecía muy concentrado y no demostraba percibir que el agua lo estuviera empapando. Rebeca se fijó en sus brazos desnudos, tensos y brillantes por la humedad. Descubrió para su sorpresa que le

gustaban los tatuajes, o puede que simplemente fuera que le gustaban sus brazos.

Sabía que tenía que marcharse, pero lo cierto era que estaba disfrutando. Observar furtivamente era algo que muy pocas veces se había permitido, menos aún si lo observado era un hombre.

Al fin decidió continuar su camino, atravesó varias calles, todas idénticas, y al final giró a la derecha para salir de nuevo a la avenida principal.

Diez minutos más tarde, ya en Riverside Drive, se encontró con que Lola, que había vuelto de su escapada con Rory, mostraba su disgusto ante la posibilidad de que se marcharan al lago Ness sin ella.

—Loch Ness no es el único lago de Escocia —decía Rory.

—¡Ya! Pero es el único que conozco. ¿Y si veo al monstruo?

—El único monstruo que tú verás, tiene dos piernas —insinuó Berta—. Y perdona, Rory…

—Ah, no pasa nada —murmuró este.

—Bueno, yo me apunto —determinó Lola—. Vendrás conmigo, ¿eh, cariño?

Rory sonrió complaciente.

Rebeca fue a cambiarse de ropa; sus pantalones estaban humedecidos y ella no estaba acostumbrada a sentir esa humedad constante que parecía no incomodar a los escoceses.

Cuando Rory se marchó, Lola las puso al corriente de su idílica escapada a Nairn mientras comían tortilla de patatas. No había nada más en su particular universo que no fuera Rory. Escucharon con serena paciencia todas y cada una de las cualidades que atribuía a su reciente novio. Rory era el más cariñoso, el más amable, el más bueno y tierno, y comprensivo… «Y cómo hace el amor…».

—Eres una exagerada —le dijo Berta—. Te disculpo porque estás absurdamente enamorada.

—Mi enamoramiento no es absurdo. —Se rio—. Es que cuando estuve con él en Barcelona no llegamos a intimar hasta ese punto.

¡Ojalá lo hubiera hecho! No le hubiera dejado escapar… ¡Oh, por Dios! Cuando pienso en todas las cosas que me hace…

—¡Déjalo, Lola! —exclamó Rebeca antes de que su amiga las ilustrara con todo tipo de detalles—. No nos interesa tu vida sexual.

—Lo sé —dijo la interpelada con sorna—. A ti no te interesa ni la mía ni la tuya, por eso estás aquí con nosotras en vez de estar en la cama con Mario.

Rebeca frunció el ceño.

—Acabas de llegar y ya me estás sacando de mis casillas.

—Berta me ha dicho que has ido a casa de ese escocés cañón a llevarle una tortilla a su padre.

—Sí, y qué. También es el padre de Sophie, ¿recuerdas?

—Pues que a mí me huele a chamusquina.

—Lo único que huele aquí a chamusco es tu entrepierna —sentenció Rebeca con una traviesa sonrisa.

Todo por un beso

A eso de las seis alguien llamó a la puerta. Lola se lanzó a abrir esperando encontrar a Rory al otro lado. Sin embargo, se equivocó. Su cara de sorpresa fue absoluta cuando vio a Kenzie varado en la entrada. El asombro aumentó cuando el escocés preguntó por Rebeca.

Lola la llamó, en español, a voz en grito.

—¡Rebeca, hay alguien en la puerta que pregunta por ti! —Volvió la mirada hacia Kenzie y añadió más bajo pero sin cambiar de idioma —: el escocés impresionante que se mueve como un bárbaro en el escenario mientras toca su tambor. —Le sonrió al terminar de hablar y él le devolvió el gesto un poco desconcertado.

La conmoción de Rebeca también se hizo evidente al verle allí plantado con su caña de pescar.

—Hola —dijo, confusa, admirando una vez más su figura apuesta y su pelo cobrizo.

—Me preguntaba si querrías venir conmigo a pescar —dijo él con voz suave.

Rebeca volvió la mirada, incómoda, hacia Lola. Esta se dio por aludida y se retiró un poco, sin llegar a marcharse. La propuesta había cogido a Rebeca desprevenida y tuvo que pensar con rapidez. Su primer impulso fue disculparse y no ir, alegando que aún tenía cosas que preparar para el día siguiente. Y así lo hizo. Sin embargo, no pudo evitar hacerle una pregunta.

—¿Estarás en el mismo sitio de ayer?

—Sí —murmuró él.

Ella se mordió los labios y ese gesto captó la atención de él sobre su boca.

—A lo mejor, si termino pronto…

Kenzie sonrió de una forma dulce antes de marcharse. Rebeca cerró la puerta, plenamente consciente de lo que se le vendría encima.

Frente a ella, Lola la miraba con cara de estupefacción.

—Por qué le has dicho eso si no piensas ir. Eres una bruja…

—Es que piensa hacerlo —intervino Berta, alzando la voz desde la cocina.

—No se atreverá —objetó Lola—. Pensaría que es pecado mortal.

—Ayer se pasó casi toda la tarde con él —volvió a decir Berta.

Lola se cruzó de brazos con un gesto rápido.

—¡No puedo creerlo! ¿Tú con ese pedazo de tío lleno de tatuajes?

La aludida se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, algo que hacía a menudo cuando estaba nerviosa.

—Solo estuvimos charlando, así que controla tu mente calenturienta.

—No me preocupa mi mente, ni siquiera me preocupa la tuya; tus neuronas no se mueven con la rapidez suficiente como para pensar en alguna maldad. Pero sí me preocupa la suya.

—Vuelves a suponer que todo el mundo es como tú.

Lola cambió de postura y colocó los brazos en jarras.

—No, él no es como yo. Él es un hombre, y créeme, no le interesa mucho hablar contigo.

Berta se acercó a ellas con un trapo en la mano.

—Pues a mí sí me preocupas, Rebeca. Te estás dejando arrastrar por una admiración pasajera.

—Berta, ya te dije ayer que…

—Sé lo que me dijiste, pero las cosas se te pueden ir de las manos.

—Pues yo creo que le conviene ir —insinuó Lola.

Berta levantó la mano y el trapo se agitó.

—¿A qué te refieres?

—No debería ir si está segura de que quiere a Mario con toda su alma. Afortunadamente aún no está casada con ese insulso. Tal vez este escocés le haga apreciar la diferencia entre cariño y amor.

Rebeca no pudo escuchar más disparates, las dejó allí plantadas y se fue al dormitorio a preparar la bolsa con la ropa que llevaría de *camping*. Parecía que todos tenían derecho a organizar su vida. Lola siempre había estado convencida de que su amor por Mario era tan frágil como el caparazón de un caracol, y así se lo había hecho saber en incontables ocasiones.

Salió de casa dando un portazo, sin escuchar sus advertencias. No acababa de quedarle claro si hacía bien yendo a ver a Kenzie o no; eso dependía de a quién de ellas preguntara. Así que hizo lo que estaba deseando hacer, y lo que quería en esos momentos era ir a su encuentro. No conocía mucho a Kenzie MacLeod, pero estaba casi segura de que no era como Lola pensaba. Ella creía conocer bien la mentalidad de los hombres, pero ni su experiencia era tan extensa ni su instinto tan certero.

Lo único que Rebeca sabía con indudable certidumbre era que le gustaba la compañía de Kenzie; sus conversaciones, la forma halagadora con que la miraba y, por qué no, también le gustaba su aspecto. Pero eso se lo guardaba para ella. Disfrutaba observando su rostro armonioso y masculino. Sí, claro que disfrutaba contemplándolo, disfrutaba tanto de eso como de cada cosa que le contaba.

Esta vez sus planes de futuro no vinieron a rescatarla de ese sentimiento encandilado; ni Mario ni el proyecto de su boda pudieron arrancarla de ese estado de agitación que le producía volver a ver a Kenzie. Ni siquiera las palabras de William se colaron en su mente. Estaba convencida de que él solo quería un poco de compañía mientras pescaba, algo de charla para distraer las horas tranquilas esperando a que un pez ingenuo mordiera el anzuelo.

Pero se engañaba a sí misma.

El camino dio un último requiebro y descendió hasta la orilla. Allí, agachado sobre la roca plana, Kenzie parecía fijar un cebo al anzuelo.

Él se sorprendió al verla aproximarse. En el fondo, no tenía muchas esperanzas de que acudiera a la cita. Había visto la expresión en la cara de su amiga y estaba convencido de que trataría de disuadirla. La observó mientras se acercaba y le sonrió cuando saludó con timidez.

Ella se agachó a su lado y miró con interés lo que estaba haciendo. Kenzie ataba un señuelo a la línea de pesca, asegurándose de que fuera lo suficientemente resistente como para soportar el peso de un salmón grande. De vez en cuando levantaba los ojos de su tarea y la miraba, sin dejar de hacer, a riesgo de clavarse el anzuelo en un dedo.

Cuando estuvo todo listo, se puso de pie y lanzó el sedal. Luego movió el señuelo en contra de la corriente. Su padre le había enseñado de niño que el movimiento del señuelo es lo que más atrae a los salmones. La táctica pronto dio sus frutos y durante la hora siguiente capturaron dos piezas de tamaño mediano.

—Creo que podría aficionarme a esto —le dijo Rebeca. Él la miró y levantó una ceja—. Es por la forma de pescar. Cuando devolvemos el pez al agua… no sé… es emocionante.

—Sí, es una sensación poderosa. Cuando estás a punto de quitarles la vida, entonces se la devuelves. Si los peces pudieran razonar creerían que ha llegado su hora. No creo que lo sepan, pero seguro que su instinto les dice algo.

—Se deben de marchar pensando: me he librado por los pelos… —apuntó ella, sonriendo.

—Sí, algo así.

Kenzie se quedó un momento pensativo, mirándola. A Rebeca se le cortó la sonrisa y se puso seria intentando imaginar lo que pasaba por su cabeza.

—Gracias por la tortilla —le dijo al fin—. Has hecho muy feliz a mi padre. A decir verdad, te lo has metido en el bote.

Ella no apartó la mirada. Tuvo la sensación de que Kenzie era más vulnerable de lo que aparentaba. Su imagen era la de un hombre desenvuelto al que pocas cosas podían perturbar, pero en aquellos momentos sus ojos parecían decir lo contrario.

—Tu padre te quiere mucho —le dijo, y lo vio comenzar a preparar un nuevo cebo.

—*Aye a ken* —murmuró en voz baja para sí mismo. Rebeca se lo quedó mirando y Kenzie tardó un instante en darse cuenta de que lo observaba fijamente—. Lo siento, decía que lo sé.

Después de capturar un tercer ejemplar, quitó el señuelo a la caña; no pensaba pescar más. Volvieron a sentarse cómodamente sobre la piedra y él sacó la petaca de la mochila.

—¿Más whisky? —gruñó Rebeca.

—Las cervezas pesan mucho… y son menos efectivas contra el frío.

Era cierto, en la orilla del río la sensación de frío siempre se intensificaba y, con las prisas, Rebeca había olvidado coger la chaqueta. Solo llevaba puesta una camiseta de manga larga, igual que él, pero era evidente que para ella no era suficiente.

—Vamos —insistió él—. No pienso dejar que te emborraches.

—Estoy segura —repuso ella tomando la petaca de su mano—. Solo disfrutas emborrachando ovejas.

—Y algún que otro pavo —aclaró—, pero los pavos son peor compañía que las ovejas.

Rebeca casi se atraganta por la risa.

—¿Nunca se te ocurrió invitar a algún amigo?

—Por aquel entonces no tenía muchos amigos. Y además, ni las ovejas ni los pavos te dicen lo que tienes que hacer.

—Eras un chico rebelde, ¿eh?

—Eso decía mi abuelo.

—Y tú, ¿crees que lo eras?

Agachó la cabeza y jugó con unas piedras sueltas.

—Sí, creo que merecí alguna zurra de vez en cuando.

—Yo no lo creo…

Él se quedó pensativo, luego se levantó y lanzó con fuerza una piedra al río. Esta rebotó en el agua y avanzó sobre la superficie; primero a grandes saltos y después a intervalos más cortos y rápidos que dejaban tras el impacto perfectas ondas que se agrandaban hasta desaparecer.

—Nunca he sido capaz de hacer eso —comentó Rebeca.

—El salto de la rana —dijo él—. En Skye, los chicos hacíamos competiciones feroces. El que perdía se iba al agua.

—¿Te mojaste alguna vez?

—No —dijo, y sonrió.

—Viéndote lanzar, no me sorprende.

—¿Quieres aprender?

Antes de que Rebeca tuviera la oportunidad de contestar, Kenzie ya le había puesto una piedra en la mano. La cogió del brazo y la ayudó a levantarse del suelo. A continuación vino una clase teórica sobre las bases y fundamentos del salto acuático de la piedra-rana. Al parecer, lo importante era encontrar el ángulo mágico, el ángulo de choque perfecto para que la piedra arrastrara la cantidad de agua suficiente por debajo de ella que le permitiera emerger de nuevo y repetir el ciclo.

A Rebeca tanta retórica la estaba confundiendo, así que lanzó la piedra como pudo, sin tener en cuenta los buenos consejos de su maestro.

La piedra entró en el agua con un suave chapoteo y se hundió en el río como un plomo. Kenzie la miró con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

—No eres muy buena alumna…

—Lo sé… pero no he entendido nada de lo que me has dicho.

—Hum, vaya —murmuró frotándose el mentón—. Entonces tendremos que pasar a la clase práctica.

—La clase práctica…

—Sí —dijo, acercándose a ella con otra piedra en la mano—. Eso te pasa por no estar atenta a mis explicaciones.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó cuando Kenzie se situó justo a su espalda.

—¿Tú quieres aprender o no?

—Quiero.

—Si no entiendes la explicación, tal vez puedas sentir el movimiento.

Ella notó el roce de su cuerpo en la espalda. Kenzie tomó su mano izquierda y, desde atrás, rodeó su vientre con el brazo. Aspiró el aroma que se desprendía del pelo negro de la muchacha y percibió el sugerente contacto de su trasero por debajo de su cintura. Rebeca sintió su calor y su firmeza. Respiró pesadamente y se puso nerviosa.

—Kenzie… —murmuró.

—Shhh —le susurró al oído—. Déjate llevar, como si fuéramos un solo cuerpo.

Con la otra mano sujetó la mano derecha de ella y le colocó dentro la piedra.

—Cuando yo te diga, suéltala —volvió a murmurar.

Asintió con la cabeza. Le estaba empezando a faltar el aire y no quería que él lo notara.

Kenzie la ciñó con fuerza por la cintura, después le echó el brazo derecho hacia atrás, calculando que el ángulo que describiría la piedra no fuera mayor de cuarenta y cinco grados.

—¿Preparada?

—Sí —suspiró.

—¡Ahora! —exclamó Kenzie mientras sacudía el brazo en dirección al río.

Rebeca soltó la piedra, y ambos miraron expectantes hasta que tomó contacto con la superficie del agua. La piedra rebotó una vez, luego otra y una tercera vez antes de hundirse.

Kenzie le levantó los brazos de modo triunfal. Rebeca dio un salto de alegría y volvió su cuerpo hacia él. Entonces él la estrechó fuertemente, levantándola con un movimiento rápido mientras giraba sobre sí mismo. Luego se detuvo. Pero no aflojó el abrazo.

La joven tenía las manos sobre sus hombros y trataba de apartarlo.

—Kenzie, por favor…

—Lo sé…, lo siento… —se disculpó mientras la liberaba.

Se sintió sofocada. La euforia del momento había desencadenado una reacción espontánea.

—¿Me das un poco de whisky? —pidió, sin llegar a mirarlo.

—Claro.

Sacó la diminuta botella del bolsillo trasero de sus vaqueros, donde la había guardado minutos atrás, y se la ofreció. Ella la agarró con decisión, desenroscó el tapón y dio un trago; un trago demasiado largo. Kenzie se la arrebató de la boca y el licor le resbaló por la barbilla y humedeció su camiseta.

—¿Qué haces?

—Es para el frío… —dijo con la voz estrangulada por el alcohol. Luego tosió.

—¿Es que quieres sufrir un coma etílico?

—No es para tanto —su voz aún sonaba ahogada.

—Eso lo veremos dentro de diez minutos. Vamos, siéntate, no creo que para entonces estés en condiciones de estar en pie.

Volvieron a sentarse sobre la piedra y la miró con el ceño fruncido.

—Si quieres puedo disculparme otra vez, pero no vuelvas a beber de esa manera.

—No hace falta que lo hagas —dijo ella para quitarle importancia —. Los amigos también se abrazan. Ha sido un reflejo de alegría.

Kenzie, que aún sujetaba la petaca, dio un pequeño sorbo, luego dijo:

—Rebeca, yo no quiero ser tu amigo.

Si su intención era desconcertarla, lo estaba logrando con mucho éxito. Las palabras de Lola le dieron martillazos en la cabeza. O tal vez fueran los efectos del whisky.

Se sintió, de pronto, mareada. El río, los árboles e incluso Kenzie se convirtieron en un carrusel giratorio. El estómago se le revolvió.

—Oh, Dios… me encuentro fatal… Todo me da vueltas…

—Te has tomado medio vaso de whisky de un trago. Es lo normal. Más aún en alguien que no está acostumbrado al alcohol.

—Creo que voy a vomitar…

Kenzie se apresuró a colocarla en el extremo de la piedra, justo al borde de la orilla. Luego le aconsejó que se pusiera de rodillas. Con un brazo sostuvo su cuerpo para que la posición adelantada sobre el agua no la hiciera caerse al río, con la otra mano le sujetó la frente mientras Rebeca comenzaba a sentir los primeros movimientos violentos de su estómago.

—Vamos, échalo —murmuró él.

Su cuerpo expulsó el líquido sobre el agua. Afortunadamente, fue lo único que llegó a vomitar. Dejó caer el cuerpo hacia atrás y quedó tumbada sobre la piedra, boca arriba, con las piernas flexionadas y las manos sobre el estómago. Kenzie la observaba, atento a cualquier nuevo síntoma. Ella sintió un sudor humedeciéndole la nuca y un calor sofocante en la cara.

—No volveré a probar una gota de whisky jamás.

—Te creo… Pero por ahora me conformo con que mantengas los ojos cerrados.

Cerrar los ojos no le sirvió de mucho; dejó de ver cosas girando, aunque la sensación de mareo persistió.

Al cabo de un rato lo miró; la figura emborronada de Kenzie estaba sentada junto a ella, con los brazos apoyados sobre las rodillas flexionadas.

Rebeca se llevó las manos a la frente.

—Mi cabeza… Pero ¿qué le echáis a esta bebida?, ¿ratones muertos?

—El whisky de Edradour es de los mejores, no admito críticas al respecto. Pero nunca había visto a nadie beber de semejante forma. Ni siquiera a los tipos más duros. Tienes suerte de seguir consciente.

—De acuerdo, he aprendido la lección. —Soltó una especie de gruñido ahogado—. Ahora entiendo a la oveja Sally…

—Sally sabía beber mejor que tú. Al menos lo hacía poco a poco, y ya sabes cómo acabó la cosa.

—Vale, las ovejas aguantan mejor el whisky que yo —dijo ella, apreciando cómo la lengua parecía resbalarle dentro de la boca. Sus palabras comenzaron a sonar escurridizas y sintió sueño. Bostezó.

—No vayas a dormirte o no podré despertarte hasta mañana, y no quiero devolverte inconsciente a tus amigas.

—¿Qué puedo hacer?

—Háblame de tu familia.

Ella contuvo una carcajada.

—No sabría por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio? Tenemos tiempo hasta que te puedas poner en pie.

Rebeca volvió a mirarlo. Kenzie estiró una mano y le apartó un mechón de pelo descolocado que le cubría el ojo derecho. Ella aferró su mano y trató de contemplarla.

—La mano del chico del tambor —murmuró de forma casi incomprensible—. Es grande. —Comparó su mano con la de él, juntando las palmas—. ¿Cómo te las arreglas para tocar con siete dedos?

Kenzie sonrió.

—No te preocupes, dentro de un rato volverán a ser cinco.

—Eso me tranquiliza.

Cerró los ojos y apoyó la mano de Kenzie sobre el centro de su pecho. Después colocó las suyas encima, apresándola.

Él percibió el contorno de sus senos, firmes y cálidos bajo su mano, ascendiendo y descendiendo al ritmo de la respiración.

Aunque no lo deseaba, retiró la mano. Luego le sujetó la barbilla. Parecía dormida. Le dio unos suaves toques en las mejillas y ella abrió de nuevo los ojos.

—Ibas a hablarme de tu familia.

—Sí… Vamos a ver…

Comenzó a hablar despacio, somnolienta. Sus palabras sonaron torpes y su acento de extranjera se intensificó hasta el extremo de

que a Kenzie le costaba trabajo entender lo que decía. Mezclaba palabras en inglés con otras en español, y frecuentemente se interrumpía a sí misma con un ataque de risa incontenible. Solo una persona ebria puede llegar a reírse de los sucesos más lamentables de su vida; eso lo sabía bien Kenzie, que había presenciado muchas borracheras de su padre antes de que él y su hermana se marcharan a Skye.

Fue así como Kenzie supo de la vida de Rebeca; una vida que podría ser envidiable. Pero la historia de su hermano le reveló una madre intransigente, poco afectuosa y dominante hasta el punto de abocar a su propia hija a un matrimonio de conveniencia en pleno siglo veintiuno.

Rebeca terminó de hablar con una sonrisa en los labios. Parecía realmente divertida, y no supo interpretar el rostro serio de Kenzie cuando lo enfrentó. Se dijo que el muchacho tenía un rostro solemne, como la imagen de un retrato de otro tiempo. Había notado que le costaba trabajo sonreír, a pesar de que poseía una sonrisa deliciosa. Lo imaginó de niño, vagando por la isla de Skye, pescando solo durante horas. Su padre le había dicho que incluso a veces pasaba la noche fuera, sin volver a casa.

Su estado eufórico se hundió de pronto en la melancolía y, mientras lo observaba, sintió un irreprimible deseo de besarlo. Espoleada por ese impulso, se incorporó a su lado. Controló el súbito mareo y cuando su mirada logró enfocar con cierta precisión, se dio cuenta de lo cerca que estaba de él, tan cerca que notó su respiración cálida y pausada. Él la miró en silencio sin prever sus planes. Entonces Rebeca fue acercándose a su boca. Por un momento no vio al hombre que tenía delante, solo vio al niño. *Un beso de consuelo*, pensó, *solo un beso*. Inhaló su aliento de suave olor a whisky, y luego lo besó.

Su boca era suave y cálida. Cerró los ojos y se movió hacia él instintivamente.

Aquel momento de unión fue tan poderoso que la asustó. Pero no pudo apartarse de su boca, al contrario, deseaba ahondar en ella

como si fuera un ladrón en busca de un maravilloso tesoro. Jamás habría imaginado que un beso pudiera hacerla sentir de aquella forma.

Cuando sus labios se separaron, Rebeca permaneció con los ojos cerrados, un poco anestesiada por las sensaciones. Poco a poco volvió en sí misma. Sonrió y parpadeó pesadamente como si le costara trabajo mantenerse despierta. Sus ojos verdes parecían dos cristales de esmeralda, con un brillo achispado producido por el licor.

Él depositó la mano en su mejilla y la joven se adormiló sobre ella.

—Rebeca —susurró.

Abrió los ojos y lo miró. Sonrió de nuevo. Le gustaba la forma en que él la miraba, la hacía sentirse la mujer más hermosa del mundo.

—¿Crees que mi cuerpo es bonito? —le preguntó, arrastrando las palabras.

Él deslizó el dorso de la mano, como si fuera una pluma, desde su pecho hasta la cadera.

—Creo que tu cuerpo es perfecto, *mo leannan*.

Rebeca repitió sus últimas palabras, y él sonrió.

—Significa «my sweetheart».

—«Mi cielo», decimos en mi país.

—Suena bien.

Cerró de nuevo los ojos y volvió a adormilarse, pero volvió en sí cuando notó que él la sujetaba por la cintura. Kenzie le pasó el otro brazo por debajo de las rodillas y la sentó sobre su regazo. Rebeca estiró una mano y la introdujo entre su pelo. Sus dedos se enredaron en el cabello sedoso. Entonces fue él quien la besó. Pero su beso fue distinto; más intenso, más invasor. Ella le respondió de la misma forma apasionada, flotando en una nube de sueños. La imagen de Mary sentada sobre él a horcajadas se abrió paso en su mente como un fantasma indeseable. Pero pronto la abandonó, su cabeza estaba confundida y solo podía pensar en besar aquella boca que mordía sus labios con delicadeza hasta hacerla enloquecer de deseo. Jamás había experimentado nada igual, jamás había deseado

nada con tanta vehemencia. Ni siquiera le importaba que él olvidara sus besos como había hecho con Mary. No podía evitarlo. Su cuerpo había anhelado estar entre sus brazos desde la primera vez que lo vio en el río, besando a otra mujer. Ahora tenía la respuesta a su pregunta, ahora sabía lo que se sentía cuando alguien la besaba y la abrazaba como lo hacía él.

Y eso jamás lo olvidaría.

Entre un beso y el siguiente, Kenzie murmuraba suaves palabras que no comprendía, pero su sonido la arrullaba y la adormecía como a una niña que no puede evitar el sueño apremiante.

Y así se durmió.

Ni siquiera unos toques en las mejillas lograron despertarla, y él la sostuvo en sus brazos durante más de una hora.

Al despertar, notó la boca seca y un calor reconfortante. Tenía sed. Abrió los ojos pero la claridad la obligó a cerrarlos de nuevo. Pestañeó varias veces y descubrió que unos brazos fuertes la sujetaban. Tardó un instante en situarse de nuevo. Aún confundida, se bajó del regazo de Kenzie y lo miró con inquietud. Recordaba un beso; recordaba más de uno, pero no sabía si lo había soñado.

—Debería marcharme —murmuró.

Caminó agarrada a su brazo. Fue un gesto de él que agradeció, pues las piernas le pesaban como dos troncos de madera recia. Su cabeza no dejaba de pensar en esos besos y temía la respuesta si llegaba a preguntar. Pero la duda la estaba consumiendo. Se armó de valor y lanzó la pregunta.

—¿Nos hemos besado o ha sido un sueño?

—Nos hemos besado.

Rebeca resopló y se llevó una mano a la frente. Cerró un momento los ojos y tropezó. Kenzie la sostuvo por un brazo para evitar que cayera y después trató de tranquilizarla.

—Solo han sido unos besos.

En lugar de calmarla, sus palabras le causaron mayor desconcierto. Aceleró el paso y, con las prisas, dio otro par de tropezones. Kenzie insistió en que se apoyara en él, pero ella no

aceptó su brazo. El resto del trayecto lo hizo inmersa en sus pensamientos, incluso no prestó atención cuando él le mostró un frailecillo apostado sobre una roca elevada, en la otra orilla del río. Dijo que no era muy común verlos en lugares como aquel, pero que en Skye se podían ver montones de ellos al borde de los acantilados.

En cualquier otro momento, Rebeca hubiera apreciado, sin duda, la visión de aquel ave extraña, pero todavía se sentía mareada, además de terriblemente culpable por lo que había pasado. En ese instante solo deseaba dormir y esperar a que la cabeza se le despejara. Cuando llegaron frente a la casa, Kenzie le dio algunos consejos para que no se sintiera mal al día siguiente.

—Bebe agua; un par de vasos serán suficientes. El alcohol deshidrata el cuerpo. El paseo te ha hecho bien, pero debes beber, no lo olvides.

—Lo haré.

De pie, al lado de la portezuela de madera, lo vio dirigirse hacia el Nissan azul, aparcado cerca. Sus besos aún le quemaban los labios y descubrió con cierto asombro lo mucho que ahora le disgustaba la imagen de Kenzie besando a Mary.

Tomó aire con decisión y entró en casa, dispuesta a enfrentarse a sus amigas, que la esperaban inquietas y con una clara expresión de alarma en sus miradas.

—Por fin, Rebeca… —dijo Berta en cuanto atravesó la puerta—. Ya no sabíamos qué pensar.

Más observadora que Berta, Lola se fijó en que su amiga tenía el cabello despeinado, el rostro enrojecido y la mirada ausente. Y lo que era peor: apestaba a whisky.

—¿Qué has hecho?

—Quiero irme a la cama.

—No irás a ninguna parte hasta que contestes —sentenció Berta.

La sujetó del brazo y la llevó al salón. Allí se sentaron.

—¿Podéis traerme un vaso de agua, por favor? —La voz chirrió y fluctuó.

Berta se apresuró a ir a la cocina a por el agua y volvió en un instante. Se lo tomó de golpe y pidió otro. Estaba sedienta. Les contó lo sucedido, al menos tal y como ella lo recordaba; una imagen bastante cercana a la realidad. Hacía pequeñas pausas para sorber cortos tragos de agua. Había dudado hasta el último segundo si ponerlas al corriente de todo, pero llegó a la conclusión de que era lo mejor. Estaba perdiendo el control de sus actos.

—¿Cómo ha podido permitir que te emborraches? —se preguntó Berta.

—Lo habrá hecho a posta —aseguró Lola—. Es obvio que le gustas.

—Os acabo de decir que nadie me obligó a beber. Yo le pedí que me diera un poco de whisky. No pensé que me fuera a hacer tanto daño.

—Bueno, ya no hay remedio para eso —sentenció Lola—. Y unos cuantos besos no tienen mayor importancia. Porque estás segura de que solo fueron besos, ¿verdad?

Rebeca afirmó con la cabeza.

—Gracias a Dios —dijo Berta en voz baja—. Ahora date una ducha para quitarte ese olor de encima y vete a la cama. Necesitas dormir.

La ducha terminó con la nube plomiza que aplastaba su cabeza. Se puso el pijama y tomó otro vaso de agua antes de irse a dormir. Berta y Lola permanecieron sentadas en el salón, hablando en voz baja. Cuando Rebeca estuvo arrebujada bajo las mantas, Berta entró en la habitación y se sentó al borde de la cama. Había una pregunta que quería hacerle. La idea había surgido de Lola, pero no quiso ser ella quien la formulara; Rebeca siempre había sido muy susceptible a sus opiniones.

—Rebeca —susurró. Esta abrió los ojos y la miró—. Oye, cariño, hay algo que quiero decirte.

—Pues date prisa, Berta, me muero de sueño.

—Verás, Lola y yo hemos estado hablando y… hemos llegado a una conclusión: podemos cancelar el fin de semana de acampada.

No tenemos que ir. Cambiemos de planes, hagamos algo las tres juntas, nosotras solas. Lola está de acuerdo. Iremos a ver delfines a Nairn…

—Déjalo, Berta. Es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya no hay remedio.

—No te entiendo…

—Mientras caminaba a su lado de vuelta a casa he estado pensando. Todo el tiempo he tenido que reprimir el impulso de volver a besarlo. El primer beso fue provocado por el alcohol, lo sé. Pero incluso ahora me muero por volver a hacerlo.

Berta se dio cuenta de que las cosas estaban peor de lo que habían imaginado. Con su inherente agilidad mental, pensó en alguna alternativa.

—No, no, Rebeca. Escucha. Estás deslumbrada, eso es. A todos nos puede pasar. Pero no debes dejarte arrastrar por ese deseo. La fascinación pasará, créeme. Podemos volver a casa, solo tienes que decirlo. Dímelo y haré las maletas ahora mismo. Mañana tú y yo nos iremos a Inverness hasta que podamos coger un avión de vuelta a casa. No hay necesidad de quedarse aquí. Es una locura…

—Tienes razón, es una locura… Pero cuando pienso en volver a casa y en que no volveré a verlo…, se me encoge el corazón. En el fondo estoy deseando que llegue mañana para estar con él.

—Es un enamoramiento pasajero… Te arrepentirás…

—Un día Enric me dijo que nunca conocería el amor verdadero. Eso me dolió mucho y me hizo pensar. Si él hubiera sabido el impacto que tendrían en mí sus palabras, nunca me lo habría dicho. O puede que sí, no lo sé. Pienso en Mario y sé que es el hombre que puede darme la vida que yo quiero. Pero lo que he sentido cuando Kenzie me besaba… —Se detuvo y respiró de forma entrecortada—. Lo peor es que sus besos no fueron suficientes, quería más… sentirle aún más cerca, y habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido.

—Por suerte no lo hizo…

—Me sostuvo mientras dormía… Despertarme en sus brazos fue… delicioso, significó más que sus besos. Deseé poder despertarme en ellos todos los días de mi vida, ¿no lo entiendes?

—Sí, Rebeca —susurró Berta, apesadumbrada—. Ahora sí lo entiendo.

Loch Ness

A la mañana siguiente Rebeca fue la última en levantarse. La dejaron dormir hasta tarde y procuraron no hacer ruido para no interrumpir su descanso. Eran más de las diez cuando se despertó. Salió del dormitorio y caminó hasta la cocina. Se extrañó de tener la cabeza tan despejada pues la noche anterior se acostó previendo para el día siguiente una fuerte resaca. Sin embargo estaba como nueva, con la boca como un estropajo pero sin rastro de malestar. Berta y Lola hacían algo de limpieza. El día había amanecido muy nublado y lloviznaba, así que aún no habían salido de casa. Rebeca percibió sus miradas furtivas y preocupadas. No pensaba enzarzarse con ellas en una nueva discusión sobre los acontecimientos del día anterior, aunque la lucidez de la mañana cambiaba su visión de los hechos llenándola de pesimismo. Lo que por la noche parecía maravilloso, la mañana lo cubría con un inevitable halo de racionalidad.

Solamente una vez más, Berta se había permitido recordarle que no tenían por qué ir. Bastaba una palabra suya, todavía había tiempo. Lola buscaría alguna excusa para justificar su ausencia. Todo quedaría atrás como en un sueño.

Dudó un instante mientras la escuchaba, pero la posibilidad de marcharse de esa forma le retorcía el corazón.

No, no saldría huyendo.

Lola no abrió la boca; ni un reproche, ni un consejo, ni una mirada suspicaz. Nunca había visto con buenos ojos la relación entre Mario y Rebeca. En su opinión, uno tenía que aprender a vivir su

propia vida a base de tropezar y caerse. Lola pensaba que Kenzie sería un tropezón en la vida de Rebeca, pero estaba convencida de que el enredo la haría madurar, darse cuenta de que su organizada vida era tan vulnerable como la de los demás. Si Rebeca se había encaprichado del escocés, debía disfrutar del momento, lo demás ya lo pensaría a su debido tiempo.

A las seis menos cuarto de la tarde las mochilas se amontonaban en Riverside Drive. Rory había llegado una hora antes, y daba consejos de última hora. Había dejado de lloviznar. Sabían que todo estaría empapado pero a Rory no le parecía ningún inconveniente.

Eran las seis en punto cuando el Nissan azul de Kenzie estacionó frente a la casa. Entre todos guardaron las mochilas y los sacos de dormir. Mary estaba sentada en el asiento delantero del todoterreno con una expresión animada atravesándole el semblante. La saludaron cortésmente al acomodarse en la parte de atrás y por respuesta recibieron una mirada airada. Rebeca notó que su pulso se aceleraba. Después de lo que había pasado la tarde anterior se dio cuenta de que le importunaba mucho la presencia de la chica. Imaginarla en los brazos de Kenzie le provocaba frío en el estómago, una sensación de vacío que decidió ignorar por lo irritante que se volvía a cada momento.

Durante el viaje, los ojos de él se cruzaron varias veces con los suyos a través del espejo retrovisor; dos esferas azules e interrogadoras que buscaban respuestas. Cuando eso sucedía, Mary, que permanecía atenta a cada uno de sus gestos, le hablaba de cualquier tontería. A veces sus comentarios resultaban tan absurdos que ella misma acababa dándose cuenta y, al final, se limitó a permanecer en silencio. El ambiente era tenso en el pequeño habitáculo. Solo Sophie parecía interesada en animar la atmósfera enrarecida. Habló del pronóstico del tiempo; se esperaba una notable mejoría en las próximas horas. Deseaba que eso los animara un poco, pues había comenzado a lloviznar de nuevo, pero nadie dijo nada.

Sophie sabía que algo había ocurrido. La noche anterior había escuchado una conversación inquietante en su casa. No llegó a captar todo el contenido, pero bastó una frase para hacerla comprender: «Se marchará y te romperá el corazón, hijo». Eso fue todo. Una frase reveladora que esclarecía el ambiente rígido que se respiraba allí dentro. Para colmo, no había podido evitar que Mary los acompañara. Estaba comenzando a cansarse del empeño que demostraba su amiga para conseguir a su hermano. En más de una ocasión había intentado persuadirla de que lo olvidara; Kenzie no estaba interesado en ella, y así se lo había repetido la tarde anterior. Pero Mary se limitó a sonreír de una forma extraña. Sophie desconocía sus planes, de la misma forma que ignoraba el encuentro que su hermano había tenido con ella en el río. La muchacha estaba decidida a conquistar a Kenzie ese verano y lo ocurrido en el río le daba esperanzas; más de las que nunca habría imaginado. No lo creyó cuando él se mostró arrepentido. Sus besos habían sido como un soplo de aire sobre una llama; lograron avivar el fuego que la dominaba cuando estaba junto a él. Hacía demasiado tiempo que se había enamorado de Kenzie, siendo tan solo una niña, y estaba decidida a luchar por su amor. Maldecía el día que llegaron las extranjeras. Verlo bailar con Rebeca no había sido lo peor, lo insoportable fue darse cuenta de cómo la miraba él, aquel deseo en sus ojos le quitaba el sueño y le hacía sentir una rabia infinita. Pero pronto se enteró de que la muchacha estaba prometida. Eso alivió su angustia. Entonces se dijo que solo tenía que esperar. La forastera regresaría a su país para casarse. No tenía nada que temer. Mientras, se mantendría cerca, atenta, esperando su oportunidad. Al final, la victoria es siempre de los que saben esperar.

Tomaron la carretera A833 que les conduciría a Loch Ness. Berta pensó que el paisaje era precioso; árboles enormes custodiaban la carretera estrecha y se alternaban con praderas infinitas de un verde rabioso que el agua se encargaba de intensificar. Una casita aquí y otra allá. Al cabo de media hora el paisaje se le antojó monótono; árboles, praderas, ovejas… En un orden alterno, los elementos eran

siempre los mismos. Un mundo verde para duendecillos verdes, se dijo.

La carretera A82, que les conducía al lago, era un poco más amena y el pueblo de Drumnadrochit rompió la regularidad del paisaje. La cola del lago pronto se hizo visible desde la carretera y minutos más tarde Sophie pidió a su hermano que detuviera el coche para mostrar a sus amigas las ruinas del castillo de Urquhart. Lo que quedaba de él ocupaba una posición privilegiada sobre una loma abierta al lago.

Llegaron al lugar pactado y aparcaron los coches en una pequeña explanada al borde de la carretera. Había dejado de llover, lo que les brindaba la oportunidad de montar las tiendas sin mojarse. Se repartieron la carga y caminaron durante unos minutos a través de un sendero descendente entre la vegetación. Dejaron atrás las ruinas de una cabaña de piedra, que solo conservaba tres paredes y parte de la techumbre, y continuaron descendiendo entre los árboles. Pronto llegaron a una especie de playa de piedra fina abierta al lago.

Berta y Rebeca se acercaron a la orilla sin desprenderse de las mochilas. Se miraron la una a la otra y sonrieron.

—Es hermoso —dijo Rebeca.

—Mucho. ¡Y pasaremos aquí dos días!

Apenas podían creer que estuvieran en el famoso lago. Era un lugar tan emblemático que se sentían como las protagonistas de una película de *highlanders*. Solo faltaba el sonido de fondo de una gaita escocesa. Y eso también lo tendrían.

Podían apreciar la forma alargada y estrecha del lago. En la orilla de enfrente, suaves colinas colmadas de pinos conforman un paisaje sutil y delicado pintado de un verde intenso.

—Desde la altura el lago tiene aspecto de una grieta profunda —comentó Berta.

En menos de media hora ya tenían montadas tres pequeñas tiendas. Guardaron las mochilas dentro y estiraron los sacos de dormir sobre las mullidas esterillas de dos centímetros de grosor.

Kenzie extrajo de su gran mochila un objeto meticulosamente plegado sobre sí mismo y que fue desdoblando hasta convertirlo en un arcón isotérmico. Colocaron allí la comida para protegerla de insectos y de algún animal curioso. Los molestos *midges* no tardaron en hacer acto de presencia. Rebeca extrajo el repelente de mosquitos y se lo fueron pasando unos a otros. Kenzie rehusó el ungüento, alegando que a él nunca le molestaban. No obstante, sacó de su mochila unas cuantas velas que colocó en diferentes puntos en torno a ellos. Cuando las encendieron, un agradable olor a lavanda envolvió la atmósfera. El olor picante de la planta resultaba desagradable a los *midges*, y pronto dejaron de escuchar molestos zumbidos sobre sus cabezas.

Un poco más tarde llegaron los demás. Y aquello pronto dejó de ser un pequeño y tranquilo campamento para ser el acantonamiento de una tropa. Se levantaron otras dos tiendas y cuando terminaron con la tarea llegó la hora de encender el fuego. Entonces se dispersaron en grupos para buscar leña. Berta y Rebeca se dirigieron hacia una zona llena de grandes pinos.

—Ha sido el viaje más tenso de mi vida —le dijo Berta, mientras trataba de desprender una caña rota que colgaba de un árbol.

—Lo siento por Sophie. Ha intuido que pasaba algo y se ha esforzado por hacer el trayecto agradable.

—¿Has visto cómo te mira Mary? Hasta un tuerto sería capaz de ver que está enamorada de Kenzie.

—Lo que menos me hace falta es una escocesa celosa vigilando mis movimientos.

—Disfruta de esto, Rebeca. No pienses en nada más.

Se agachó y recogió tres piñas abiertas del suelo. Rebeca añadió:

—Además, Mary no tiene de qué preocuparse, pronto nos iremos.

—Ya, pero mientras estés aquí me temo que serás el blanco de sus miradas ceñudas. Si Lola estuviera en tu pellejo se arrojaría a los brazos de Kenzie solo por el placer de irritarla.

Rebeca esbozó una sonrisa mientras sacudía las piñas para que soltaran los piñones. Luego las guardó en una bolsa de rafia que

Liam le había prestado.

—Sí, seguro que lo haría.

—No voy a decir que lo siento por ella, pero no tiene nada que hacer con Kenzie. Independientemente de que estés tú o no.

Rebeca se quedó pensativa, con la mirada concentrada en la hojarasca del terreno. Berta le puso una mano sobre el hombro.

—No te detengas a pensar. Cuando volvamos a casa lo verás todo de otro modo, estoy segura.

Asintió con la cabeza y le mostró a Berta una caña perfecta para el fuego que reposaba a sus pies.

—Liam ha dicho que no cojamos las cañas del suelo, están demasiado húmedas. Solo las ramas secas que cuelgan de los árboles y que aún no se han desprendido del todo. Al parecer la humedad no penetra en la madera seca.

—Pues a mí me parece imposible hacer fuego con esto.

Después de varios viajes tenían suficiente leña para esa noche. Entonces comenzaron con la tarea de cortarla en trozos. Kenzie sacó un cuchillo de generosas proporciones y lo usó a modo de hacha. Colocaba las pequeñas ramas en posición vertical, hacía una muesca con el cuchillo en la parte superior e instalaba en la hendidura el filo, luego con otro palo daba golpes en el extremo delantero de la hoja. El cuchillo iba penetrando sin dificultad, a través del tronco, hasta que quedaba dividido primero en dos y después en cuatro. Esa leña menuda serviría para iniciar la combustión. Scott, que llevaba el pelo largo recogido en una coleta, sacaba virutas de los troncos con su cuchillo, algo que sin duda ayudaría a avivar el fuego una vez encendido.

La hoguera, delimitada por grandes piedras, no tardó mucho en desprender llamas. Entonces apagaron las velas de lavanda y dejaron que el fuego hiciera el trabajo de ahuyentar a los *midges*. Luego se reunieron alrededor de la lumbre para cenar.

El cielo había cambiado, y lo que antes era solo un manto gris y oscuro, ahora mostraba retazos de cielo azul entre las nubes. Estaban seguros de que al día siguiente amanecería un gran día.

Después de cenar, Liam sacó una pequeña flauta travesera y comenzó a tocar una melodía dulce. El joven James lo acompañó con el suave repiqueteo del *bodhràn*. Frente a la hoguera, y con el marco del lago como escenario de ensueño, las notas de la flauta cautivaron los oídos de las tres forasteras. Y cuando pensaban que nada podía superar aquella sensación mágica, la voz de Sophie comenzó a entonar una canción lenta y pausada. Tenía una voz muy bonita y se manejaba bien en los agudos de la melodía. Cantaba en gaélico, así que no pudieron entender nada. Rebeca estaba hipnotizada por la música y la voz de su nueva amiga pelirroja.

Tal vez inducida por el sugestivo tono romántico de la canción, desvió la mirada hacia Kenzie, sentado frente a ella. Él captó su mirada y la observó con una intensidad que logró desconcentrarla de la canción. Un murmullo de vértigo le recorrió el cuerpo. Cuando la música y la voz de Sophie dejaron de sonar, la atmósfera seductora desapareció. Se repartieron cervezas y pequeños vasos para tomar whisky, aunque Rebeca, por su parte, solo bebió agua.

Lola preguntó por el significado de la letra.

—Se titula *Fear á Bhàta* —dijo Sophie.

Les contó que era una canción de finales del siglo dieciocho que había escrito una muchacha enamorada de un pescador. Ella se lamenta de las largas ausencias de su amado y de la falta de noticias. Cada día sube a las colinas más altas esperando su regreso y pregunta a los pescadores si lo han visto, si está a salvo, pero ellos solo le responden que no debió entregarle su amor. Ella les dice que no se arrepiente de haberlo hecho, que el suyo no es un amor pasajero; su amor duraría hasta que la muerte la llevara. Sus amigos le aconsejan que lo olvide, pero ella no les escucha pues su imagen permanece tan viva en su memoria como la marea que vuelve cada día.

Hubo silencio. Los ojos de Rebeca buscaron de nuevo a Kenzie. Este tenía la vista clavada en el suelo y jugaba con unas piedras. Cuanto más lo miraba más se daba cuenta de que lo suyo no era una simple atracción física. No sabía explicarlo, solo podía sentirlo.

Berta se equivocaba; no lo olvidaría.

Fue entonces cuando comprendió que se había enamorado de Kenzie MacLeod, natural de las Tierras Altas de Escocia, un lugar donde el sol juega al escondite con las nubes. Lo supo en ese instante, ante aquel paisaje de subyugante belleza, con el lago y los árboles como testigos de sus sentimientos. Él levantó la mirada, como si hubiera percibido que ella lo observaba. Estaban a dos metros de distancia, lejos para tocarse, cerca para sentirse, unidos de una forma íntima e inseparable.

La voz de Lola la sacó de su abstracción.

—¿Qué pasó al final?

—La historia tiene un final feliz, y el joven pescador regresa a casa —dijo Sophie con tono desenfadado.

—Me gustan los finales felices —aseguró Lola con una sonrisa.

El castillo de Urquhart

Berta se despertó temprano. La claridad era contundente a las siete de la mañana. Deslizó la cremallera de su saco y se incorporó; sentía ganas de vaciar la vejiga y la opción de caminar hasta la zona acotada la deprimió. Se dijo que quizá si no hacía ruido podría escabullirse detrás de un árbol cercano y nadie se enteraría. Abrió un poco la cremallera de la tienda y echó un vistazo fuera. Todo estaba tranquilo. Aún se podía ver una bruma ligera sobre el lago que imprimía lentitud al contorno de los objetos y lo convertía en una superficie de cristal lechoso. Se disponía a salir cuando distinguió a Kenzie aproximándose a la orilla con una pequeña toalla en la mano. Lo observó mientras la depositaba en el suelo y comenzaba a quitarse la ropa. Su primer impulso fue apartar la mirada, pero la curiosidad y el amparo que proporcionaba la tienda fueron suficientes para que volviera la vista hacia él. Kenzie quedó desnudo. Berta admiró sin malicia la armonía de su cuerpo de hombre. Lo vio introducirse en el lago sin vacilar y, cuando el agua le llegó hasta la cintura, se refrescó la cara, los brazos y el torso con las manos. Berta dio un respingo solo de pensar en meter un pie en las heladas aguas del lago a esas horas de la mañana.

Rebeca se removió en su saco, abrió un ojo y vio a su amiga que miraba al exterior.

—¿Qué pasa? —susurró con la voz ronca.

Lo que menos deseaba Berta era que Rebeca contemplara a Kenzie en aquella situación. Incluso ella había disfrutado con esa

visión, así que no quería darle la oportunidad de que su fascinación por él aumentara.

—Nada, duérmete, es temprano.

—¿Por qué estás ahí plantada en vez de estar durmiendo?

—Tengo que usar la zona B.

—¿La zona B?

—Sí, el baño.

—¿Y por qué no sales? ¿Quieres que te acompañe?

—No, déjalo, ya voy yo sola.

—Espera, voy de todas formas. Anoche me harté de beber agua y también tengo ganas.

Rebeca se incorporó y Berta bajó la cremallera de la tienda.

—¿Qué haces?

—Iremos luego, acuéstate.

—No, yo iré ahora. ¿Vienes o no?

—¡No salgas! —susurró Berta con más ímpetu.

—¿¡Por qué!? —Rebeca no entendía nada.

Berta soltó un bufido.

—Kenzie está ahí fuera, en el lago.

Rebeca puso cara de incredulidad. Abrió un poco la cremallera de la tienda y miró.

Kenzie estaba sumergido en el agua hasta la cintura. Al momento lo vio zambullirse y hundirse sin dejar rastro. Tardó un instante en salir a tomar aire, luego se apartó el pelo de la cara y se dirigió hacia la orilla. La respiración de Rebeca se alteró conforme la figura del muchacho se mostraba en toda su plenitud. A la mente le vino la princesa Nausícaa cuando contempló por vez primera el cuerpo de Ulises: «los inmortales mismos no pueden ser más agraciados», había dicho a sus doncellas. Eso mismo pensaba ella del hombre al que observaba.

Lo vio frotarse con una toalla. Admiró su piel, pálida como el hueso y enrojecida por el frío. En el pecho se intuía la sombra de un vello fino. Bajó la mirada hacia la cintura y de ahí a la parte inferior del vientre, donde un hilillo de vello descendía hasta la zona púbica.

Allí se detuvo, recreándose en su masculinidad. Kenzie seguía frotando su cuerpo para sacarse cualquier rastro de humedad y, antes de que comenzara a vestirse, Rebeca tuvo tiempo de continuar con el reconocimiento. Sus nalgas bien formadas, la forma larga de sus piernas… Incluso pudo ver un tatuaje en la cara externa del muslo izquierdo.

Se vistió en un minuto y Berta dio por terminada la sesión de espionaje.

—Bueno, ya está —dijo Berta—. Ya lo has visto todo. Ahora, salgamos.

—¿Salir? ¿Ahora? Se dará cuenta de que estábamos mirando.

—A mí me da igual lo que piense, si no voy me lo voy a hacer encima.

Berta salió de la tienda y se encontró con Kenzie en la orilla del lago. Él pareció no inmutarse. Ya se había puesto los pantalones y charló un instante con ella antes de que esta desapareciera entre los árboles.

Poco a poco todo el mundo se fue levantando. Había amanecido un día inusualmente soleado. Cada uno tenía su particular ritual de aseo matutino. Algunos se metieron al agua en bañador, otros ni siquiera se molestaron en lavarse, argumentando que en dos días la mugre no se haría evidente en sus cuerpos. Berta y Rebeca fueron animadas a probar las aguas del lago y, ante el dilema de bañarse en el mítico *Loch Ness* o marcharse sin haberlo hecho, eligieron lo primero, más por tener algo que contar que porque realmente tuvieran ganas de hacerlo. No obstante, decidieron esperar al mediodía, cuando el sol calentara un poco más.

Durante la mañana repitieron el ritual de buscar leña para el fuego. Lo habían encendido para preparar el té del desayuno y lo mantuvieron vivo para ahuyentar a los mosquitos y preparar el almuerzo. Berta ayudó a Sophie en esta tarea y Rebeca se adentró en una zona repleta de pinos en busca de cañas secas prendidas de los árboles. El sol se colaba entre las ramas provocando claros luminosos. Volvió la cara hacia el sol; era tan agradable… Entonces

vio una gran caña a punto de desprenderse. Estaba a bastante altura por encima de su cabeza así que buscó un palo largo y trató de romperla sin resultado.

—¿Necesitas ayuda? Dijo una voz a su espalda.

Se giró y encontró a Kenzie a unos metros de distancia. Llevaba una especie de fardo de leña sujeto con una cuerda. Lo depositó en el suelo y se aproximó. Mientras lo miraba acercarse, recordó las líneas desnudas de su cuerpo, el contorno nítido de sus músculos, y su cara se encendió de rubor.

—No quiere desprenderse —dijo, señalando la rama.

Ágil como un gato montés, Kenzie se agarró al tronco y trepó por él hasta llegar a la caña seca. Vestía vaqueros y una camiseta azul oscuro con el nombre de su grupo escrito en letras blancas en la parte delantera. En la espalda, la bandera de Escocia. Empujó con una pierna y la caña se partió y cayó al suelo. Cuando hubo descendido, la dividió en dos para que fuera más fácil de transportar.

—Gracias —murmuró Rebeca.

—*'S e ur beatha* —dijo y sonrió—. De nada.

—Qué extraño idioma el vuestro.

Él la miró con la mueca de la sonrisa prendida aún en los labios y la ayudó a juntar toda la leña que había recogido, anudándola después con un trozo de cuerda.

—Así será más fácil de llevar.

Se lo agradeció y cogió el fardo. Pero cuando iba a marcharse, él se puso delante, cortándole el paso.

—¿Por qué me evitas?

El cuerpo de Rebeca se quedó inmóvil, la mirada huidiza.

—No te evito.

—Sí lo haces. Ni siquiera me has hablado.

—Tú tampoco.

Kenzie miró distraído a su alrededor.

—No lo hago porque creo que estás resentida conmigo.

Ella abrazó el fardo para sobrellevar mejor la carga.

—Olvídalo, y ya está.

Intentó esquivarlo y pasar a su lado pero él la sujetó por un brazo.

—Me gusta cuando hablamos. Sé que me aproveché de tu estado y… —se frotó la nuca con la otra mano— bueno no puedo decir que me arrepienta de haberlo hecho, pero yo… quiero disculparme.

—No es necesario, de verdad —dijo ella, avanzando y desprendiéndose de su mano.

Deseaba estar con él, deseaba hablarle de otro modo, pero los años pasados bajo el yugo materno se lo impedían. Le resultaba imposible tomar cualquier tipo de iniciativa. No obstante, se atrevió a hacerle una pregunta.

—¿Por qué no quieres ser mi amigo?

Él entrecerró los ojos, formando dos ranuras azules.

—Los amigos no se besan como lo hemos hecho nosotros.

Rebeca depositó el fardo en el suelo y notó calor en la cara y en el cuello.

—Creo que Mary estará de acuerdo contigo.

—Aquello no significó nada para mí. Contigo fue diferente…

No supo qué responder, y quiso desviar la conversación hacia otro terreno.

—¿Qué quieren decir esas letras tatuadas en tus dedos?

Se quedó callado un momento, molesto por el repentino cambio de tema. Pero no quería presionarla. Cerró las manos y juntó los puños. Las falanges de sus dedos compusieron dos palabras: *Saor Alba*.

—Significa «Escocia libre».

—Ya. Veo que las viejas batallas nunca mueren del todo.

—Y las heridas profundas jamás se cierran.

Rebeca sufrió su mirada penetrante; la había mirado como si estuviera a punto de abalanzarse sobre ella y arrastrarla al interior del bosque dispuesto a hacerle el amor. Fue solo un instante, pero lo notó en la agitación reflejada en su pecho y en la tensión de su mandíbula. Sin embargo logró dominarlo, aunque en su interior Rebeca había deseado que lo hubiera hecho.

Un poco turbada por el íntimo intercambio de miradas, recogió el fardo de leña del suelo y regresó al campo base.

Era casi mediodía cuando reunieron el valor de probar las apacibles aguas del Loch Ness; apacibles, profundas y muy frías. Se pusieron los bañadores y se dirigieron a la orilla. Kenzie observaba mientras avivaba el fuego. Las chicas lucían una piel bronceada por el sol de Barcelona que fue la envidia de todos, y la escena no estuvo exenta de comentarios aduladores por parte de Scott y James. Liam les advirtió que debían tener cuidado, y no alejarse de la orilla pues el lago descendía en profundidad muy rápidamente. Mary y Lola las observaban desde la orilla. La primera con gesto indiferente y la segunda, cámara en mano, inmortalizando el momento.

—¿No te vas a meter? —le preguntó Berta.

—Ni por todo el oro del mundo —respondió Lola.

La piel les ardió y se les quedó entumecida por el frío. Hicieron unas abluciones para no quedar como unas auténticas cobardes, y salieron totalmente congeladas y amoratadas por el frío. Lola les tendió unas toallas mientras Mary parecía disfrutar con el castañeteo de sus dientes. Se acercaron a la hoguera y no se despegaron de allí hasta que sus cuerpos hubieron entrado en calor.

—No es como nadar en el Mediterráneo, ¿verdad? —comentó James que parecía muy divertido y que había logrado despejar de un soplido el mechón de pelo que cubría su ojo izquierdo.

Ellas negaron sin hablar.

—No debisteis mojaros la cabeza —comentó Kenzie, que continuaba pendiente del fuego.

—Considéralo como nuestro bautismo escocés —dijo Berta.

—No todos los escoceses son tan valientes para hacerlo, creedme.

—Yo nunca me he metido —aseguró James—. Pero ha sido divertido veros a vosotras.

El sol contribuyó a quitarles la sensación de helor del cuerpo. Después de almorzar, recogieron todas las cosas y apagaron el fuego. Los chicos y Sophie se vistieron con sus respectivos atuendos; Sophie se transformó en una *highlander* hermosa, con su melena pelirroja cayéndole sobre el ajustado corpiño. Rebeca aprovechó el buen tiempo para ponerse un vestido de verano que todavía no había podido estrenar. Era de color *beige*, muy favorecedor; el talle ceñido marcaba el contorno de sus pechos y la falda era vaporosa y mostraba sus bronceadas piernas hasta las rodillas. Kenzie no pudo evitar mirarla; una mirada bien distinta a la que le prodigó Mary. Berta, por el contrario, eligió unos simples vaqueros y una camiseta.

El emplazamiento del castillo de Urquhart estaba rebosante de turistas. El *Visitor Centre*, hábilmente camuflado entre la vegetación para minimizar el impacto visual, disponía de baños, cafetería y tienda, todo muy bien orientado hacia los turistas. También se exponían una gran cantidad de objetos encontrados por la zona y varias maquetas que representaban el diseño original de la fortaleza. Las ruinas estaban todo lo bien conservadas que pueden estar los restos de un castillo. Con una torre del homenaje chata, que mantenía parte de su estructura original, las ruinas de Urquhart habían pasado por muchas manos y por muchas guerras a lo largo de su extensa historia.

Mary, que no disponía de la compañía de Sophie, se unió de mala gana a Berta y Rebeca, y las tres se perdieron por las ruinas del castillo. Berta trataba de romper el ambiente tenso que se palpaba entre ellas haciéndole preguntas a Mary sobre el lugar, pero no obtuvo ninguna respuesta interesante, así que pronto se cansó y dejó de preguntar. Los senderos amplios, limpios y muy cuidados, guiaban al visitante en su recorrido a través de las piezas verdes de césped. Dentro de la torre se respiraba esa atmósfera extraña, ese ambiente que conecta al ser humano con épocas pasadas. Tocaron

las piedras tratando de sentir bajo sus dedos otras huellas, otras manos, otras vidas cuyos ecos aún resonaban en el presente. Mary las observaba con indolencia, como si fueran las turistas más tontas del universo. Las piedras eran solo eso, se decía Mary: piedras.

Sin embargo, ellas no se dejaron afectar por su actitud y continuaron disfrutando de las ruinas. Se asomaron a las aberturas, estrechas y alargadas, y contemplaron desde ellas las mismas vistas que habrían contemplado antiguos ojos durante siglos. Estaban tratando de imaginar cómo habrían sido sus vidas si hubieran vivido en aquella época cuando les llegó el inconfundible sonido de la gaita de Liam.

Descendieron de la torre a toda prisa. Berta iba delante, Mary en medio y Rebeca en último lugar. En un momento dado, Mary se detuvo de golpe y le cerró el paso a Rebeca. Esta se paró en seco, sorprendida.

—Déjalo en paz —le advirtió la chica sin contemplaciones.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la estúpida, me refiero a Kenzie.

El desprecio que reflejaba la voz de Mary la impresionó.

—No hay nada entre nosotros, no sé…

—Todo Beauly lo sabe —la cortó—. ¿Acaso crees que Kenzie es el único que disfruta pescando? Estás jugando con sus sentimientos.

—No sabes nada de mí —le espetó Rebeca, que empezaba a ponerse roja de indignación.

—Sé lo suficiente. Sé que pronto te casarás, pero aprovechas que estás lejos de tu hogar para entretenerte un poco. Todo el pueblo sabe qué clase de persona es la extranjera que flirtea con el hijo de William. ¿Y sabes lo que dicen las malas lenguas? Que él correrá la misma suerte que su padre, que se enamoró de una golfa que luego lo abandonó a él y a sus hijos. Tal vez Kenzie no sea consciente de dónde se está metiendo pero tiene amigos que se preocupan por él.

—¿Amigos como tú? —inquirió Rebeca, que no quiso demostrarle a Mary lo hondo que la habían herido sus palabras.

—Sí, como yo. Haría cualquier cosa por él. Todo menos herirle.

—Yo tampoco deseo hacerle daño.

—Pues no te vuelvas a acercar a él —masculló apretando los dientes.

Luego se marchó.

En su camino, Mary se encontró con Berta, que volvía sobre sus pasos extrañada por no verlas a su lado. Esta observó a la rubia, quien pasó ante ella sin verla, y se dio cuenta de que algo había ocurrido.

Encontró a Rebeca desencajada y al borde de las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Ya lo puedes imaginar.

Rebeca le explicó lo sucedido con la voz entrecortada. Lo que más le dolía era darse cuenta de que todo el mundo pensaba que era una persona horrible.

—No le hagas caso, seguro que es mentira y te lo ha dicho para herirte.

—No, Berta, lo que dijo Mary tiene sentido, alguien debió de vernos en el río.

—¡Al diablo lo que piensen!

—Pero en el fondo, es cierto.

—Eso no te convierte en una persona horrible, solamente en humana. No seas injusta contigo misma, no te lo mereces.

—No sé qué debo hacer…

—¿Qué te dice el corazón?

—Prefiero no decírtelo.

—Ay, madre —dijo llevándose una mano a la frente.

Berta suspiró hondo y escuchó de fondo el sonido de una melodía.

—Deja que las cosas sigan su curso, sin forzar al destino. No sabemos si él siente lo mismo por ti. Está claro que le gustas, pero eso no es suficiente para que te lances a una aventura que no sabemos cómo acabará, y que puede destrozar tu vida y la de terceras personas. Rebeca, debes ser prudente y usar la cabeza. Siento decírtelo así de claro, pero es lo que hay.

Jamás te dejaré

Con el objetivo cumplido de recaudar algunos fondos, regresaron al lugar de acampada. La actuación había sido un éxito y los turistas se habían mostrado generosos.

Mary se sentía más animada cuanto más abatida se mostraba Rebeca. Esta vez fue Berta quien la fulminó con la mirada cuando la encontró, pero a ella pareció no importarle demasiado. Estaba convencida de que había conseguido su objetivo.

Encendieron el fuego y también las velas de lavanda para los mosquitos. El calor del día unido a la humedad próxima del lago, había provocado que los devoradores *midges* adquirieran la categoría de plaga flotante sobre sus cabezas. Los repelentes circularon por todas las manos, excepto por las de los inmunes a los ataques de los diminutos chupasangres que atormentaban a todos con su zumbido. Solamente la sangre de Kenzie y Scott parecía no interesar a los mosquitos.

Cenaron alrededor del fuego y, después, en homenaje a las invitadas extranjeras, organizaron una competición de juegos escoceses.

—Los juegos de las Tierras Altas —les explicó Sophie mientras ellos buscaban todo tipo de artefactos que les sirvieran para los juegos— se originaron en el sistema de clanes de la antigua Escocia. En aquella época los jefes de los clanes alentaban a los hombres a participar para demostrar sus dotes en la batalla.

Un tronco grueso y pesado les sirvió para la prueba de lanzamiento. Lo sujetaban desde la base con las dos manos, en

posición vertical, echaban una pequeña carrera, con cuidado de que no se les cayera, y después lo catapultaban lejos, tratando de darle la vuelta.

Las pruebas de lanzamiento se sucedieron. Si no eran troncos eran piedras y, si no, cualquier otra cosa que fueran capaces de mover, lanzar, estirar o arrastrar.

Liam, al que los juegos no parecían llamarle la atención, amenizó el evento con la melodía de la gaita. Al compás de sus notas se llevó a cabo toda una competición que nada tenía que envidiar a unos juegos auténticos, excepto por el indecoroso detalle al que les sometía el joven James cuando perdía, lo cual, bien fuera por falta de experiencia o de pericia, ocurría más a menudo de lo que él deseaba. Cuando esto sucedía les ofrecía al resto de participantes una versión airada de su pálido y pueril trasero. El espectáculo era recibido por el público y por los otros competidores como una demostración infantil de su mal perder.

—Tápate ese culo de bebé antes de que te arree un puntapié —lo amenazaba Scott entre risas.

Incluso la gaita de Liam perdía fuelle por los continuos ataques de risa.

Para no ofender a James decidieron no hacer el cómputo de los resultados generales y así poder evitar que se volviera a levantar el *kilt*.

—Cualquier cosa con tal de no volver a verle las posaderas —apuntó Kenzie.

Después del esfuerzo, se cambiaron de ropa y descansaron cerca del fuego. Sophie cantó otra serie de canciones en gaélico y su voz envolvió de nuevo la atmósfera. Las melodías suaves y la cadencia de la antigua lengua de Escocia los mantuvo aletargados, enriqueciéndoles el espíritu con sus historias que, o bien Sophie o bien Kenzie, traducían antes de comenzar cada canción. La mayoría de ellas hablaban de amores ausentes, perdidos en las batallas o simplemente no correspondidos.

Al caer la noche le tocó el turno a las historias. Hablaron de leyendas de monstruos que habitaban los lagos y de criaturas mitológicas de las Tierras Altas. Las velas de lavanda y los colores crepitantes de la hoguera ofrecían el escenario perfecto para los cuentos mientras saboreaban un buen whisky. Rebeca tampoco lo probó esa noche, pese al empeño de algunos en asegurar que se trataba de uno de los mejores del país.

—Los *Selkies* —contaba Scott— son unas focas que salen del agua y mudan la piel para convertirse en mujeres. Luego seducen a los hombres con su belleza y tienen hijos con ellos, pero estos nacen con membranas en las manos. También están los *Selkies* con apariencia masculina, que atraen a las mujeres infelices en sus matrimonios. Y cuenta la leyenda que si la mujer de un pescador quiere que un *Selkie* le haga el amor, basta con que se acerque al mar y derrame siete lágrimas.

—Eso suena realmente interesante —interrumpió Lola, que descansaba sentada en el regazo de Rory y que siempre tenía presto su vaso para ser rellenado de whisky.

—Yo soy tu *Selkie* —le respondió él, imitando el sonido que hace una foca.

Hubo carcajadas y bromas jocosas respecto al posible parecido entre Rory y el mamífero marino.

Entonces le tocó el turno a Kenzie. Les habló de los *Will-ó-the-wisp*, una leyenda que, según él, ocupaba un lugar destacado dentro de la mitología gaélica.

—Se trata de unas luces que flotan en el aire. Aparecen de noche en las zonas pantanosas y en las ciénagas. Son fuegos fatuos que atraen la atención de los viajeros y consiguen desviarlos de su camino hasta lograr que se pierdan.

Mientras hablaba, Rebeca fijó la vista en el suelo para evitar mirarlo. Había logrado esquivar los impulsos que la incitaban a hacerlo. Sin embargo, eso no la mantuvo a salvo. La modulación de su voz siempre producía en ella un brote de emoción que le era imposible ignorar.

—¿Has visto las luces alguna vez? —le preguntó Berta.

—No —respondió él con una sonrisa—. Y espero no verlas nunca. Se creía que los *Will-ó-the-wisp* eran un mal augurio.

James les habló del *Wulber*, una especie de hombre lobo con cuerpo peludo y cabeza de animal.

—El *Wulber* no era agresivo si no se le molestaba, le gustaba pescar y algunas veces dejaba sus capturas en el alféizar de las ventanas de las familias más pobres.

—Un lobito bueno —sentenció Mary, de buen humor.

Sin pretenderlo, Rebeca se encontró con la mirada de Kenzie. Mary la interceptó y su buen humor se esfumó.

Entonces les llegó el turno a las invitadas. En realidad, excepto Kenzie y Rory, los demás apenas sabían nada sobre ellas, así que todos mostraron curiosidad por saber de sus vidas en Barcelona. Rebeca no se decidía a hablar y cuando Berta se disponía a hacerlo, Lola se adelantó y tomó la palabra. Todos percibieron entre risas que el whisky comenzaba a pasarle factura. La lengua le patinaba con cada palabra, pero aun así, todos le prestaron atención. Ante la incomodidad de Rebeca, Lola les puso al corriente de sus planes de boda. Habría deseado que no hubiera dicho nada, pero no supo cómo evitarlo. Lo peor fue la sonrisa falsa de Mary mientras la felicitaba por su futuro matrimonio.

De las tres, ella era la que tenía unos planes más definidos. Berta dependía de la suerte de Albert en las oposiciones y Lola… bueno todos daban por sentado que Lola nunca se marcharía de Escocia.

—Es cierto —dijo esta con la voz completamente afectada por el alcohol—. No me iré jamás… —Hipó—. He encontrado al amor de mi… de mi vida… —Volvió la cara y le dio a Rory un beso apasionado —. Me quedaré con él… Ya me lo ha pe… pedido… —Rory sonrió y sus amigas pusieron cara de pasmo.

—Sí, pero creo que tendré que guardar las botellas de whisky bajo llave —le susurró su novio.

James sofocó una carcajada.

—Y más te vale tirar la llave al mar —apuntilló.

Lola no se molestó con el comentario y continuó con su charla ebria.

—Solo regresaré para… para ir a su boda —añadió, señalando con el dedo a Rebeca—. Eso si… si llega a casarse… —Se le escapó una carcajada estrambótica y fuera de lugar—. La muy ton… tonta se ha enamorado de tu… de tu hermano —dijo, volviéndose hacia Sophie que estaba sentada a su lado.

Rebeca se mostró perpleja, y aspiró una fuerte bocanada de aire provocada por la sorpresa. A decir verdad, todos se mostraron turbados por la confesión, especialmente Mary.

—Lola, cállate —le dijo Rory en español.

—¿Por qué? ¿Acaso es mentira?

—¡Basta, Lola! —Esta vez fue Berta la que intervino.

El rostro de Rebeca estaba contraído en una mueca de dolor al verse traicionada por su amiga delante de todos.

—Estás borracha y solo dices barbaridades —le dijo con la voz estrangulada.

—Estoy borracha, es verdad —reconoció y volvió a reírse—. Pero atrévete a negar que te has ena… enamorado de él —apuntó a Kenzie, quien observaba la escena con el rostro tenso, igual que los demás.

Rebeca no pudo contener la ira y se puso en pie.

—¡Maldita estúpida! —le gritó.

Después salió corriendo.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y le nublaban la visión. Estaba conmocionada. Ni siquiera pensó hacia dónde dirigirse. Solo quería desaparecer. Oyó una voz a sus espaldas que pronunciaba su nombre. Era Kenzie; iba tras ella. Apretó el paso y corrió lo más deprisa que pudo. No quería verlo, incluso sintió que lo odiaba. Lo odiaba a él, a Lola, a Mary y a aquel país que estaba a punto de arruinar su vida. Volvió a escuchar su nombre. La voz sonaba imperiosa. Corrió, resbaló, se cayó, se levantó y volvió a correr. La noche no era oscura, veía bien, y eso evitaba que chocara contra los árboles.

Entonces llegó a la pequeña cabaña en ruinas. Estaba exhausta y sin aliento. Se dejó caer contra la pared deteriorada y lloró sin hacer ruido, apoyada contra la fría piedra, deseando que Kenzie no la encontrara.

Pero sus deseos no se cumplieron.

—Rebeca… —pronunció suavemente detrás de ella.

—Márchate, por favor…

—No voy a irme.

—No quiero hablar contigo. ¡Vete!

—Tu amiga ha bebido mucho, no debes tenérselo en cuenta.

—¡La odio! No se lo perdonaré nunca.

—No tiene tanta importancia…

—¡La tiene! Me ha humillado delante de todos. Y me lo merezco. Soy una persona horrible que nunca tendría que haber hecho este viaje.

—Es cierto, eres una persona horrible…

Rebeca captó su tono burlón y se enfureció. Se dio la vuelta y dio dos pasos hacia él, encolerizada.

—Si has venido a burlarte…

—No pretendo burlarme, pero al menos he conseguido que te apartes de esa pared antes de que una piedra decida acomodarse en tu cabeza.

—Sigues burlándote…

—Trato de quitarle importancia.

—¡Pues no lo estás consiguiendo!

—Si te sirve de algo, no he creído una palabra de lo que ha dicho. —Ella lo miró a través de las lágrimas; una imagen nebulosa y trémula—. Las chicas como tú no se enamoran de tipos como yo.

Rebeca se limpió la humedad de la cara con un gesto brusco.

—De todas formas, no debió decir eso.

—Cuando se bebe demasiado se puede perder el control, deberías saberlo.

—Aun así…

—Olvídalo, ¿quieres? —le pidió. Luego levantó los ojos—. Falta poco para que empiece a clarear. Mira el cielo lleno de estrellas, posiblemente no tengas otra oportunidad de verlo así en esta tierra.

Ella se limpió los restos de lágrimas y, con desgana, echó la cabeza hacia atrás para admirar el firmamento. Era muy hermoso. Pensó que en Barcelona el cielo se mostraba despejado infinidad de veces, pero la contaminación lumínica impedía ver las estrellas.

—Es precioso.

—¿Quieres volver con los demás?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No podría mirarles sin avergonzarme.

—Entonces preparémonos para ver amanecer sobre el lago —dijo, y se sentó en el suelo.

—¿En serio?

—Claro. Ahora no lo ves —dijo señalando hacia el frente—, pero está ahí, tras esos árboles.

Se sentó a su lado y permanecieron en silencio durante unos minutos, ambos conscientes de su mutua cercanía. Ella percibió el calor que irradiaba su cuerpo; tenía algo de frío y su proximidad le resultaba reconfortante. Kenzie escuchó su respiración, aún acelerada, y pensó en las palabras de su amiga. Deseaba que fueran ciertas. Oh, sí, lo deseaba con intensidad, con urgencia, con posesiva avidez. Era consciente de que Rebeca disfrutaba de su compañía, hasta puede que se sintiera atraída hacia él. Pero nunca imaginó que pudiera enamorarse.

Se tumbó a la larga, cruzó las piernas y depositó las manos debajo de la nuca. Ella se fijó en un diminuto punto de luz que destacaba de manera llamativa a unos tres metros a la izquierda.

—¿Qué es eso que brilla en el suelo? —dijo, señalando el lugar donde un puntito fosforescente se apreciaba entre la hojarasca.

Kenzie torció la cabeza en esa dirección y luego sonrió.

—Tal vez se haya caído una estrella del cielo.

—Muy gracioso.

—Es una luciérnaga, chica de ciudad.

—Una luciérnaga… Vi una cuando era pequeña, en el pueblo de mi madre —comentó mientras se disponía a levantarse para acercarse a ella.

—No la molestes o desactivará su luz, y entonces no encontrará amante esta noche. Además, pese a su aparente belleza, son unos gusanos bastante corrientes. —Rebeca se quedó quieta, y continuó observando la lucecita. Después volvió la vista a las estrellas—. Túmbate o acabará doliéndote el cuello.

Obedeció y se echó hacia atrás. Luego colocó las manos sobre el vientre. Pero no parecía sentirse cómoda y no dejaba de moverse.

—¿Qué ocurre?

—Debe de haber alguna rama pequeña, se me clava en la espalda.

—Vamos a ver.

La hizo desplazarse un poco y rastreó con las manos el lugar donde estaba tendida. Apartó unas cuantas ramas finas y barrió el exceso de maleza con los dedos.

—Creo que ya está. —Se quitó la sudadera que llevaba puesta, extendiéndola a continuación sobre el terreno—. Así estarás mejor. No la necesito, la noche es cálida.

Rebeca se tumbó de nuevo y se sintió cómoda y reconfortada por la calidez de la prenda. Concentró la vista en el cielo solamente para dejar de pensar en lo cerca que estaba de él. Su única visión entonces fue una porción de cielo estrellado y frondosas copas de árboles. Entornó la cabeza y lo miró. Él permanecía con la mirada clavada en las estrellas. Sus ojos estaban oscurecidos por la falta de luz, rasgados y brillantes como los de un lince en la noche.

—¿Por qué crees que una chica como yo no podría enamorarse de ti? —dijo casi sin pensar.

Él la miró antes de responder.

—Porque procedes de una familia muy tradicional. Creo que tu madre preferiría ver a su hija muerta antes que con alguien como yo, que piensa que la religión es un invento para apaciguar el alma

de los que necesitan darle un sentido a la vida más allá de la muerte.

—Hablas como un…

—Como un ateo, sí. Yo creo en la naturaleza —hizo un gesto con la mano abarcando el bosque—, en lo que me transmiten las cosas que me rodean. Si por cada muerto que ha provocado la religión a lo largo de los siglos lloviera un grano de arena, el mundo sería un gran desierto.

—De modo que eres un naturalista.

—No lo sé, tú eres la maestra, yo nunca me he parado a ponerle nombre a lo que pienso.

—Los naturalistas niegan cualquier intervención divina en la naturaleza y reducen el pensamiento a las sensaciones, y la voluntad al instinto. Muy simple y primitivo.

—En las cosas simples se esconde la verdad.

—Pues yo creo que…

Kenzie se mostró tenso.

—Déjalo, ¿quieres? —la interrumpió—. Ya me has clasificado, y no vas muy desencaminada: simple y primitivo son palabras que me definen bastante bien.

—Bueno, siento haberlo hecho, es solo que eso ayuda a conocer un poco a los demás.

—¿Quieres conocerme, Rebeca? ¿Quieres saber cómo soy?

Movió el cuerpo y ambos quedaron muy cerca.

El primer impulso de ella fue apartarse. Sin embargo, no se movió. El rostro de Kenzie apenas estaba a un palmo de su nariz. Trató de disimular su respiración acelerada, y contestó en un susurro.

—Sí.

Él le clavó la mirada penetrante e increíblemente seductora.

—Soy solo un hombre.

Rebeca parpadeó pesadamente.

—Eso ya lo sé… —dijo, e intentó incorporarse.

Pero él la sujetó con un movimiento ágil, con los brazos extendidos y las muñecas inmovilizadas sobre su cabeza. La inesperada fuerza de esa reacción la cogió desprevenida. Sintió el calor y el peso del cuerpo aplastándola sobre el terreno duro, y comenzó a hiperventilar. El anillo de Mario le hizo daño entre los dedos, volviéndose tan pesado como las cadenas de un preso.

—Soy solo un hombre que vive el presente sin dejar que el pasado le perturbe —murmuró con voz grave—, que actúa por instinto porque nadie le enseñó a vivir de otro modo, que no le exige demasiado a la vida porque nunca tuvo nada.

—Suéltame, por favor…

Lejos de hacerlo, Kenzie la apretó más fuerte.

—No deseaba enamorarme, odiaba la posibilidad de amarte porque sabía que no me corresponderías, pero cuando viniste al río… algo en ti me dijo que tal vez…

Los ojos de Rebeca se humedecieron. Sentía una mezcla de gratitud y de temor ante aquella declaración. Quería marcharse, quería quedarse, pero sobre todo quería que él dejara de hablar, porque la voluntad de resistirse a la feroz oleada de deseo que la dominaba era demasiado frágil. Sabía que estaba al borde de la capitulación, y su parte racional, a punto de sucumbir, le rogó que reuniera el suficiente coraje para apartarlo y marcharse.

Pero bajo la ropa, su cuerpo temblaba reclamando sus caricias.

Kenzie liberó sus muñecas y sostuvo el peso de su cuerpo sobre un brazo. Luego se retiró lo justo para mirarla.

Vio en sus ojos un confuso amasijo de sentimientos.

Y decidió apartarse.

—No, por favor —le dijo ella casi gritando, sujetándolo por un brazo.

Él volvió a mirarla; había interpretado mal la expresión de sus ojos. No era confusión lo que reflejaban, ahora lo veía claro, era deseo, el mismo que a él lo devoraba.

Cayó de nuevo sobre ella, pero esta vez sus caderas se encajaron entre sus piernas. Ella lo notó duro, tenso, masculino. Deseaba que

la besara, que sofocara sus ansias de tenerlo. Pero él se limitó a mirarla, como si quisiera retrasar lo inevitable, como si acabara de darse cuenta de que se encontraba al borde de un acantilado, a un paso de saltar al vacío. Dudaba, ella lo vio en sus ojos. Ambos jadeaban de excitación, los dos se alimentaban del delicioso ardor que invade a los enamorados, esa sensación embriagadora que acontece a los preludios del amor.

Kenzie se humedeció los labios con la lengua; los notaba secos y ardientes. La joven atrapó en su retina ese gesto y deseó con vehemencia un beso suyo.

Como si le leyera el pensamiento, él se acercó despacio a su boca.

Y saltó al vacío.

Sus labios se rozaron, y se besaron suavemente, conscientes de que ya no había vuelta atrás. Ella notó la sensual humedad de su boca y enredó las manos en su pelo ondulado. Los besos se hicieron más profundos y con ellos las exigencias de sus cuerpos aumentaron. Rebeca lo atrajo aún más hacia sí, estremeciéndose por el contacto ardiente de la mano que acariciaba su muslo debajo del vestido. La caricia continuó ascendiendo por el contorno de su pierna hasta que notó los dedos rozando el encaje de su ropa interior.

Kenzie acercó los labios a su oído.

—Pídeme que me detenga —susurró.

Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra. No deseaba que se detuviera, al contrario, habría lloriqueado como una niña si hubiera decidido marcharse.

Nerviosa, ante tal posibilidad, apresó su rostro con las manos y levantó un poco el cuerpo para besarlo.

Su beso fue tan determinante, tan definitivo, que Kenzie derribó los muros de su contención. Poco a poco, sin dejar de besarla, fue soltando los botones de su vestido. La respiración de Rebeca se aceleraba conforme la mano iba descendiendo, y cuando él le abrió la prenda en dos, ella le ofreció su cuerpo soltando el broche

delantero de su sujetador, liberando los pechos plenos y sensuales. La excitación de Kenzie aumentó hasta casi hacerle perder el control. Hizo un esfuerzo por contenerse y pensó en lo hermoso que se veía su cuerpo bajo la oscuridad azulada de la noche. Inclinó la cabeza, la apoyó sobre sus senos desnudos y aspiró su aroma de mujer.

Rebeca creyó enloquecer cuando él besó y mordisqueó sus pezones, que se irguieron como dos iceberg en el océano, duros por la excitación y el aire fresco del bosque. La mano, extremadamente cálida y decidida, descendió por el vientre de la joven y se deslizó hacia la parte baja de la espalda. Con un movimiento suave la introdujo por debajo de la ropa interior, cerrándose a continuación sobre su nalga, acariciando y apretando la carne torneada. Tiró hacia abajo de la prenda y esta se deslizó con ligereza a lo largo de sus piernas. Rebeca buscó el borde de su camiseta y lo ayudó a sacársela por la cabeza. Luego lo vio apartarse ligeramente y abrirse el cierre del pantalón. Su mirada se dilató. Deseaba sentir su cuerpo con una necesidad que cegaba el resto de sus sentidos.

Solo le quedaba la urgencia de saciarse de él.

Entonces todo cobró relativa importancia, nada podía compararse a la magnitud de su deseo; ni Mario, ni su madre, ni su futuro. Solo ellos dos y la total e incondicional entrega de sus cuerpos.

—Mírame —le pidió él, apresando su rostro con las manos.

Ella tardó unos segundos en centrarse y, cuando lo miró, olvidó una vida entera de inhibiciones.

—Te necesito ahora —se oyó decir. Pero su voz sonó rara, como si fuera otra persona la que hubiera pronunciado esas palabras.

—Mírame, Rebeca —insistió.

Obedeció, perdiéndose en la profundidad de sus ojos mientras él se hundía en su cuerpo con suavidad y a la vez con decisión. Al sentirlo en su interior, su espalda se arqueó y su boca emitió un suspiro prolongado.

—Dios mío…, Kenzie…

No pudo continuar; él apresó sus labios con un beso, sofocando sobre ellos un nuevo gemido y apretándola más fuerte.

Se amaron en silencio. Sus respiraciones excitadas se unieron a los sonidos naturales del bosque, se perdieron entre la brisa que mecía las copas más altas de los árboles y formaron un todo donde nada faltaba, nada sobraba.

Él se detuvo un instante y la miró; los ojos fogosos, enardecidos.

—Prométeme que no me dejarás.

Ella no podía hablar, solamente sentir. Temblaba de placer en tanto se aferraba a la presencia masculina que invadía sus entrañas. Su fragancia la embriagaba tanto como su cuerpo; Kenzie olía al Loch Ness, la esencia del lago se había impregnado en su pelo y en su piel. Podía sentir su aliento como el aliento de su propio cuerpo, el latido fuerte de su corazón como su propio latido. Deseaba jurarle que jamás se marcharía, deseaba poner a su Dios cristiano por testigo y, si fuera necesario, juraría ante todos los dioses celtas.

Pero no sabía si podría cumplir esa promesa.

—Prométemelo —insistió él meciéndose sobre ella.

Rebeca rodeó la espalda del hombre con sus brazos, y el anillo titiló, arrojando destellos dorados, como si fuera una nueva estrella pendida de su dedo.

—Jamás te dejaré.

Los ojos de Kenzie rutilaron en la oscuridad. La boca amplia se expandió en una ligera sonrisa.

* * *

La profundidad de la noche se había comenzado a difuminar, y los detalles se apreciaban a cada instante con mayor nitidez. El amanecer se aproximaba y hacía visible unos retazos de niebla que flotaban en el bosque y se acumulaban en la superficie del lago.

Contemplaron el alba, abrazados, y cuando el día ya había logrado imponerse a la noche, volvieron al campamento, lamentando tener que separarse.

Berta dormía en su tienda, pero se sobresaltó al escuchar el ruido de la cremallera. Se desperezó pronto y, entre susurros, bombardeó a Rebeca a preguntas que esta no estaba en condiciones

de contestar. Acalló los temores de su amiga convenciéndola de que todo estaba bien y se metió en su saco.

Sin embargo, no concilió el sueño. Su cuerpo aún estaba ebrio de caricias y de placer.

La voz y el cuerpo de Kenzie reverberaban en su interior como el eco de un tambor. Se le metía en los huesos, en el flujo de la sangre y viajaba por su cuerpo endulzando su espíritu prisionero. Recordó sus últimas palabras antes de despedirse: «Ven conmigo a Skye. Pasemos juntos los días que te quedan. Quiero enseñarte el color de las Cuillin Negras al amanecer, el vuelo de los frailecillos sobre los acantilados, el rumor de las olas sobre las rocas de la orilla». Tal idea la mecía como los brazos de una madre amorosa.

Los párpados comenzaron a pesarle al llegar la mañana.

Ven conmigo

Se despertó sola en la tienda. Los recuerdos de la noche la asaltaron y le hicieron sentir vértigo. Deseaba ver a Kenzie, pero pensar en los demás y, sobre todo, en Mary, le producía un gran desaliento. El campamento estaba en silencio, no se oía nada salvo el alegre canto de los pájaros. Se armó de valor y salió con torpeza de la tienda. Se topó con Berta, Lola y Rory que, sentados al estilo indio al lado de la hoguera extinta, la recibieron con cara de desasosiego. En especial Lola, cuyo rostro estaba abnegado por el remordimiento.

—Rebeca, yo… —comenzó.

Esta la detuvo con un gesto seco de la mano mientras se acercaba a ellos y se sentaba a su lado. Se llevó ambas manos a la cabeza bajo tres atentas miradas preocupadas. Las pocas horas de sueño le pasarían factura ese día.

—Lo siento —insistió Lola—. Soy una bocazas, no sé cómo pude. Rory me lo ha contado esta mañana, yo apenas lo recuerdo.

—Es cierto, eres una bocazas, pero ya no hay remedio.

—Hablaré con él, le diré que me lo he inventado. Haré lo que tú quieras…

—Olvídalo, Lola.

—No hasta que me perdones, por favor…

Rebeca resopló; no podía estar enfadada con ella. Gracias a la imprudencia de Lola había pasado la mejor noche de su vida, aunque no olvidaba que la había dejado en evidencia delante de todos. Se merecía un poco de desaire por su parte.

—Deberías controlar esa lengua, un día te meterás en un problema serio. —Lanzó otro resoplido—. Solo Dios sabe lo que habrán pensado los demás.

—Bueno, Sophie parecía contenta esta mañana —se le escapó a Lola.

Berta le dio un codazo y Rory se apresuró a añadir:

—Nadie te juzga, Rebeca, si es eso lo que te preocupa.

Se restregó los ojos y entonces cayó en la cuenta de que estaban solos.

—¿Y los demás?

—Se han ido temprano al castillo —contestó Berta—. Volverán a la hora de comer.

A Rebeca se le retorció el estómago al pensar en enfrentarse a las miradas de los chicos… a la de Mary… Calibró las alternativas con rapidez. Deseaba ver a Kenzie, pero el lugar se había vuelto de pronto incómodo.

Miró a Rory, que estaba frente a ella.

—¿Puedes llevarme a Beauly?

—¿Ahora? —protestó Lola.

La hizo callar con una mirada aniquiladora.

—¡Me lo debes!

—Por mí no hay problema —aseguró Rory—. En menos de hora y media puedo estar de vuelta para ayudar a desmontar las tiendas.

—Yo me voy contigo —apuntó Berta.

—Ni hablar —replicó Rebeca—. Te quedarás y disfrutarás de esto un poco más. Discúlpame con todos, diles que…, diles… Diles lo que quieras.

—Está bien, pero en cuanto llegue a casa me contarás lo que pasó anoche en ese pinar. —Berta señaló en la dirección en la que se había escapado Rebeca la noche anterior.

Lola interrogó a Rory con la mirada.

—Yo no sé nada —se defendió—. Te lo aseguro. Ella… salió corriendo después de tu discurso y él fue detrás…

Entonces volvió la mirada hacia Berta.

—¿Por qué no me habéis dicho nada?

—Tenías bastante con lo tuyo.

—¿Te hizo algo ese bruto? —quiso saber Lola.

Rory la regañó.

—Kenzie no es ningún bruto. ¿Querías que Rebeca se perdiera en el bosque?

—En realidad solo llegué hasta la cabaña en ruinas que hay cerca del sendero —comentó Rebeca. Luego su mirada se perdió en el lago—. Charlamos, y él dijo que no te había creído.

A Lola se le iluminó la cara.

—Bueno, entonces todo aclarado. En cuanto vuelvan los demás les diré que fue un delirio… que tu amas a tu prometido por encima de cualquier cosa y que…

—¡Para ya, Lola! —Rebeca se sujetó las sienes con las manos. Parecía que la cabeza le fuera a estallar.

No deseaba escuchar más, mucho menos quería oír el nombre de Mario, no cuando las caricias de Kenzie aún no se habían borrado de su piel. Solo deseaba marcharse.

—Si te marchas, todos pensarán que las palabras de Lola son ciertas —insistió Berta.

—Ya me da igual.

Tomaron de vuelta la carretera que recorría las quince millas que restaban hasta Beauly. Rebeca miraba el muro de vegetación que se elevaba desde la orilla izquierda.

Rory no quiso interrumpir su introversión. Fue ella, sin embargo, la que en un momento del camino volvió la mirada hacia él. Observó con detenimiento a aquel chico tímido que había conseguido conquistar el corazón alocado de su amiga. Él percibió su interés, la miró un segundo y, después, un poco colorado, volvió la vista al frente. Rebeca notó el movimiento que hizo la nuez de su garganta cuando tragó saliva. Se dijo que tal vez era esa vulnerabilidad lo que tanto gustaba a Lola.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin Rory, un poco intimidado por los ojos verdes que lo analizaban—. ¿Por qué me miras así?

—Estaba pensando en lo que dijo Lola anoche, respecto a vosotros. ¿Es cierto?

Volvió a tragar saliva, tenía la sangre apelotonada en el rostro, cuello y orejas.

—Sí, me ha propuesto que vivamos juntos en Edimburgo.

—¿La quieres? —le preguntó. Al chico le delató una sonrisa sincera—. Sí, la quieres —se respondió a sí misma con un suspiro.

—En realidad, yo le he propuesto matrimonio.

A Rebeca se le cortó la respiración.

—¿En serio?

—Sí, pero…

—Ya, no me lo digas. La conozco, y es alérgica al matrimonio.

—Exacto, ella ha usado esas mismas palabras, pero dice que si le encuentro un druida se casará conmigo por el rito celta.

—Muy propio de ella. Y tú, ¿eres católico?

—Presbiteriano.

—Ah. —Rebeca se quedó pensativa un momento. Luego preguntó:

—¿Cómo es una boda celta?

—El *Handfastings* era un antiguo ritual pagano de matrimonio que fue legal en Escocia hasta el año 1939.

—¿Hay druidas hoy en día?

—Los pocos que quedan son muy ancianos y yo personalmente no creo mucho en los druidas emergentes.

Rebeca volvió a recluirse en sus pensamientos y Rory trató de animarla con su charla.

—Kenzie me dijo que había visto muchas bodas celtas en Skye. —Ella volvió el rostro bruscamente solo por el hecho de escuchar su nombre—. El druida que las celebraba era uno de esos ancianos de los que te hablé. Supongo que ya no vivirá. Kenzie decía que eran ceremonias muy emotivas. Solía esconderse detrás de algún árbol o de un arbusto para observar.

En seguida se dio cuenta de que sacar a relucir el nombre de Kenzie no había sido buena idea; la muchacha se quedó ensimismada y no se dirigió a él hasta que llegaron a Riverside Drive.

Lo primero que hizo fue darse un baño de agua caliente, pues la humedad del lago parecía haber impregnado su ropa y le hacía sentir frío. Llenó la bañera, se metió dentro y esbozó una sonrisa de placer cuando su cuerpo entró en contacto con el agua.

El baño se alargó, no había prisa, estaba sola y tenía toda la tarde por delante.

Salió envuelta en un albornoz blanco y una toalla pequeña en la cabeza. Se preparó un sándwich para el almuerzo y se secó el pelo antes de sentarse a la mesa. Luego descansó en el sofá. Su mente estaba tan confusa que no tardó en dormirse. Durmió profundamente durante más de una hora, hasta que una llamada de teléfono la despertó. Saltó del sofá y corrió a buscar el aparato que reposaba en el fondo de su mochila. Pulsó el botón verde sin tiempo de comprobar quién era.

—¿Sí?

—Soy yo, Rebeca. ¿Es que ya no te acuerdas de mí?

—¡Mario! —Escuchar el simple sonido de su voz le hizo sentir un repentino ataque de culpabilidad. Trató de centrarse—. Bueno, sabía que estabas muy ocupado…

—Nena, es una broma. Pero lo cierto es que ha sido una semana de locos. El director del prestigioso colegio que te ha contratado está en pleitos con sus asesores financieros. Unas malas gestiones le han hecho perder mucho dinero y está muy cabreado. Luego están las negociaciones con un grupo de inversores de Qatar que quieren adquirir un hotel de cinco estrellas en Barcelona. Si este asunto sale bien, las comisiones pueden ser astronómicas. No quiero aburrirte

con detalles pero puede que tengamos que viajar a Doha en más de una ocasión para debatir las condiciones de compra con la Compañía Nacional de Hoteles de ese país. Estos árabes están forrados y ya no saben dónde invertir su dinero. —El silencio al otro lado de la línea hizo pensar a Mario que la comunicación se había cortado—. Rebeca, ¿estás ahí?

—Sí, te estaba escuchando —dijo ella, distraída.

—Estamos desbordados. Las negociaciones son lentas en este tipo de procesos internacionales, pero hay que moverse rápido y tenerlo todo previsto antes de actuar. He pedido a tu padre y al mío que me dejen ser el principal asesor legal del hotel y tratar directamente con los inversores árabes; yo hablo inglés mejor que ellos.

—También Enric lo habla a la perfección —le hizo saber.

—Tienes razón. Pero reconoce que tu hermano no tiene buen ojo para los negocios.

—Puede que nunca haya tenido la oportunidad de demostrar lo que vale.

—Oye, nena, no te molestes. Estoy de muy buen humor, aunque me toque trabajar el fin de semana.

Ella se calló y Mario continuó con su monólogo sobre futuros proyectos en telecomunicaciones e infraestructuras por parte de los Qataríes en España. Si este primer negocio salía bien, la firma de abogados financieros Caralt & Bassols podría ser la fuente de asesoramiento legal frente a los inversores del Golfo Pérsico, y eso significaba una buena dosis de prestigio internacional.

Rebeca se perdía entre sus palabras. Nunca había entendido el derecho financiero y tampoco le interesaba mucho. Su padre y su hermano no solían hablar de trabajo, tan solo alguna anécdota digna de mención, pero jamás entraban en detalles aburridos sobre el asesoramiento legal de sus clientes. Por el contrario, Mario no perdía la oportunidad de referirle los casos en los que trabajaba, siempre y cuando él tuviera especial protagonismo. Ella siempre lo escuchaba

con toda la atención que podía, aunque la mayoría de las veces, su mente se evadía de forma inconsciente.

Cuando se despidieron, se dio cuenta de que no le había preguntado nada sobre sus vacaciones. Fue un verdadero alivio, pero a la vez también fue una decepción. Tuvo la impresión de que nunca le importaban sus cosas. Todo giraba en torno a él, a su vida, a su trabajo. Ella era un complemento necesario, nada más.

No quiso pensar en la vuelta a casa, no lo haría o se echaría a llorar. La incertidumbre de su futuro inmediato planeó sobre su cabeza como la sombra de un ave de presa, y esa sensación le oprimía el pecho hasta no dejarla respirar con normalidad.

Se acomodó en el sofá de nuevo, intentando relajarse. Pero su tranquilidad duró poco. El timbre de la puerta sonó y la señora Munro apareció tras ella con el rostro preocupado. Había visto llegar a Rebeca, y se preguntaba si todo estaba bien o si se sentía indispuesta.

Pocos minutos después, las dos se encontraban en el salón frente a una taza de té y unas galletas.

—Cuando vi que te había traído el chico de los Elliot pensé que podías encontrarte mal —le dijo mientras endulzaba su té con una cucharadita rasa de azúcar.

—He vuelto porque… —Trató de pensar alguna disculpa coherente—. La verdad es que los mosquitos se habían propuesto devorarme.

—Oh, esos malditos *midges* son lo más molesto de Escocia. ¿Os ha gustado el lago?

—Claro, es precioso, pero el agua está fría como el hielo.

—¿¡Os habéis bañado!? —La mujer dio un respingo.

—Solo un poco.

—Cogeréis una pulmonía.

—Ayer hizo un día estupendo para bañarse.

—Oh, sí, en verdad un día precioso. —En el rostro de la señora Munro asomó una chispa de picardía. Estiró el cuerpo hacia Rebeca para dar a la conversación un tono más íntimo y le dio dos

golpecitos en la pierna con su mano—. Oye…, cuéntame: ¿hay algo entre tú y Kenzie? El otro día que os vi juntos…, parecíais…

La pregunta la tomó por sorpresa, dudó, tartamudeó y no supo qué decir. Tampoco quería mentir a la anciana, no se lo merecía.

—No lo sé —respondió Rebeca con sinceridad.

—Querida, ¿ves estas canas en mi pelo? Han tardado muchos años en fraguarse. Los jóvenes pensáis que los ancianos siempre hemos sido viejos, ignorando que también tuvimos veinte años y que hemos pasado por lo mismo. Créeme, algún día vosotros también tendréis el pelo blanco, y el recuerdo de los momentos dulces que se viven en la juventud volverá en la última etapa de la vida para endulzar vuestros días con el recuerdo. —Suspiró—. Cuando un sentimiento es intenso no se olvida fácilmente, aunque pasen muchos años. He visto vuestras miradas, igual que he visto las miradas de tu amiga y el chico de los Elliot. Caramba muchachas, habéis venido lejos a enamoraros.

La señora Munro se marchó y Rebeca por fin pudo arrebujarse en el sofá, aunque no volvió a dormirse; tenía demasiadas cosas en la cabeza. No lograba deshacerse de las palabras de la anciana, ni de la frustrante conversación con Mario, pero sobre todo, no podía quitarse de la cabeza la proposición que le hiciera Kenzie antes de separarse. Pasar con él unos días en Skye se le antojaba como un sueño. Estar a su lado cada hora y cada minuto del día, poder mirarlo sin sentir esa culpa que tanto la atormentaba. No podía pensar en otra cosa que la hiciera más feliz. Pero ¿acaso lo merecía? ¿Podría realizar ese sueño sin sentirse culpable?

Berta y Lola no tardaron en volver. Cuando escuchó el ruido de la puerta al abrirse, se levantó de un salto y salió a recibirlas. Miró a través del espacio abierto, intentando encontrar el todoterreno azul

de Kenzie, pero allí fuera solo estaba el coche rojo de Rory, que en ese momento abandonaba la calle hacia la avenida principal.

Las tres salieron al jardín trasero. Aún no había anochecido y la temperatura era agradable. Se sentaron en las sillas de forja y centraron la conversación en Lola y en sus planes de futuro junto a Rory. Berta le lanzaba a Rebeca miradas incisivas, como si intuyera que la noche anterior hubiera pasado algo importante que se negaba a revelar.

—Probaremos a ver qué pasa —decía Lola—, a veces la convivencia acaba con todo el romanticismo.

—Otras veces une más a las parejas —comentó Berta.

—Pues por eso hay que probar antes de dar el gran paso —dijo y desvió la mirada hacia Rebeca que permanecía abstraída, sin atender a la conversación—. Y es por ello que he decidido hacerme miembro de los *Hare Krishna* y marcharme a la India a recitar mantras.

Se quedaron en silencio, Berta conteniendo la risa y Rebeca percatándose de que las dos la miraban fijamente.

—¿Qué?

—Eso digo yo —rezongó Lola—. ¿Qué te pasa, ahora? Parece que no estás aquí.

El timbre de la puerta sonó. Se miraron unas a otras y consultaron el reloj. No se imaginaban quién podría ser, la señora Munro nunca las visitaba a esa hora. Berta acudió a la puerta y regresó al cabo de unos segundos con un papel en la mano.

—¿Quién era? —preguntó Lola, intrigada.

—Nadie. Quiero decir que no había nadie en la puerta, pero alguien coló este papel por debajo. —Ambas chicas estiraron el cuello—. Y tiene tu nombre —añadió mirando a Rebeca.

—¿Mi nombre?

Berta afirmó con la cabeza mientras le extendía un papel blanco doblado por la mitad. Rebeca lo tomó y lo desdobló. Luego leyó en silencio.

Su rostro se encendió como un fósforo.

—¿Qué pone? ¿Quieres leerlo en voz alta por favor? Nos vas a matar de intriga —protestó Lola.

Rebeca se mordió los labios y dudó. Volvió a doblar la hoja por la mitad y guardó silencio.

—¿Nos lo vas a contar o no? —insistió.

Rebeca les ofreció el papel de mala gana para que lo leyeran ellas mismas. Fue Berta la que lo recogió de su mano.

—«Ven conmigo, *mo leannan*, y te mostraré el lugar donde las luciérnagas bailan en la noche».

—¿Esto es de Kenzie? —preguntó Lola, arrebatándole el papel a Berta de las manos. Luego lo leyó—. También pone una hora: las 7 a.m. ¿Pasará a recogerte a las siete?

—¡No lo sé! —estalló Rebeca.

—¿Adónde quiere llevarte? —preguntó Berta.

—A Skye.

—Si es una excursión, también podemos ir nosotras —se animó Lola—. Dicen que es una isla preciosa.

Berta la miró, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos.

—¿Quisiste llevarnos tú a Nairn? Desde luego, Lola, parece que tienes un cerebro positrónico.

Esta enervó una ceja y no le hizo mucho caso. Pero las conexiones neuronales de su cerebro viajaron rápidas, más veloces que el ficticio flujo de positrones de Asimov.

—¿Qué pasó anoche en el bosque? —preguntó con picardía volviéndose hacia Rebeca—. No nos has contado nada y Berta dice que regresaste al amanecer.

El gesto descompuesto de su amiga la traicionó.

—Oh, Dios mío… —susurró Berta.

—Oh, Dios mío, ¡qué! —El cerebro bullicioso de Lola tardó tres segundos en adivinarlo. Entonces miró a Rebeca con los ojos dilatados—. ¿No te habrás atrevido?

—No sé de qué hablas…

—¡No me lo puedo creer! ¿Lo hiciste con él?

—¡No te importa!

Lola no salía de su asombro.

—¡Lo hiciste! —Estalló en una carcajada—. ¡Vaya con la monja! ¡Se ha tirado al escocés antes de casarse!

Rebeca enrojeció de rabia y Berta intentó calmar los ánimos.

—¡Basta, Lola! Mira que eres provocadora…

Esta aún contemplaba a Rebeca con expresión atónita.

—No, si yo hubiera hecho lo mismo —dijo—. ¿Quién podría resistirse? Entiéndeme; en el caso de que Mario fuera mi novio. Buaj, me dan arcadas solo de pensarlo.

—Lola —dijo Rebeca—, eres idiota.

Luego se metió en casa y se refugió en su cuarto.

—¿Qué coño significa *mo leannan*? —se preguntó Lola pronunciando con dificultad el par de palabras—. Seguro que es una guarrada.

Rebeca se negó a hablar más del asunto, ni siquiera con Berta, que acudió a su lado por si necesitaba desahogarse. No tardó en dormirse. Estaba agotada. Su mente y su cuerpo estaban exhaustos por la tensión de las últimas horas. En el salón, sus amigas intentaban comprender lo que había sucedido. Lola argumentaba que la inocente Rebeca se había dejado seducir, lo cual a su entender era totalmente comprensible. Había vivido reprimida en lo que se refería a los hombres y ante su boda inminente quería experimentar, y qué mejor forma de hacerlo que con alguien como Kenzie. No podía culparla, lo que le molestaba era su forma tan tremenda de tomarse las cosas. Para Lola estaba claro; tan solo se trataba de un simple desliz y mejor tenerlo en ese momento que después de cinco años de matrimonio. Según ella, eso era justo lo que les ocurría a las mosquitas muertas como Rebeca, que más tarde se preguntaban qué se sentiría estando con otro hombre diferente al que conocían. Sin embargo, para Berta, Kenzie no era ningún desliz en la vida de Rebeca, era algo más. Conocía bien a su amiga, sabía que no era enamoradiza. Pero, de alguna forma, el

destino la había enfrentado cara a cara con esa clase de sentimiento extraordinario. Era afortunada por ello, o tal vez no. Por una vez, Berta no estaba segura de la respuesta.

Luciérnagas en la noche

Un resquicio de claridad se colaba por las ventanas cuando a Berta la despertaron unos ruidos en el dormitorio. Estiró una mano hacia la mesita de noche y miró la hora en su teléfono móvil. Faltaban cinco minutos para las siete. Encontró a Rebeca metiendo ropa en una pequeña mochila, y se sobresaltó. El sueño se le fue de pronto, brincó fuera de la cama y se acercó a ella.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves.

—No me digas que piensas ir con él.

Rebeca asintió con un gesto.

—¿Te has vuelto loca?

—Tengo que ir, Berta.

—¡No, no tienes que hacerlo!

—Me lo dice el corazón, tengo que ir o me arrepentiré…

—¡Te arrepentirás si vas!

—Mejor arrepentirse por algo que anhelarlo toda la vida.

El ruido vago de un motor interrumpió sus desavenencias. Ambas escucharon atentas, tratando de averiguar si el vehículo había pasado de largo o se había detenido frente a la casa.

—No se ha detenido —afirmó Berta.

—Sí lo ha hecho.

—No lo creo.

—¡Creo que sí, Berta! Pero no me atrevo a mirar…

Con un resoplido, Berta salió del dormitorio dando grandes zancadas. Regresó al cabo de un momento con el rostro

desfigurado.

—¡Es él!

—Dios mío…

Sacó unas cuantas prendas más y las guardó sin detenerse a analizarlas.

—¡Rebeca, por favor!

—Tengo que darme prisa. ¿Puedes traerme el neceser del baño?

—¡No! ¡No te ayudaré en esto! Puede que lo que sientas sea muy bonito, muy intenso y lo que tú quieras añadir, pero piensa en Mario…, en tu madre…, en la Virgen María si tú quieres.

—No metas a la Virgen en esto…

Berta se quedó sin argumentos y se resignó. Rebeca se acercó a ella y le cogió las manos.

—Tengo que hacerlo, ¿no lo entiendes? Temo marcharme de aquí y no volver a sentir lo que siento estando con él.

El motor del coche rugió. Ella supo que era un aviso de impaciencia.

—¡Se va a marchar! Por favor, ayúdame…

Berta soltó otro bufido pero, al final, salió corriendo hacia el cuarto de baño. Guardó las cosas de Rebeca en el neceser y cuando volvió al dormitorio vio que su amiga ya se había quitado el pijama y se colaba por la cabeza un vestido, que era lo que más rápido era capaz de ponerse. Se puso una chaqueta corta a toda velocidad y unas bailarinas, guardó el neceser en la mochila y salió del dormitorio como un torbellino. Lola asomó la cabeza tras la puerta de su habitación, adormilada.

—¿Qué os pasa? Parecéis dos cotorras en celo.

—Se marcha —la informó Berta.

Rebeca le dio un abrazo.

—Gracias. Lo que lamento es dejarte aquí sola.

—No te preocupes por mí, tengo a Sophie, a Lola y a su enamorado. Estaré bien. Pero hazme un favor, ¿quieres? Cuídate mucho.

—Lo haré —dijo, y se marchó.

Salieron a la calle a tiempo de ver partir el todoterreno de Kenzie.

—Esto arruinará su vida. No debí dejarla ir —afirmó Berta.

—No podías impedírselo.

—Lo sé, pero tenía que intentarlo.

—Yo me alegro por ella. Nadie debería vivir toda una vida sin sentir lo que ella está sintiendo ahora. Y eso es algo que Mario nunca podrá ofrecerle.

El Nissan azul tomó rumbo sur, rasgando la luz mortecina que iluminaba un nuevo día, una nueva vida. Rebeca se sentía en paz consigo misma. Por una vez fue dueña de su suerte, para bien o para mal era decisión suya. Y había decidido vivir. Supo que había tomado la decisión correcta; así se lo murmuraba su cuerpo cuando Kenzie la miraba, cuando sus labios le dedicaban una sonrisa. Se imaginó emprendiendo una vida a su lado, lejos de los convencionalismos a los que estaba acostumbrada. Se entregó a su sueño e hizo un pacto con su propio juicio para que permaneciera callado y no enturbiara con sus advertencias los momentos más significativos de su existencia. Solos los dos y la estrecha carretera que serpenteaba entre lagos de nombres impronunciables y paisajes iluminados por el sol y oscurecidos por las nubes.

Mecidos por las melodiosas notas de Bonny Portmore, sintonizadas en la radio, la voz de Loreenna MacKennit les hizo unir sus manos.

Era un hermoso día de verano.

* * *

Kenzie cumpliría todas y cada una de sus promesas. Le mostró el amanecer en las Cuillin Negras, el rumor de las olas al estrellarse sobre las rocas y el vuelo de los frailecillos en los acantilados. Rebeca vivió su sueño junto a él entre promesas de amor y deseos de futuro compartido. Pero a él aún le faltaba una ofrenda por

cumplir. Ella ya lo había olvidado, pero Kenzie nunca olvidaba una promesa.

Esa noche la sorprendió ataviado con el típico atuendo escocés. Aquellas prendas parecían tener muchos años, pues la camisa, que alguna vez había sido blanca, mostraba un color desvaído y desprendía un tenue olor a alcanfor. El *kilt* no salía mejor parado del análisis; los colores se veían viejos y apagados. Rebeca pensó que Kenzie estaba un poco ensimismado desde el día anterior. Se había ausentado durante unas horas bajo el pretexto de visitar a un viejo amigo y había vuelto con una expresión misteriosa en el rostro. Lo atribuyó a que su tiempo de estar juntos se estaba agotando. A decir verdad, ella también sentía que su ánimo empezaba a sumergirse en una extraña nostalgia. Aún estaba allí, aún podía verlo, sentirlo, pero la sombra de la despedida comenzaba a planear sobre ellos como un pájaro de mal agüero.

—Era de mi abuelo —le dijo—. Me queda un poco pequeño, pero servirá.

—¿Servirá para qué?

—Espera aquí un momento.

Lo vio salir de la casa a grandes zancadas, con la falda bamboleándose al caminar. Puede que su ropa fuera vieja y oliera a alcanfor, pero estaba muy atractivo. Tal efecto era potenciado por el hecho de que él no era consciente de su seductora apariencia.

Al cabo de un par de minutos volvió a entrar sujetando una caja de tamaño medio entre las manos.

—Me gustaría que te pusieras esto. Es lo único que he podido encontrar. Creo que es de tu talla.

Tomó la caja de sus manos y la abrió. Dentro había una prenda doblada. Estaba confeccionada con un suave terciopelo color crema. Depositó la caja sobre la mesa y extrajo un vestido. Al desplegarlo, descubrió los delicados motivos dorados que lo adornaban. El brillo del terciopelo la deslumbró. Su tacto era tan sedoso que lo acercó a la mejilla.

—¿Vamos a una fiesta? —preguntó entusiasmada.

—Mejor, esta noche hay una boda celta en el bosque.

Rebeca dio saltos de alegría y corrió a cambiarse.

Apenas tardó diez minutos en ponerse el vestido. Se dijo que aún era más hermoso que el que había usado en el festival. Le quedaba un poco ajustado en el pecho, pero no lo suficiente para resultar incómodo. Cuando él la vio aparecer, la emoción se reflejó en su semblante.

—¿Me ayudas con la espalda? —le pidió ella dándose la vuelta.

Él le apartó el pelo de la nuca y, tras besársela, abotonó el vestido con calma, como si formara parte de un ritual.

—Estás preciosa.

Ella sintió que su admiración era sincera, lo vio en sus ojos cuando la giró para mirarla. Pero había algo más oculto en su rostro, no sabía qué era ni por qué no lo revelaba. Estaba a punto de hacerle una pregunta cuando él la besó en los labios. Apenas fue un leve roce, y cuando ella reclamó un beso más íntimo, él la detuvo depositando dos dedos sobre sus labios.

—Ahora no —le dijo—. Y le besó la punta de la nariz.

Recorrieron varios kilómetros hasta llegar a una zona elevada y llana donde Kenzie detuvo el Nissan. La oscuridad era absoluta pero, en la lejanía, Rebeca divisó numerosas luces suspendidas en el vacío de la noche.

—Demasiado grandes para ser luciérnagas —dijo.

Él le sonrió.

—Son farolillos, marcan el camino hasta el lugar de la ceremonia.

A ella se le iluminó la cara.

Al apearse escrutó en la oscuridad y descubrió que no estaban solos; podía intuir el movimiento de algunas personas avanzando hacia las luces. No era una gran multitud, pero eran más numerosas de lo que había imaginado.

Forzó un poco más la vista y comprobó que todos iban vestidos de forma parecida; los hombres con el típico tartán escocés, y las mujeres con vestidos largos de corte medieval. Se cogió del brazo de Kenzie y, al tocarlo, notó sus músculos tan duros como el hormigón.

Trató de identificar la causa de aquella rigidez mirándolo a la cara, pero estaba demasiado oscuro para ver su rostro. Recogió ligeramente el vestido con la otra mano para no pisarlo y se adentraron en la foresta siguiendo el sendero de farolillos flameantes que proporcionaban un halo de irrealidad al entorno.

Tuvo la sensación de que se encontraba flotando en sueños, y esa percepción le produjo cierta euforia. Estaba segura de que recordaría aquella noche durante toda la vida. Trató de retener en la memoria cada detalle, aspiró el olor penetrante y fresco del bosque y se dejó guiar.

Pocos minutos después llegaron a un amplio claro donde una escueta congregación se había dispuesto en torno a un círculo formado por piedras, ramas y flores. En el centro, una roca grande y plana.

—Qué emocionante —dijo.

Kenzie la miró con intensidad.

—Lo es.

—¿Y dónde están los novios? ¿Y el druida?

—Lo verás dentro de poco. Siempre viene caminando, aunque es muy mayor. No vive muy lejos del bosque, así que no tardará en llegar.

—¿Lo conoces?

—Sí…, ayer estuve con él.

—Por eso sabías lo de la boda…

Afirmó con la cabeza.

—¿Estuviste con él todo el tiempo?

Volvió a asentir.

—Cuando era pequeño me quedaba a menudo en su casa.

—¿De verdad?

—Un día me descubrió durmiendo en su establo. Desde entonces volvía con frecuencia. Me gustaba su compañía, solo hablaba cuando tenía algo que decir. Aprendí mucho de él; el amor a la naturaleza y el valor de las cosas importantes. No me perdía ninguna de las bodas que celebraba. —Señaló un árbol cercano—. Me encaramaba

a las ramas de ese árbol para tener mejor visión, y todas las veces me decía que si algún día encontraba una mujer, él sería quien me uniría a ella. Según los celtas, dos almas se unen para que sus fuerzas y cualidades se dupliquen y suplan las carencias y los defectos con el apoyo y aprendizaje del otro.

—A veces tengo la sensación de que hace más de una vida que te conozco —murmuró Rebeca.

Kenzie le tomo una mano y la apretó.

Un anciano apareció entre la gente, saludando con un leve gesto mientras se dirigía hacia el interior del círculo. Rebeca se fijó en su pelo blanquísimo y en su barba corta del mismo color. Aparentaba tener muchos años. Vestía una túnica blanca y desgastada y mientras caminaba se colocó sobre la cabeza un pañuelo del mismo tono, doblado varias veces, que colgaba a ambos lados de sus hombros y le llegaba hasta la cintura. La visión del anciano impresionó tanto a Rebeca como lo haría cualquier sacerdote en una ceremonia religiosa. El druida comenzó a hablar moviéndose por el círculo, pero Rebeca no comprendió sus palabras.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Está bendiciendo y consagrando el círculo, símbolo de la eternidad.

—Seguro que te sabes la ceremonia de memoria.

—Sí —dijo, y la miró con el rostro carente de expresión.

El druida se acercó a una mujer ataviada con un bonito vestido de terciopelo azul y esta le ofreció dos preciosas coronas; una hecha de hojas, otra de flores. Con los adornos en las manos, avanzó a través del círculo, salió de él y se acercó a ellos. Kenzie inclinó el cuerpo para que el anciano pudiera colocarle la guirnalda de hojas en la cabeza. Después apretó los brazos del muchacho en un gesto afectuoso. Rebeca lo miró fascinada. De cerca el anciano tenía uno de los rostros más serenos que había visto jamás. Desvío la mirada hacia Kenzie que la animó con un gesto para que agachara la cabeza.

Pequeñas flores blancas adornaron el cabello negro de Rebeca. El druida volvió a su puesto dentro del círculo y comenzó un discurso que ella tampoco entendió.

Kenzie la miró de forma intensa.

—Rebeca, sé que no tengo mucho que ofrecerte, solo mi cuerpo para amarte y mis manos para trabajar.

—Kenzie…

—Tal vez no pueda darte todo lo que te mereces, pero mientras estés conmigo juro que jamás dejaré de quererte. Te amo, Rebeca, y… quiero casarme contigo.

Ella parpadeó pesadamente.

—Por Dios, Kenzie —susurró, notando que le faltaba el aire—. Y después, ¿qué pasará?

—No lo sé.

Inspiró hondo y luego soltó el aire poco a poco. No tuvo dudas, en realidad, habría hecho cualquier cosa que le hubiera pedido. Estaba absoluta y profundamente enamorada de aquel hombre que el destino había colocado en su camino. Por él habría caminado sobre ascuas de fuego, o cabalgado a lomos de una estrella fugaz, habría hecho cualquier locura que él hubiera imaginado.

—Sí —susurró, sintiendo su corazón latir con fuerza—, quiero casarme contigo.

Él le ofreció su brazo.

—Deja que la naturaleza sea testigo de nuestro amor, solo se trata de eso, no tienes nada que temer.

Rebeca se introdujo dentro del círculo, cogida de su brazo y percibiendo el calor reconfortante de su piel bajo la camisa.

Los dos se detuvieron frente al druida.

La ceremonia dio comienzo. El anciano habló entonces en inglés con un acento extraño. Rebeca flotó en medio de aquel escenario de fantasía, de farolillos luminosos y velas en la noche de un bosque oscuro y húmedo. Solamente el contacto de Kenzie conseguía atenuar la sensación de irrealidad que la dominaba. Al principio, el nerviosismo le impidió apreciar la belleza de la ceremonia, no oía

nada, no pensaba en nada, se dejaba llevar lo mismo que un barco de papel sobre un estanque, con suavidad. Pero entonces algo cambió dentro de ella. Buscó los ojos de Kenzie, que no se habían apartado un solo instante de los suyos, y encontró lo que buscaba. Sus manos estaban unidas de la misma forma que aquel ritual los uniría para siempre. Se desligó de su propia existencia y se entregó a la ceremonia sin reservas, sin dudas, con ese tipo de clarividencia que solo aparece una vez en la vida.

El hombre se movió por el círculo hasta situarse frente a una piedra de menor tamaño que la que presidía el centro. Kenzie alentó a Rebeca a seguirlo. Una vez en el lugar adecuado, el anciano levantó ligeramente los brazos.

—¡Espíritus del este, espíritus del aire, dejadnos sentir vuestro aliento! A través de tiempos de incertidumbre, a través de los vientos del cambio, ¿todavía os amaréis y honraréis?

—Sí, lo haré —susurró Kenzie y apretó las manos de Rebeca para que lo repitiera.

—Sí…, lo haré —musitó ella.

—¡Entonces sed bendecidos por los poderes del este! Que juntos encontréis la libertad del vuelo por el aire claro de las montañas, que vuestro amor renazca con cada nuevo amanecer.

El druida volvió a desplazarse, con su paso tranquilo y ligero, hasta situarse en otro estratégico lugar señalado por una piedra igual que la anterior. Ellos lo siguieron.

—¡Espíritus del sur, espíritus del fuego, dejadnos sentir vuestro poder! A través de las llamas de la pasión, y cuando las llamas disminuyan, ¿todavía os amaréis y honraréis?

—Sí, lo haré —respondieron.

—Entonces sed bendecidos con los poderes del sur. Que juntos bailéis a lo largo del camino del coraje y la vitalidad. Que vuestra casa se llene de calor.

Un nuevo desplazamiento hizo deducir a Rebeca que se movían buscando la orientación de los cuatro puntos cardinales.

—¡Espíritus del oeste, espíritus del agua, dejadnos sentir vuestra energía que fluye a través de las corrientes del agua blanca y los pozos profundos y serenos de emoción! ¿Todavía os amaréis y honraréis?

—Sí, lo haré —volvieron a responder.

—Entonces sed bendecidos por los poderes del oeste. Que juntos tejáis y mezcléis vuestros deseos, fluyendo con la belleza de las mareas del océano. Que vuestra vida compartida se llene de amor.

Avanzaron una última vez y Rebeca notó que la brisa del norte le lanzaba hacia atrás el cabello. Aquel soplo de aire fresco le despejó la cabeza.

»¡Espíritus del norte, dejadnos sentir vuestra certeza! A través de tiempos de frías restricciones, cuando los problemas parezcan inamovibles, ¿también os amaréis y honraréis?

—Sí, lo haré.

—Entonces sed bendecidos con los poderes de la Tierra. Que juntos echéis raíces por tierra dulce y fértil, para que vuestra unión crezca fuerte.

Volvieron al centro del círculo, Rebeca se aferraba tan fuerte al brazo de Kenzie que por un momento temió hacerle daño, aunque por lo rígidos que estaban los músculos de su brazo habría necesitado dedos de acero para hacerle algún daño. No obstante, aflojó un poco la presión y para relajarse concentró la mirada en el anciano mientras ocupaba su lugar.

—Ahora entrelazad vuestras manos.

Kenzie tomó la mano derecha de Rebeca, la levantó y juntaron los antebrazos. Con la mano que le quedaba libre, él extrajo de algún lugar de su atuendo una cinta confeccionada con la misma tela de su *kilt*. Se la entregó al druida y este unió sus manos con ella.

—En los lugares sagrados y en los momentos propicios nuestros antepasados se cogieron de la mano al casarse, y tales uniones de manos, atestiguadas por los dioses y por la comunidad, eran legales, verdaderas y comprometedoras, tal como un corazón ata al otro.

¿Estáis preparados para declarar el juramento que os juntará alma con alma, corazón con corazón, juntando las líneas sanguíneas de vuestros antepasados y las de vuestra descendencia, atestiguados por los que se han reunido aquí el día de hoy, en espíritu y en cuerpo en este círculo sagrado?

—Sí, lo estoy —dijeron.

—Todas las cosas de la naturaleza son circulares. La noche se hace día, el día conduce de vuelta a la noche que, una vez más, se convierte en día. La luna crece y mengua y vuelve a crecer. Hay la primavera, el verano, el otoño y el invierno, luego vuelve de nuevo la primavera. Estos son los florecientes ritmos del Ciclo de la Existencia, pero en el Centro del Círculo hay la quietud de la Fuente, eterna y brillante.

»¿Habéis traído el día de hoy con vosotros vuestros símbolos de estos misterios de la vida?

Kenzie sacó de otro lugar de su atavío dos anillos unidos por una cinta roja. El druida los tomó y, después de bendecirlos, los puso encima de la piedra. Eran dos sencillas alianzas de plata.

—Estos anillos son una señal externa y un sagrado recordatorio de vuestro compromiso, atestiguado hoy aquí. Como el sol y la luna traen la luz a la Tierra, ¿juráis traer a esta unión la luz del amor y de la dicha? ¿Juráis también honraros el uno al otro tal como honráis aquello que tenéis más sagrado?

—Lo juro —dijo Kenzie, y Rebeca lo repitió.

El druida desató sus manos y depositó la cinta sobre el altar, después entregó un anillo a Kenzie. Este introdujo la alianza en el dedo anular de la mano izquierda de Rebeca. Luego le tocó el turno a ella.

Sus manos temblaron.

—Que la Tierra sea testigo, pues, de que esta pareja se une en amor, dicha y libertad. ¡Que así sea!

»Que vuestros juramentos se sellen con un beso.

Kenzie se aproximó a Rebeca en la oscuridad y apreció sus ojos verdes encharcados de lágrimas.

—No llores, *mo ghraidh*, ahora eres mía y yo soy tuyo, para siempre —dijo antes de besarla.

Pétalos de flores flotaron sobre sus cabezas, y las palabras del anciano llegaron a ellos atenuadas por las sensaciones que los inundaban.

—Que mi bendición y las bendiciones de todos los reunidos aquí estén con vosotros. La bendición de vuestros dioses y de los dioses de vuestros ancestros sea con vosotros. Con vosotros y con todo lo que nazca de vuestra unión. ¡Que así sea!

La ceremonia concluyó. Rebeca tuvo una vaga conciencia de gritos escoceses de entusiasmo y aliento, aunque en realidad, solo percibía la fuerza cálida que los sostenía dentro de aquel círculo sagrado.

Se acercaron a felicitarlos. Ella sonreía y asentía a los deseos de amor y felicidad. Después todos se fueron marchando poco a poco. El druida tuvo unas palabras con Kenzie, pero Rebeca no estaba cerca para escuchar su conversación; una mujer con su hija le estaba hablando en ese momento y se tuvo que conformar con observar los gestos.

Antes de marcharse con su paso lento y sosegado, el druida se acercó a ella mientras Kenzie era requerido por algunos hombres.

—Querida muchacha, Kenzie se lleva una mujer hermosa, pero la belleza externa no es suficiente para hacer feliz a un hombre. He hablado mucho con él y me ha contado vuestra situación.

—Y aun así ¿ha aceptado realizar la ceremonia?

—Conozco a Kenzie desde que era así de pequeño. —Hizo un gesto con la mano para marcar la altura—. Cuando me encontré con él era un muchacho lleno de rabia y de rencor hacia todo y hacia todos. El abandono de una madre puede hacer mucho daño a un niño. Al principio no hablaba de ello, pero con el paso del tiempo su corazón se abrió y al final ha sabido reconducir esas emociones hacia algo positivo. Ahora es un hombre, y se merece que lo quieran. Siento temor por vosotros… Pero me ha contado lo que siente por ti y sé que es hombre de una sola mujer, igual que lo fue

su padre. Lleva demasiado tiempo deseando ofrecerle su amor a alguien, aunque no creo que él fuera consciente de ello. Te ha elegido a ti, y eso nadie lo puede cambiar. Por eso lo he hecho, lo demás ya no está en mi mano. Tenéis mi bendición para enfrentaros a todos los obstáculos que se cruzarán en vuestro camino. Si lo hacéis juntos, como un solo cuerpo, como un solo corazón, lograréis lo que os propongáis, de lo contrario, querida niña, fracasaréis. Pensaré en vosotros cada día.

Dicho esto, el anciano la besó en la frente y luego se fue, tan silencioso como había llegado, como si su figura se mimetizara con el entorno.

Todos se marcharon, lentos y solemnes como una procesión de elfos silvanos en el Bosque Negro.

Kenzie vio la incertidumbre en el rostro de Rebeca.

—No tengas miedo —le dijo, apresando su cara entre las manos —. Ahora formo parte de ti. Bueno —se corrigió—, aún no, todavía queda algo por hacer.

—¿Qué es?

—No seas ingenua, Rebeca, este matrimonio como cualquier otro no será efectivo hasta que no se haya consumado.

Ella respiró pesadamente.

—Tranquila —le susurró al oído mientras la abrazaba—, tenemos la bendición de todas las cosas importantes.

La tomó de la mano y se adentraron en el bosque.

—¿Adónde vamos?

—A cumplir una promesa.

Caminaron con dificultad. Ya no había farolillos que iluminaran el camino, tan solo la luna se asomaba escurridiza entre las nubes. Pero Kenzie sabía dónde debían pisar sus pies para no tropezar. Se diría que conocía el bosque como la palma de su mano, y posiblemente así fuera.

No pasó mucho tiempo hasta que se detuvo de forma brusca. Rebeca respiraba con dificultad debido al trabajoso avance por el

terreno. Él sacó de algún lugar la cinta de tela que había unido sus manos en la ceremonia y se dispuso a taparle los ojos.

—¿Para qué me vendas los ojos? De todas formas no veo nada.

Lo oyó reír.

—Confía en mí.

La levantó del suelo y la acomodó entre sus brazos. Rebeca sofocó un gritito y luego se le escapó la risa.

—¿Sabes que así voy mucho mejor? —Su mejilla, apoyada contra el hombro amplio, recibió el eco de una risa—. Pero por tu bien espero que no vayamos lejos. Peso bastante.

—Eres diminuta y ligera como una medusa.

—Ni soy tan diminuta ni tan ligera, y las medusas producen urticaria.

Una nueva risa rebotó en su mejilla.

—Lo eres a mi lado. Podría cargar contigo toda la noche.

Estaba segura de ello, su respiración ni siquiera se había alterado.

—¿Qué significa *mo ghraidh*?

—¿Lo he dicho?

Ella le dio un suave toque en el hombro con el puño cerrado, y Kenzie volvió a reír.

—Lo pronuncias bien, los españoles tenéis facilidad para las erres.

—¿Y bien?

—Significa «mi amor».

Rebeca le acarició la nuca.

—Me gusta ser tu amor.

Él notó el calor de su aliento en el cuello.

—Desde esta noche no eres solo mi amor, eres mi esposa —dijo y la besó.

La dejó en el suelo sin dejar de besarla, y cuando sus bocas se separaron él le quitó la venda de los ojos. Rebeca pestañeó con fuerza para enfocar la mirada.

Y entonces pudo verlo.

Montones de puntitos brillantes describían círculos luminosos en la oscuridad. Cientos de luciérnagas flotaban en la noche, entregadas a su propio ritual de amor y de cortejo.

—Oh, Dios, es precioso —dijo con la voz tomada por la emoción.

Las luminiscencias fulgurosas se apartaban a su paso. Giró sobre sí misma, bailó con los brazos extendidos e intentó sin éxito que alguna se posara sobre su mano. Kenzie la observaba, conmovido, sintiendo que su pecho iba a estallar de emoción.

Se acercó a ella y la cogió de la mano.

—Vamos.

Avanzaron por el claro hasta un lugar cuyo terreno parecía estar libre de ramas y hojas secas. Rebeca lo supo porque sus pies no encontraron ningún obstáculo; era como si una alfombra de hierba se hubiera desplegado ante ellos. Vieron el revoloteo de alguna luciérnaga solitaria y la luna asomó entre las nubes un instante, iluminando sus rostros con tenue claridad.

Kenzie rodeó su cintura con el brazo, atrayéndola hacia él.

—Baila conmigo.

Ella aferró su mano y se apoyó en su hombro. Bailaron lentamente, sin desplazarse demasiado. Aún notaba los músculos de Kenzie tensos a través de la fina camisa de algodón. La presión de sus dedos aumentó sobre la mano grande. Quería demostrarse a sí misma que era real y retener ese momento en la memoria. Él le susurró de nuevo al oído, ignorando el efecto que causaban sus palabras sobre ella cuando le hablaba así, con su aliento cálido en la oreja.

—La noche que nos conocimos me enamoré de tus ojos —susurró, y besó sus párpados cerrados—. De tu pelo y de tus… —No lo dijo, pero le acarició un seno con el dorso de la mano—. Bailaste conmigo, pero estabas incómoda. Yo sabía que era por mi aspecto. Por primera vez deseé ser otra persona, alguien a tu medida, como aquel prometido tuyo que te esperaba en una ciudad lejana. Y míranos ahora, Rebeca, bailando con las luciérnagas en mitad de la noche. ¿Alguna vez soñaste algo parecido?

—No —musitó ella.

—Yo tampoco… Pero ahora me siento feliz.

Rebeca lo contempló con admiración. Kenzie tenía una boca amplia, muy sensual, y cuando sonreía su rostro adquiría la dulzura de los niños. Sus ojos rasgados siempre acompañaban a la sonrisa, y transmitían las emociones como si fueran palabras exactas, inequívocas; podían reflejar la ira, la frustración o la alegría de una sonrisa. Y ahora su boca y sus ojos sonreían, reflejando una felicidad sincera.

El semblante de Rebeca se entristeció, y su marido, a los ojos de los antiguos dioses celtas, lo percibió.

—¿Qué sucede?

—No quiero hacerte daño…

—No lo harás.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera yo estoy segura de ello.

—Me lo dice tu cuerpo cuando te toco.

—Me quedaría contigo para siempre.

Kenzie comenzó a tararear una canción para acompañar sus pasos de baile. Cantó en tono bajo para no molestar a las criaturas nocturnas del bosque:

—«*Todo lo que soy, todo lo que alguna vez fui, está aquí en tus ojos perfectos…*».

La apretó con más fuerza, y se inclinó ligeramente para besarle el cuello. Luego volvió a la canción:

—«*Olvida lo que nos dijeron, antes de que nos hagamos demasiado viejos. Muéstrame un jardín rebosante de vida…*».

Rebeca trató de besarlo, pero él esquivó sus labios, la miró a los ojos y susurró los últimos versos:

—«*Si me acuesto aquí, si solo me acuesto aquí, ¿te acostarías conmigo y te olvidarías del mundo?*».

Ella se sintió extraña, y la sensación de que soñaba volvió a invadirla. Se dijo que tal vez era como uno de esos onironautas que son capaces de controlar sus sueños.

Una confusión que duró un solo instante.

—Me olvidaría del mundo.

Él deshizo con delicadeza el cordón del vestido sobre el pecho, después le dio la vuelta y desabrochó los engarces de la espalda. Introdujo una mano por dentro para acariciarle la piel. Rebeca respiró pesadamente cuando le soltó el sujetador y, desde los hombros, deslizó las prendas hacia abajo hasta que cayeron por su propio peso. Las manos de Kenzie acariciaron el vientre de la joven desde atrás. Ella se dejó arrastrar por la sensualidad de las caricias, de los susurros al oído. Su calor conseguía aturdirla, y cuando le acarició y apretó los pechos no pudo evitar emitir un jadeo. Sintió los labios deslizarse por su cuello y descender por los hombros. Deseaba mirarlo a los ojos y besarlo.

Se volvió y quedó frente a él.

Hundió la mano en el cabello largo y lo acarició. Kenzie se sacó la camisa anticuada y el pelo se acomodó de nuevo sobre su cabeza. Su piel resplandeció bajo la luz plateada. Las manos de Rebeca bajaron con lentitud por el pecho, sintiendo la suavidad del vello que lo cubría. Él permaneció inmóvil, dejándose tocar, solo su mano se movió hasta el cinturón que sujetaba su viejo *kilt*, que cayó al suelo con un sonido sordo. Los dos quedaron desnudos, observándose.

Kenzie estiró el trozo de tela sobre el terreno y ella se recostó sobre él. Rebeca admiró la silueta del cuerpo desnudo y la sombra más oscura de los genitales, rígidos y dispuestos para amarla. Kenzie se tumbó a su lado y se deslizó sobre su cuerpo, llenándolo de besos mientras pronunciaba palabras de amor en el idioma de sus antepasados.

Cuando no quedó ningún rincón de su cuerpo sin un beso, ascendió hasta sus ojos y se encajó entre sus muslos.

Ella lo miró con la respiración acelerada. Ansió fundirse con su cuerpo de la misma forma que el mar se funde con la roca, con suavidad, con aceptación.

Y todos sus anhelos quedaron saciados esa noche.

El regreso

En el avión de vuelta a casa, la voz de Kenzie aún resonaba en sus oídos: «Te veré en mis sueños hasta que vuelvas», le había dicho sobre el puente del castillo de Eilean Donan, su última parada antes de regresar a Beauly.

Volvía a casa, aunque tenía la sensación de que, de alguna forma, regresaba a un destino incierto. No pudo evitar sentir un profundo vacío al recordar la imagen de Kenzie en el aeropuerto; su paso vacilante, su angustia desmedida.

Había tratado de infundirle coraje, pero no fue suficiente para animarlo, como si las promesas de ella se convirtieran en polvo nada más pronunciarlas.

Se había enamorado de Kenzie con una intensidad dolorosa, y las promesas de futuro salieron de su boca sin poderlo evitar, sin poder concebir que las cosas pudieran ser de otra forma. Le había jurado que regresaría mientras hacían el amor por última vez en las Cuillins Negras, cuando el sol despuntó un nuevo día. Su cuerpo no estaba completo si no estaba con él, y aquella noche en el bosque, donde su unión fue bendecida por los antiguos dioses celtas, se habían convertido en un solo ser, en un solo cuerpo que quedó sesgado cuando Rebeca subió al avión, prometiendo una vez más que regresaría.

Berta la dejó a solas con sus pensamientos, sabía que su cabeza era un hervidero de intenciones. La noticia de que rompería su compromiso con Mario no la sorprendió. Conocía a Rebeca y sabía que nunca se habría entregado a una pasión semejante por un

capricho pasajero. Estaba convencida de que amaba a Kenzie, y se daba cuenta de que entre ella y Mario no había nada más que un cariño superficial y muchas ganas de agradar a sus familias.

Pero temía que no fuera capaz de enfrentarse a todos.

Lola no viajó con ellas; se había quedado unos días más junto a Rory. Muy pronto ambos viajarían a Barcelona para después instalarse definitivamente en Edimburgo.

El avión tomó tierra en el aeropuerto de El Prat a última hora de la tarde. Enric las esperaba acompañado de Pablo.

Rebeca se sintió extraña, y apenas reparó en el alto muchacho de pelo castaño que acompañaba a su hermano. Por el camino, Enric no dejó de parlotear y de hacer preguntas sobre su estancia en Escocia. Berta tomaba la iniciativa y respondía casi siempre, intentando proteger el estado de ánimo de su amiga.

Dejaron a Berta en su casa y entonces Enric no se pudo contener.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada. ¿Te has mareado en el avión?

Rebeca quería sincerarse con Enric, pero no se sentía con el ánimo suficiente para hablar de ello, no ese día. Además, estaba Pablo. No lo conocía y no podía decir nada delante de él.

—Sí, no me encuentro muy bien —dijo para justificarse.

Enric no insistió y centró su interés en mantener una conversación con Pablo. Rebeca, ajena a todo, miró por la ventanilla del coche con la vista extraviada, preguntándose qué iba a suceder ahora y cómo enfrentaría la nueva situación.

Cerró los ojos y la imagen de Kenzie apareció nítida en su cabeza.

Respiró hondo.

Cuando llegaron a Pedralbes, una vez fuera del coche, Enric volvió a interrogarla.

—¿Quieres decirme qué te pasa? No puedes engañarme. Si entras en casa con esa cara mamá y papá se darán cuenta de que te ocurre algo.

—Mañana voy a verte a tu apartamento, después de que salgas del despacho, y hablamos, pero ahora tengo el estómago un poco revuelto.

Esta vez era cierto, los nervios le habían dejado el estómago del revés.

—¿Por qué no te quedas mañana a dormir en mi casa y me cuentas toda tu aventura escocesa? He amueblado la habitación de invitados. Además, yo también tengo cosas que contarte —le dijo volviendo la mirada hacia el vehículo, donde esperaba Pablo.

—Vale. —Intentó reír, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos—. Pero primero tengo que ver a Mario…

—Con eso ya contaba. Está como loco con ese asunto de los árabes y no piensa en otra cosa, ya lo conoces. —Sacó las dos bolsas de viaje del maletero y añadió—: Y ahora cambia esa cara antes de entrar en casa o mamá pensará que te has liado con un escocés.

Rebeca estuvo a punto de sufrir una náusea ante tal insinuación, y comenzó a darse cuenta de lo lejos que estaba Kenzie de su mundo. Él era la otra cara de la moneda, el polo opuesto de su vida. Comenzaba a ser consciente de las dificultades a las que tendría que hacer frente.

Esa noche cenó poco. Durante toda la velada notó que la sangre se le acumulaba en la cara. Ni siquiera su bronceado podía evitar disimular el rubor, pues tres semanas en Escocia habían eliminado la mayor parte del tono dorado de su piel. El sonrojo aumentaba cuanto más la observaba su madre, a la que siempre había atribuido cualidades intuitivas similares a las de una meiga. Estaba segura de que era capaz de leerle el pensamiento.

Con paciencia, respondió a las preguntas que, su padre de una forma e Inés de otra, le formularon sobre su estancia en Escocia. Pero su madre, que no sentía la mínima inclinación hacia la historia y la cultura escocesas, pronto desvió la conversación hacia el centro de su interés: la boda, poniendo de manifiesto el gran esfuerzo que su futura suegra y ella misma habían realizado para que todo quedara resuelto con suficiente antelación.

Tumbada en la cama, Rebeca permanecía inmóvil sosteniendo la fotografía que le había dado Sophie, hasta que se dio cuenta de que también estaba conteniendo la respiración. Dejó escapar el aire y trató de respirar con normalidad. Luego volvió a concentrarse en la imagen. Los dos bailaban en el festival celta. Ella se veía tan retraída en sus brazos que nadie habría imaginado que acabaría enamorándose de él. Sin embargo, Kenzie parecía haberse dado cuenta en aquel preciso instante de que la amaría para siempre.

Suspiró. ¿Cómo le diría a su madre que no habría boda? La había mirado de una forma muy extraña. ¿Acaso habría notado algo?

Aquella noche su determinación sufrió un leve resquebrajo. Todo le parecía extraño, desde su cuarto hasta las sensaciones que le producía pensar en Mario. Por suerte todo acabaría pronto. Pero ¿cómo hacerlo? «Cuando no sepa qué hacer, *m'ijita*, no haga nada», solía repetir Baudelia a menudo. Aunque esa no era una opción a contemplar en su caso. En la universidad había aprendido a organizarse, no importaba si debía desarrollar un plan metodológico de estudio o si se trataba de un problema cotidiano. Todas las cosas tienen un principio. ¿Cuál era el suyo? Indudablemente, lo primero que debía hacer era hablar con Mario. Sabía que sería un golpe duro, pero estaba convencida de que sus sentimientos hacia ella no eran irremplazables, acabaría encontrando otra mujer, tal vez más próxima en edad y, al final, todo el mundo lo terminaría aceptando.

Al menos, eso esperaba.

Confesiones

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Rebeca se dirigió al despacho de su padre. Sabía que Mario aún no se habría marchado. Durante el último mes siempre era el primero en llegar a la oficina y el último en marcharse. Lo encontró recogiendo unos papeles de su mesa y guardándolos en su maletín de bandolera.

Mario volvió la mirada hacia la puerta cuando la sintió llegar y esbozó algo parecido a media sonrisa.

Ella se fijó en sus ojos, y sintió un escalofrío.

—Rebeca, ¡ya estás aquí! Ahora termino.

Escuchó su voz y no sintió nada, ni la más leve emoción.

—Hola, Mario.

—¿Qué tal? ¿Has echado de menos el sol?

Le pareció un extraño, un desconocido, incluso tuvo un primer impulso de apartarlo cuando se aproximó con calma a su lado y la abrazó. Ni un ápice de complicidad, ni un atisbo de erotismo. Su corazón le dijo lo que su mente ya sabía: no lo amaba.

—Sí —respondió con un murmullo de voz—. He echado de menos el sol, pero no he sentido frío.

—Bueno, me lo cuentas todo mientras cenamos —dijo él, sujetándola por el codo.

Estaban a punto de salir cuando Rebeca lo detuvo.

—Espera —comenzó—. Hay algo que tengo que contarte.

—Nena, me muero de hambre, ¿no puedes esperar a llegar al restaurante?

—No; tiene que ser ahora.

—¿Es importante? —insistió él.

—Sí.

Lo vio descolgar el maletín de su hombro y depositarlo sobre la mesa de Angus. Luego apoyó el cuerpo y se cruzó de brazos, dispuesto a escucharla.

Rebeca se frotó las manos, nerviosa.

—¿Es por la boda? —se adelantó él—. Sé que ha sido un poco precipitada pero, la verdad, cariño, no quiero esperar más.

—¿Has pensado alguna vez en lo que quiero yo?

—Bueno, pensé que estabas de acuerdo, y tu familia parece tan feliz…

—Me estoy empezando a cansar de hacer siempre lo que quieren los demás.

El pequeño arrebato lo sorprendió. Rebeca nunca le había contrariado en nada. Entonces reparó por primera vez en su mirada, y comprendió que sucedía algo grave.

—Podemos posponerla unos meses, si quieres —le dijo con cautela—. Tu madre y la mía se disgustarán después de todo lo que han hecho, pero…

—Mario, creo que lo nuestro es un error.

El impacto de esas palabras se reflejó en el rostro de su prometido, que se irguió de pronto.

—¿Un error? Pero ¿qué dices?

—Aún estamos a tiempo…

—¿Qué te pasa, Rebeca? No te reconozco.

—Siento decírtelo así, pero no se me ocurre otra forma.

Mario se llevó una mano a la cintura y afianzó la postura frente a ella. Pero no dijo nada, se limitó a observarla con incredulidad. Al final tomó aire profundamente y dijo:

—¿Desde cuándo piensas eso?

—Bueno… estas últimas semanas…

Su voz sonó insegura.

—¿Te has dado cuenta en Escocia? —exclamó, levantando los brazos en el aire y dejándolos caer sobre los costados de golpe.

—Tú y yo no nos queremos, Mario.

—Yo sí te quiero.

—A tu manera, pero no lo suficiente para pasar juntos el resto de nuestras vidas.

No obtuvo respuesta. Mario se echó el pelo hacia tras con las manos, en un gesto reflexivo, meditó un momento y luego dijo, desconcertado:

—No lo entiendo. Cuando te fuiste todo era perfecto y ahora vuelves y quieres romper nuestro compromiso. ¡No lo entiendo, Rebeca!

—He tenido mucho tiempo para pensar…

Lo observó acercarse al gran ventanal que cubría una pared del despacho y que ofrecía unas buenas vistas de la ciudad.

—¿Has conocido a alguien?

Se esperaba esa pregunta; Mario era muy perspicaz, además de buen abogado.

Decidió ser sincera.

—Sí —susurró, y su corazón aceleró el ritmo.

Ningún gesto brusco delató la fuerte impresión que sufrió Mario, se limitó a colocar ambas manos detrás de la nuca y continuó mirando al exterior.

—¿Te has acostado con él?

—¿Cómo…? —Esa pregunta no la esperaba.

—¡Que si te has acostado con él! —exclamó levantando la voz y volviendo la cabeza para mirarla—. Es una pregunta simple con una respuesta simple. —Rebeca no se atrevió a confirmárselo, notaba que estaba cada vez más enfadado—. Déjalo, no hace falta que respondas, ya lo has hecho.

Comenzó a caminar de un lado a otro con las manos en las caderas. Su americana desplazada hacia atrás dejaba ver ampliamente su impecable camisa blanca bajo su traje gris oscuro, la corbata azul y la hebilla brillante de su pantalón.

Nunca había oído decir a su padre que Mario perdiera el aplomo con ningún cliente, incluso ante las situaciones más adversas. Sin

embargo, cuando la miró de nuevo, percibió una expresión desconocida en sus ojos.

—Desde que hicimos público nuestro compromiso no he dejado de recibir felicitaciones. Todo el mundo se muestra entusiasmado. No solo les parecemos la pareja perfecta sino que nuestro bufete se verá reforzado con nuestro matrimonio. —Se volvió para mirarla—. Sí, Rebeca, el mismo que te ha pagado los colegios privados, los viajes al extranjero, el chalet y las clases de esquí en Baqueira Beret, las baratijas que luce tu madre y la gran casa de Pedralbes. Todo eso ha salido del bufete de mi padre, al que luego se unió el tuyo. Nadie nos ha regalado nada.

—Lo siento mucho, Mario. Pero casarnos solo por el bien del bufete no sería justo para ninguno de los dos. —Rebeca vaciló—. Encontrarás a… a otra persona que te quiera de verdad…

Mario se aproximó a ella con paso firme. Su cara quedó a un palmo de la suya y sus labios dibujaron una línea adusta.

—¡¿Qué me quiera de verdad?! —Respondió sin contener la ira—. ¡¿Todavía crees en eso?! ¿No te bastan las estadísticas de divorcios para saber que nadie quiere de verdad? Yo solo creo en el amor filial, lo demás es solo gente arrejuntada. Las personas somos egoístas por naturaleza, el amor incondicional solo se da con los hijos, el resto es una falacia, una necesidad para los desheredados. Pero tú y yo somos diferentes. Puede que no estemos locos el uno por el otro pero nuestra unión perpetuará una posición, el prestigio de nuestras familias, en definitiva el estado de bienestar en el que te criaste. Y a la larga, Rebeca, eso es lo que importa. Deja el romanticismo para la cultura y el arte, en la vida práctica causa más estragos emocionales que las guerras.

Ella respiró con dificultad. Mario siempre conseguía enredarla con su palabrería, penetraba en ella y aniquilaba cada intento suyo de hacerse escuchar, consiguiendo que su punto de vista resultara ridículo, casi infantil. Pero esta vez no le sería tan fácil reducir a la nada sus intenciones.

Él se apartó de su lado y caminó despacio por el despacho, frotándose las manos.

—Tal vez si no hubiera conocido esa forma de amar… —susurró ella—. Pero ahora creo que no podría vivir de otra manera. ¿Acaso tú nunca has estado enamorado?

—Enamorarse crea una dependencia absurda de la otra persona. —Se apoyó sobre la mesa de Angus y cruzó los brazos. Después de la impresión inicial, hablaba con tranquilidad, como si ante él tuviera un caso sencillo de resolver—. Claro que eso solo dura un tiempo. Después únicamente queda el afecto y unos intereses. Eso es lo que tenemos nosotros, nos hemos saltado la primera fase, pero los cimientos para que nuestro matrimonio funcione están ahí, ¿no los ves?

—No, Mario, no puedo verlos.

En el semblante del abogado comenzaba a notarse cierto hartazgo. El movimiento de sus manos era cada vez menos premeditado y más impulsivo.

—Pero ¿qué ha cambiado? ¿Es por ese escocés? Apuesto a que se gana la vida criando ovejas. ¿Es eso lo que quieres?, ¿marcharte a Escocia a criar ovejas?

—Kenzie no cría ovejas…

Mario frunció los labios.

—Kenzie… —repitió y sofocó una risotada—. ¡Vamos, Rebeca! ¿Has perdido el juicio? —Se acercó a ella de dos grandes pasos y le aferró la cara con las manos. Ella sintió que el corazón le molestaba en el pecho—. Escucha: no importa, estoy dispuesto a perdonarte. Ha sido una aventura de verano, eso es todo, pronto lo olvidarás. Nunca he sido un tipo celoso. Yo también estoy dispuesto a olvidarlo.

—Pero yo lo amo, no puedo evitarlo.

Él se apartó hacia atrás y habló con tono duro.

—¿Crees que yo no he tenido oportunidades? ¿Crees que no se acercan a mí mujeres de cuerpos increíbles y rostros como ángeles? Pero no soy tan mediocre. Sé lo que quiero.

—Yo también sé lo que quiero…

—¡Tú qué vas a saber! —Su tono se hacía cada vez más severo —. Si lo supieras no te hubieras arrojado a los brazos del primer hombre que se cruzó en tu camino.

La determinación de Rebeca se estaba desmoronando con cada réplica de Mario. Tuvo que luchar para salir a flote, para no dejarse arrastrar por sus palabras. Compuso en su cabeza la imagen de Kenzie, la expresión afligida en su rostro: «Te veré en mis sueños hasta que vuelvas». Eso fue suficiente para infundirle coraje.

—No me casaré contigo.

La mirada de él cambió de la incredulidad al desprecio.

—¿Pero a ti qué te ha dado ese escocés…? ¿Tenía una polla enorme, o qué?

Aquella forma grosera de hablarle la sorprendió.

—No me hables así.

—¿¡Y cómo quieres que te hable!? —le gritó.

Se tapó los oídos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero él aferró sus manos para asegurarse de que entendía lo que estaba a punto de decirle.

Mario habló entre dientes, dejó a un lado el infructuoso discurso persuasivo y lo sustituyó por uno nuevo cargado de amenazas.

—¿Crees que voy a dejar que me conviertas en el hazmerreír de toda la ciudad? ¿Creías que te daría un abrazo y te desearía buena suerte? Si cancelas la boda me encargaré personalmente de que toda la ciudad se entere de que en la familia Bassols hay un brote de zorras y maricones. Conseguiré que tu padre salga del bufete y que tu hermano no vuelva a ejercer de abogado en su puta vida. Os hundiré en la mierda más espesa antes de permitir que tú lo hagas conmigo. ¿Te queda claro?

La miró a los ojos por última vez con una expresión horrible que la atemorizó. Luego cogió su maletín y abandonó el despacho.

Ella se quedó quieta, petrificada por sus amenazas. ¿Dónde había guardado Mario esa personalidad tan perversa?

Completamente abrumada, atravesó a pie las pocas calles que separaban el despacho del apartamento de Enric. Las amenazas de Mario la acompañaban como una nube negra sobre su cabeza. Sabía que sería capaz de cumplirlas. Si se lo proponía, acabaría hundiendo a toda su familia. Pensó en su madre y sintió que le faltaba el aire, pensar en su padre provocó que una mano invisible le retorciera el corazón. Enric, Inés… No podía creer que Mario fuera tan cruel, pero la ira que había visto reflejada en sus ojos le dio a entender que era capaz de hacerlo.

Deseaba llegar a casa de su hermano y contarle todo. Con Enric podría desahogarse y tal vez entre los dos pudieran pensar en alguna solución. Sin embargo, a medida que se aproximaba al apartamento, se dio cuenta de que contarle la verdad no serviría de nada, al contrario, podría ser el detonante de una situación dramática.

Enric la recibió con una sonrisa, que se desvaneció al instante al contemplar su rostro afligido. Rebeca trató de camuflar la agonía que la dominaba, pero nunca había sido buena disimulando las emociones. Ante las preguntas insistentes de su hermano, se vio obligada a buscar una salida que justificara aquel estado. Se sentía mareada y los oídos le zumbaban con un molesto pitido. Hizo acopio de todas sus fuerzas y logró serenarse antes de hablar.

Pero no pudo contarle la verdad.

—No es nada, es que Mario y yo hemos discutido.

—¿Estás así por una discusión?

—Le eché en cara que nunca se interese por lo que hago.

—Ya lo sé, solo le preocupan sus asuntos.

Ella se esforzó en componer una sonrisa.

—Bueno ya sabes lo absorbente que puede ser el bufete.

—Pero siempre hay tiempo para preguntarle a la persona que quieres cómo está. —La vio agachar la cabeza y frotarse las manos de forma nerviosa—. Ay, hermana, no entiendo tu empeño en casarte con ese cretino. Cada vez que pienso que seré el tío de sus hijos me pongo enfermo.

Rebeca suspiró de forma entrecortada.

—No hables así. —Trató de cambiar de tema para no echarse a llorar—. Háblame de Pablo —le dijo—. Es muy guapo.

El rostro de Enric se iluminó y la comisura de sus labios dibujó una sonrisa alentadora.

—Es especial, no sé qué he hecho para tener tanta suerte.

Le contó que en las últimas semanas apenas se habían separado. Dijo que era su alma gemela, y que por muchos años que viviera jamás encontraría otro como él.

Admiró el brillo en sus ojos, la emoción en cada palabra. Su hermano solo lamentaba tener que ocultarlo a la familia pero aseguró que estaba decidido a que lo aceptaran. Esperaría un tiempo y después se enfrentaría a quien hiciera falta por defender su felicidad.

Sintió como si una mano helada se apoyara en su nuca. Ella ni siquiera tenía la oportunidad de luchar, la habían derrotado antes de comenzar la batalla. No podía decirle a su hermano que ella también había conocido el verdadero amor, ni describirle lo increíbles que eran los ojos de Kenzie cuando la luz se reflejaba en ellos, o lo rojizo que parecía su cabello cuando el sol lo iluminaba. Los sentimientos contenidos la ahogaban, concentrados en el pecho, pujando por salir al exterior. Se preguntó con amargura por qué un amor como el suyo debía permanecer oculto.

«Por infiel» —murmuró una vocecita en su interior.

Complot

A primera hora de la mañana Mario se removía inquieto en la silla de su despacho. Aún no había recibido una respuesta de Rebeca y ese hecho lo estaba desquiciando. Habían pasado ya tres días y no seguiría esperando a que ella tomara una decisión. Rebeca era dócil, pero podía rebelarse contra todos y marcharse.

No le pondría las cosas fáciles.

Sacó su teléfono y marcó el número de la casa de Pedralbes. Elvira atendió su llamada. Se mostró muy desconcertada cuando Mario le pidió verla con urgencia. Su sorpresa inicial se convirtió en preocupación cuando Mario insistió en que Rebeca no estuviera presente. Ella intentó sin éxito que le anticipara a qué venía tanta urgencia, pero él argumentó que era un asunto demasiado delicado para tratarlo por teléfono. A Elvira le dio mala espina, no obstante, le dijo que al mediodía Rebeca llevaría a Inés al parque y no regresaría hasta la hora del almuerzo.

Cuando colgó el teléfono, Elvira fue en busca de su hija. Puede que Mario no quisiera contarle lo que sucedía, pero tal vez pudiera averiguar algo antes de que llegara. No le gustaban las sorpresas y quería estar preparada para lo que fuera. Subió a su dormitorio y la encontró tumbada sobre la cama aún deshecha. Siempre acostumbraba a llamar a la puerta antes de entrar en la habitación de sus hijos mayores, pero esta vez estaba tan alterada que se olvidó de ese detalle. Vio que Rebeca daba un salto y ocultaba algo debajo de la almohada, un gesto que simuló no haber visto.

—Mamá —dijo sorprendida—. ¿Pasa algo?

—¿Por qué? ¿No puedo venir a verte?

—Sí, pero, así de sopetón, parece que tuvieras algo urgente que decirme.

—No, no es eso… es que andaba buscando a tu hermana y pensé que estaría contigo.

—Está en el jardín.

—Bien… Y tú, ¿cómo estás?

Rebeca se sentó en la cama.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estos días estás un poco rara.

Hasta ese momento no había reparado en ello, pero ahora que lo había dicho se daba cuenta de que era cierto. Rebeca parecía ausente, ya no hablaba en la mesa como solía hacerlo y pasaba demasiado tiempo encerrada en su dormitorio. Una sospecha comenzó a rondarle la cabeza.

Se acercó a la cama y se sentó a su lado con una clara intención indagadora.

—¿Estás ilusionada con la boda, verdad?

Rebeca guardó silencio. Era una buena oportunidad para contárselo todo. Había estado evitando el momento de darle a Mario una respuesta. Estaba segura de que no quería casarse con él, pero no podía olvidar sus amenazas. Los días anteriores habían sido horribles y se sentía atrapada en un túnel con dos salidas que prometían sufrimiento, cualquier dirección que tomara sería perjudicial para alguien. Era su felicidad a cambio de la estabilidad de su familia. Tenía la esperanza de que algo pasara, de que alguna luz entrara en aquel túnel para rescatarla. Pero ¿cómo iba a suceder eso si no podía pedir ayuda? Faltaban unos días para que Kenzie la llamara. Antes de marcharse le había dicho que le diera una semana para poner su vida en orden y que todos asimilaran lo sucedido. Pero nada había salido como ella esperaba.

No había contado con la mente retorcida de Mario.

Decidió no decir nada por el momento.

—Estoy un poco tensa, eso es todo.

—Parece que Mario y tú os veis poco últimamente.

—Está muy ocupado con esos árabes, ya lo sabes.

—Pero falta tan poco para la boda…, ni siquiera has abierto los regalos que han llegado.

Rebeca agachó la cabeza, si su madre seguía interrogándola acabaría derrumbándose. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

—Voy a darme una ducha.

Elvira también se puso en pie.

—Está bien. Creo que son solo nervios, es normal, todas las novias se vuelven irascibles en estos momentos. Pueden surgir dudas… ya me entiendes, pero son producto de la presión.

—Sí, mamá —respondió Rebeca con el espíritu flojo.

Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta, aliviada por dejar de sentir los ojos de su madre, que indagaban en su interior como dos focos rastreadores. Elvira salió del dormitorio muy preocupada; algo les sucedía, pero ignoraba la gravedad del asunto. Estaba a punto de bajar las escaleras cuando recordó el gesto furtivo de Rebeca, escondiendo algo bajo la almohada. Juntó las palmas de las manos, nerviosa, dirigió sus pasos de vuelta al dormitorio y abrió con cuidado la puerta. Escuchó el fluir del agua en la ducha. Con cautela, avanzó hasta la cama y estiró el brazo por debajo de la almohada. Su mano rastreó el escondite. ¿Qué habría guardado allí debajo? Sus dedos tropezaron con algo. Lo extrajo y vio que era una fotografía.

El corazón se le paró un instante. Contempló la imagen cercana de su hija bailando con un hombre. Como si hubiera tocado un clavo ardiente soltó la fotografía sobre la cama y se llevó una mano a la boca para sofocar una exclamación. No podía ser… Volvió a sujetarla y se obligó a sentarse sobre el colchón temiendo que las piernas no la sujetasen. Se fijó en el hombre que aferraba estrechamente a su hija por la cintura. Él mantenía los ojos clavados en ella. Su aspecto le produjo un profundo rechazo; el pelo largo, la vulgar camiseta sin mangas, aquellos horribles tatuajes… No podía apartar la mirada de

la imagen. ¿Qué era aquello? ¿Acaso su hija había tenido algo que ver con ese individuo cuando estuvo en Escocia? ¿Se habría enterado Mario y era de eso de lo que quería hablarle?

Dejó la fotografía donde estaba y salió del dormitorio. Se sintió enferma, tanto que le pidió a Baudelia que se ocupara de Inés hasta que su hermana la llevara al parque. Se recluyó en su habitación sintiendo una angustia que la ahogaba. Primero Enric, ahora Rebeca. Se convenció de que Mario venía a anular la boda. La mitad de sus amistades ya se habían hecho eco de la situación de Enric, y ahora aquello. Lloró de impotencia, sintiendo su vida vacía.

Estaba adormecida cuando notó que una mano la zarandeaba.

—Mi doña —susurró Baudelia para no sobresaltarla—, mi doña, el señorito Mario la espera en el recibidor.

Elvira tardó un instante en centrarse, pero pronto recordó. Se refrescó la cara con agua fría. Estaba pálida. Se pintó ligeramente los labios y con la misma barra dio un toque a sus mejillas, extendiendo a continuación el color con los dedos hasta difuminarlo. Podía estar en apuros, pero no se mostraría delante de nadie desaliñada, ni siquiera frente a su futuro yerno. Después bajó las escaleras con paso vacilante.

Saludó a Mario con cortesía, disimulando su inquietud, y lo invitó a entrar en el despacho de su marido. Era el lugar más indicado para una conversación privada.

Sin perder un segundo, Mario informó a Elvira de la situación. Lo hizo sin escatimar detalles, sin preámbulos, sin una pizca de indulgencia, aunque sí se guardó las amenazas que le lanzara a Rebeca. No fue por arrepentimiento, ya que estaba seguro de que su suegra lo comprendería, sino más bien porque no quería que su comportamiento trascendiera más de lo necesario y acabara volviéndose contra él.

El rostro de Elvira iba transformándose a medida que Mario exponía lo sucedido. Lo que Mario interpretó como sorpresa no era

otra cosa que la reacción ante una sospecha confirmada.

—Se lo advertí a Víctor, le advertí que unas chicas de su edad, solas durante tres semanas…, pero no me escuchó…

Mario apoyó el cuerpo sobre el brillante escritorio de caoba.

—Elvira, yo…

—Quieres anular la boda, ¿verdad? ¡Dios mío! ¡Todo está listo! ¿Qué vamos a hacer…?

—No quiero anular la boda —dijo, y ella lo miró, perpleja.

—¿Ah, no?

—¿Y convertirme en el blanco de las burlas y comidillas de media ciudad?

—Pero…

—No te equivoques, Elvira, si sigo adelante con la boda es solo porque me conviene, me preocupa el escándalo tanto como a ti, por eso he venido a contártelo. Tu hija no quiere casarse conmigo y su intención es largarse a Escocia con ese tipo.

—¿Ha perdido el juicio?

—Sé que tú puedes influir en su decisión, ambos sabemos que siempre ha hecho lo que tú has querido. Pero parece ser que a nuestra Rebeca le han brotado alas. Sabía que no estaba enamorada de mí, y aun así me parecía la esposa perfecta. Pero tú y yo sabemos que nuestro matrimonio es más un contrato comercial que una alianza de sentimientos. Yo nunca he sido un hombre apasionado, y lo cierto es que pensaba que ella era igual, pero me equivoqué. Sin embargo, me casaré con ella para preservar mi reputación. Estoy dispuesto a olvidarlo todo. En el fondo, creo que ha sido víctima de un granuja que la habrá seducido para pasar el rato.

—Tú no lo has visto, Mario, no has visto su aspecto. Te juro que no entiendo cómo pudo enamorarse de alguien así.

—¿A qué te refieres? ¿Tú lo has visto?

—Encontré una fotografía, esta misma mañana, después de tu llamada. Es un individuo con tatuajes y pelo largo. Parece un libertino, incluso un ser peligroso. Aún estoy sobrecogida.

Se quedaron en silencio, cada uno haciéndose una imagen del idilio de Rebeca con alguien así. Elvira pareció salir primero de la abstracción y le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Tienes que convencerla de que se case conmigo, a ti te escuchará.

—¿Y si no lo consigo?

—Entonces hablaré con mi padre, y no hace falta que te recuerde que en nuestro gabinete jurídico solo hay tres socios. Enric aún no es socio legal, no sé si me comprendes.

Elvira lo miró con recelo.

—Te comprendo muy bien, no soy estúpida.

—Bien.

—Hablaré con ella esta tarde y mañana tendrás una respuesta.

Mario se marchó, y Elvira se quedó en el despacho, moviéndose inquieta, pensando con rapidez. Encontraba normal que Mario estuviese dolido, pero le sorprendió la sutil amenaza que le había lanzado.

Salió del despacho con los dientes apretados y subió al dormitorio de su hija. Todo estaba ordenado, la cama hecha. Apartó la colcha que cubría la almohada y buscó la fotografía. Pero no la halló. Entonces registró los cajones de las mesitas hasta que descubrió un fino folleto turístico de Beauly. Lo abrió y la encontró entre las hojas. Tomó la fotografía entre sus manos y la observó. La imagen consiguió alterarla hasta tal punto que la rompió en mil pedazos. Luego lanzó los trozos sobre la cama.

* * *

A la hora del almuerzo se reunió toda la familia. Incluso Enric, al que su padre había rogado que asistiera alegando que Inés lo echaba de menos. Y era cierto, la pequeña se puso muy contenta cuando se encontró con su hermano. Rebeca reparó en la cara de su madre.

Estaba desencajada. En realidad, todos lo notaron. Ella justificó su estado asegurando que tenía una terrible jaqueca. No era una dolencia muy frecuente en ella, pero todos sabían que cuando sucedía era mejor dejarla a solas.

Elvira se sorprendió al ver allí a su hijo mayor.

—Hola, Enric, ¿no me vas a dar un beso?

—Claro, mamá —dijo el chico, acercándose a su lado y depositando un beso en su mejilla.

—Cariño, estabas bien esta mañana, antes de irme a trabajar —le dijo Víctor.

—Sí —respondió, evadiendo la mirada de su marido—, ha sido de repente, ya sabes que cuando me da, me da.

Inés aprovechó para poner al corriente a su hermano de sus últimas aventuras.

—No se olvide de contar lo del gusano, mi niña —le insinuó Baudelia mientras servía la ensalada.

—¿Qué gusano? —se interesó Enric.

—Ay, señorito Enric, uno que se coló nomás dentro de mi vestido —respondió Baudelia lanzándole una mirada acusadora a Inés—. Casi me caigo al piso del susto. Era *gordote* y *refeo*. Cada vez que me lo recuerdo se me ponen los pelos como pinchos.

—Basta, Baudelia, no seas tan explícita que estamos comiendo —la reprendió Elvira, luego miró con severidad a su hija menor.

—Yo no hice nada —se defendió la pequeña—, fue el gusano el que saltó a su vestido.

Su madre recogió la servilleta de tela que había depositado sobre el regazo y la depositó en la mesa con un golpe. Todos dieron un salto de sorpresa.

—¡Los gusanos no saltan, Inés, por el amor de Dios! ¡¿No sabes comportarte?!

—No es para tanto, cariño —medió Víctor—, ha sido solo una travesura.

—Sí, mi doña —se apresuró a decir Baudelia—, no fue pa' tanto… Un susto nomás.

Elvira se levantó de la mesa y se llevó la mano a la frente.

—Disculpadme, hoy no me encuentro bien. Seguid almorzando vosotros, yo me retiro a mi cuarto.

—¿Quiere que le suba algo de comer a la recamara, doñita?

—No, Baudelia, no tengo hambre.

Elvira permaneció acostada, con los ojos cerrados, escuchando los sonidos amortiguados que le llegaban desde el comedor. El dolor se había atenuado. Sabía que era una molestia debida a la tensión de las últimas horas. Comenzaba en la base de la nuca y se extendía hasta alcanzarle el ojo izquierdo, entonces el dolor se hacía insoportable en ese punto y la única forma de aliviarlo era evitando la luz y dejar de pensar.

La despertó el sonido de voces cercanas. Aguzó el oído e identificó a sus hijas charlando alegremente. Si Rebeca se metía en su dormitorio vería la foto destrozada sobre la cama. Miró la hora; eran las tres y media y pensó que Víctor y Enric ya habrían salido hacia el despacho. Se levantó a toda prisa y reprimió estoicamente las punzadas de dolor que le devolvió su cabeza ante el movimiento brusco. Luego salió al pasillo en el mismo instante en que Inés y Rebeca desaparecían tras la puerta del dormitorio.

Se dirigió allí todo lo rápido que pudo y entró de repente. Encontró a su hija mayor arrodillada en el suelo, recogiendo con nerviosismo los pedazos de fotografía desparramados por el suelo y sobre la cama. Inés la ayudaba a recoger los trozos sin comprender el disgusto repentino de su hermana.

—¿Por qué has roto esta foto? —le preguntaba—. ¿Quieres que te ayude a pegarla?

Rebeca intuyó por el rabillo del ojo la presencia de su madre. Se volvió hacia la puerta y ambas se miraron, consternadas.

—¡Baudelia! —gritó Elvira.

La mujer no tardó en asomar por la escalera. El grito de su señora la había alarmado, y acudió rauda.

—¿Diga, mi doña?

—Llévate a Inés, por favor.

—Ahorita mismo, mi doña —respondió la mujer con ligereza—. Ándele, chamaquita, vamos a jugar un rato usted y yo.

—Pero ¿por qué? Yo quiero quedarme con Rebeca y ayudarla a pegar la foto.

—¡Obedece! —volvió a gritar su madre.

La niña dejó de protestar y se aferró a la mano de Baudelia, quien le acarició el pelo en un gesto de consuelo.

Elvira entró en el dormitorio y cerró la puerta a sus espaldas.

—Mario ha estado aquí esta mañana —dijo, y la fulminó con la mirada.

Rebeca se levantó despacio del suelo y enfrentó la mirada penetrante de su madre.

La vio caminar hacia ella, fuera de sí, pisando a su paso los pedazos de fotografía que quedaban en el suelo.

—Si no hubiera descubierto esa maldita fotografía habría pensado que Mario me estaba gastando una broma pesada.

—Pues ahora ya lo sabes —soltó Rebeca con aplomo.

No vio venir el golpe, y no tuvo tiempo de reaccionar. La bofetada la hizo desplomarse sobre la cama.

—¿¡Cómo has podido!? —le gritó Elvira—. ¿¡Cómo has podido comportarte como una mujerzuela!?

Rebeca sollozaba, no tanto por el dolor de la bofetada como por la inesperada reacción de su madre. Nunca habría esperado comprensión por su parte pero tampoco un acto violento. Le habría gustado defenderse, explicarle que se había enamorado en contra de su voluntad, que nunca fue su intención, pero que amaba a Kenzie profundamente y que no podría amar a nadie más. Sin embargo, sabía que ese argumento no serviría con ella, para su madre el amor no era lo más importante.

—No puedo casarme con Mario, mamá —fue capaz de decir entre sollozos—. Tú no lo conoces bien, me ha amenazado con arruinar a la familia si no me caso con él.

—¿¡Y crees que no puede hacerlo!? ¡Josep y Mario pueden aliarse en contra de tu padre! ¡Pueden sacarlo del bufete!

—No se atreverá a hacerlo.

—¡Claro que lo hará! Lo he visto en sus ojos cuando vino esta mañana. Está muy dolido. No consentirá que le dejes en ridículo delante de todo el mundo. Si anulamos la boda, la relación entre las dos familias se romperá, lo sabes.

—Es mezquino, no quiero casarme con alguien así.

—Puede que Mario sea un mezquino pero lo que tú has hecho no te deja en mejor posición. En la vida debemos asumir las consecuencias de nuestros actos, llevo inculcándoos eso a ti y a tu hermano desde que no levantabais un palmo del suelo. Y veo que no ha servido de nada.

—Mario me arruinará la vida.

—¿De verdad crees que puedes marcharte con ese hombre y ser feliz? Bájate de las nubes, Rebeca. —Se frotó la frente para contener una súbita punzada de dolor—. Dios santo, ¿lo has mirado bien?

Si había algo que de verdad temía, era el discurso de su madre. Su capacidad innata de persuasión siempre conseguía que su retórica se filtrara en su voluntad y prevaleciera sobre sus propios pensamientos.

—Puede que creas que estás enamorada —continuó mientras se movía inquieta por el dormitorio—, pero te aseguro que es algo pasajero, ese amor no sobreviviría un año sabiendo que traicionaste a tu familia. Y entonces te odiarías a ti misma y terminarías odiándolo a él, desearás poder dar marcha atrás, solo que no podrás. ¿Piensas que estas cosas solo te suceden a ti? Le ocurre a todo el mundo, por el amor de Dios, constantemente, pero existen unas palabras que puede que desconozcas: lealtad, compromiso. Siempre habrá alguien que te resulte agradable, pero eso no conlleva dejarse arrastrar por cada persona que nos atraiga. Sería

una locura. Eres muy joven, y esto ha sido tu primera lección en la vida. Mario no es mal hombre, pero se siente traicionado. Tienes suerte de que aún quiera casarse contigo. Con el tiempo lo entenderás, y te avergonzarás de haberte comportado de una forma tan irresponsable.

Elvira salió del dormitorio, pero sus palabras no se fueron con ella. Rebeca permaneció tendida sobre la cama, encogida y temblando de impotencia. Ni siquiera era consciente del resquemor que sufría su mejilla. Su dolor era más profundo. Había comprendido que no lo conseguiría, que su sueño de volver junto a Kenzie había sido solo un espejismo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí tendida, pero a través de las lágrimas vio la cara amable y preocupada de Baudelia. La mujer se sentó sobre la cama y trató de consolarla con unas caricias.

—¿Qué le pasa, mi hijita? Está usted muy rara estos días.

—¡Ay, Baudelia! —sollozó Rebeca—, me quiero morir.

La mujer se persignó.

—¡Virgencita de Guadalupe! No miente así a la flaca, mi niña, que es pecado mortal. —Le pasó una mano por el pelo y suspiró hondo al ver que el llanto de la joven no aflojaba—. Pero ¿qué fue, mi hija? Cuénteselo a Baudelia. Su *amá* está muy enojada pero ya la conoce, se le pasará. Ándele, ya no llore más.

—Esta vez no, Baudelia, esta vez he hecho algo horrible.

—No será pa' tanto, chiquita.

Rebeca se secó las lágrimas, se incorporó un poco y apoyó la cabeza en el regazo de la que había sido su niñera durante años. Poco a poco y entre mohines fue contándole su historia. A veces hacía una pausa y se echaba a llorar. Entonces Baudelia la arrullaba y la mecía como a un bebé. Para la mujer, la muchacha y sus hermanos habían llenado el vacío de los hijos que jamás tuvo, y ellos fueron generosos con ella, devolviéndole cariño donde había depositado comprensión y ternura.

Se quedaron en silencio. Baudelia también lloraba, pero trataba de disimularlo para que Rebeca no lo notara.

—¿No me dices nada, Baudelia? ¿Crees que soy horrible?

—No, *m'ijita*, ¿cómo cree? Estaba pensando en su plática. Es una historia bien bonita…

—Pero Mario nunca me dejará marchar, y tendré que decirle a Kenzie que jamás regresaré. No podré hacerlo, Baudelia… Se lo juré, le prometí que volvería…

—Pinche *aboganster, malafacha*… Nunca me gustó el señorito Mario pa' usted, mi niña. Pendejo *chilapastroso*… Su *amá* me perdone pero no está bien que la obligue a casarse con ese menso sangrón. —Baudelia reflexionó un momento y añadió—: Hable con su *apá*, niña. Él no es como la doña, él entenderá…

—No puedo, Baudelia. Si no me caso con Mario mi padre perderá su puesto en el bufete, y yo…

Rompió a llorar de nuevo, humedeciendo el mandil blanco de Baudelia.

La mujer apretó los dientes y se limpió los ojos turbios con la mano.

El final de un sueño

Mario pasó a recogerla por la mañana. Rebeca sabía que su madre le había confirmado que los planes de boda seguían adelante. Estaba abatida y sentía un doble sentimiento de culpa. Por haber traicionado a Mario, y por…

Kenzie… Ni siquiera podía pensarlo sin que un rayo de fuego le atravesara el corazón. Al día siguiente se cumpliría una semana de su regreso y él la llamaría. ¿Qué iba a decirle? Las palabras de su madre volvían con frecuencia a atormentarla, sobrevolaban su cabeza como buitres y la golpeaban con la fuerza de un martillo descargado sobre un yunque, aniquilando cualquier resquicio de esperanza.

Había vivido algo hermoso que no estaba destinado para ella.

Y había llegado la hora de pagar tributo.

Contra todo pronóstico, Mario la recibió con una sonrisa, apostado al volante de su flamante Audi azul marino, aunque bajo el fino barniz de buen humor no podía ocultar las sombras que ennegrecían sus ojos.

Por la dirección que tomó el coche, Rebeca supo que se dirigían a su casa. Permaneció todo el tiempo en silencio, sin mirarlo siquiera, y notó que él hacía un esfuerzo por mostrarse animado, como si nada hubiese sucedido, como si nunca hubiera lanzado terribles amenazas contra su familia. Tampoco forzó la conversación, era lo bastante inteligente como para saber cuándo era mejor no hablar.

No tardaron en llegar al Paseo de Gracia. Estacionaron el coche en un lugar cercano y caminaron hasta llegar al edificio que

pertenecía a la familia Caralt desde hacía generaciones. Era de estilo modernista, de finales del siglo XIX, cuyo arquitecto Rebeca siempre olvidaba por muchas veces que Mario se lo hubiera repetido. También solía contarle anécdotas de su tatarabuelo, Donat Caralt, quien mandara construir el edificio a su regreso de La Habana en el año 1895, tras el levantamiento definitivo de los cubanos contra el dominio español.

Mario estaba muy orgulloso de sus orígenes. Sus antepasados habían formado parte de los primeros colonos en la isla caribeña que se enriquecieron primero con el tráfico de esclavos y después con la industria azucarera. La biblioteca de la casa guardaba montones de documentos y diarios privados de aquella época, y cuando una vez Mario le leyó un pasaje sobre las condiciones en que los esclavos hacían la travesía desde África hasta Cuba, Rebeca no había podido evitar que todo el cuerpo se le revolviera. En esos escritos se referían a las personas como «piezas africanas» que viajaban amontonadas durante ochenta días. Entre las penurias del viaje destacaban «el hacinamiento de las negradas», sometidas a todo tipo de sufrimientos: falta de comida, de aire fresco, llenos de orines, excrementos, epidemias… Y cuando las circunstancias en el velero eran desfavorables, simplemente echaban la carga por la borda para que los desdichados muriesen ahogados.

Rebeca nunca podría estar orgullosa de unos orígenes semejantes, y no entendía bien por qué a él le gustaba tanto mostrarle esas cosas.

Mario abrió la puerta y ambos avanzaron por el dilatado recibidor hasta llegar a lo que antes había sido un gran salón decorado al estilo barroco.

—¿Qué te parece? —le preguntó, expectante, plantándose en medio de la gran estancia y haciendo un gesto con los brazos que abarcaba todo alrededor—. Cuando te fuiste de vacaciones, decidí renovarlo para darte una sorpresa. Sabía que los muebles anticuados no te gustaban y quería que cuando nos casáramos te sintieras cómoda.

Ella observó las nuevas paredes a las que se les había retirado el regio y oscuro zócalo de madera y que habían sido decoradas con tonos claros y luminosos. Los muebles eran modernos y las cortinas blancas y vaporosas que cubrían los grandes balcones, habían sustituido a las pesadas telas de terciopelo granate. Se fijó en las nuevas láminas que decoraban las paredes y en sus colores alegres. Se dijo que no parecía el mismo salón. Mario se dio cuenta de su expresión aturdida, la cogió de la mano y la llevó a la planta de arriba a través de unas holgadas escaleras con balaustres de hierro forjado y barandal de madera.

Las fuerzas la abandonaban a cada paso. Su corazón se aceleró tanto que cuando llegó arriba sintió la necesidad de sentarse. Y lo hizo en un bonito banco de madera pintado de blanco que había en el espacioso distribuidor y que estaba decorado con cojines tapizados en tonos cálidos.

—¿Estás bien?

—Sí, un poco sorprendida, eso es todo.

—Aún no me has dicho si te gusta.

—Es increíble —musitó ella—. Has hecho un gran trabajo.

Volvieron a la planta de abajo y Mario le ofreció un refresco. Rebeca lo aceptó y se sentó en el moderno sofá. Su corazón aún no se había calmado y estaba empezando a sentirse sofocada, sudaba y respiraba con dificultad.

Mientras Rebeca trataba de recuperarse, Mario comenzó un discurso renovado que nada tenía que ver con las amenazas que le hiciera una semana atrás. Paseó inquieto por la estancia, con una mano dentro del bolsillo de su pantalón y la otra en la barbilla.

Temía mucho el discurso de su madre, era cierto, pero la retórica de Mario no era menos efectiva. Ambos eran grandilocuentes y ella siempre estaba en desventaja.

—Mira, Rebeca, sé que cuando volviste de vacaciones no me porté muy bien. Pero no quiero que me juzgues mal, entiéndelo, estaba muy cabreado y no quería perderte. Por otro lado, estoy convencido de que lo tuyo fue solo un capricho y… puedo alcanzar a

entenderlo… Somos humanos, cometemos errores. Eres tan joven, tan inexperta que no es extraño lo que te ha pasado. Pero créeme, cuando las personas como tú se obcecan y se obsesionan hasta el punto de perder el rumbo de su vida, necesitan que alguien con la cabeza fría les muestre otra vez el camino. Tu madre y yo estamos muy preocupados. Regresaste muy cambiada, no eras tú, y nuestra obligación es hacer todo lo posible para que vuelvas a centrarte. Eres joven, es cierto, pero ya no eres ninguna adolescente. Actúa como una mujer y sé consecuente. Yo por mi parte, te pido que hagas el esfuerzo de perdonarme y olvidar mi reprobable comportamiento, que no fue más que el producto de un estado de tensión extrema.

Lo escuchó sin pestañear, tan solo el gesto de tragar saliva con dificultad podía delatar su nerviosismo. Pero Mario se mostró tan elocuente que Rebeca se confió; creyó que sus disculpas eran sinceras. Tal vez lo había juzgado demasiado duramente. Por un momento comprendió la ira que lo había dominado cuando le confesó su traición.

—Sé que te hice daño… —susurró.

Mario se acercó a ella, se arrodilló en el suelo y le tomó las manos.

—No tienes que decirme nada, nena. No volveremos a mencionar este asunto.

Se llevó las manos entrelazadas a la frente y las apretó en un gesto de ternura.

Ella cerró los ojos. Los anillos de sus manos se hicieron notar entre sus dedos. El oro frente a la plata. Dos símbolos de unión, dos cauces para un mismo río.

Esa misma tarde Rebeca se reunió con Berta en el puerto olímpico. Sorbían un té helado bajo una gran sombrilla que las protegía del sol. Berta estaba impaciente porque le contara cómo habían ido las cosas y se mostró muy sorprendida cuando Rebeca le confesó su

intención de continuar adelante con la boda. No comprendía ese cambio en la aptitud de su amiga. Apenas unos días atrás estaba convencida de su amor por Kenzie y ahora se mostraba dispuesta a casarse con Mario. No podía entenderla. Rebeca vio la confusión en su mirada y decidió contarle la verdad.

Berta no pudo ocultar su consternación.

—¡Será cabrón!

—Puedo enfrentarme a todo, Berta, a mi madre, a lo que piensen los demás, pero no puedo permitir que esto destruya a mi familia. Es demasiado para mí.

—Pero algo se podrá hacer… —Rebeca negó con la cabeza—. ¿Se lo has contado a alguien más?

Ella volvió a negar, notando un fuerte nudo en la garganta.

—Me da mucha pena. Siempre he creído que el amor puede superar todos los obstáculos. —Hizo una pausa y su mirada se extravió en el gran azul del cielo—. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Rebeca suspiró hondo. Tenía los ojos secos. Había vertido todas las lágrimas que cabría esperar dos días antes, después de la determinante conversación con su madre.

—¿Recuerdas cuál es mi libro favorito? —le preguntó a su amiga.

—Claro, *Los Puentes de Madison County*.

—¿Sabes qué es lo que más me emociona de esa historia? —Berta negó con un gesto—. Cuando Francesca se deja dominar por el amor que siente hacia Robert Kincaid y hace las maletas, decidida a marcharse con él, a dejar a su familia y perseguir su sueño.

—Pero no lo hace.

—No, no lo hace, porque no habría sido feliz. Se da cuenta de que no puede abandonarlos a pesar del gran amor que ambos se tienen. Y él lo comprende y se va. —La voz se le quebró—. Saben que jamás volverán a verse y que sufrirán el resto de su vida por esa decisión, pero también entienden que fue la decisión correcta.

Berta lanzó un suspiro y apretó el brazo de Rebeca.

—Lo que más me entristece es que, hagas lo que hagas, alguien sufrirá.

* * *

Con extrema puntualidad, el teléfono de Rebeca resonó en el dormitorio. Su corazón se desbocó y un hormigueo le recorrió el cuerpo. Había llegado el momento que más temía. No estaba segura de poder hacerlo. Sintió las piernas flojas mientras se dirigía a la puerta que accedía a su amplio cuarto de baño. Se introdujo dentro y cerró tras de sí para que nadie la sorprendiera. Luego se sentó sobre una silla forrada de terciopelo rosa. El teléfono seguía sonando con impaciencia cuando pulsó el botón verde.

La voz de Kenzie le llegó cargada de tensión, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Rebeca…

Escuchar el timbre de su voz la trajo de nuevo a la vida. Sus sentidos se agudizaron y su cuerpo reaccionó como una flor templada por el sol. Aquel sonido la volvió loca de añoranza. La escasa entereza que aún le quedaba se desplomó, como una rama fulminada por un rayo. Un fuerte nudo en la garganta le impidió hablar y aunque se había propuesto no hacerlo, comenzó a sollozar, ahogando el llanto con la mano para que él no se diera cuenta. Pero Kenzie lo percibió, y su tensión inicial se convirtió en angustia. Cuanto más le rogaba a Rebeca que le hablara, más intenso era su llanto. Hasta que al fin ella sacó fuerzas para componer unas pocas palabras.

—No puedo hacerlo, Kenzie… —susurró con la voz entrecortada.

No hubo ninguna respuesta a sus palabras. Al otro lado del teléfono los peores presagios de Kenzie se estaban materializando. Cuando logró recuperarse de la impresión, le dijo que tomaría un avión y que lo discutirían, que no se precipitara. Pero al escuchar la desesperación con la que ella se negaba al encuentro, se sintió abatido. Le rogó, le suplicó que antes de tomar una decisión definitiva tenían que verse. Hablarían y luego ella sería libre de

decidir. Kenzie sabía que la distancia podía atenuar la intensidad de las emociones y quería estar frente a ella. Pero su rotunda negativa lo desarmó. Entonces se sintió mortalmente herido. Más cuando ella le aseguró que Mario era todo lo que necesitaba para ser feliz. ¿Cómo podía olvidar tan pronto sus promesas? ¿Cómo podía deshacerse en un instante de todo el amor que habían compartido, de todos los momentos de feliz complicidad?

Ella apenas podía hablar, solo miraba el anillo que conservaba en la mano izquierda. Percibió que él se rendía. Eso le dolió. Esperaba que luchara un poco más, que no se creyera tan fácilmente sus argumentos, no entendía por qué no era capaz de intuir su dolor, por qué no podía ver que se moría por dentro mientras se despedía de él para siempre.

Tenía que fingir indiferencia y dureza donde solo había devoción y ternura.

Unidos por el silencio, Rebeca se despidió con un susurro.

El reencuentro

Lola había regresado a Barcelona acompañada de Rory. Se quedarían dos semanas; el tiempo justo para que él conociera a su madre y pudieran prepararlo todo antes de instalarse en Edimburgo, donde Rory pronto comenzaría sus clases.

Las tres amigas se reunieron esa tarde en la playa. Lola necesitaba con urgencia baños de sol antes de regresar de nuevo a Escocia.

Enseguida las puso al corriente de sus planes sin poder disimular lo enamorada que estaba de Rory. Rebeca escuchaba en silencio, un poco ausente y con el rostro ensombrecido, y Berta la dejaba hablar sin interrumpir su parloteo incesante que desbordaba felicidad. Ella misma no tenía mucho que contar; Albert seguía estudiando, faltaba un mes para las oposiciones y apenas tenían oportunidades de hacer cosas juntos. Pero estaba convencida de que lo lograría, Albert llevaba demasiado tiempo preparando esos exámenes.

Cuando Lola terminó con su alentador discurso, reparó por primera vez en el rostro abstraído de Rebeca. Frunció los labios. Había prometido a Rory no inmiscuirse, y solo Dios, o quien fuera que gobernara sus destinos, sabía que se había hecho el firme propósito de no decir nada. Pero un murmullo de impaciencia le recorrió el cuerpo y, aunque consiguió vencer la tentación durante un par de minutos, al final, como era previsible, su lengua actuó de forma impulsiva, sin hacer caso a las órdenes de su cerebro.

—¿Y tú qué? —dijo clavándole la mirada a su amiga—. ¿Has destrozado la vida de algún otro hombre?

—¡Lola, por favor! —medió Berta.

Rebeca apretó los dientes antes de responder.

—No tienes derecho a hablarme así. No sabes nada.

—Sé lo suficiente: estando prometida con un hombre te enamoras de otro, le juras amor eterno al segundo y decides casarte con el primero. Muy coherente.

—Tengo mis razones.

—¿Y por qué no me las explicas? O mejor ¿por qué no se las explicaste a Kenzie? Tal vez así no estaría tan destrozado.

—¿Lo has visto? —preguntó con urgencia en la voz.

Lola se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—¡Contesta!

—¡No! ¿Te quedas más tranquila?

—Sí.

Pero Lola no pensaba detenerse, tomó aire y se dispuso a revelarle todo lo que sabía.

—Fue Rory quien lo vio…

Rebeca la taladró con la mirada, impaciente.

—Continúa…

—Su padre estaba muy preocupado, y lo llamó la misma tarde que tú y Kenzie hablasteis por última vez. Al parecer había bebido demasiado y permanecía encerrado en su habitación con una botella de whisky. No quería hablar con nadie…

—Lola —la interrumpió Berta—, no creo que debas contárselo. No arregla nada.

—¡No! Sigue, por favor… —la acució Rebeca.

—Cuando Rory llegó a su casa, William estaba desesperado. No sabían lo que estaba pasando en aquella habitación, pero se escuchaban muchos golpes, como si estuviera rompiéndolo todo. De nada sirvieron los llantos de su hermana o los ruegos de su padre suplicándole que abriera la puerta. Al final, temiendo que hiciese alguna locura, lograron entrar por la fuerza.

Las palabras de William acudieron a la memoria de Rebeca para atormentarla: «Lo único que deseo es que algún día tenga la familia

que se merece, su propia familia, la que ni su madre ni yo pudimos darle». Él fue el único que supo ver lo que sucedería, y ahora le tocaba recoger los pedazos rotos de Kenzie y ayudarlo a recomponer su vida.

—Lo encontraron en el suelo —siguió Lola—, apoyado sobre su tambor. Lo había destrozado… Rory me dijo que cuando se agachó a su lado sollozó como un niño. Se quedó tan impresionado que esa noche no pudo dormir.

Rebeca no pudo aguantar más y rompió a llorar. Berta intentó consolarla y Lola comenzó a arrepentirse de haberle contado todo, aunque, en el fondo, pensaba que debía saberlo. No acababa de entender por qué había tenido que involucrarse tanto. Una cosa era tener una aventura sin importancia y otra haberle jurado que volvería. No debió hacerlo. Tendría que haberse limitado a disfrutar del escocés sin enamorarse.

Escuchó a su amiga explicarle entre sollozos los motivos que la habían obligado a renunciar a Kenzie. Su confesión solo sirvió para confirmar lo que pensaba de Mario: era un cerdo sin escrúpulos que gobernaba a Rebeca a su antojo, igual que su madre. ¿Cómo había podido imaginar que sería capaz de enfrentarse a ellos y volver a Beauly?

Jamás se lo permitirían.

* * *

Durante la última semana Mario y Rebeca se vieron todos los días. Él decidió que era mejor no dejarla sola. Temía que cambiara de opinión. Incluso cuando las negociaciones con los inversores de Qatar le robaban casi todo el tiempo, hacía un esfuerzo para estar con ella. Sin embargo, el abatimiento de Rebeca empeoró desde que Lola le contara lo sucedido con Kenzie. Se mostraba irascible y exteriorizaba pequeños ataques de rebeldía que preocupaban a Mario más que a Elvira. Esta intentaba tranquilizar a su yerno cuando él le decía que Rebeca siempre estaba ausente, con la cabeza en otra parte, a lo que Elvira respondía que le diera tiempo,

que era una reacción normal. Trataron de mantenerla ocupada desenvolviendo regalos almacenados, escogiendo los más útiles o cambiando por otros los inservibles.

La situación mejoró cuando Rebeca acudió a la entrevista con el director del colegio. Este la informó de que comenzaría a trabajar como maestra de apoyo en una clase de niños de cinco años. Era un periodo de prueba que todos los docentes tenían que superar antes de formar parte definitiva de la plantilla. Pero a ella no le importaba. Aquello fue un rayo de ilusión en medio del escenario desesperanzador en que se había convertido su vida.

No obstante, no fue suficiente para que su ánimo se elevara del todo. Incluso su padre se dio cuenta de que algo no iba bien. Una noche, antes de acostarse, llamó a la puerta del dormitorio de su hija.

—Pasa, papá —le dijo ella cuando lo vio asomar.

Rebeca estaba acostada, y sujetaba un libro sobre estrategias didácticas entre las manos. Su padre avanzó hasta la cama y se sentó a su lado.

—¿Estás ilusionada con tu nuevo trabajo? —le preguntó.

—Mucho —respondió ella a media voz.

Él tomó el libro de sus manos y lo cerró.

—Si tuvieras algún problema, me lo dirías, ¿verdad, hija?

Rebeca sintió un nudo en la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que sus palabras sonaran convincentes. Trató de componer una sonrisa.

—Claro.

—Te veo muy decaída, hija, y me preocupas.

Pensó con rapidez una respuesta.

—Es que… cuando Lola volvió de Escocia nos contó que alguien que conocimos en Beauly lo estaba pasando mal y…, bueno, me da mucha pena, eso es todo.

—¿Algún problema grave?

—Alguien se enamoró de la persona equivocada y luego cada uno tuvo que tomar caminos separados.

—Bueno, entonces no te sientas tan apenada. Son cosas que a todos nos suceden alguna vez. Pero a vuestra edad se olvidan pronto.

—¿Y si no se olvida? ¿Y si el dolor dura toda la vida?

—Eso no sucederá, cariño, no sufras.

—¿Te ha pasado a ti alguna vez?

Víctor juntó las cejas y elevó los ojos, recordando.

—Cuando tenía diecinueve años me enamoré de una compañera de universidad. Se llamaba Alicia y estuvimos saliendo un par de meses. Luego ella me dejó.

—No sabe lo que se perdió —murmuró Rebeca.

Su padre le sonrió.

—El caso es que yo pasé un mal curso. Y tuve que ver cómo se hacía novia de un amigo mío.

—¿Se casaron?

—No, él la dejó por una chica nueva. —Frunció los labios y compuso media sonrisa—. Cuando rompieron, me sentí mejor y pronto me olvidé de ella. Ahora, cuando lo recuerdo, me parece ridículo, pero entonces lo viví de forma muy intensa. Un desengaño a tu edad puede significar una tragedia. Pero el tiempo se encarga de atemperar los sentimientos y las cosas se ven desde otra perspectiva. Pero para llegar donde estoy yo hay que pasar por donde estás tú. ¿Lo entiendes? Los consejos no sirven de mucho en el amor. Hay que vivir todas las etapas.

Campanas de boda

Barcelona
7 de octubre de 2006

El cielo amaneció despejado en la ciudad Condal. El sol calentaba la urbe con el vigor típico de cada otoño, convirtiendo la estación en un periodo de agradable transición hacia el invierno.

Rebeca se despertó temprano, y ya no pudo dormir. Observó el vestido de novia colgado de una percha en su dormitorio y los nervios se le agarraron al estómago.

Antes de que su madre y Baudelia irrumpieran en la habitación para ayudarla a vestirse, recogió una hoja de papel que había depositado unas horas antes sobre su mesita. Había pasado la noche despierta, escribiendo una carta que ahora debía hacer llegar a su destino.

Miró la papelera que había al lado de la cama y respiró hondo. Estaba llena de papeles arrugados producto de su inseguridad cuando se enfrentó al pliego vacío. Fueron las palabras más difíciles que había escrito en su vida, y habían salido de su corazón con la esperanza de apaciguar a la persona que más quería.

El Templo del Sagrado Corazón de Jesús la recibió en lo alto de la montaña del Tibidabo. Su padre la ayudó a salir del coche. Los invitados, ataviados con sus mejores galas, comenzaron a ocupar

sus sitios en la iglesia. Rebeca ascendió por la escalera tapizada de rojo cogida del brazo de su padre mientras la brisa se empecinaba en elevar su velo hasta el cielo. En el interior de la iglesia sintió frío y un tenue olor a incienso. Avanzó por el pasillo devolviendo con discreción las sonrisas de familiares, amigos y desconocidos. Inés iba delante, portando las arras en una pequeña cesta finamente decorada. Mario la esperaba frente al altar.

Buscó con la mirada a su hermano, a sus amigas, a su madre. Encontró un gesto serio en el rostro de su hermano, preocupación en la cara de sus amigas, felicidad en la de su madre y llanto en los ojos de Baudelia.

La ceremonia fue perfecta, tan solo Rory con su traje de gala escocés había enturbiado la paz de Elvira y Mario. Sin duda era un recordatorio de todo lo que había sucedido ese verano, algo que querían olvidar a cualquier precio. Rebeca no pudo evitar mirar a Rory con aire de nostalgia. Delante del padre Arnau, que la uniría a Mario ante los ojos de Dios, no pudo dejar de acariciar su anillo de plata, como si la unión que simbolizaba fuera la única legítima. Había sido bendecida por los poderes de la Tierra y ahora ella se estaba uniendo a otro hombre. Se sintió mareada y el vestido comenzó a molestarle. Deseaba arrancárselo para poder respirar. Mario la miró con inquietud, como si temiera que en cualquier momento fuera a desvanecerse. Aunque no procedía, él le aferró las manos. Rebeca se centró en sus ojos y sintió mucho frío. La iglesia comenzó a darle vueltas. Las palabras del viejo druida vinieron a ella, serenas, precisas, y sustituyeron al sermón nupcial del padre Arnau: «Todas las cosas de la naturaleza son circulares. La noche se hace día, el día conduce de vuelta a la noche que, una vez más, se convierte en día. Estos son los florecientes ritmos del Ciclo de la Existencia, pero en el Centro del Círculo hay la quietud de la Fuente, eterna y brillante».

«La quietud de la fuente, la quietud de la fuente, la quietud de la fuente…», esas palabras daban vueltas en su mente como si pudiera contagiarse de su significado.

Sintió que el tiempo la engullía. Apenas fue consciente de haber pronunciado el *sí quiero*. Estaba tan abrumada que su mente se hundió en un vacío profundo donde apenas era consciente de su propia realidad.

El único momento en que su espíritu volvió a su cuerpo fue cuando, después del banquete, buscó a Rory. Deseaba hablar con él a solas. Tenía que hacerlo porque había algo que debía entregarle. Lola no puso buena cara cuando lo invitó a bailar, intuyendo que lo sometería a un interrogatorio.

—Te miran más que a la novia —le dijo Rebeca cuando comenzaron a moverse al ritmo de un vals en el centro de la pista de baile.

—No debí dejarme convencer por Lola. Se empeñó en que vistiera el *kilt* y…

—No te preocupes, a mí me gusta verte, me trae buenos recuerdos.

—Ya —musitó él—, pero tu marido me mira como si quisiera asesinarme.

—No le hagas caso. Yo me alegro mucho de que estés aquí.

Una sombra de tristeza cubrió el rostro de Rebeca. Se mordió los labios porque no estaba segura de querer escuchar la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—¿Cómo está? Han pasado casi dos meses desde que…

Rory desvió la mirada. No deseaba hablar de ello, no le parecía oportuno. Aquella boda lo incomodaba y solo había asistido porque era importante para Lola. No podía decir que se sintiera feliz por la pareja, porque no conseguía olvidar lo que aquel acontecimiento significaba para su amigo.

Ante su silencio, Rebeca añadió:

—Lola me lo contó…

Él torció el gesto y frunció los labios.

—No debió hacerlo.

—Eso no importa. Rory, necesito saber cómo está.

—Saberlo no te hará nada bueno.

—Lo necesito.

El joven escocés lanzó un resoplido.

—Se marchó a Skye y no ha vuelto. No he sabido nada más de él desde entonces. Así que no puedo contarte nada.

—¿Y su trabajo? ¿Y la banda?

—Lo dejó todo.

—Dios, no…

—Hablé con William, sé que él y Sophie han ido a visitarlo, pero me dijeron que no tolera la compañía de nadie.

No se dieron cuenta de que la pieza musical había terminado hasta que Lola se acercó a liberar a Rory.

—Basta ya, Rebeca, ¿no ves que el pobre lo está pasando fatal?

—Eso es porque tú lo has obligado a vestirse así.

—Ya lo sé —dijo, aferrándose al brazo del chico—. Pero no me digas que no está mono.

—Rory —dijo Rebeca, apresurada—, quiero que le entregues esta carta. ¿Lo harás?

Él se fijó en el pequeño sobre blanco que sujetaba Rebeca en la mano. No sabía de qué parte de su vestido lo había extraído y se mostró contrariado.

—¡Basta, Rebeca! —exclamó Lola—. ¿Quieres dejar las cosas como están? Lo único que conseguirás será hacerle más daño.

—Por favor —dijo, ignorando a su amiga y concentrando la mirada en Rory.

—¡Déjale olvidar, por el amor de Dios! —insistió Lola.

Rebeca imploró a Rory con la mirada, y al final el chico se guardó la carta en el *sporran*.

—No sé cuándo podré dársela…

—Gracias —se apresuró a decir Rebeca, percibiendo que comenzaban a acaparar todas las miradas.

Un poco sofocada por la charla con Rory, declinó cortésmente la petición de baile de un invitado al que no conocía y salió al jardín, aprovechando que todos estaban distraídos troceando las corbatas

de quienes se habían ofrecido para hacer las pujas y donar lo obtenido a una causa benéfica.

No se dio cuenta de que su hermano la había seguido.

—¿Estás bien?

Ella se sorprendió y se dio la vuelta.

—Sí, solo quería respirar algo de aire.

—¿Qué te traías entre manos con el novio escocés de tu amiga?

—Yo… Nada.

—Vamos, habla…

—Le di una carta para un amigo especial que vive en Escocia. Él y su hermana se portaron muy bien con nosotros.

—Un amigo especial… —repitió Enric. Se quedó pensativo y añadió—. Si fueras otra persona creería que tuviste una aventura.

Ella se sonrojó y evitó su mirada.

—¿¡Tuviste una aventura con un escocés!? —exclamó, y al tiempo controló el tono de su voz.

—Yo no he dicho eso, Enric.

—Pero te lo he notado en la cara.

Rebeca no supo qué decir. Lo cierto era que no tenía ni ganas ni fuerzas para negarlo.

—Nunca debió ocurrir, pero…

—¿Lo sabe Mario?

Ella asintió.

—Por eso estabas tan rara cuando volviste. —Enric pareció reflexionar—. Si se enterara nuestra madre…

—También lo sabe.

—¡No!

—Últimamente pasas poco tiempo en casa, por eso no te diste cuenta, pero estuvo histérica una buena temporada.

—Háblame de él. Seguro que me caería bien. La verdad es que hubiera preferido que te casaras con un chimpancé de feria antes que con Mario.

—Sí, te caería bien, pero no voy a hablar ahora de él. Me acabo de casar.

—Tal vez cuando los dos seamos unos viejecitos desdentados y recordemos nuestras batallas de juventud.

—Sí, entonces te lo contaré todo.

Rebeca se quedó en silencio. Luego recordó que Enric había venido solo a la boda.

—Siento mucho que no hayas podido traer a Pablo.

—Yo también. Pero por ahora es mejor así. Aunque te juro que un día me planto en Pedralbes y se lo presento a mamá. Papá ya lo conoce.

—¿En serio?

—Sí, y se llevan fenomenal.

—Ojalá mamá comprendiera.

Enric le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Espero que seas feliz, hermanita.

Rebeca se aferró a su brazo y juntos volvieron adentro.

La carta

Isla de Skye
2 de diciembre de 2006

Rory detuvo el coche frente a la casa del viejo Craig MacLeod y observó el entorno con cierto aire de nostalgia. Había pasado un par de veranos en Skye después de que Kenzie se mudara allí a vivir con su abuelo. Fueron los mejores veranos de su adolescencia. El abuelo MacLeod apenas supervisaba sus correrías y los dos chicos tenían plena libertad para moverse por la isla a su antojo. Recordó cada una de aquellas expediciones. Le gustaba imaginar que se encontraban perdidos en una isla deshabitada, como la misteriosa isla Lincoln de Julio Verne, y que se enfrentaban a sucesos inexplicables que aportaban a la excursión un aliciente imaginario. Fueron buenos tiempos, al menos así los recordaba él. En aquella época Rory no se había planteado las dificultades familiares que rodeaban la vida de su amigo, su única preocupación, como la de cualquier niño de trece años, era disfrutar de la oportunidad de vida al aire libre y, ahora que lo pensaba, tampoco Kenzie parecía entonces muy preocupado. Era cierto que se había vuelto un poco más reservado y que la relación con su abuelo siempre era un poco tensa, pero nada más. Ellos jamás hablaban de esas cosas. Rory no tenía valor suficiente para preguntar, y estaba seguro de que Kenzie no deseaba mencionar el asunto, así que se limitaban a pasarlo bien. Recordaba a la pequeña Sophie saltando a su alrededor, tratando de

convencerlos para que la llevaran en una de sus aventuras. Pero en esto el abuelo MacLeod era inflexible y jamás dejaba que la niña los acompañara.

Había llovido durante todo el viaje desde Edimburgo; no era un tiempo extraño para esa época del año. A pesar de ser un trayecto largo no había querido demorarlo por más tiempo. Ya habían transcurrido casi dos meses desde la boda y cada vez que tocaba aquella carta los dedos le quemaban, como si la misma epístola temiera quedarse olvidada en algún rincón y no llegar a su destinatario jamás. Sabía que debía hacerlo sin demora, pero bien fuera por trabajo o bien porque consideraba que la carta no le haría ningún bien a su amigo, lo cierto era que lo había estado posponiendo.

Una columna de humo que se escapaba de la chimenea evidenciaba señales de que Kenzie estaba en casa. También vio su todoterreno aparcado en un lateral, debajo de un improvisado garaje hecho de madera que mantenía el vehículo resguardado de la lluvia y el viento.

La brisa helada le lijó las mejillas nada más apearse. Se cubrió la cabeza con un gorro de lana y caminó hacia la puerta con cierta inquietud, intuyendo que lo que venía a traer perturbaría la relativa tranquilidad que habría ido a buscar Kenzie en la isla.

Llamó a la puerta y esperó. Entonces sintió unos ruidos que provenían de la parte trasera de la casa. Se dirigió hacia allí, con la llovizna humedeciéndole la cara. Vio que el cobertizo estaba abierto y se acercó con paso ligero. Kenzie estaba dentro apilando leña picada contra una de las paredes y no fue consciente de que Rory estaba allí hasta que le habló.

—Hola, amigo.

Kenzie se volvió bruscamente y lo miró con cara de sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por la isla…

—*Breugach…*

Rory no hablaba gaélico, pero conocía las expresiones que su amigo utilizaba con él desde niño.

—No soy un mentiroso.

—¿Mi padre te ha vuelto a llamar?

—No, no es eso.

Lo vio limpiarse la frente húmeda con el antebrazo. Supuso que acababa de picar toda la leña que se apiñaba en un montón y que ahora apilaba ordenadamente para economizar espacio en el pequeño cobertizo.

—¿Ha pasado algo, entonces? —preguntó con un poco de alarma en la voz.

—No, tranquilo —se apresuró a responder Rory—. Solo vengo a traerte algo.

—Bien —dijo—. ¿Te apetece un té?

—Sí, gracias.

Kenzie se quitó los guantes y se puso una chaqueta antes de salir, pues lo único que llevaba, a pesar del frío, era una camiseta de manga corta. Una vez en casa, echó un par de troncos a la chimenea y preparó el té.

Mientras el agua hervía, recordaron viejas aventuras en la isla, rieron y echaron de menos aquellos tiempos de esparcimiento, sin responsabilidades, sin que nadie pusiera límites a sus peripecias.

Se sentaron al lado del fuego con las tazas de té humeantes y, sin más preámbulos, Rory extrajo la carta del bolsillo de su chaqueta. El sobre estaba arrugado, como si llevara mucho tiempo guardado allí dentro.

Extendió la mano, con el sobre en ella, y observó la expresión confundida en el rostro de Kenzie.

—¿Qué es?

—Una carta… Rebeca me la dio el día de… de su boda.

Lo miró y notó que la expresión relajada huía de su rostro. De igual forma, la mandíbula se le tensó. Kenzie no pudo evitar apretar los dientes cuando escuchó el sonido de aquel nombre de mujer que

le estaba haciendo tanto daño, y no entendía a qué venía ahora aquella carta.

—No voy a leerla —dijo, y se levantó a atizar el fuego.

—Prometí entregártela…

—Pues ya lo has hecho —lo interrumpió—. Y no la quiero. Puedes romperla, devolvérsela o hacer lo que te parezca.

Rory no insistió. Sabía que su decisión era inamovible, y no deseaba enzarzarse en una discusión.

Los dos terminaron el té en silencio. Luego hablaron del tiempo, de los arreglos que había hecho en la casa y de un sinfín de cosas sin importancia. Compartieron un tentempié frugal, a modo de almuerzo, y luego Rory se marchó.

Kenzie salió a despedirlo. La lluvia había cesado pero el viento era persistente, siempre lo era en Skye. Mientras contemplaba el vehículo perderse en la distancia, su mente volvió a centrarse en la carta. ¿Por qué le escribía ahora Rebeca? ¿Qué querría decirle? Durante las últimas semanas había conseguido mitigar el dolor que sentía desde que hablara con ella por última vez. A pesar de los recuerdos, en la isla había logrado alcanzar el juicio necesario para no precipitarse a un oscuro agujero donde el resentimiento y la rabia pudieran derribarlo de la misma forma que el viento derriba un árbol seco.

No podía odiar a Rebeca, la había amado demasiado. Pero leer aquella carta habría supuesto volver al dolor lacerante, el mismo dolor que regresaba a él cada noche, la única hora del día en que se dejaba engullir por los recuerdos.

Había hecho bien en rechazarla. Sin embargo, no pudo evitar que el corazón le diera un salto en el pecho cuando escuchó su nombre. Detestó esa debilidad. Había sentido deseos de arrancarle a Rory la carta de las manos para estar cerca de ella otra vez, aunque fuera a través de las palabras escritas en un papel. Pero no lo hizo, y comenzó a comprender que haber rechazado la misiva iba a suponer una tortura más penosa que la que habría sentido de haberla leído.

Pero ahora era demasiado tarde.

Entró en casa aturdido y maldiciendo su estúpido orgullo. Recogió las tazas de té y las llevó a la cocina. Las lavó, ensimismado en sus pensamientos, mortificado por haber dejado que el rencor se antepusiera a sus sentimientos. Se disponía a guardarlas en la antigua alacena cuando encontró un sobre encima de una balda. Lo reconoció al instante. Estaba apoyado en un pequeño jarrón sin flores. En el anverso, un nombre: *Kenzie*. Lo tomó con manos indecisas mientras agradecía mentalmente a su buen amigo por no acatar sus deseos. Se dirigió al salón, se sentó al lado del fuego y abrió el sobre con impaciencia.

Extrajo un papel de color vainilla y comenzó a leer.

Querido Kenzie:

Me gustaría decirte tantas cosas que no sé por dónde empezar. Llevo toda la noche despierta intentando encontrar algunas palabras que serenen tu corazón y calmen mi culpa.

Dentro de unas horas me casaré con Mario, y mi interior se rebela porque de alguna forma siento que te estoy traicionando. El juramento que hicimos aquella noche aún sigue vivo en mí, latiendo ileso bajo mi piel. Pero lo cierto es que aunque me muera por estar contigo he comprendido que no somos dueños de nuestro destino. Podríamos serlo si nadie nos importara, pero entonces yo sería otra persona diferente a la que conociste y puede que no te hubieras enamorado de mí.

Al elegir casarme con Mario acepté hacer un sacrificio. Sé que sacrifico algo hermoso, y soy consciente de que alguien, en algún momento, tomará lo que yo dejo.

Mi amor, quiero que sepas que te quiero con toda el alma, y que los días que pasé a tu lado fueron los más felices de mi vida. Me gustaría tanto estar contigo que no puedo pensar en otra cosa que no sea volver a ver tus ojos y susurrar tu nombre sobre tu boca.

Pensaré en ti todos los días hasta que la vejez diluya los recuerdos en mi memoria. Recordaré tu voz, tu sonrisa, el sabor de tus besos, la calidez de tus abrazos. Y te juro que me duele tu recuerdo como si mil agujas se clavaran en mi corazón, pero prefiero recordarte a cada momento que vivir en un vacío absurdo de emociones.

¿Me creerás si te digo que nunca quise hacerte daño? ¿Que mi promesa de amarte para siempre fue sincera?

Ojalá puedas perdonarme y rehacer tu vida junto a alguien que te merezca.

No voy a negar que unos celos horribles me atormentan cuando te imagino abrazando otro cuerpo que no es el mío, me intoxican el alma como si hubiera penetrado en mí un veneno sin cura. Pero no puedo ser tan egoísta; deseo tu felicidad por encima de todo.

Hay muchos sentimientos apresados en mi corazón. Siempre serás parte de mí, eres una persona maravillosa que ha logrado que alguien como yo, que no había nacido para amar intensamente, sienta que ha amado con tal profundidad que mi vida es mucho más plena gracias a lo que he vivido contigo.

No importa lo que me depare el futuro, siempre serás el amor de mi vida, aquel que un día tuve y luego perdí, pero que mantendré intacto en mi corazón para siempre.

Rebeca

Kenzie terminó de leer la carta con los ojos empañados, las últimas palabras habían vibrado distorsionadas delante de sus ojos. Trató de contener las emociones. Con la carta en la mano se levantó y se sirvió un poco de whisky; no deseaba emborracharse, pero necesitaba sentir el vigor que producía el licor en su cuerpo. Volvió a sentarse y concentró la mirada en la chimenea. El fuego titilaba en un baile de colores fulgurantes. Releyó la carta una vez más, lentamente, imaginándose a Rebeca sujetando el bolígrafo y haciendo un enorme esfuerzo para escribir aquellas palabras la noche antes de su boda. Luego la estrujó con una mano, formando una pelota. En el fondo, no deseaba deshacerse de ella, pero sabía que si la guardaba la leería cada día, y no quería ser esclavo de unos sentimientos que nunca tendrían destinatario. De nada le servía su amor si no podía tenerla.

La arrojó a las llamas y la vio consumirse rápidamente. Las palabras de Rebeca desaparecían engullidas por el fuego, no así su dolor, que lo acompañaría para siempre. Igual que a su padre. Este pensamiento lo enfureció, apretó los dientes y lanzó el vaso de

whisky a la hoguera. Una gran llamarada iluminó su rostro con el reflejo del potente resplandor.

2007

Hay un tiempo para amar

2008

Un tiempo para vivir

2009

Un tiempo para soñar

2010

Hay un tiempo para olvidar

2011

Y un tiempo para resurgir

El final del recorrido

Barcelona
12 de julio de 2012

Rebeca deslizó su mano por la superficie empañada del espejo. El cristal azogado le devolvió una figura que se esclarecía entre vapores de agua caliente. Creyó ver entre la bruma el contorno de unas manos que rozaron sus hombros con un amor reconocido. «Es una ilusión», se dijo, «son solo fantasmas». Venían a ella cada noche desde terrenos confusos y sueños lejanos. Aun así, se dejaba acariciar por ellos, disfrutando de un momento que solo le pertenecía a ella. Porque cuando eso ocurría, cuando una ráfaga de aire pasaba a su lado deslizándose por su piel, Rebeca pensaba que era él quien la tocaba.

Aseguró bien la toalla que envolvía su cuerpo y, con el pelo recogido en un rodete, dedicó un buen rato a nutrir su rostro con una crema de noche. Se tomó su tiempo; no tenía prisa, al contrario, solía demorarse a menudo en acciones como esta para retrasar el momento de acostarse. Simplemente no deseaba que Mario estuviera despierto cuando ella se colara debajo de las sábanas.

Todas y cada una de las noches realizaba el mismo ritual, y todas y cada una de ellas la imagen fría en el espejo le perturbaba el alma, como si fuera otra persona la que se hubiera apoderado de su cuerpo.

Se soltó el pelo de forma mecánica. Lo cepilló despacio mientras unas palabras, pronunciadas hacía mucho tiempo, se colaban en su memoria: «Te veré en mis sueños hasta que vuelvas».

Dedicó unos segundos a traer a la mente el sonido dulce y grave de aquella voz que mecía sus recuerdos al son de una melodía tribal de un lugar casi olvidado. Una voz que se había adueñado de ella cuando las luciérnagas bailaron en la noche, una noche lejana que el tiempo se empecinaba en difuminar.

Completó el ritual nocturno y miró su reloj de pulsera; era casi la una. Se puso un camisón blanco de raso y encaje y salió del cuarto de baño. Antes de acostarse, entró en la habitación de su hija. Pese a la oscuridad, no tuvo dificultad para llegar hasta la cama y arrodillarse en el suelo. Una luz guía al lado del cabecero de madera le ofreció la imagen de la niña dormida. Acarició su cabello castaño y la pequeña esbozó en sueños una leve sonrisa.

Deshizo sus pasos hasta el pasillo, caminó hasta el fondo y entró en su habitación. Escuchó la respiración relajada de Mario y se refugió entre las sábanas, sin hacer ruido, como si su cuerpo fuera etéreo. Acarició su anillo de plata y después se entregó a sus sueños en un lugar bajo las nubes.

* * *

—Mamá, mira —dijo la pequeña Sofía, que acababa de hacer con la arena unas figuritas con forma de estrella de mar.

—Son preciosas, cariño. ¿Por qué no haces una con forma de pulpo?

—Es que esas siempre se me rompen.

Rebeca observó a su hermana Inés que se acercaba a ellas chorreando de agua y retorciéndose el pelo. Su cuerpo le recordó al suyo cuando tenía su edad, aunque Inés era un poco más alta. Con trece años ya parecía toda una mujer, excepto por los rasgos aniñados de la cara.

—El agua está genial —dijo mientras se tumbaba sobre su toalla —. ¿Quieres bañarte? Yo me quedaré con la enana.

—Ahora no me apetece, a menos que Sofi quiera meterse en el agua.

La aludida negó con la cabeza sin despegar los ojos de la tarea que estaba realizando. Trataba de levantar con sumo cuidado el molde con forma de pulpo que acababa de volcar sobre la arena.

—Se me ha vuelto a romper —dijo desilusionada.

—Necesitas arena más húmeda —le aconsejó Inés—. Esa está casi seca, por eso no te sale.

Las dos se pusieron manos a la obra al tiempo que el teléfono de Rebeca vibraba en el interior de su bolsa de playa.

Miró la pantalla y vio que se trataba de Lola. Descolgó, intrigada, pues no habían vuelto a hablar desde las últimas navidades.

—¿Cómo estás, Lola?

Mientras hablaba con su amiga, Inés hizo un hoyo en la arena tratando de alcanzar el grado justo de humedad para lograr que las figuras no se rompieran. Sofi no se perdía ni uno de sus movimientos y la imitaba en todo.

—¿Ves? —le dijo Inés—. Está perfecto.

—¡Bien! —exclamó la pequeña y aplaudió al mismo tiempo—. Ahora yo.

Su tía la dejó a su aire y volvió a tumbarse al sol.

—Lola viene con Rory a Barcelona —dijo Rebeca después de colgar.

—¡Vaya! ¿Cuánto hace que no os veis?

—Un año; desde que su madre se mudó a Madrid. Ya no le queda nada en Barcelona.

—Le queda una amiga, ¿te parece poco?

Rebeca le dedicó una débil sonrisa.

—Sería ideal que Berta también pudiera venir, Valencia no está tan lejos, aunque supongo que estará muy ocupada con los mellizos.

—Sí, es una lata que te vengan los hijos a pares —confesó Inés —. Yo creo que nunca tendré hijos.

—Ya cambiarás de opinión —replicó su hermana, guiñándole un ojo.

—¿Me das para un helado?

—Claro.

—Sofi y yo vamos a comernos un helado enorme, ¿verdad, pequeñaja?

—¡Un helado enorme! —repitió la niña, levantándose de la arena y calzándose sus Crocs rosas.

Les dio unas monedas para los helados y cuando se quedó sola concentró la mirada en el mar. La masa de agua se distorsionó ante sus ojos, recluyéndola en sus cavilaciones. Pensó en lo joven que aún era Inés, y se preguntó cómo sería su futuro. Pese a su juventud, su hermana poseía un carácter decidido difícil de gobernar. Esos rasgos de su personalidad traían de cabeza a su madre desde que cumpliera diez años.

A Rebeca le habría gustado ser como ella, pero con el tiempo había comprendido que cada uno era como era y no tenía sentido malgastar energías anhelando ser de otra forma. Durante los últimos años tuvo la sensación de que el mundo circulaba por un camino diferente al suyo; como si ella estuviera en otro planeta y pudiera contemplar la Tierra desde lo alto, viendo pasar la vida de los demás a gran velocidad mientras que la suya se quedaba detenida en el tiempo. Algunas personas trataban de preservar el pasado, otras escapaban. Ella se aferraba a él con tanta intensidad que tenía miedo de quedarse congelada en una dimensión paralela donde las líneas jamás convergen. El nacimiento de Sofi había mitigado un poco esa sensación y, a veces, no podía evitar pensar que la niña la había salvado de enfermar de añoranza. Su compañía lograba que sus pies se mantuvieran rozando el suelo, aunque fuera de puntillas.

No había podido imaginar otro nombre mejor para ella. La llamó Sofía en honor a su lejana amiga pelirroja. Tenía mucho que agradecerle a Sophie. Si no la hubiera conocido aquel verano, jamás habría vivido un amor que recordaría para siempre.

Pero hacía tanto de aquello que los recuerdos se difuminaban.

Si tenía que ser franca, el matrimonio con Mario no había resultado un infierno; incluso llegó a pensar que lo quería. Pero solo

fue un espejismo, una argucia del subconsciente para atenuar el hondo vacío que sentía a su lado.

Notó la necesidad de refrescarse en el agua. Se levantó de la tumbona y caminó hasta la orilla. El agua tibia alivió el sofocante calor. Nadó hasta un punto libre de bañistas y flotó boca arriba. Le encantaba la sensación de libertad que le ofrecía el agua, que mecía su cuerpo con suavidad, limando con su balanceo las aristas de dolor que aún se aferraban tercas a sus recuerdos. Cerró los ojos. A la mente le vino la Navidad de hacía tres años, cuando Lola le comunicó a trompicones y espoleada por un par de botellas de cava que Kenzie se había casado. Recordaba todas y cada una de las sensaciones que le había producido aquella confesión y, aunque no tenía derecho a sentir dolor, lo cierto era que le había dolido como la muerte. Tuvo entonces la certeza de haberlo perdido para siempre. Tal vez antes guardaba una esperanza, tal vez la vida les pondría en el mismo camino una vez más, no sabía cómo, ni cuándo, pero los días se le antojaban más llevaderos si pensaba en ello, si soñaba con ello cada noche. Durante un año se preguntó cientos de veces cómo sería la mujer que había conseguido enamorarlo; intentaba imaginarla, componer su imagen en la mente. Quería saber si era rubia o morena, alta o baja, distante o cariñosa. Quería saberlo todo, y cuanto más tiempo transcurría sin respuestas más le importunaban las preguntas. No sería hasta la Navidad siguiente que pudo saciar su curiosidad. Le rogó a Lola que, si de verdad era su amiga, tenía que decirle cómo era ella, porque la incertidumbre la estaba consumiendo y evitaba que su herida se cerrara. Al principio Lola se resistió, alegando que saberlo le produciría más dolor, pero Rebeca había insistido tanto que Lola no la describió, sino que pronunció su nombre.

—Se ha casado con Mary —le había dicho con la voz floja, previendo el impacto que le causarían sus palabras.

Y no se equivocó, porque tuvieron el mismo efecto que si le hubieran escupido un veneno mortal. La llamó mentirosa, le dijo que no era cierto, que él jamás se habría casado con ella. Tal vez se

había confundido, puede que se pareciera a Mary, pero no podía ser ella.

Le llevó un tiempo convencerse y asimilarlo. Pero lejos de cerrarse su herida se rasgó y comenzó a supurar un abatimiento profundo que la llevó al borde de la depresión. Apenas dormía por las noches y por el día actuaba como una sonámbula. Solo la compañía de Sofi conseguía apaciguar su angustia, e incluso en el trabajo le habían sugerido tomarse un tiempo de descanso. En vez de eso, Rebeca intensificó su rutina, porque de otra forma la inactividad acabaría con ella. Y ahora, que una pequeña persona dependía de su estabilidad emocional, no podía permitirse dejarse arrastrar por la melancolía.

Seis años atrás, justo antes de aquel verano, se había imaginado formando una familia con Mario, teniendo dos o tres hijos y siendo una esposa fiel y comprensiva que disfrutaría preparando sabrosas comidas para su familia. Vivirían en un buen barrio residencial y ella trabajaría dando clases en un colegio.

Todo era perfecto.

Hasta que el amor irrumpió en su vida.

Había rozado un sueño con la punta de los dedos.

Se hundió en el agua y buceó junto a unas rocas. Unos peces pasaron a su lado y ella estiró una mano hacia ellos. La esquivaron con sutil gracilidad y siguieron su camino. Ojalá pudiera avanzar como ellos, pensó. Pero ¿hacia dónde? No veía el camino delante de sus ojos, no sabía adónde debía dirigirse. El sendero de su vida se había quedado a mitad de construir, enredado tercamente entre nubes y páramos, entre notas de melodías tribales y efluvios de buen whisky.

Aquella misma tarde tuvo lugar una reunión extraordinaria en el despacho de abogados Caralt & Bassols. Mario llegó tarde a casa. Rebeca se preparaba para acostarse cuando lo vio entrar en el dormitorio. Estaba acostumbrada a sus altibajos en lo concerniente a

los temas del despacho, por eso nunca preguntaba nada. Sus vidas se habían vuelto tan distantes como cabía esperar, y solamente trataban juntos los asuntos de la casa y los relacionados con Sofía.

Lo observó aflojarse la corbata y desabrochar los primeros botones de la camisa. Hacía tiempo que no reparaba en él con detenimiento. A punto de cumplir los cuarenta, su cabello comenzaba a ralear en la coronilla y la frente se había alargado más de lo deseable por la falta de pelo. Los kilos se acumulaban en su cintura y tensaban su camisa alrededor del vientre. Se estaba convirtiendo en una mala copia de su padre, pues a pesar de los años que los separaban, este aún conservaba cierto aire distinguido.

Esa noche había algo diferente en Mario que la impulsó a preguntar.

—Tu padre ha amenazado con abandonar el bufete si Enric no se convierte en socio —dijo mientras se quitaba los zapatos con movimientos bruscos.

—¿Acaso esperabas que se quedara de junior toda la vida?

—Su imagen no es buena para el despacho.

—No me vengas con eso a estas alturas. A nadie le importa la condición sexual de un abogado.

—Sí importa si tus principales clientes son del Golfo Pérsico.

—No inventes, Mario, sé que los asuntos con los cataríes terminaron hace mucho. Enric tiene tanto derecho como tú a ser socio. Y para ser justos, ya ha aguantado demasiado tiempo esta situación.

—Hay unas nuevas negociaciones en marcha…

—Llevas cuatro años con ellas y no has conseguido nada.

—Lo conseguiré, siempre y cuando no tenga un socio marica que les genere desconfianza.

Lo miró con repugnancia. Él le sostuvo la mirada un instante, antes de recluirse en el baño para darse una ducha.

Al día siguiente Rebeca fue a almorzar a Pedralbes. Todos excepto Mario se encontraban allí, incluido Pablo. Hacía cinco años que Enric había conseguido reunir el coraje suficiente para presentárselo a su madre. Pero no fue fácil. Elvira había estado tan rígida y distante que Enric tuvo que insistir mucho para que Pablo aceptara volver. Con el tiempo la relación se fue volviendo menos tensa, aunque ella jamás cruzaba con Pablo algo más que un escueto saludo. Nadie ignoraba que Elvira Brañanova prefería ver a su hijo sin un brazo antes que acompañado de otro hombre.

En mitad de la comida, y aprovechando un instante de silencio, Rebeca habló. Y lo hizo en tono suave, como si en vez de pronunciar las palabras las hubiera pensado.

—Voy a separarme de Mario.

Su madre casi se atraganta con la comida, y a su padre se le quedó el tenedor a medio camino hacia la boca.

—¿Es que os habéis vuelto todos locos? —exclamó Elvira—. Primero vosotros dejáis el bufete, y ahora esto.

Rebeca miró a su padre.

—¿Cómo es eso? —le preguntó con exacerbado interés.

—Enric y yo hemos decidido fundar nuestra propia firma, en la que por supuesto incluiremos a Pablo.

Rebeca desvió la mirada hacia su hermano y observó un brillo especial en sus ojos. Pablo, a su lado, comía con tranquilidad, aunque un poco tenso.

—Me parece una idea fantástica, papá —comentó.

Pero también pensó que era una ironía del destino. Ella había renunciado a su felicidad con Kenzie a cambio de proteger los intereses familiares. Ahora todo se desmoronaba en un instante. Sin embargo, no pasaba nada. La ruptura de la sociedad de abogados no era un hecho tan dramático tal y como su madre se lo había dibujado años atrás, y lo que parecía un obstáculo insalvable no era más que un contratiempo pasajero.

«Un contratiempo pasajero», pensó. Su padre tenía suficientes recursos para crear su propia firma y seguir adelante.

Un rubor lento y feroz le subió por el cuello.

Había abandonado a Kenzie para nada.

Dirigió la mirada hacia su madre con la intención de descargar sobre ella la ira que inundaba sus ojos.

Pero no pudo. Su madre se desmoronaba frente a ella como un castillo abatido por el fuego de un cañón.

Y sintió lástima.

Le habría gustado gritarle: «¿Valió la pena, mamá, de verdad valió la pena?».

Pero no dijo nada.

Miró a Sofi y la respuesta voló sola a su cabeza.

«Valió la pena por ella».

La voz de su padre la trajo de vuelta al presente.

—Hija, que el bufete ya no funcione no quiere decir que tú tengas que terminar tu matrimonio —le dijo, preocupado.

Rebeca sintió que las lágrimas pujaban en sus ojos, pero las contuvo, y el esfuerzo le provocó un nudo en el pecho.

—Ya no tenemos nada en común —murmuró.

—Tenéis una hija —objetó su madre.

—Ya no soporto estar con él —dijo en voz baja, apretando los dientes; no quería que Sofi la escuchara.

Elvira se calló, nunca antes había visto en ella esa determinación, y quiso evitar males mayores.

—Nadie más que tú para tomar una decisión como esa —le dijo su padre—. Sabes que aquí tienes tu casa. Pero debes meditarlo bien. Y si al final estás segura, nosotros te apoyaremos. Recuerda que si vas a dar el paso lo primero que debes hacer es presentar una demanda de divorcio en el juzgado, eso te evitará problemas con la custodia de Sofi.

—Gracias, papá, lo recordaré.

—Y cuanto primero lo hagas, mejor —apuntó Enric—. No le des tiempo a Mario para que discurra un plan que pueda perjudicarte, ya

sabemos que dispone de sus propios recursos jurídicos. Te buscaremos un procurador de confianza.

—¡Enric, por favor! —exclamó su madre—. Parece que estáis todos deseando que salga corriendo al juzgado.

—Pues ya que lo dices no voy a negarlo.

Rebeca lo miró y le devolvió una sonrisa que se quedó a medias. Él hizo un leve movimiento de cabeza, asintiendo, apoyándola en su decisión.

—El matrimonio es un vínculo sagrado… Deberían darse un tiempo para pensarlo —alegó Elvira.

Víctor dio un golpe en la mesa que sobresaltó a la pequeña Sofi. Luego se levantó.

—Disculpadme, se me ha quitado el apetito —dijo, y abandonó el comedor.

Rebeca salió tras él. Lo encontró paseando por el jardín trasero de la casa.

—Papá, lo siento —dijo al acercarse.

Él le pasó un brazo por los hombros y pasearon juntos.

—No, hija, soy yo el que debo disculparme. Me he pasado los años inmerso en el trabajo, ajeno a lo que te pasaba. Con Enric ha sido diferente, trabajamos juntos y hablamos con frecuencia. Pero tú… —Respiró hondo—. Hace dos años que vengo pensando que algo marcha mal en tu matrimonio, pero tu madre siempre le quitaba importancia y yo me dejaba convencer; tal vez porque no quería creerlo. Hace unos meses volví a insistir y le dije que pensaba hablar contigo si ella no lo hacía. Entonces me contó algo que…

—¿Qué te contó? —preguntó, inquieta.

—Verás, hija, se me hace un poco violento decirte esto… —Hizo una pausa para tomar aire—. Me dijo que antes de casaros tuviste una aventura con otro hombre, en Escocia, y que Mario lo sabía. Dijo que si tu matrimonio no iba bien era debido a que traicionaste la confianza de Mario y que ahora estabas pagando las consecuencias de aquel acto. Yo no quise creerlo, pero desistí en mi empeño de hablar contigo. La verdad es que temía que fuera cierto.

Rebeca se detuvo y se colocó frente a su padre con la mirada cargada de culpabilidad y de pena.

—Lo que te contó es cierto, papá. —Su padre bajó la mirada—. Pero no puedo arrepentirme de lo que hice porque me enamoré como jamás pensé que podría hacerlo.

—¿Por qué te casaste con Mario, entonces?

—Me amenazó con echaros del bufete si lo dejaba.

Él vio que intentaba restañar las lágrimas y la abrazó.

—Debiste decírmelo.

—Tuve miedo.

—Podíamos haberlo arreglado, hija. Todo en este mundo tiene solución excepto la muerte.

—No, papá —dijo entre sollozos—. Hay cosas que jamás se arreglan. Lo perdí para siempre.

—Lo siento mucho. Siento lo que has pasado, y más siento no haber sido capaz de verlo.

Cuando entró en la cocina a buscar un vaso de agua, Rebeca se encontró con la mirada acongojada de Baudelia.

—Ay, *m'ijita*, ¿es cierto eso de que va a dejar al señor Mario? Perdone que estuviera con la *escuchadera* puesta, pero me da *relástima* por la chamaquita, aunque si le soy sincera me alegro mucho por usted.

—No te preocupes, Baudelia.

La vio moverse con agilidad hacia una esquina de la cocina y sacar algo de su bolso, colgado en una percha. Luego se acercó de nuevo a ella.

—Mire, mi niña, estas son las llaves de un departamento que tengo en la ciudad. Es chiquito y sin grandes lujos, pero si necesita un tiempecito para estar sola con la chiquita, no más tome las llaves. Puede quedarse el tiempo que necesite.

Rebeca aceptó el ofrecimiento de Baudelia; no deseaba pasar más tiempo del necesario bajo el mismo techo que Mario, y tampoco

se sentía cómoda en Pedralbes expuesta a la influencia de su madre. Cuando pasara la tensión de los primeros días tendría tiempo de buscar un lugar acogedor para Inés y para ella.

Le dio un beso a Baudelia y guardó las llaves en el bolso de su pantalón. Luego salió de nuevo al jardín.

Inés y Sofi sofocaban el calor con un baño en la piscina, y Enric y Pablo se reían mientras las observaban hacer cabriolas en el agua. Su madre se había recluido en su dormitorio y su padre posiblemente trataba de hacerla entrar en razón.

Rebeca se acercó a su hermano.

—¿Cómo ha sido? Me refiero a lo del bufete.

—Hay una cláusula en los estatutos de la sociedad que permite el derecho de arrastre.

—¿El derecho de arrastre?

—Para que lo entiendas —intervino Pablo—: quiere decir que si un socio fundador se va, se van todos, y la sociedad se disuelve.

—Por eso Mario estaba anoche tan nervioso.

—Me alegro de que dejes por fin a ese cretino —le dijo su hermano.

Rebeca le dio una palmada en el hombro y esbozó media sonrisa con los labios fruncidos.

Inventario

Aquel verano fue especial. Por fin su vida había comenzado a moverse. Desde que hablara con su padre y descargara sobre él largos años de frustración, se sentía mejor, renovada por dentro y por fuera. Miraba hacia atrás y veía el abismo de desesperanza en el que había estado sumida, pero había comenzado a caminar en la dirección correcta. Sus pasos eran pequeños e indecisos, pero su confianza se acrecentaba.

Sin embargo, lo que realmente la llenó de alegría fue volver a reunirse con sus amigas. Cada vez les resultaba más difícil encontrar el momento en que todas pudieran verse. Con una ilusión que hacía tiempo que no sentía, alquiló durante unos días una amplia casa en Arbúcies, cerca del Parque Natural de Montseny, que conformó el perfecto marco de fondo para un reencuentro de viejos amigos.

Los mellizos de Berta eran un torbellino en forma de personas diminutas que apenas acababan de aprender a caminar. Tenían el ansia exploratoria de los niños de su edad y demandaban una atención continua por parte de sus padres. Por suerte, Inés los había acompañado y se sentía feliz entreteniendo a los pequeños revoltosos. Sofi, por su parte, también se mostraba entusiasmada con los mellizos, porque, por una vez, ella no era la niña más pequeña del grupo.

Fueron unos días memorables. Solían aprovechar el momento en que los niños dormían la siesta para salir a pasear las tres juntas por los alrededores del pueblo. Era un lugar muy agradable. El calor era

sofocante pero Lola se mostraba tan encantada como una lagartija calentada por el sol.

—Qué maravilla —dijo, volviendo el rostro hacia el astro rey.

—Lola, hay al menos treinta y ocho grados a la sombra —le recordó Rebeca—. Te abrasarás la cara.

—Solo estaré un momento. Además, mi protector es tan grueso como la mantequilla, tendría que ser un rayo de sol muy decidido para poder traspasar mi crema solar.

—¿Cómo os van las cosas en Edimburgo? —le preguntó Berta—. ¿No echas de menos Barcelona?

Lola llenó de aire los pulmones.

—Siempre supe que me marcharía, y a veces pienso que Escocia no será mi último destino.

Rebeca la miró con interés al tiempo que intentaba no salirse del refugio contra el sol que ofrecían los árboles del camino.

—¿A qué te refieres?

—Edimburgo es una ciudad pequeña, y mis trabajos son igual de pequeños. He enviado mi currículum a algunos periódicos del mundo.

—¿Y si te ofrecen un empleo? —inquirió Berta.

—Desplegaré las alas como un halcón.

Estiró los brazos a modo de alas.

—Bromeas —dijo Rebeca—. ¿Y qué pasa con Rory?

—Espero que venga conmigo.

Berta frunció el ceño.

—¿Pretendes que lo deje todo para seguirte por el mundo?

—Yo lo hice por él.

—Era distinto.

—No sé para qué os cuento mis planes si no hacéis otra cosa que ver problemas.

Se quedaron un momento calladas, disfrutando del paseo. Al cabo de unos minutos, Rebeca emitió un largo suspiro que no pasó desapercibido a las demás.

—¿Habíais imaginado así vuestras vidas? —les preguntó—. La mía ha sido un fracaso total, pero ¿y vosotras? ¿Sois felices?

Berta se aferró a su brazo y lo apretó suavemente.

—Tú no has fracasado. Tienes a Sofi, que es una niña maravillosa, tu trabajo… Que tu matrimonio haya terminado no significa que lo haya hecho tu vida. Además, mírate la mano. —Rebeca no comprendió—. Ese anillo de plata que todavía llevas dice a gritos que viviste algo maravilloso, algo que muchas personas jamás conocerán.

—Pero lo perdí.

—Por Dios, anímate —añadió Lola—, que aún no has cumplido los treinta. Vas a tener tiempo de enamorarte, casarte y divorciarte otras diez veces.

—Muy graciosa.

—Es la verdad.

Se quedaron en silencio. El sol obligó a Lola a cobijarse bajo la sombra. Sus mejillas estaban al borde de las llamas.

—Yo estoy bien —comentó Berta—. No tengo trabajo, y creo que no lo buscaré hasta que los niños crezcan un poco, pero estoy contenta.

Lola se situó en medio de las dos y les pasó los brazos por los hombros.

—Pues yo pensaba que a los treinta ya sería una gran reportera que habría recorrido medio mundo buscando grandes historias. Un artículo a la semana en un periódico de escasa tirada no ha colmado mis expectativas, la verdad.

—Pero tienes a Rory —le recordó Rebeca.

—Sí, tengo a Rory, pero últimamente estoy siempre de mal humor por ese tema. Encima él no para de pedirme que tengamos un hijo, y yo me echo a temblar solo de pensarlo.

Las tres se detuvieron a la vez. Lola se encogió de hombros al sentirse observada.

—Pero es normal que quiera tener un hijo —le dijo Rebeca.

—¿Por qué? ¿Por qué lo normal es casarse y tener hijos? ¿Acaso los que no tenemos esa necesidad somos anormales? Yo no puedo pensar en tener hijos ahora. Además, ya le dije a Rory que mi instinto maternal era verde y se lo comió una oveja.

Reprimieron la risa. No fue lo que dijo, sino su forma de hacerlo, gesticulando exageradamente, imitando a una oveja.

—¿Y qué te dijo? —se atrevió a preguntar Berta.

—Que si mi instinto maternal se lo había comido una oveja, no fue una oveja escocesa.

Esta vez no pudieron contener la risa y las tres estallaron en carcajadas hasta el punto de derramar lágrimas.

—Bueno, de aquí a los cuarenta y cinco —sentenció Berta—, todavía estás a tiempo de tener diez niños.

—Qué simpática —dijo Lola, haciendo una mueca de desagrado con la boca.

Matt

Barcelona
21 de marzo de 2013

Rebeca ordenó los papeles que reposaban encima de su mesa. Estaban desparramados entre graciosas figuras concedidas «a la mejor profesora» y algunas fotografías familiares. Había pasado la última hora preparando la clase del día siguiente. No era una maestra convencional, le gustaba orientar sus clases hacia el trabajo colaborativo. Le parecía una buena forma de promover actitudes solidarias. Ella proponía la temática, dentro del plan formativo, y sus alumnos la desarrollaban a base de trabajos grupales. Hasta ahora, el método le había dado buenos resultados, y el director elogiaba sus procedimientos basándose en el rendimiento y la motivación de sus alumnos. Era una faceta de su vida de la que se sentía orgullosa.

Había pasado la tarde ensimismada en una noticia que había escuchado en la radio. El Primer Ministro escocés, Alex Salmond, acababa de anunciar que el país celebraría un referéndum por su independencia del Reino Unido el dieciocho de septiembre de 2014. Rebeca se alegró de que tuvieran la oportunidad de decidir. Pensó en Kenzie y se dijo que probablemente también estaría contento. ¿Sería este el comienzo del fin de la unión? Faltaba un año y medio para saberlo.

Miró el reloj; Sofi estaba a punto de terminar su clase de natación. Salió del edificio y caminó unos metros hasta el pabellón

donde se desarrollaban las actividades extraescolares. Por el camino se encontró con Matt, uno de los profesores de inglés. Matt había llegado a Barcelona hacía un año, buscando trabajo como docente, y lo cierto fue que no tuvo dificultades para conseguir la plaza. Era de Londres, tenía varios másteres y poseía un algo especial que atraía a las mujeres. Le gustaba la compañía de Rebeca porque podía conversar con ella en su propio idioma. Pero esta sospechaba que su interés iba más allá del aliciente que le pudiera ofrecer el idioma, por ello no le sorprendió que aquel día la invitara a salir.

Sentada a la mesa del restaurante Sant Pau, Rebeca escuchaba la conversación amena de su acompañante. Era la primera cita que tenía desde su separación y, aunque al principio era reticente a aceptar amistades masculinas, la velada estaba siendo perfecta. Matt era simpático, agradable y guapo. El pelo castaño le llegaba despeinado hasta la nuca, y tenía ese punto justo de desaliño que tanto le gustaba. Era un poco torpe de movimientos y solía tropezar con el mínimo obstáculo, pero compensaba esa falta de equilibrio con un gran sentido del humor. En un momento de la conversación, después de haberle contado algún chiste sobre irlandeses, Matt se puso serio.

—Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias —dijo ella, y su rostro se ensombreció, recordando que alguien en otro lugar y en otro tiempo, le había dicho lo mismo cuando la conoció.

—Hace meses que debí proponerte una cita, pero pensaba que no aceptarías.

—Posiblemente hace meses te habría dicho que no.

—¿Y qué ha cambiado?

—Yo.

—Pues brindo por ese cambio.

Matt levantó su copa de vino y Rebeca lo imitó. Hicieron chocar el cristal con suavidad y el sonido agudo y prolongado, parecido al

que haría sonar el badajo de una pequeña campana, marcó el principio de un nuevo comienzo.

A partir de ese día las citas con Matt se hicieron frecuentes. Se divertían juntos, pasaban los días charlando, paseando, yendo al cine o a cenar. Una noche la invitó a subir a su apartamento. Y ella aceptó. Le gustaba Matt, y hacía tanto tiempo que no sentía nada, que la necesidad de que un hombre la acariciara y le hiciera el amor se había vuelto dolorosa. Había pasado un año desde su separación, pero hacía tres que no mantenía relaciones con un hombre. Un año antes de dejar a Mario, se enteró de que tenía una amante. No le importó, al contrario, de esta forma él nunca forzó un acercamiento que ella no deseaba.

Su cuerpo se liberó de nuevo en los brazos de Matt, y durante los meses siguientes al primer encuentro se sintió extrañamente alegre, poseída por un estado de ánimo que le hizo pensar que tal vez lo amaba.

Hasta aquella noche.

Matt presumía de ser un excelente cocinero y había prometido prepararle la mejor cena de todos los tiempos. Cuando Rebeca llamó a la puerta de su apartamento, la recibió con una gran sonrisa, un delantal negro sobre la ropa informal y el pelo revuelto oliendo a fritura de cebolla.

Lo observó mientras terminaba de preparar la cena, cuyo plato principal consistía en un enorme pollo asado. Matt rellenaba el animal con puré de castañas y salvia picada. Lo untó de mantequilla ante la mirada resignada de Rebeca, que suspiró al comprobar que prescindía del saludable aceite de oliva.

Mientras la cena daba vueltas en el horno, Matt fue a darse una ducha y cambiarse de ropa. Ella se sirvió una copa de vino; un Chapoutier tinto. Habría preferido un Ribera del Duero o un buen tinto de Toro, pero cuando tomó el primer sorbo tuvo que admitir que a los galos tampoco se les daba mal la producción vinícola.

Paseó por la estancia y sintonizó una emisora de radio en el equipo de música.

Se sentía cómoda y relajada. Matt había sustituido las luces potentes del salón por un par de lámparas y varias velas que iluminaban el ambiente con agradable calidez. Curioseó entre los libros de las estanterías y descubrió que era un gran admirador de la obra de Conan Doyle y Wilkie Collins. Tomó un ejemplar de este último y lo ojeó. *The Woman in White*, era el título de la obra, una edición bien conservada de 1964. Leyó el argumento por encima, que resultó ser un conglomerado de amores imposibles, ambiciones ilimitadas, engaños y traición.

«Lo de siempre», pensó.

Sorbió un trago de vino y se dejó engullir por los primeros acordes de una guitarra que sonaban en el equipo de música.

Entonces una fotografía captó su atención. Estaba enmarcada y ocupaba un lugar privilegiado en una de las estanterías. Era una imagen de los dos. Rebeca recordaba el momento en que Matt la había hecho con el teléfono. Sonrió. A su lado, otra fotografía mostraba a un Matt aventurero que posaba frente a una pagoda en algún lugar de Asia.

Se alejó de las estanterías y mientras se acercaba a la mesa, dispuesta con sabia elegancia, sus sentidos se centraron en la canción que sonaba de fondo. «Es muy bonita», se dijo, meciéndose al son de la melodía, «compuesta para las noches de los amantes».

Pero el destino a veces se vuelve caprichoso.

La voz del cantante entonó unos versos que Rebeca reconoció.

«*Si me acuesto aquí, si solo me acuesto aquí, ¿te acostarías conmigo y te olvidarías del mundo?*».

La copa de vino estuvo a punto de escurrirse de su mano. Matt entró en el salón, y Rebeca volvió hacia él la mirada sobrecogida. Ni siquiera se fijó en lo atractivo que resultaba su aspecto. Matt vestía una flamante camisa blanca y un pantalón negro bastante formal.

Se dio cuenta de que algo le pasaba.

—¿Qué ocurre?

Ella se llevó un dedo a los labios.

La canción inundó el silencio del apartamento.

«*Olvida lo que nos dijeron, antes de que nos hagamos demasiado viejos. Muéstrame un jardín rebosante de vida*».

—¿Te gusta esta canción? —inquirió Matt.

Ella asintió con la cabeza, pero él leyó en su rostro una enorme tristeza.

—¿Significa algo para ti?

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo.

«*Todo lo que soy, todo lo que alguna vez fui, está aquí en tus ojos perfectos*».

—Snow Patrol —dijo Matt con voz queda—. Es un grupo escocés. *Chasing Cars* fue todo un éxito hace años.

No fue culpa de él, ni tampoco de ella, simplemente Rebeca no pudo seguir adelante. Durante un tiempo, Matt intentó sin éxito que la relación volviera a funcionar. Sabía que algo en el pasado de Rebeca la atormentaba. Le había pedido en más de una ocasión que se lo contara, pero ella siempre se negó, argumentando que era algo que tenía que olvidar.

Al final, Matt se rindió, sintiéndose incapaz de luchar contra unos fantasmas que desconocía. Una tarde le comunicó que había conocido a otra mujer. A Rebeca no le dolió, al contrario, le deseó buena suerte y sus caminos se separaron definitivamente.

Lo que más la angustiaba era pensar que jamás volvería a enamorarse. Matt era un hombre atento, cariñoso y simpático. Sin embargo, bastó el recuerdo de unos simples versos para que todo cambiara.

¿Hasta cuándo iba a ser esclava de aquel recuerdo?

* * *

Diciembre fue un mes extraño. Mario solicitó verse con Rebeca para tratar un asunto que concernía a Sofi. Lo recibió en su casa, un poco nerviosa. Había querido que Enric y Pablo la acompañaran; no deseaba estar a solas con él, menos aún si a Mario se le ocurría tratar alguna cuestión legal que pudiera afectar a la niña.

Mario apareció muy tenso, pero cuando Sofi se acercó a él con la habitual alegría que la caracterizaba, su semblante recio se relajó. La presencia de Enric y Pablo, sin embargo, volvió a agudizar su rigidez y solicitó poder hablar a solas con Rebeca. Alegó que lo que le traía allí no requería la asistencia de los dos juristas. Ella accedió, pero les pidió que no se marcharan; no se fiaba mucho de Mario y quería tenerlos cerca, así que los dos esperaron junto a Sofi en la habitación de la niña, la cual se mostró entusiasmada de tener a sus dos tíos solo para ella.

Rebeca invitó a Mario a pasar al salón y a sentarse en el sofá. Tomó asiento frente a él, a cierta distancia, y se dispuso a escucharlo.

El asunto resultó más inquietante de lo que había previsto. Su exmarido había aceptado una oferta de trabajo en un gabinete jurídico de Bruselas. Se trasladaba a vivir a la capital belga, lo que significaba que Sofi tendría que viajar para pasar las vacaciones de Navidad con él en su nuevo hogar.

Era lo último que esperaba oír.

En la boca del estómago comenzó a formársele una sensación incómoda. Reconocía el derecho que tenía Mario a estar con su hija, pero pensar que estaría tan lejos de ella le produjo un cierto decaimiento. Pactaron un nuevo calendario de visitas, que se ajustaba a las vacaciones escolares de la pequeña y la tensión entre los dos se relajó.

Antes de marcharse, Mario le advirtió que no viajaría solo a Bruselas.

—Hace tiempo que salgo con una mujer —le dijo.

Rebeca se sorprendió, pero su rostro no lo reflejó, al contrario, se mostró como si esperase la noticia, aunque no era cierto.

—¿Es la misma que veías cuando estábamos juntos? —Mario la miró desconcertado—. Vamos, no me digas que pensabas que no lo sabía.

Lo vio mover las elegantes manos, hechas para el énfasis del discurso, de una forma metódica. Pero no respondió a su pregunta.

En cambio dijo:

—Solo quiero que se lo expliques a Sofi. Julia vivirá conmigo.

—De acuerdo —respondió concisa.

—Yo… quiero casarme con ella.

Rebeca se encogió de hombros.

—Es tu vida, no tienes que explicarme nada.

—Verás… Julia quiere una boda católica.

—¡No puedes casarte otra vez por la Iglesia! —exclamó Rebeca.

—Voy a solicitar la nulidad de nuestro matrimonio ante el Tribunal Eclesiástico.

Esta vez no pudo evitar mostrar su conmoción.

—¿¡Qué!? Y qué vas a alegar, que te obligué a casarte conmigo. Vamos, Mario…

—Alegaré cualquier cosa, las causas de nulidad matrimonial legisladas por la Iglesia son un «cajón de sastre» en derecho canónico. Y no temas, no involucraré a tu familia, yo me haré totalmente responsable.

Ella rio con ironía.

—Debes de estar muy enamorado.

—Así es.

—¿Y qué se siente, Mario?

—¿A qué te refieres?

—Al amor que sientes por ella.

Aunque se contuvo, las comisuras de los labios de Mario se torcieron en una débil sonrisa.

—Es especial.

—Has tardado mucho tiempo en enamorarte. Yo también me enamoré una vez, ¿lo recuerdas?

El rostro de Mario se cubrió de sombras.

—No empieces con eso. Sabes que tomamos la decisión correcta.

—¿Correcta para quién?

—Para los dos.

—Sé que de nada sirve ahora, pero quiero que sepas algo. Jamás soñé que amaría a alguien como lo amé a él. Y jamás imaginé que lo

perdería. Durante los años de nuestro matrimonio no dejé de pensar en él ni un solo día. Incluso cuando hacíamos el amor imaginaba que eran sus manos las que me tocaban, su boca la que me besaba. Solo así pude soportarlo.

—¡Cállate! Aunque solo sea por respeto hacia nuestra hija.

Rebeca suspiró, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Precisamente por respeto a ella deberías pensar mejor lo que vas a hacer.

—Ya he tomado la decisión, no he venido a preguntarte.

—Haz lo que quieras.

Se levantó del sillón y lo invitó a marcharse con un gesto.

—Tiene razón —decía Enric, un poco más tarde, mientras tomaba un tazón de caldo—. Aunque me pese dársela.

—Vale, fue una farsa de matrimonio, pero fruto de él nació Sofi, y eso no es ninguna farsa, es una persona que fue concebida dentro de un matrimonio bendecido por…

—Ay, hermana, déjalo ya. Te casaste forzada por los deseos de mamá y chantajeada por ese imbécil. Ahora estás a tiempo de solucionarlo y retirarle a Dios la responsabilidad de manteneros unidos *per saecula saeculorum*.

—Nosotros nos ocuparemos —intervino Pablo—. Tú no te preocupes de nada. Conozco a un buen abogado canonista con muchos años de experiencia. Si Mario va a iniciar el proceso, tal vez tú deberías alegar causales. Puede ser un procedimiento unilateral, es decir, no es obligatorio que actúes en el proceso, pero sí sería conveniente. Además, todo se lleva con sigilo y confidencialidad, no hay audiencia pública y en un par de años suele estar resuelto.

—¿Creéis que hay posibilidades de que concedan la nulidad?

—Casarse bajo presión, miedo o coacción son causas habituales de nulidad de un matrimonio canónico —respondió Enric.

Rebeca tomo aire profundamente.

—De acuerdo, lo haré, prestaré declaración si es necesario.

El segundo suceso extraño de aquel mes lo protagonizó Lola. Seis meses atrás, había conseguido un empleo en un diario hispano de Boston y se había trasladado a la ciudad americana para cumplir su sueño de ser reportera. Rebeca no se sorprendió por la decisión de su amiga; era algo previsible a raíz de las últimas conversaciones. Tampoco le resultó extraño que Rory se desplazara con frecuencia a la urbe estadounidense cuando conseguía reunir unos días libres. La situación no era muy cómoda pero tampoco insalvable.

Esa Navidad, un día antes de viajar a Bruselas para llevar a Sofi junto a su padre, Rebeca recibió una llamada de teléfono.

Era Berta.

—Lola ha dejado a Rory —le comunicó.

—¿Qué?

—Me llamó anoche a las tres de la mañana, sin calcular la diferencia horaria, ya sabes cómo es. Me pidió que te lo contara, no quería agobiarte con sus cosas, dice que ya tienes bastante con tus problemas.

—Yo no tengo problemas —protestó Rebeca.

—Lo siento por él. Se pasó cuatro meses atravesando el océano para verla y la muy tonta se enredó con su jefe de redacción.

Rebeca no daba crédito.

—¿En serio?

—Dice que se ha enamorado de él, un tipo argentino de dudosa reputación. Esto último no me lo ha dicho ella, pero es fácil de suponer. Es diez años mayor, se ha casado tres veces y tiene cuatro hijos de sus tres esposas.

—Oh, Dios, pobre Rory.

—Por lo demás, está entusiasmada con su nuevo trabajo. Tiene una sección que le permite viajar por el país buscando noticias que tengan que ver con la comunidad latina.

—Espero que le haya merecido la pena.

—Rory no se lo merecía, pero así es la vida. Parece que los chicos escoceses siempre salen perdiendo.

—¡Berta!

—Ay, lo siento, es que la llamada de Lola me ha desquiciado. Sé que lo tuyo fue diferente.

—¡Muy diferente!

—Repito que lo siento.

—Vale.

—¿Y tú qué tal? Hace mucho que no hablamos.

—Matt y yo lo hemos dejado, Mario se ha marchado a trabajar a Bruselas y eso me obliga a enviarle a Sofi estas navidades y, para colmo, el muy estúpido me ha pedido la nulidad eclesiástica.

Berta perdió el hilo de la conversación y le pidió calma.

—Espera, espera. Empieza por el principio. Uf, tendríamos que hablar más a menudo. Claro que como yo nunca tengo nada que contar…

Al día siguiente, Sofi partió hacia Bruselas acompañada de su madre. Pasarían tres días juntas haciendo turismo antes de que Rebeca regresara a Barcelona. Fueron tres días solo para ellas. La elegante ciudad de marcado aire parisino las recibió con un viento helado y bajas temperaturas. Pese al frío, no desaprovecharon ni un minuto y cumplieron con la ruta de museos que Rebeca se había propuesto visitar: el museo del cómic, el del chocolate, el museo del juguete…

El día acordado, Mario se presentó de la mano de una mujer. Contra todo pronóstico, Rebeca enseguida sintió una corriente de simpatía hacia ella, aunque no olvidaba que había sido la amante de su marido. Pero no le guardaba ningún rencor por ello. Por aquella época, su vida marital era inexistente. Julia aparentaba estar cerca de los cuarenta, era rubia, no demasiado alta pero sí muy esbelta. Sus ojos castaños parecían siempre alegres y su boca permanecía curvada en una eterna sonrisa. Se dijo que si la mujer era la mitad de agradable de lo que demostraba su imagen, Mario era un hombre

afortunado. El trato cariñoso de Julia hacia su hija fue suficiente para no sentir angustia a la hora de dejarla.

En el avión de vuelta a casa no pudo evitar derramar unas lágrimas.

Noticias inesperadas

Barcelona
19 de febrero de 2014

La parte más tediosa de su profesión era corregir exámenes. Era monótono, repetitivo y nuca le había parecido una buena forma de acreditar el conocimiento adquirido por un alumno. Aunque no podía quejarse; adoraba su trabajo, pero en aquellos momentos sus ojos necesitaban un buen descanso. El sonido del teléfono le dio la señal que necesitaba para hacer un receso.

Vio en el aparato la imagen de su padre.

—Hola, papá —saludó al descolgar.

—Hija, ¿dónde estás?

—En casa, corrigiendo una muralla de exámenes, ¿por qué?

—Tengo que verte. ¿Puedes venir al despacho?

—¿Ocurre algo?

Su padre guardó silencio un momento y Rebeca pensó que la comunicación se había cortado.

—Papá, ¿estás ahí?

—Sí, sí, aquí sigo. ¿Puedes venir, entonces?

—Tengo que recoger a Sofi dentro de una hora. Está en casa de una amiga.

—Bien, ve a buscarla y luego te pasas por aquí.

—¿No me vas a decir de qué se trata?

—No seas impaciente.

—Está bien, te veo luego.

Sofi salió al encuentro de su madre con la cara decorada con llamativos colores cubiertos de purpurina.

—¿Adónde vamos? —preguntó la niña al darse cuenta de que no tomaban el camino usual para volver a casa.

—Al despacho del abuelo. ¿Quieres verlo?

—Sí. ¿Estarán el tío Enric y el tío Pablo?

—Es posible, pero no consentiré que te den ni una sola gominola. Te malcrían.

Sofí frunció el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho y caminó de esa forma hasta el edificio que albergaba el despacho de su abuelo.

Enric las recibió en la puerta. Tomó a Sofi en brazos y la jaleó en el aire. Luego le dio un beso que resonó en toda la estancia.

—Me has llenado la cara de purpurina —protestó su tío. La niña rio—. Mira lo que tengo en el bolsillo.

Sofi desvió la mirada hacia su madre.

—¡Nada de chuches!

Víctor salió de su despacho acompañado de Pablo.

—¿Podéis llevaros a la niña a comprar unas golosinas? —dijo, acercándose a Enric y tomando a la niña en brazos para darle un beso. Al ver su cara llena de puntitos brillantes la besó en la cabeza.

—¿Tú también, papá? Me tendréis que pagar el dentista entre todos.

—Solo por hoy —le advirtió el abuelo a su nieta—. Y acuérdate luego de lavar bien esos dientecitos de ratón.

—Yo no tengo dientes de ratón —se quejó Sofi.

Antes de marcharse, Rebeca interrogó a su hermano con la mirada. Este se encogió de hombros e hizo el gesto típico del que no sabe nada. Estaba muy intrigada.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó cuando se quedaron a solas.

—Ven, entremos en mi despacho.

El nuevo despacho de su padre resultaba más acogedor que el anterior. Era más sencillo, menos ostentoso, pero uno se sentía cómodo nada más poner un pie dentro. Desde que habían fundado el nuevo gabinete, las cosas les iban muy bien. Puede que las negociaciones internacionales a gran escala ya no estuvieran a su alcance pero tampoco las necesitaban. Víctor Bassols se había ganado su propio prestigio, y había conseguido desligarse del apellido Caralt de forma digna, sin que su reputación se viera afectada por el cambio. Dentro del mundo de los negocios tenía fama de hombre justo, con buen olfato para los asuntos financieros de cualquier índole.

Lo vio sacar un sobre de un cajón y depositarlo encima de la mesa.

—Siéntate —le dijo.

—¿Vas a proponerme que haga testamento o algo así? —preguntó ella divertida.

—No, pero no estaría mal que tuvieras en orden esos asuntos. No importa la edad, un buen abogado siempre te aconsejará tener al día tus últimas voluntades.

—Me pone el vello de punta hablar de esas cosas.

—Pues relájate —dijo rebuscando en el sobre—. No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Rebeca, ¿cómo se llama el muchacho que conociste en Escocia?

Se le cortó la respiración.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Responde, hija.

—Kenzie.

—Kenzie qué más.

—MacLeod.

—¿Es este? —dijo, extendiéndole una fotografía.

Miró a su padre desconcertada y sintiendo un nudo repentino en la garganta. Él la animó con un gesto a tomarla. Contuvo el aliento

mientras la cogía de su mano y contemplaba la imagen. Era él. Tenía el pelo más corto y vestía ropa de invierno, pero lo reconoció al instante. Era una fotografía tomada en Beauly, al lado del Banco de Escocia.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Sí —susurró—, es él. ¿De dónde la has sacado?

—Eso no importa.

—A mí sí.

Víctor no reparó en su comentario y extrajo un papel del sobre. Luego comenzó a leer:

—Kenzie Connor MacLeod, hijo de William MacLeod y Elisabeth Hay, nacido en Inverness el dieciséis de septiembre de 1980. Casado con Mary Margareth Campbell el seis de noviembre de 2009. No tienen hijos.

Rebeca se levantó y le arrebató el papel de las manos.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Soy abogado, ¿recuerdas?

Ella volvió a sentarse; las piernas le temblaban. Su padre buscó de nuevo dentro del sobre y extendió otro papel ante sus ojos.

—Papá…, no quiero saber más, no sé por qué me enseñas todo esto.

—Tal vez lo que hay aquí —dijo sacudiendo la hoja en el aire— sí te interese.

Rebeca tomó el folio. Lo ojeó un momento y levantó la mirada, entre incrédula y desconcertada, hacia su padre.

—¿Es una demanda de separación?

—Una fotocopia, y no me preguntes cómo la he conseguido.

—¿Está separado?

—Al menos ha interpuesto la demanda hace seis meses, por el procedimiento contencioso para ser exactos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que una de las partes no estaba de acuerdo, posiblemente la parte no demandante. Tengo aquí algunos informes de abogados y procuradores respecto a la celebración de la vista judicial, pero aún

no hay sentencia. Aunque por lo que dicen estos informes es solo una cuestión de tiempo.

Se quedaron en silencio. En la cabeza de Rebeca se acumularon mil interrogantes. Su padre notó su confusión y añadió:

—Mira, hija, desde que te separaste de Mario no he podido dejar de sentirme algo responsable por todo lo que has pasado. Si hubiera estado más atento a tus cosas tal vez… Bueno, el caso es que hace unos meses tomé la iniciativa de indagar. No sabía lo que buscaba pero esto fue lo que encontré, y tienes derecho a saberlo. A partir de ahora, las decisiones que tomes serán solo cosa tuya.

Sentada en la bañera, Sofi jugaba con la espuma del agua y no dejaba de parlotear sobre la tarde que había pasado en casa de su amiga Anne. Pero su madre no era capaz de centrarse en la conversación. Solo podía pensar en el sobre que había dejado sobre la cama en medio de una montaña de exámenes sin corregir.

Después del baño, Rebeca preparó la cena mientras Sofi se entretenía decorando con sus ceras una hoja en blanco. Del reproductor de música se escapaban las canciones infantiles de Peppa Pig y sus amigos que tanto gustaban a la niña. Ambas se las sabían de memoria y no dejaron de cantar mientras disponían los platos sobre la mesa: «*North star, North star shining with a twinkey glow. North star, North star, please show us the way to go*».

Una vez que Sofi se durmió, Rebeca volvió a la cocina y recogió la mesa aparentando calma, aunque su corazón se empeñaba en latir con impaciencia. Después entró en su dormitorio y recogió los exámenes que había esparcidos por la cama, los apiló en un montón y se dijo que los chicos tendrían que esperar un día más para saber sus notas.

Lo primero que hizo fue extraer del sobre la fotografía de Kenzie. Ahora podía contemplarla con tranquilidad, analizar con detalle cada centímetro. La miró con íntimo interés, deslizando los dedos por el contorno de su imagen. El rostro no estaba demasiado nítido y

anheló poder apreciar con claridad las líneas de su boca y la expresión de sus ojos. Aún no se podía creer que tuviera entre sus manos aquella fotografía después de casi ocho años.

La apariencia juvenil de Kenzie había dejado paso a la imagen del hombre. Y si antes le había gustado mirarlo ahora la atracción que sintió se hizo insoportable. Se dio cuenta de que sus sentimientos hacia él estaban intactos, nada había cambiado. Durante todo el tiempo desde que volviera de Escocia los había estado conteniendo para que no le hicieran daño, pero amaba a Kenzie con la misma fuerza de aquellos primeros años de juventud.

«Kenzie Connor», dijo en voz alta. Ni siquiera sabía que tenía un segundo nombre, pero le gustó el sonido al pronunciarlo.

Tragó saliva varias veces para deshacer el nudo que se le formó en la garganta, aunque solo consiguió que el malestar se le instalara en el pecho.

Trató de serenarse, y se distrajo pensando en su propia imagen. Ella había cambiado más que él. No hacía mucho ejercicio y aún no se había deshecho de los kilos de más que había ganado durante el embarazo. Se preguntaba qué pensaría si pudiera verla.

Hizo a un lado ese pensamiento, que le produjo un escalofrío, y extrajo los papeles. Eran dos hojas. En una constaban los datos básicos que le había leído su padre, incluido el domicilio actual: Croyard Road, y en el otro aparecía la fecha de su demanda de separación y los nombres de ambos cónyuges.

Sintió que traicionaba su intimidad y que la invadía un sentimiento de culpa, pero lo cierto era que ninguna fuerza de este mundo le habría impedido mirar, aunque solo fuera para sentirlo cerca.

Entonces abrió el cajón de su mesita de noche. De allí extrajo un libro de lomo fino. Se trataba de un ejemplar de *Los Puentes de Madison County*. Lo abrió por el lugar que ella sabía que contenía otra fotografía. Hacía mucho tiempo que no la miraba. Era algo que se había impuesto a sí misma, una obligación. La imagen estaba en mal estado; había sido despedazada y reconstruida sobre una

cartulina delgada. Recordó el baile donde sus ojos se habían encontrado por primera vez, evocó las sensaciones que la habían embargado nada más verlo, y su piel vibró al recordar aquel primer contacto de sus cuerpos.

Tomó la nueva fotografía y la colocó en el libro, junto a la otra. Después se acostó y se durmió acariciando su anillo de plata.

Durante los días siguientes no fue capaz de concentrarse en nada. La jornada escolar se le antojaba interminable y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no parecer totalmente obnubilada y distante. Se sentía como Sísifo, condenado a empujar una enorme piedra por una ladera empinada. Cada vez que estaba a punto de alcanzar la cima, la piedra volvía a rodar ladera abajo y tenía que empezar otra vez desde el principio. Así eran sus días.

* * *

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó Enric.

—Desde hace dos semanas.

—Así que esto era lo que os traíais entre manos papá y tú. ¿Y dices que él te ha proporcionado la información?

—¿A que es raro?

—Bueno, debía de saber que era importante para ti, de otra forma nunca lo habría hecho.

En la otra esquina de la sala, Pablo entretenía a Sofi jugando una partida al Tragabolas. Rebeca los había invitado a comer. No podía aguantar un día más sin compartir con alguien lo que su padre había averiguado. Necesitaba desahogarse y no quería hacerlo por teléfono con sus amigas. A decir verdad, por el momento no deseaba contarles nada.

—Nunca imaginé que tu aventura escocesa significara tanto. —Bebió un sorbo de su taza de café—. ¿Por qué no me lo contaste?

—No hubiera servido de mucho, y posiblemente tu aversión hacia Mario se habría incrementado hasta el infinito.

—Eso es verdad, pero estoy seguro de que podríamos haber hecho algo.

Rebeca se sujetó el pelo detrás de las orejas y miró a su hermano con gesto desabrido.

—No quiero hablar del pasado, Enric. Ahora sé que las cosas podrían haberse solucionado de otra forma, pero por una vez quiero mirar al futuro sin sentir el lastre del pasado.

—Tienes razón, solo que me enfurezco al pensar que Mario…

—Déjalo ya, no se puede volver atrás.

—Está bien, pensemos en el presente. —Apuró su taza de café—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé.

—Tienes que ir —dijo Pablo desde su rincón, demostrando que era capaz de jugar con Sofi sin perder el hilo de la conversación.

—¿Ir? ¿A Escocia?

—¿Todavía le quieres?

Se hizo un corto silencio. Finalmente, ella afirmó con la cabeza.

—Pues ¿a qué esperas?

—¿Y si él no…?

—¿Si ya no le interesas? —dijo Enric.

—Sí.

—¿Qué perderías?

Rebeca cruzó los brazos sobre el pecho reprimiendo un espasmo de frío.

—Los buenos recuerdos.

—¿Quieres vivir de recuerdos el resto de tu vida?

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Pero puede que esté muy resentido conmigo, tal vez me odie, tal vez…

—Tal vez, tal vez… Nunca lo sabrás si no vas.

Acarició la idea de viajar a Beauly, y sintió el corazón desbocado en el pecho. Luego pensó en el trabajo, no podía marcharse en pleno curso.

—Aunque quisiera ir —dijo, intentando contener la emoción—, tendría que esperar a que terminaran las clases.

—Para eso faltan tres meses —señaló Enric—. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir en ese tiempo? Por la foto que me enseñaste, parece un tipo atractivo, acaba de separarse, no tiene hijos, es joven… Seguro que más de una ya está rondando su casa. Yo que tú no les daría la menor oportunidad.

—Oh, Dios, no sé qué hacer… Y Sofi…

—No te preocupes por ella. Se quedará con nosotros —propuso Pablo mirando de reojo a Enric, quien reafirmó sus palabras con una sonrisa.

—Nos podemos turnar —añadió este—, papá puede arreglarse unos días solo con uno de nosotros.

Rebeca se mordió los labios y Enric le pasó un brazo por los hombros para infundirle coraje.

—Si de verdad te interesa ese hombre, ve a verlo, habla con él. Piensa que si ya no te corresponde o si está tan dolido que no quiere saber nada de ti al menos estarás en paz contigo misma y podrás continuar tu vida.

No le llevó más de una semana tomar la decisión. Las palabras de Enric le habían dado el empuje necesario para sacar los billetes de avión. Si no lo hacía, si no iba a verlo, se arrepentiría toda la vida. No podía continuar su existencia anclada al suelo como un árbol enraizado, viendo la vida pasar delante de sus ojos, intentado superar los recuerdos.

Decidió comunicárselo a sus padres. Reconoció el apoyo incondicional en el rostro de su padre y el desconcierto inicial en el de su madre. Sin embargo, Elvira no dijo nada, permaneció todo el tiempo con los labios apretados, reflejando su disgusto en el semblante.

Pero Rebeca sabía que no se quedaría de brazos cruzados. Y no se equivocó, pues a los dos días su madre se presentó en el

apartamento.

—No puedo creer que aún sigas pensando en aquello —le espetó nada más cruzar la puerta.

—Shh, baja la voz —la instó Rebeca—. Sofi está durmiendo la siesta.

—¿Cómo se te ocurre pensar en marcharte a ver a ese hombre después de tanto tiempo? —dijo, conteniendo el volumen de su voz.

—Ocho años para ser exactos, puede que tú no lleves la cuenta, pero yo sí.

—Desde luego, hija, a veces pienso que eres incapaz de razonar con un poco de sensatez.

Dicho esto avanzó por el pasillo y entró en la cocina para que su charla no despertara a la niña. Rebeca la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y tú, mamá? ¿Crees que tú sí eres razonable? Porque en todos estos años lo único que he aprendido de ti es que la posición y la apariencia están por encima de cualquier otra cosa. Por encima de los principios, por encima de la fidelidad, por encima del amor.

—No te atrevas a hablarme de fidelidad —dijo mientras se quitaba el abrigo.

Rebeca le dio la espalda y se apartó el pelo de la frente con la mano. Su voz sonó apagada.

—Ya…, sé que no obré bien…

—Al menos lo reconoces.

—Reconozco mi culpa, pero nunca entendiste que me enamoré.

—Eso no fue amor, y lo sabes.

—Sí, mamá, lo fue… ¡lo fue! Y ahora más que nunca me doy cuenta de ello. Tal vez si no me hubiera dejado convencer…

—Sabes lo que hubiera hecho Mario si hubiéramos cancelado la boda.

—Ese es tu problema. No era tu boda, no era nuestra boda, era mi boda. Descubriste igual que yo lo mezquino que podía ser Mario y aun así no moviste un dedo para impedir que me casara con él.

—Y lo volvería a hacer antes de permitirte salir corriendo a reunirte con un tipo como aquel. ¡Por Dios, hija! ¡Lo hice por tu bien!

—No fue por mí, sino por ti. Era como si tu vida se desmoronara en vez de la mía. Te horrorizaba tener que enfrentarte a todos para decirles que no habría boda porque tu hija se había enamorado de otro hombre y se había marchado con él.

—¿Y te parece tan incomprensible?

—¿Piensas que para mí hubiera sido fácil? Pero no me diste la oportunidad de explicarte… Sin embargo, soy tan culpable como tú, asimilé que casarme con Mario era lo mejor para todos.

—No seas injusta, Rebeca. Cuando te fuiste a Escocia amabas a Mario. Tres semanas más tarde amabas a otro hombre. No se puede ser tan voluble.

—Yo nunca he amado a Mario, después lo comprendí. Confiaba tanto en tu criterio que creí amarlo. Pero ya he pagado por ello. Y ahora ni tú ni nadie me impedirá hacer ese viaje.

—Lo más probable es que ni se acuerde de ti. No te humilles, Rebeca.

—En eso te equivocas, estoy segura de que sí me recuerda, al menos lo hizo durante un tiempo, aunque solo fuera para maldecirme. Le hice demasiado daño. En cuanto a humillarme…, no me importa. Mario lo hacía a menudo, incluso tú lo haces con frecuencia. Pero ya no soy la misma. Jamás volveré a permitir que gobiernen mi vida.

—No me hables así, yo siempre he querido lo mejor para vosotros.

—Tal vez a tu manera. En realidad no sabes hacerlo de otra forma. Has intentado controlar nuestros destinos tomando el camino más tortuoso, tratando de imponer tu forma de ver el mundo, sin darnos la oportunidad de equivocarnos por nosotros mismos.

—¿Sabes? Haz lo que te parezca, pero luego no vuelvas lamentándote.

—¿De verdad piensas que iría a ti buscando consuelo? ¿Crees que no he aprendido nada en todos estos años?

El rostro de Elvira enrojeció. Estaba dispuesta a convencer a su hija del error que estaba a punto de cometer, pero al mirarla a los ojos vio en ellos una seguridad aplastante.

Fue consciente de que no cambiaría de opinión.

Se puso el abrigo, tomó su carísimo bolso de Ferragamo, que había dejado sobre la mesa, y se lo colocó debajo del brazo.

—Ya no puedo hacer más. Eres una mujer adulta.

—¡Pues déjame vivir mi vida en paz! —masculló Rebeca con la voz ahogada.

No disfrutaba hablando así a su madre, al contrario, se le encogía el corazón. Podía haberle gritado cosas horribles que tal vez se merecía, pero no lo hizo, y nunca lo haría. Prefería deshacerse del rencor a devolver el daño en forma de palabras que luego podría lamentar.

Y porque, a pesar de todo, era su madre y la quería.

Encuentro con el pasado

Inverness
18 de marzo de 2014

El avión tomó tierra en la capital de las Highlands. Rebeca notó que su nerviosismo inicial había dejado paso a una sensación de contenida agitación. Lo tenía todo pensado. No había reservado habitación en ningún hotel; sabía que en aquella época del año encontrar alojamiento en Beauly no sería una tarea complicada, de modo que decidió ir primero a casa de la señora Munro. Esperaba que la mujer se encontrara bien, aunque era consciente de que ocho años a los setenta no eran lo mismo que a los veinte. Ella cumpliría los treinta ese año, y Kenzie treinta y cuatro. No sabía qué podría encontrarse. Ocho años atrás había dejado a un joven y ahora iba al encuentro de un hombre adulto que no la esperaba. Pero ella tampoco era una muchacha inexperta, se había convertido en una mujer. Sin embargo, no dejaba de preguntarse si lo que estaba haciendo era lo más sensato. ¿Acaso no era perseguir lo imposible?

Para bien o para mal, pronto saldría de dudas.

Ya había oscurecido cuando se subió al taxi. En el interior, el taxista escuchaba entretenido una emisora de radio. Bajó el volumen y le preguntó la dirección.

Sus recuerdos cobraron vida a medida que se sucedían las millas y reconocía en la oscuridad el familiar paisaje. Pensar que Kenzie se encontraba bajo el mismo cielo que ella contemplaba le hizo

experimentar un torbellino de sensaciones. En esos momentos no llovía, pero el suelo estaba mojado y las ramas de los árboles se agitaban en las copas más elevadas. Una canción comenzó a sonar en la radio y el conductor subió el volumen.

—¿Le molesta la música, señora? —dijo con un fuerte acento escocés.

—No, está bien.

Le gustaba esa vieja canción, muy acorde con su estado de ánimo y con el entorno. Los primeros versos de *Raindrops keep fallin'on my head* llegaron a sus oídos. Era una de esas canciones que se vuelven atemporales y que siguen estando presentes en los medios a pesar de los años. No hacía mucho que había visto un anuncio de una gran marca que usaba el famoso tema de Billy Joe Thomas.

Como si el cielo y la música hubieran conspirado para ponerse de acuerdo, comenzó a llover. Rebeca no se sorprendió, pero el taxista la miró por el retrovisor y ambos rieron.

—Por suerte —dijo él—, la lluvia no cae sobre nuestras cabezas.

Sin nada que hacer y sin ganas de seguir devanándose los sesos, apoyó la cabeza contra la ventanilla y observó las gotas de agua serpenteando por el cristal. Se dejó seducir por la letra de la canción. «Gotas de lluvia siguen cayendo sobre mi cabeza…», «… la tristeza que envían a mi encuentro no me derrotará, no pasará mucho tiempo antes de que la felicidad dé un paso para encontrarme».

Estaba segura de que Billy Joe la cantaba para ella.

El taxi se detuvo en Riverside Drive, frente a la casa de la señora Munro. Miró por la ventanilla y vio luz en su interior. Era buena señal. Respiró aliviada, pagó al taxista y se apeó del coche.

Por suerte ya no llovía. El hombre extrajo su maleta del portaequipajes y después se fue, deseándole buena estancia en Beauly.

El viento trajo unas gotas de lluvia rezagadas. Elevó el rostro hacia el cielo y dejó que le humedecieran el rostro. Notaba la cabeza

aturdida y las gotas frías aliviaron un poco esa sensación.

Se dirigió a la pequeña portezuela de madera y atravesó el jardín hasta la casa. Por el camino se fijó en que algunos arbustos habían crecido demasiado. Los recordaba pequeños y redondos, y ahora la sobrepasaban en altura.

Dejó la maleta en el suelo y llamó al timbre con las manos entumecidas y torpes por el frío.

Nadie le abrió, aunque del interior se escapaba el parloteo incesante de un programa de televisión. Era la hora de la temprana cena británica. Volvió a pulsar el timbre dos veces, esta vez con más ímpetu.

Al cabo de un instante la señora Munro abrió la puerta. Su imagen no había cambiado demasiado, tan solo notó que su pelo era más blanco y que su figura se había encorvado un poco, pero aparentaba estar bien.

—¿Qué quiere? —le dijo amablemente, mirándola con los ojos entrecerrados, haciendo un esfuerzo por enfocar la mirada.

—Hola, señora Munro. —No la reconoció, y Rebeca comenzó a sentirse fuera de lugar—. Soy Rebeca —dijo con la voz floja.

—Rebeca… —repitió la anciana, pensativa—. Oh, espera, hija. —Se movió hasta un mueble que tenía en el recibidor y tomó unas gafas—. No veo nada sin mis lentes.

Se los colocó sobre la nariz y volvió a mirarla.

—¿Se acuerda ahora de mí?

La señora Munro aún tardó un instante en reconocerla pero, cuando lo hizo, abrió tanto los ojos que su expresión resultó cómica. Luego alzó las manos y las juntó en el aire provocando una palmada ruidosa.

—¡Mi querida niña!

Rebeca no pudo contenerse y le dio un abrazo. La anciana le respondió con unas palmaditas en la espalda.

—Pasa, querida, no está el tiempo para estar en la calle.

La señora Munro recogió su abrigo y la invitó a pasar a la cocina, donde estaba terminando de cenar. Apagó el televisor, cuyo volumen

estaba inusualmente alto, y le ofreció un poco de sopa y unos huevos revueltos que Rebeca aceptó con gusto. Estaba destemplada por la diferencia de temperatura y la humedad y, aunque su estómago llevaba días rebelándose contra la comida por culpa de los nervios, ni por un momento pensó en despreciar un buen plato de sopa caliente.

Mientras cenaban en silencio, le extrañó que la señora Munro no le hiciera ninguna pregunta. La recordaba como una mujer extremadamente curiosa y su falta de injerencia la desconcertó.

—He pensado —comenzó a decir Rebeca—, que podía alquilarme por unos días su casa.

—Ah, no, ni hablar, te quedarás aquí conmigo y serás mi invitada.

Terminaron de cenar y entre las dos recogieron la cocina. Después fueron a sentarse al salón.

Hablaron de cosas sin importancia, del tiempo en Beauly, del tiempo en Barcelona… Hasta que Rebeca se atrevió a decir:

—¿No va a preguntarme qué hago aquí?

Sentada en el sofá floreado, la anciana estiró una mano hacia ella y la depositó en su brazo.

—Soy muy vieja, querida, y puede que no vea muy bien, pero la cabeza aún me funciona. Has venido a ver a Kenzie, ¿a qué otra cosa habrías de venir tú sola? Y si no te he dicho nada antes fue para no incomodarte durante la cena. No es bueno que las emociones afloren mientras se come.

—¿Y qué piensa?

—¿Eso qué importa? —Meditó un instante mientras escudriñaba el rostro de la joven con atención. Finalmente añadió—: Mira, hija, yo no sé qué fue lo que os sucedió. Pero si me preguntas te diré que ese chico ha tenido tan mala suerte como su padre. Nunca debió casarse con Mary Campbell. Ella no fue buena para él —hizo un aspaviento con la mano—; demasiado celosa. Sabía que ese matrimonio no acabaría bien.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, todo el mundo sabe que se casaron porque ella se quedó embarazada. Y no voy a culparla por ello, no señor, él también tuvo algo que ver en el asunto, ¿no crees? —Rebeca bajó la mirada—. Ah, querida, lo siento, pero así fueron las cosas. Cuando el chico volvió de Skye ella no se apartaba de su lado. Supongo que se sentía solo y, después de todo, es un hombre. Mary quería retener al muchacho y lo consiguió. Al enterarse de que estaba embarazada, se casaron. Una rápida ceremonia civil con la familia, ya sabes. Creo que William fue el único que sacó algo bueno de esa boda.

Rebeca la miró sin comprender y la anciana añadió:

—¿No lo sabes? Elisabeth y él se volvieron a ver después de mucho tiempo, y al parecer no han vuelto a separarse. Desde entonces viven juntos en Skye.

Los ojos de Rebeca se abrieron por la sorpresa.

—¿En serio? Eso es… es genial.

—Demasiados años, el pobre. Espero que esta nueva felicidad sea duradera.

Permanecieron calladas un instante. Después Rebeca comenzó a hablar. Quería explicarle los motivos que le habían impedido volver, pero la señora Munro le hizo un gesto con la mano y la instó a esperar un momento. Se levantó del sofá y se acercó a una alacena. Extrajo una botella y volvió a su lugar en el sofá.

—Reservaba esta botella para una ocasión especial, pero mis hijos se resisten a hacerme abuela. No quiero morirme sin probar este magnífico Dalmore del setenta y cuatro; un malta excepcional. El doctor Johnston dice que no es bueno para mi tensión, pero unos pocos sorbos no me matarán. Además —dijo guiñándole un ojo—, no hay viejo sano que no acabe muriéndose.

Rebeca se fijó en que el brillante líquido, color caoba, desprendía destellos dorados bajo la luz artificial. Se dijo que era inevitable poner un pie en Escocia y no probar el whisky, así que no intentó rechazarlo. Le llamó la atención la cabeza de ciervo que adornaba la botella, como si fuera un collar de diamantes en el cuello de una mujer.

—En el año 1263 —comenzó la señora Munro— un descendiente del clan MacKenzie salvó al rey Alejandro III del ataque de un ciervo. Como recompensa, el monarca concedió al clan el emblema de una cabeza de ciervo de doce puntas. —Se detuvo un momento, pensativa, y luego añadió—: Por favor, querida, ¿puedes sacar unas copas de la parte alta de la alacena?

Rebeca obedeció y tomó un par de copas con forma de tulipán que parecían ser perfectas para la ocasión. La mujer abrió la botella con parsimonia, como si cada gesto formara parte de un ritual. Después sirvió un poco de licor en cada copa.

—No lo bebas todavía. Primero observa su color. Es ámbar oscuro, con un tinte marrón chocolate. —Rebeca imitó su gesto y levantó la copa para ponerla al trasluz de la lámpara—. Ahora agítalo un poco y acércalo a la nariz. Inhala despacio, deja que su aroma colonice tu naricilla.

Siguió al pie de la letra sus instrucciones. Pero inhaló más fuerte de la cuenta y la sensación de ardor en la nariz la hizo toser.

—Despacio, querida, estás olfateando un licor de cuarenta grados de volumen de alcohol. Bien, ¿qué has notado?

Rebeca se encogió de hombros.

—Vamos —la animó—, haz un esfuerzo.

—No sé… ¿Avellanas?

—¿Algo más?

—Naranja.

—Exacto. Yo también añadiría nuez moscada, caramelo y por supuesto el inconfundible aroma del roble.

—Vaya, cuántas cosas.

—Ahora pruébalo, un sorbo será suficiente.

Rebeca bebió y no pudo evitar sufrir otro ataque de tos; hacía mucho tiempo que no probaba el whisky.

—Será mejor que le añadamos un poco de agua —comentó la señora Munro.

Volvió al cabo de un minuto con una pequeña jarra de cristal. Rebajó el licor de su copa con un chorrito de agua y repitió la acción

con la copa de Rebeca, después se acomodó en el sofá, dio un pequeño sorbo, lo saboreó con los ojos cerrados y cuando los abrió se dirigió a su invitada.

—Ahora sí, querida, ahora cuéntame tu historia.

Despertó por la mañana con la boca seca; «el whisky», pensó, y lo primero que hizo al levantarse fue tomar un gran vaso de agua. Había amanecido un nuevo e invernal día escocés; lluvia y viento se intercalaban con momentos de relativa calma.

Ayudar a la señora Munro en las tareas domésticas la mantuvo ocupada y alivió su nerviosismo. Después de un temprano almuerzo, las dos mujeres se sentaron en el sofá con una taza de té en las manos. Entonces la señora Munro la puso al corriente sobre las novedades de los últimos años en el pueblo. Rebeca se sorprendió al enterarse de que Kenzie había comprado el taller de coches donde trabajaba. El negocio pertenecía a los hermanos Cameron, cuyos hijos varones no quisieron hacerse cargo del mismo cuando a sus padres les llegó el momento de la jubilación. Kenzie había hecho una oferta y los hermanos la habían aceptado. Así que ahora era dueño de su propio taller y conservaba un par de empleados.

Se alegró mucho de que al menos le fuera bien es ese aspecto.

Después de calibrar las alternativas, había decidido ir a verlo a su casa, cuando saliera del trabajo. La señora Munro le había aconsejado hacerlo de esta forma, así tendrían suficiente intimidad para hablar sin interrupciones indeseables.

—No debes avisarle de que estás aquí —le había dicho—, así no tendrá tiempo de resucitar sentimientos que no queremos que afloren de forma inmediata, ¿no crees?

—Pero presentarme así, después de tanto tiempo…

—Créeme, querida —dijo la anciana, dándole suaves toquecitos en la mano—, es lo mejor. También ha sufrido mucho. Desde que te fuiste su vida ha sido muy inestable; primero se marchó a Skye y cuando regresó esa muchacha se adhirió a él como un molusco a

una roca. Después, el embarazo de ella, la boda forzada, la pérdida del niño… No sé, querida, puede que tu vida no haya sido fácil, pero él ha pasado por todo esto solo. Los celos de la chica acabaron rompiendo el matrimonio. No sé si la amaba, pero sé que es un hombre que mantiene sus promesas. Si se ha separado de Mary a buen seguro que habrá tenido razones poderosas.

Los ojos de Rebeca estaban brillantes por la emoción.

—Ojalá hubiera tenido el coraje suficiente para volver —murmuró ella con la mirada extraviada.

—El tiempo hace ver las cosas de otra manera, mi joven amiga. No te culpes. Lo único que trato de decirte es que no esperes encontrar al muchacho que conociste. No, querida, ya no es el mismo, se ha convertido en un hombre introvertido y distante. Si no consigues que se deshaga del rencor, no lo tendrás. Y los escoceses, que el Señor nos perdone, somos un pueblo rencoroso, nos cuesta olvidar las afrentas y desprendernos del dolor.

Con el ánimo mermado, se subió al taxi que le había pedido la señora Munro. La luz del día se había extinguido a primera hora de la tarde para dejar paso a una oscuridad creciente que traía con ella sus propias normas. Rebeca recordaba haber escuchado al padre Arnau advertirles que se cuidaran de la noche, pues si había algo capaz de traicionar el espíritu del hombre eso era sin duda la oscuridad, que incitaba a la beligerancia y a sucumbir a los deseos más inconfesables.

El tiempo era horrible, y le había resultado difícil arreglarse de forma que pudiera resultar atractiva. Llevaba demasiada ropa, así que en el último momento se había dejado solamente una camiseta blanca, un fino jersey de color burdeos —que se ajustaba a su figura y era el que mejor disimulaba los kilos que había ganado en los últimos años—, y unas botas altas sobre *leggins* negros que estilizaban sus piernas. Se miró en el espejo que tenía la señora Munro en la habitación y probó distintos peinados en su pelo. Pero

se dijo que con el viento y la lluvia de nada serviría acicalárselo, así que se lo dejó suelto y se esmeró en maquillarse el rostro de forma que no se notara demasiado. Deseaba estar guapa para él, pero no quería parecer desesperada. Un paraguas, una gabardina y los mejores deseos de la señora Munro la acompañaban en el taxi que se incorporaba en esos momentos a la avenida principal. Eran ya las seis de la tarde y tras los cristales empañados contemplaba las familiares calles de Beauly bajo una fina lluvia. A ratos, el viento parecía enloquecer de forma repentina. Entonces enviaba oleadas de agua contra los cristales del coche y lo zarandeaba como si se tratara de una colmena sacudida por un oso. No era dada a las supersticiones y, a decir verdad, depositaba una considerable confianza en el entendimiento, pero llegó a pensar que alguna fuerza sobrenatural estaba empeñada en sacarla de aquel taxi y enviarla a casa montada a lomos de una ráfaga de viento.

El taxista la apartó de sus cavilaciones.

—Un mal día para salir —opinó.

—¿Es así todo el invierno?

—Oh, no, pero tampoco es extraño.

Giraron hacia Croyard Road y la sensación de fuerte temporal se intensificó. Los árboles que escoltaban ambos lados de la estrecha carretera se sacudían como si quisieran desenterrar sus raíces y echar a correr, y algunos restos ligeros de vegetación volaban descontrolados haciéndose visibles ante los faros potentes del coche.

No tardaron en llegar frente al sendero de grava que daba acceso a la casa. Desde allí se dio cuenta de que todo estaba a oscuras.

El taxista también se percató.

—Parece que no hay nadie —observó—. ¿Quiere que la lleve de vuelta a Riverside Drive?

Sopesó las alternativas con rapidez. Algo la impulsaba a quedarse. Estaba allí, frente a la casa de Kenzie, y no quería marcharse.

—Me quedaré a esperar, gracias.

El hombre no puso buena cara, pero se abstuvo de hacer más comentarios.

Cuando Rebeca se apeó, el viento la sacudió como si fuera una muñeca rellena de algodón.

—Puedo esperar un momento, si quiere —se ofreció el taxista, que había abierto la ventanilla lo justo para que ella pudiera escucharla—. No le cobraré el tiempo extra.

Rebeca le sonrió ligeramente y negó con la cabeza al tiempo que volvía a darle las gracias.

El hombre torció el gesto y se marchó, maniobrando despacio por si ella cambiaba de opinión y preguntándose qué haría aquella mujer extranjera en casa de los MacLeod. Se fue, y por el camino intentó traer a la memoria una historia que había oído hacía tiempo pero que no conseguía recordar.

Rebeca se sujetó la gabardina con un nudo y se encontró allí plantada, en completa oscuridad, dejando que la llovizna le humedeciera la ropa.

Caminó unos pasos hasta la entrada, que se internaba un metro escaso de la fachada principal, pensando que allí estaría a salvo de la lluvia. Y lo habría estado de no haber sido por el viento tenaz.

Llamó a la puerta por el simple hecho de descartar que en verdad no hubiera nadie.

Y, efectivamente, así era.

Respiró hondo y se dispuso a esperar. Buscó un lugar donde permanecer a salvo de los rigores del tiempo por si la espera se alargaba. Usó su teléfono móvil para alumbrar el camino hasta el cobertizo de la parte de atrás y, cuando estuvo frente a él, retiró un simple pasador que mantenía la puerta cerrada. Antes de entrar, echó un vistazo al interior. La luz del teléfono no era poderosa pero el cobertizo era pequeño y casi no había espacio para otra cosa que no fuera madera apilada. Avanzó unos pasos hacia dentro y cerró la puerta a su espalda. El viento conseguía colarse por las ranuras de la madera y silbaba con un sonido inquietante. Aun así, era mejor que permanecer fuera.

Se quedó de pie, sin saber muy bien qué hacer. La luz del móvil le mostró algunas herramientas que parecían estar en desuso y montones de leña colocada con cierto orden. Estiró una mano y acarició una hilera de troncos. Él los había partido y amontonado con sus propias manos. La sensación de sentirlo cerca se apoderó de ella. Era dulce, ansiada, prometedora.

El tiempo pasó lento, y Rebeca se sumió en sus pensamientos. Cuando volvió a mirar el reloj eran las siete y diez. Llevaba una hora esperando y se había sentado en el suelo, apoyando la espalda sobre la puerta, atenta a los sonidos que le pudieran llegar del exterior a pesar del estruendo que provocaba el viento al sacudir los árboles cercanos.

La batería de su móvil comenzó a mostrar señales de agotamiento. Lo había mantenido durante demasiado tiempo con la luz encendida y ahora tenía que economizar energía o no podría realizar una llamada en caso de que la necesitara. Pero cuando permanecía a oscuras, se dejaba consumir por pensamientos negativos, imaginando mil posibilidades que podían retener a Kenzie fuera de casa; trabajo extra, una charla en un bar con un amigo, tal vez una mujer… Cuando eso sucedía, volvía a encender la luz e intentaba distraerse curioseando por el cobertizo.

Así descubrió una camisa colgada de un clavo en la pared. Se levantó del suelo y se acercó a ella. Creyó reconocer la camisa que Kenzie llevaba puesta el primer día que se habían encontrado en el río. Se veía muy gastada, pero sin duda era la misma. Había recordado muchas veces aquellos momentos y conservaba intactos esos detalles en la memoria.

Acarició la prenda como si fuera carne. La tomó entre las manos y la apretó contra su pecho tan fuerte que el corazón le palpitó contra las manos rígidas. Luego la acercó a su nariz, buscando tal vez algún rastro de olor que le recordara a él. Pero la tela solo desprendía un intenso olor a madera seca, incluso pudo sentir bajo los dedos el tacto del serrín que permanecía atrapado entre sus

pliegues. Las diminutas partículas viajaron por su nariz y le hicieron cosquillas. Estornudó dos veces antes de dejar la prenda en su sitio.

Movió la pantalla de teléfono hacia la derecha y vio unos guantes en una estantería. Los rozó con los dedos y siguió analizando la multitud de objetos. Encontró un gran bulto tapado con una tela de esparto. Tomó una esquina del áspero tejido y lo levantó para ver qué guardaba debajo. La luz débil proyectó la imagen de un tambor roto.

Rebeca se sobrecogió.

Las palabras de Lola contándole lo sucedido aquel día volvieron nítidas para atormentarla. Lo imaginaba enfurecido, destrozando el tambor a las pocas horas de haberle dicho que no regresaría. Recordó aquel instante en que tuvo que mostrarse fría e indiferente a su dolor. Su cuerpo se estremeció. Pero no podía haberlo hecho de otra forma o no habría sido capaz de despedirse de él para siempre.

La visión del tambor le resultó muy triste, y pensó con inquietud que tal vez la rabia que había descargado contra el instrumento podría no haber desaparecido.

Lo más probable era que Kenzie la odiara. Ese pensamiento se había fijado a su mente como un insecto a la luz.

Miró la hora; eran más de las ocho y media. Lo que se negaba a pensar en un principio ahora conseguía dominar su lado más racional. Tal vez todo aquello no era otra cosa que señales del destino: la lluvia, el viento, la casa vacía, el tambor… Todo parecía indicarle que su presencia no era bienvenida. Tenía que haberle hecho caso al taxista y haberse marchado.

Un repentino impulso la incitó a salir a trompicones del cobertizo y a caminar a tientas hacia el camino de grava. Encendió el teléfono, pero apenas había marcado un par de números cuando este se apagó con un sonido que quedó ahogado por el viento. Abrió el paraguas para protegerse de la lluvia y salió a la carretera. Caminó a buen ritmo, espoleada por una sensación de creciente ansiedad. Respiraba con rapidez y peleaba con el paraguas que el viento no dejaba de zarandear. El ruido de los árboles al doblarse como látigos

la intimidó, y temió que alguna rama llegara a desprenderse y a caérsele encima. Una fuerte ráfaga volvió su paraguas del revés. Luchó para contenerla mientras notaba que el agua se le colaba entre la ropa. Estaba tan ocupada intentando controlar el paraguas que no se percató de que un vehículo se aproximaba frente a ella. Las luces la deslumbraron, y entonces fue consciente de su presencia.

Y deseó que no fuera él.

La redención del hombre

Estaba empapada y luchando contra un estúpido paraguas cuando el vehículo la sobrepasó y se detuvo en la orilla. El corazón le dio un vuelco al reconocer el Nissan en la oscuridad; la señora Munro le había confirmado que aún lo conservaba.

Sintió ganas de llorar mientras continuaba peleando contra el viento. Escuchó el ruido de una puerta al cerrarse y su corazón palpitó furioso en el pecho.

Una figura caminó hacia ella en la oscuridad.

—¿Necesita ayuda? Puedo llevarla al pueblo.

Su voz, ese fue el único sonido que escuchó. Ni el clamor de los árboles al ser sacudidos, ni el aullar del viento sobre las praderas, ni el rumor intermitente de la lluvia.

Solo fue su voz.

Sabía que en cuanto hablara, la reconocería, pero ya no había forma de evitarlo.

Tampoco lo deseaba.

—Sí, necesito ayuda, no puedo controlar este maldito paraguas.

Su acento la delató, y él se quedó petrificado bajo la lluvia.

Rebeca logró mover el paraguas en la dirección adecuada para que volviera a encorvarse en su forma correcta. Después lo plegó; de todas formas era un artefacto inútil en aquellas condiciones.

Lo vio avanzar unos pasos. Estaba tan oscuro que solo apreció el contorno de una alta silueta en movimiento.

—¿Rebeca?

Su voz sonó tan suave que se perdió entre el sonido del viento.

Ella respiró hondo y se pasó una mano por la cara tratando de despejar el agua que le arrollaba.

—Sí, soy yo.

Kenzie no se movió, seguía paralizado, sin poder reaccionar. La joven dio unos pasos hacia él hasta que pudo verle el rostro. Llevaba en la cabeza un gorro de lana y la misma prenda de abrigo que mostraba la fotografía que le había dado su padre.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Me gustaría explicártelo, pero te agradecería que fuera en un lugar más seco.

Notó su mirada clavada en ella, como si aún no terminara de creerse que estaba frente a él. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué le pasaba por la cabeza.

Al fin reaccionó.

—Sube al coche —dijo, y se dirigió al todoterreno, que permanecía con el motor en marcha.

Lo siguió y pasó a su lado cuando él le abrió la puerta para que se acomodara en el interior. No se atrevió a levantar los ojos para mirarlo, pero sí notó que él la observaba.

Se sintió inmediatamente reconfortada por la temperatura que había dentro en comparación con el frío exterior. Cuando él se acomodó al otro lado, la luz del habitáculo los puso frente a frente. Pero ninguno de los dos volvió la mirada hacia el otro; él porque aún estaba conmocionado, y ella porque tenía miedo de adivinar sus pensamientos. Al cabo de unos segundos se pusieron en marcha y recorrieron los escasos metros que los separaban de la casa. Rebeca escuchó el sonido de la grava al ser aplastada por el vehículo pesado y trató de acicalarse el pelo con disimulo, imaginando el aspecto tan desastroso que debía de tener.

Se detuvieron frente a la entrada. Kenzie se bajó con rapidez. Ella intentó encontrar la manija de la puerta, pero sus manos estaban heladas y le fallaba el tacto. Así que fue él quien le abrió desde afuera y la ayudó a bajar, sujetándola por un brazo, un

contacto que apenas percibió. Luego se dirigió a la entrada, abrió la puerta y se coló dentro sin esperarla.

Siguió sus pasos un poco desconcertada por su indiferencia. Atravesó la puerta y la cerró tras de sí, empujando con fuerza contra el viento, que parecía querer protegerse de su propia furia en el interior de la vivienda. Nunca había estado dentro de esa casa y la primera impresión cuando la luz la iluminó fue que se parecía a la de Skye; muebles rústicos y decoración sencilla y práctica.

Varada en la entrada, sin saber qué hacer, lo vio adentrarse en una sala de estar. Se decidió a seguirlo hasta la puerta y permaneció allí de pie mientras él se acercaba a una chimenea y tomaba una piña de un cesto de mimbre. La prendió con un mechero y la colocó en el centro del hogar. Después dispuso astillas finas sobre las llamas y algunos troncos más gruesos en las últimas capas.

Se había quitado el abrigo y el gorro, y mostraba revuelto el cabello cobrizo que desprendió profundos reflejos bajo la luz amarillenta de la lámpara. Pensó que el pelo más corto le aportaba un aspecto más maduro. Sin embargo, su cuerpo no había cambiado; seguía conservando la figura atlética y la liviandad de movimientos que le caracterizaba. Kenzie se movía con la elegancia de un lince; ligero y seguro, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que practicar la mejor forma de desplazarse por el mundo.

Notó la tensión de sus músculos bajo la ropa. El rictus serio de la cara le hizo comprender que no se alegraba de verla. Se sintió de una ingenuidad estúpida por haber pensado lo contrario, y los fantasmas, que había conseguido mantener a raya hasta entonces, le susurraron: «Te lo advertimos: él no quiere verte, Kenzie te odia».

Pero ahora ya no había vuelta atrás.

El fuego chisporroteó en su inicio, pero pronto cobró fuerza y comenzó a desprender calor.

Lo vio desplazar una butaca hasta colocarla frente al hogar.

—Acércate —le dijo.

Ella se quitó la gabardina mojada, por la que aún se escurrían gotas de agua, y la colocó junto con el bolso sobre una silla de madera que había pegada a la pared. Avanzó por el salón, sobrecogida por la mirada que le recorría el cuerpo sin pudor.

Era cierto, él la observaba. Contempló su pelo mojado y las gotas de lluvia que le resbalaban por la cara. La vio distinta, más mujer. La ropa marcaba su figura mostrando unos pechos más llenos y unas caderas más anchas de lo que recordaba. Le resultó tan atractiva como le había parecido ocho años atrás y notó que su anatomía masculina reaccionaba ante su imagen. Pero él ya no era el mismo. Le costaba digerir que estuviera allí. Había imaginado muchas veces que volvía; era un sueño al que había sucumbido con frecuencia. Sin embargo hacía tiempo que había comenzado a olvidarla. No era algo que quisiera recordar. Verla allí, a solo unos pasos, despertó en él unos sentimientos adormecidos por el tiempo.

Y no todos eran buenos.

Se dirigió a un mueble y extrajo dos vasos y una botella.

—Por favor, no quiero whisky —dijo ella un poco hastiada de aquel licor. No acababa de entender esa tendencia escocesa a pensar que el whisky era capaz de solucionarlo todo.

Kenzie se sirvió un poco en un vaso y se lo tomó de un trago.

Mientras guardaba la botella, y sin mirarla, le preguntó de nuevo:

—¿Qué haces aquí?

No fue la pregunta lo que la sorprendió, fue su tono, o puede que su falta de él. Su voz carecía de inflexión, era apática y seca, algo que le hizo recordar las palabras de la señora Munro.

—¿Tengo que decirlo?

Lo siguió con la mirada, esperando que dijera algo. Se movía por la sala despacio, no parecía nervioso, pero sí muy tenso.

—Sí.

Decidió no andarse por las ramas. Estaba pasando un mal rato siendo consciente de su rechazo. No se lo había dicho con palabras, pero cada movimiento de su cuerpo y cada miraba se lo gritaban a la cara.

Clavó la vista en el suelo.

—He venido a verte. —Hizo una pausa para respirar profundamente—. Yo… me enteré de que…, bueno… sabía que te habías casado con Mary y…

—Supiste que ya no lo estaba.

—Sí —susurró ella volviendo a mirarlo.

Kenzie volvió al fuego y echó un par de troncos a la lumbre. Le habló de espaldas, mientras acomodaba la leña de la mejor forma para que circulara el aire y las llamas cobraran vigor.

—Estás bien informada sobre mi vida. —Guardó silencio un instante y añadió—: Yo también he sabido de la tuya.

El comentario la sorprendió.

—¿Qué… qué es lo que sabes exactamente?

—Que tienes una hija, que trabajas de maestra —se volvió para mirarla; los ojos inquisitivos, murmuradores—, que estás separada desde hace dos años…

—¿Lo sabías?

—Olvidas que tenemos amigos comunes —dijo mientras volvía a concentrarse en el fuego—. Deberías haberlo pensado antes de hacer este viaje. Tal vez habrías llegado a una conclusión tú sola.

Rebeca se removió en la silla, sobrecogida por un repentino espasmo de frío.

—¿Qué conclusión?

Kenzie se tomó un tiempo para responder, como si en el fondo no quisiera contestar a esa pregunta. Al fin dijo:

—Si hubiera querido recuperarte, habría ido en tu busca.

Los peores presagios de Rebeca se confirmaron, y los fantasmas aplaudieron a su alrededor. Era cierto, si Lola la había mantenido informada sobre su vida, era del todo predecible que Rory hiciera lo propio con él. ¿Cómo podía no haberlo imaginado?

Comenzó a sentir un gran abatimiento, y no supo qué decir. Ante semejante declaración no había nada que pudiera hacer, tan solo disculparse y marcharse para siempre. Después ya tendría tiempo de lamentarse.

Pero no quería irse.

Lo vio incorporarse para permanecer de pie junto a la chimenea, dándole la espalda, con las manos sobre la cintura y la mirada clavada en las llamas. Tuvo que apretar los puños para no levantarse y tocarlo.

—Tienes razón —admitió—. Pero en realidad no quería saberlo. Por una vez me sentí libre de decidir por mí misma, y sabía que mi vida se quedaría congelada en los recuerdos si no venía a verte. —Sintió un nudo en la garganta, tragó saliva y se levantó para acercarse a él. Le habló a su espalda—. En el fondo no me importaba que hubiera alguien en tu vida, o que me rechazaras, o que me despreciaras. Nada me importaba, solo verte. Lo nuestro no terminó bien y yo no podía…

Él se giró para mirarla.

—Vienes buscando mi perdón para poder limpiar tu conciencia y seguir con tu vida acomodada, con tu trabajo de maestra, con tu nuevo novio inglés…

—Mi nuevo… —Se interrumpió en seco—. ¿Te refieres a Matt?

—¿Es que tienes más?

—¡No! Y ya no estoy con Matt.

—Dejaste a tu novio inglés y viniste en busca de tu amante escocés. ¿Qué pasa en Barcelona? ¿No hay suficientes hombres para todas?

—Tú no fuiste mi amante.

—Claro que lo fui, y al parecer de los buenos, porque has vuelto.

Se movió a grandes pasos hasta la ventana, desplazó una fina cortina y cerró los postigos.

Ella lo siguió.

—Eres injusto conmigo. Si tanto sabes sobre mí también sabrás que no tuve más remedio que casarme con Mario.

—Tú no viste otra opción, o tal vez no quisiste verla.

—Eso no es cierto, me dolió mucho dejarte.

—Tomaste la decisión más cómoda. —Se volvió hacia ella. Su mirada era tan fría que habría sido capaz de congelar el lago Ness—.

No luchaste.

—No podía luchar contra todos yo sola.

—Yo te habría ayudado…

Rebeca notó los ojos llenos de lágrimas, pero trató de contenerlas. Respiró hondo y lo miró a través de la humedad temblorosa.

—Tú tampoco luchaste, Kenzie, me creíste demasiado rápido.

Él se extrañó por el reproche, y sus ojos refulgieron por la ira contenida.

—¿Y qué querías que hiciera? —masculló entre dientes—. Me dijiste que Mario era todo lo que necesitabas para ser feliz. ¿Lo has olvidado?

No lo había olvidado, pero no recordaba las palabras exactas. Durante un tiempo le dolía tanto pensar en aquello que a veces le parecía que nunca había sucedido. Pero al escuchar las palabras salir de su boca se dio cuenta de cuán devastador había sido su efecto.

Fue consciente de que su conversación no los llevaría a ningún sitio. Aun así, trató de infundir un aire de serenidad a su voz.

—Hay demasiado rencor dentro de ti. No puedo luchar contra eso.

Kenzie dio un paso hacia ella.

—¿Y cómo esperabas encontrarme? —Agachó la cabeza y le habló muy cerca, tanto que ella apreció en su aliento el aroma y la calidez del whisky—. ¿Pensabas que me arrodillaría, que besaría tus pies y luego te abriría mi cama?

Pese a la cercanía, Rebeca no retrocedió.

—Pensaba que… tal vez pudiéramos tener otra oportunidad. La vida se ha negado a devolvernos la felicidad que sentimos estando juntos. ¿Ya no lo recuerdas, Kenzie?

—Recuerdo una noche en el bosque —dijo apretando los dientes —, unos votos de unión… Todo se fue al diablo en un instante. Puede que para ti no significara nada, pero yo sentí que eras mi esposa, para mí fue real.

—Para mí también, pero ahora no puedo hacer nada para cambiar el pasado.

—Yo tampoco puedo evitar sentir como siento.

Se miraron desafiantes. Verde contra azul. Deseo contra resentimiento.

Fue él quien apartó primero la mirada, le dio la espalda y se desplazó el pelo hacia atrás con las manos. Rebeca se sintió aliviada; sus ojos parecían haberla oprimido como si fueran dos enormes manos que se cerraran en torno a su cuerpo.

—¿Eso es todo? ¿Es lo único que nos queda? —Él no respondió, y esto consiguió provocar en ella un arrebato de ira. Tiró de su brazo, exigiéndole mirarla—. ¡Háblame!

Kenzie se volvió bruscamente, la sujetó por la muñeca y tiró de ella hasta que sus cuerpos colisionaron.

—No intentes extraer cosas de mí que no desearías escuchar. No quiero herirte. —Los ojos de lince se entrecerraron hasta formar dos triángulos—. Hubo un tiempo en que sí lo deseé, deseaba hacerte tanto daño como el que tú me hiciste. Pero el tiempo se encargó de atenuar el sufrimiento, hasta que el dolor dejó paso a la indiferencia.

—O al resentimiento.

—Llámalo como quieras.

Se desplazó hasta una silla, recogió su abrigo y comenzó a ponérselo.

—¿Qué haces? —preguntó ella, nerviosa.

—Vamos, te llevaré a tu hotel o adonde te hospedes.

Rebeca sintió pavor, no podía marcharse así, no de esa forma.

—¡No, no quiero marcharme! —le gritó.

La mirada exaltada de Kenzie se intensificó, y mientras se colocaba el gorro de lana en la cabeza se acercó a ella a grandes pasos.

—¡¿Qué quieres de mí?! —exclamó cuando estuvo a su lado. Sus ojos brillaban como dos trozos de cielo anochecido.

—Quiero que me mires como me mirabas antes, que me hables como solías hacerlo.

—No puedo, Rebeca, ya no siento lo mismo.

—No te creo. El despecho habla por ti, no eres tú.

—¿Sabes las veces que he imaginado que volvía a verte? —le preguntó, ciñendo con fuerza sus brazos con las manos. Ella no respondió, estaba demasiado alterada—. ¡Contesta!

—No, Kenzie, no lo sé.

—Algunos días me hundía en las sensaciones que había vivido contigo. Otros el rencor conseguía volver negro mi corazón y te maldecía. Y ahora estás aquí, y pretendes que lo olvide todo y que sienta lo mismo que antes. —Sus manos aflojaron la presión en los brazos y la vena que le atravesaba la frente pálida comenzó a difuminarse. La tensión que lo embargaba remitió y, cuando habló, enterró para siempre su futuro junto a ella—. Vuelve a casa, aquí ya no hay nada para ti.

«Se acabó», pensó Rebeca, no podía seguir insistiendo. Se sintió tan vacía que no supo qué hacer. Su paso vaciló indeciso. Kenzie se había construido una coraza de rencor demasiado dura para que ella pudiera atravesarla.

Le habría gustado acercarse a él y besarlo por última vez, anhelando que sus besos pudieran devolverle el recuerdo de su amor, pero tenía miedo a su rechazo.

El golpe fue más duro de lo había previsto. Giró el cuerpo y se acercó a la silla donde reposaba su gabardina y su bolso. Se puso la prenda mojada, que le provocó un escalofrío, y un hueco doloroso en la boca del estómago le hizo plegar un poco el cuerpo.

Kenzie se aproximó de nuevo a la chimenea, tal vez para no guardar en su retina la triste escena. Atizó el fuego y añadió más leña en un gesto mecánico. Notó el calor intenso de las llamas sobre el rostro, pero también sintió que su cuerpo ardía por dentro de resentimiento. Lo notaba viajando libre por el flujo de su sangre, invadiendo sus pensamientos de una rabia profunda. Sin embargo había tenido que hacer un esfuerzo para no abrazarla cuando vio su mirada abatida por el rechazo. Todo el tiempo había tenido que

contenerse. Si se dejaba dominar por el recuerdo, estaría perdido, y no podía permitírselo, no otra vez.

Su mente se centró de nuevo cuando observó que el fuego oscilaba con brusquedad frente a sus ojos y que una corriente de aire invadía la estancia. Volvió la vista buscando a Rebeca al tiempo que le asaltaba un incómodo presentimiento.

Se incorporó de un salto y caminó deprisa hasta la entrada. La puerta abierta permitía que oleadas de viento barrieran el interior de la vivienda. El corazón le dio un vuelco al constatar que se había marchado.

Se adentró unos pasos en la oscuridad y gritó su nombre.

La lluvia caía inclemente. Caminó apresurado hasta el todoterreno y lo arrancó mientras maldecía en su interior el arrebato de Rebeca.

Se puso en marcha pensando que la encontraría por el camino. También imaginaba que tendría que insistir para que subiera al coche, pero si era necesario la metería a la fuerza; no tenía pensado dejarla caminar hasta el pueblo en completa oscuridad y bajo aquel temporal de lluvia y frío.

—¡Maldita sea! —exclamó, descargando su rabia de un manotazo contra el volante.

El vehículo se incorporó a la carretera. Los brazos móviles del limpiaparabrisas apenas conseguían desplazar el agua que arrollaba por los cristales. Esto dificultaba la visibilidad y entorpecía la labor de alcanzar a ver la figura de Rebeca en movimiento.

—¿Dónde te has metido? —murmuró.

Apoyada contra un árbol, Rebeca recuperaba el aliento. Correr por el camino de grava había resultado más dificultoso de lo que había calculado y notaba las piernas cansadas. Lamentaba estar en una forma física tan penosa pero estaba decidida a que Kenzie no la encontrara. No quería volver a enfrentarse con su mirada cargada de rencor, no podría soportarlo. Si al menos tuviera alguna posibilidad

habría podido enfrentarse a todo, pero él le había dejado claro sus sentimientos. Y en ellos no había sitio para ella.

Tuvo que actuar rápido, así que cuando se encontró fuera de la casa había corrido como si la persiguiera el demonio. Era consciente de que él tardaría un instante en notar su ausencia, pero para entonces ella ya le llevaría suficiente ventaja. La noche oscura y la lluvia incesante jugaban a su favor, o al menos eso creía.

El viento trajo hasta ella el sonido desesperado de su nombre; él la buscaba. Siguió avanzando con rapidez y llegó por fin a la carretera. Notó las piernas más ligeras y sus movimientos más rápidos, pero tenía que abandonarla o él la vería sin dificultad. Escuchó entre el murmullo de la lluvia el sonido de un motor y cuando echó la vista atrás apreció las potentes luces del todoterreno encenderse en la oscuridad.

Sin dudarlo, traspasó una valla de madera y corrió a través de la pradera.

La noche opaca solo le permitía intuir el bulto de los árboles un momento antes de tropezar con ellos. Por suerte no llegó a darse fuerte contra ninguno, tan solo una vez se había enredado con una rama baja y se había caído al suelo.

«Ojalá dejara de llover», pensó, no para evitar mojarse, pues estaba empapada, sino porque las gotas gruesas y la fuerza del agua comenzaban a molestarle en la cabeza. Para colmo, había olvidado el paraguas en el todoterreno, y ahora que el viento había amainado habría podido utilizarlo.

La hierba crecida le hacía caminar con lentitud pero se sentía a salvo. Había visto a la luz del día aquellas praderas infinitas. Encontrarla en medio de la oscuridad y bajo aquel temporal sería como encontrar un barco en el océano. Estaba segura de que podría llegar a casa de la señora Munro, tan solo debía esperar a que él se cansara de buscarla. Entonces saldría de nuevo a la carretera y en unos minutos estaría en Riverside Drive. Deseaba estar allí en ese instante, deseaba abrazarse a la señora Munro y llorar

desesperadamente. Tal vez ella le ofrecería un poco de whisky y algún sabio consejo para retomar su vida a partir de ese día.

Empezaba a sentirse fatigada y se detuvo a recuperar el aliento. Las piernas le temblaban por el esfuerzo y los nervios. Se sentó en el suelo. Su ropa estaba tan mojada que ni siquiera notó la humedad del terreno. Miró hacia los lados y gateó hasta un árbol cercano, después apoyó el cuerpo contra el tronco.

Todavía jadeando, aguzó el oído, pero el viento no volvió a traer su nombre.

No tardó mucho en comenzar a tiritar. Hasta entonces la carrera había logrado mantener su cuerpo caliente, pero ahora estaba sentada bajo un árbol, con la ropa empapada y una temperatura exterior gélida. Se dijo que tenía que levantarse y comenzar a moverse o se congelaría, pero aunque su mente envió la orden a sus piernas, estas no lograron sujetar el peso de su cuerpo. Estaban agarrotadas por el frío y el esfuerzo.

«Necesito descansar un poco más», pensó, «luego me iré».

Imaginó lo que le diría su madre cuando volviera. Tendría que aguantar sus «ya te lo advertí», sus «jamás tendrías que haber ido». Pero en el fondo se sentía en paz consigo misma, aunque el dolor la destruyera por dentro.

Abatida por esos pensamientos, se sumió en un estado de letargo. Su mente se fue ralentizando y notó somnolencia. El frío era tan intenso que su cuerpo dejó de temblar.

«Si salgo ahora me encontrará».

«Debo aguantar un poco más».

Y así lo hizo.

En medio de un estado cercano a la inconsciencia, notó que un potente resplandor le hacía daño en la oscuridad interior de sus párpados. Intentó abrir los ojos pero parecía que sus músculos se hubieran desconectado de su cerebro. Balbuceó algo incomprensible

y volvió a sumergirse en la oscuridad, incapaz de ayudarse a sí misma.

Reaccionó cuando se dio cuenta de que alguien la sujetaba. Consiguió abrir un poco los ojos y reconoció el rostro de Kenzie.

Notó que él se desplazaba con rapidez, cargando con su cuerpo y alumbrando sus pasos con el haz de luz de una potente linterna.

Salieron a la carretera. El todoterreno los esperaba con las luces encendidas y el motor en marcha.

Kenzie entró en casa sujetando en brazos el cuerpo aterido de Rebeca. Había tardado dos horas en encontrarla, demasiado tiempo para permanecer con la ropa empapada a bajas temperaturas.

Sin perder un segundo, la llevó al salón y la tumbó en el sofá. Tenía el rostro lívido, los labios amoratados y la piel fría como el mármol. Ella articuló unas palabras que no pudo descifrar mientras le quitaba la ropa empapada. Los movimientos de Kenzie eran agiles pero se esforzaba en no mover su cuerpo bruscamente ni en frotar las extremidades para activar el flujo de la sangre; lo fundamental era que el cuerpo comenzara a calentarse poco a poco. Sabía muy bien lo que hacía, él mismo había sufrido una hipotermia severa cuando era niño. Fue la vez que el viejo druida lo encontró en su granero medio congelado. El anciano lo había ayudado a recuperarse y después le enseñó cómo actuar en esos casos.

En menos de un minuto se había deshecho de la ropa, que quedó desparramada por el suelo. Entonces cubrió el cuerpo helado con la manta que reposaba en el brazo del sofá, luego se levantó y fue en busca de otra más gruesa que sujetó un momento cerca del fuego para entibiarla antes de envolverla con ella.

La escasa reacción de Rebeca hizo temer a Kenzie que hubiera sufrido una hipoglucemia; sabía que la hipotermia, aunque fuera leve, podía agotar las reservas de glucosa de un cuerpo sometido a los estragos del frío y la humedad, así que, antes de deshacerse de su propia ropa mojada, fue a la cocina y calentó un poco de leche a

la que añadió una cucharada de miel. Cuando lo tuvo listo lo apartó del fuego y lo dejó reposar. Entonces se libró de su ropa y se puso otra seca. Después volvió a la cocina, volcó la leche en una taza y se acercó a Rebeca.

Observó el ligero temblor de su cuerpo bajo la manta y pensó que empezaba a reaccionar.

Ella abrió los ojos al notar una mano en la cabeza.

—Quiero que bebas esto —le dijo, acercándole la taza a los labios.

Rebeca sorbió un poco y enseguida se sintió reconfortada. Estaba muy confusa y en su cabeza no había un orden lógico de pensamientos. Tampoco comprendía por qué le costaba tanto mover las extremidades.

Bebió a pequeños sorbos toda la leche y los espasmos de su cuerpo fueron desapareciendo hasta extinguirse.

—Quiero acercarme al fuego —dijo.

—No puedes, tu cuerpo debe calentarse despacio. Ahora descansa, dentro de un rato podrás darte un baño caliente.

—Eso suena bien —dijo, y cerró los ojos.

Kenzie se aproximó a la chimenea, atizó el fuego y luego esperó sentado en una silla, pensando que el arrebato de Rebeca podía haberle salido caro. Se sintió culpable por haber provocado en ella esa reacción impulsiva. Reconocía que había sido muy brusco pero lo cierto era que apenas había tenido tiempo de asimilar que estaba allí, frente a él. Las emociones habían aflorado de forma súbita, sin darle tiempo a controlarlas. Apoyó el rostro entre las manos y los codos sobre los muslos. Y así permaneció, a cierta distancia, sin atreverse a tocarla, sin permitirse deslizar una mano por su cabello. Ni siquiera era consciente de haber visto su cuerpo desnudo; estaba demasiado atemorizado porque pudiera pasarle algo.

La vio removerse en el sofá y abrir los ojos. Se levantó con agilidad y se acercó a ella. Estaba tan encogida que su cuerpo apenas era un pequeño bulto cubierto con mantas.

Se sentó a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó, observando que el color había vuelto a sus mejillas.

Ella no se atrevió a mirarlo.

—Bien —murmuró.

—Espera un minuto.

Desapareció tras una puerta. Casi al mismo tiempo, Rebeca escuchó el agua de un grifo correr. Notaba la cabeza despejada. El calor de las mantas y la leche con miel le habían hecho recobrar fuerzas.

—¿Crees que podrás caminar hasta aquí? —le preguntó él, asomando tras la puerta.

Ella tanteó la respuesta, movió un poco las piernas y notó que podría hacerlo. Afirmó con la cabeza, se puso en pie despacio y caminó hasta el cuarto de baño.

—Te dejaré sola —le dijo y lo vio salir de allí apresurado.

Rebeca se fijó en la espuma blanca que se formaba sobre el agua humeante. Se despojó de la manta y se sumergió poco a poco, deleitándose en la sensación placentera que le devolvía la piel al entrar en contacto con el líquido caliente.

Al cabo de un rato, cuando estaba intentando librarse de la suciedad de su pelo, Kenzie llamó antes de entrar.

—Te he traído esta toalla —dijo, colgándola de una percha—. Tu ropa aún no está seca, así que buscaré algo de Sophie.

—Gracias —respondió agradecida y pensando que era un gesto inútil; recordaba a Sophie como una chica muy delgada y que no había pasado por la metamorfosis de la maternidad. Su ropa le vendría pequeña.

Antes de volver a salir, Kenzie se fijó en los esfuerzos que hacía Rebeca para quitarse las pequeñas hojas que tenía enredadas entre el cabello.

—Aquí —le dijo, señalando el lugar en su propia cabeza.

Ella desplazó la mano, buscando, pero no encontró nada.

—Más a la izquierda —insistió.

Como no atinaba a encontrarla, él mismo se acercó, clavó una rodilla en el suelo y le retiró la hoja, pero entonces vio unos cuantos restos más de vegetación camuflados entre el pelo. Los fue quitando uno a uno ante la mirada subyugada de Rebeca que, sin pensarlo, extrajo una mano del agua con un débil chapoteo y apresó la de Kenzie. Él se quedó quieto y un poco desconcertado. Su conmoción aumentó cuando ella depositó la mano grande sobre su mejilla mojada. Se le formó un nudo en el pecho mientras Rebeca ladeaba suavemente la cabeza hasta depositar sus labios en la concavidad de su mano. Después de besarla la hizo descender por su cuerpo hasta detenerse sobre los senos resbaladizos.

Kenzie soltó el aliento que había estado aguantando sin darse cuenta.

—No hagas eso —murmuró, pero sus ojos brillaron de excitación.

Nunca había sido una mujer de iniciativas en las relaciones amorosas, pero si tenía que jugar al juego de la seducción para retenerlo, lo haría.

No tenía nada que perder.

Los dedos de Kenzie ciñeron la carne suave de los pechos y, antes de darle tiempo a reaccionar, ella dirigió la mano hacia el vientre, y de ahí hasta la unión de sus muslos.

—Rebeca…

—Shh —siseó, cerrando los ojos y extasiándose con el placer que le producía el contacto de su mano—. Te he echado tanto de menos…

Él no dijo nada, su deseo estaba demasiado ocupado luchando contra el rencor.

La oyó emitir un suave jadeo, la miró a la cara y deseó besarla con impaciencia. Pero un resquicio de aplomo consiguió liberarlo, hizo un movimiento brusco y apartó la mano de aquel lugar que amenazaba con hacerle perder el control.

Rebeca se sobresaltó. Por un momento creyó que lo había logrado, que Kenzie comenzaba a ceder.

«Maldito escocés cabezota», se dijo mientras lo veía salir con gesto malhumorado.

Terminó de lavarse el pelo con nerviosismo; estaba segura de que no volvería a entrar. Cuando terminó la tarea, se secó con la toalla y se dio cuenta de que no le había traído la ropa.

«Mejor».

Salió del baño con la toalla enroscada al cuerpo y lo encontró sentado al lado de la chimenea, bebiendo un poco de whisky.

—Supongo que en este país la gente sabe que el alcohol acelera la pérdida de calor.

Él pareció no darse cuenta de su comentario.

—¿Qué quieres de mí, Rebeca? Ya te he dejado claro lo que pensaba.

Ella tomó aire profundamente y habló tratando de mostrar seguridad.

—Tal vez tus palabras me lo hayan dejado claro, pero tu cuerpo quiere estar cerca de mí, puedo notarlo.

Kenzie tomó el último trago antes de responder, y lo hizo sin mirarla, con la vista concentrada en la danza de las llamas.

—Es cierto, no puedo negarlo, desearía poder acercarme a ti sin sentir esta rabia que me ahoga. Sin embargo cuando tú te acercas no puedo rechazarte, mi voluntad no es tan firme. Estoy a tu merced, no importa si solo has vuelto para verme un instante y luego desapareces para siempre, no podré hacer nada para apartarte si decides venir a mí. Solo me queda pedirte que no lo hagas si no piensas quedarte, y aunque me jures que sí vas a hacerlo no podré creerte.

Rebeca afianzó su toalla debajo de las axilas y caminó hacia él.

—¿Es que quieres pasarte la vida lamentándote como lo hizo tu padre?, ¿dejando que el rencor destroce tu vida sin hacer nada?

Al instante se arrepintió de haber dicho aquello. Lo vio ponerse en pie de un salto. Ella se asustó por el repentino gesto brusco, pero no dio un paso atrás.

—Fuiste tú quien destrozó mi vida —masculló mirándola fijamente, con los ojos tan brillantes por la ira y el alcohol que parecían dos cristales azules.

Ella no se acobardó; estaba decidida a luchar.

—¡Pues haz algo para remediarlo! —le gritó.

—¡¿Y qué puedo hacer, Rebeca?! ¡¿Tienes tú la respuesta?!

—Llévame a la cama, maldita sea —murmuró con la voz entrecortada—. ¿No ves que me estoy muriendo por estar contigo? ¿No ves en mis ojos que aún eres el único al que amo, el único con el que sueño? No me marcharé a menos que me saques a patadas de tu vida, a menos que me metas en un avión y me digas que no te busque jamás. Y aun así insistiré para que vuelvas a quererme.

Él la miró fijamente, con una expresión que no supo interpretar. Decidida a terminar lo que había empezado, se acercó a su lado y le rodeó el cuello con los brazos.

—Kenzie…, por favor… —susurró mientras hundía los labios en su cuello.

Notó que se rendía, que se entregaba a las sensaciones y que su cuerpo se agitaba indefenso ante las caricias.

Rebeca lo recibió cuando él inclinó la cabeza para besarla. Se estremeció con el calor de sus labios y la humedad de su boca. Saborearon los recuerdos, olvidando por un instante los momentos más dolorosos del pasado. Entonces él la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

Allí la tumbó de espaldas sobre la cama, atenazándola suavemente con su peso sobre el colchón. Sujetó su rostro entre las manos y volvió a besarla.

Las manos grandes abandonaron el rostro y descendieron hasta los pechos. Con un movimiento experto le retiró la toalla y la lanzó al suelo. Quedó desnuda debajo de él, notando el roce de su ropa contra la piel desprotegida. El cuerpo de Rebeca se arqueó para recibir sus caricias. Sus senos desnudos, alzados como volcanes, acompañaban arriba y abajo el movimiento frenético de la

respiración. Él observó la agitación reflejada en ellos, y esa imagen exacerbó su deseo.

Su boca y sus manos continuaron recreándose en el cuerpo de mujer, acariciando, apretando, mordiendo la carne suave. Ella podía sentir con cada roce de sus labios la respiración caliente y acelerada. Se dejó envolver por su mirada azul mientras el contacto de sus manos le abrasaba la piel. Notó contra su vientre la tensión contenida dentro de sus vaqueros; estaba listo para amarla. Tembló y se agitó cuando él se abrió paso entre sus piernas con un eficaz movimiento de rodilla. Ni siquiera perdió el tiempo desnudándose, tan solo se desabrochó el pantalón y lo deslizó hacia abajo lo justo para hundirse en ella de una sola acometida. A Rebeca se le cortó el aliento. Lo escuchó emitir un gruñido y sintió que la estrechaba más fuerte. El peso y la fuerza masculina la aplastaban contra el colchón con cada embate, empujando dentro de ella en una exquisita tortura.

Tembló, gimió, lo mordió en el cuello y le arañó la espalda y las nalgas mientras él continuaba indiferente, con la frente perlada de sudor.

Rebeca sujetó el rostro enardecido de Kenzie para besarlo. En su mirada leyó el dolor de los largos años de ausencia escrito en forma de delgadas líneas en su piel. Él movió la cabeza de forma instintiva y besó sus dedos. Los labios rozaron levemente el metal frío. Fue solo un roce pero en algún lugar de su mente resentida se encendió una frágil llama de lucidez.

Le sujetó la mano izquierda y observó con el rostro brillante de excitación el débil destello de un anillo de plata.

—Aún lo llevas —murmuró; la voz jadeante por el esfuerzo, la ira comenzando a remitir.

Ella resolló.

—Nunca me lo quité.

Le apretó la mano del anillo y Rebeca pudo ver que en su dedo también brillaba una alianza de plata.

—Kenzie… —comenzó.

—¿Por qué lo olvidaste? —le preguntó con la voz distorsionada—. Tomaste algo sagrado y lo rebozaste por el lodo, lo denigraste y con ello nos condenaste a los dos.

Ella no podía pensar. Las lágrimas le resbalaban por el rostro y se perdían en la línea de su pelo. Cuando se aclaró los ojos, vio que los suyos también brillaban.

—Lo siento tanto… —murmuró, sobrecogida.

—Yo también.

—Nunca dejé de quererte.

—Pero no fue suficiente.

La besó con suavidad, distrayéndose durante minutos sobre su boca. La sedujo con delicadeza, acariciando, palpando con ternura y lentitud cada porción de su piel expuesta. Ella tiró de su camiseta y se la extrajo por la cabeza; necesitaba sentir su calidez. Le rodeó la espalda con los brazos y lo atrajo hacia sí. El fino vello del pecho le rozó la piel delicada. Sintió su calor y aspiró el aroma de su cuerpo. Kenzie olía a una sensual mezcla de piel fresca, suave sudor y aceite de motor. Pero también olía a otras muchas cosas, adheridas a él como la fragancia de la flor impregnada en la mariposa. Puede que su olfato no lograra percibirlas, pero estaban ahí, adscritas a su piel. Era el aroma de las olas, de los ríos, del murmullo del viento y de los bosques húmedos de Skye.

Se sentía flotar en una burbuja de deseo. Él marcaba el ritmo, pero la dejaba gobernar la intensidad del movimiento. Avanzaron juntos, unidos por la piel y ligados por la carne, deleitándose en cada roce, en cada caricia, besándose con hiriente necesidad hasta alcanzar el sensual equilibrio entre el placer creciente de sus cuerpos y el dolor decadente de sus almas.

Entonces la mano de Kenzie se deslizó hacia abajo, al punto de unión. Lo tanteó y acarició, y Rebeca gimoteó de placer.

—Kenzie…

—Eso es, Rebeca. —Su voz fue como un murmullo cálido en su oído—. Quiero escucharte decir mi nombre, y que tiembles de placer

debajo de mi cuerpo, y que no puedas evitarlo, y que sientas que tu corazón va a estallar si no te hago mía.

Rebeca suspiró, contuvo el aliento y se contorsionó hasta que sus senos firmes se aplastaron contra el pecho amplio del hombre. Se dejó engullir por la agonía más dulce, que palpitaba en las terminaciones nerviosas de su cuerpo como en una «pequeña muerte».

Y él recibió su placer como la tierra seca recibe el agua de vida.

Se quedó laxa e indefensa, y cuando su cabeza comenzó a centrarse de nuevo, Kenzie volvió a moverse sobre ella con la fuerza de una ola sobre la orilla, hasta que sus dientes rechinaron en una salvaje liberación contenida, vibrando entre sus brazos y derrumbándose sobre ella.

La ira se extinguió, sofocada en las entrañas de Rebeca, engullida por su cuerpo y sepultada bajo estertores de sudor y lágrimas.

Epílogo

En Pedralbes se organizó una cena de bienvenida a la que Elvira no asistió, alegando encontrarse indispuesta. Durante la cena había permanecido tumbada sobre la cama, escuchando los sonidos que le llegaban desde el comedor. En las últimas semanas había asistido con frecuencia al confesionario del padre Arnau en busca de consejo. No solo le preocupaba la ruptura del matrimonio de Rebeca, sino también la relación de su hijo con Pablo. Se sentía incapaz de sobrellevarlo de una manera digna.

En su última visita, la respuesta del padre la desconcertó:

—Mire, Elvira, venimos hablando de esto desde hace mucho tiempo. Siempre le he pedido que no se rinda y que luche por sus hijos. Pero debe asumir las cosas e intentar ayudar desde otra perspectiva. Después de lo que me ha contado me veo en la obligación de decirle que nunca debió permitir que Rebeca y Mario se casaran. El Señor quiere que los hombres y las mujeres abracen el matrimonio de una forma libre y meditada, no bajo coacción. Con esas alegaciones, no creo que a Mario le resulte difícil obtener la nulidad eclesiástica. Y lo que debe hacer usted es asegurarse de que después su hija se case como Dios manda con el extranjero. En cuanto a Enric… La legitimidad moral de la unión de dos hombres es fuertemente debatida por la Iglesia, es una cuestión que va más allá de la comprensión pastoral. Es cierto que es un hecho incompatible con el Evangelio pero, en confianza: los argumentos presentados para demostrar que tales relaciones son inmorales son malos. Así

que solo le diré una cosa más, y espero que deje de torturarse: siga lo que le dicta su corazón y no se aleje de sus hijos.

Las palabras del padre Arnau le habían devuelto un poco de paz a su espíritu. Sin embargo aún le quedaba un obstáculo que superar, un escollo con el que no había contado: su orgullo. Se dio cuenta de que era eso lo que le impedía bajar a reunirse con su familia.

Un calor sofocante se acumuló en su frente, y lo que había sido un dolor de cabeza fingido amenazaba con manifestarse de forma contundente. Se sentó sobre la cama y se abanicó con la hoja parroquial que reposaba sobre su mesita. Después se levantó y se dirigió al baño. Contempló su rostro sofocado en el espejo, tragó saliva para aliviar el nudo que se le había formado en la garganta y dedicó los siguientes minutos a recomponer su imagen. Luego salió de la habitación y bajó las escaleras.

Se detuvo a la entrada del salón y observó con detenimiento desde el quicio de la puerta. Se dijo que, con el pelo corto y los brazos cubiertos, el hombre que acompañaba a su hija parecía bastante normal, aunque fuera escocés.

Al notar su presencia, la animada charla se interrumpió. Pablo intercambió una mirada con Enric y Rebeca aferró la mano de Kenzie por debajo de la mesa.

Elvira caminó hacia el lugar que normalmente ocupaba a la hora de comer, al lado de su marido, y se sentó de la forma más digna que pudo. Luego, sin llegar a mirarlos y con la boca fruncida que evidenciaba el enorme esfuerzo que estaba haciendo, echó un vistazo a los platos de comida distribuidos por la mesa.

—Pablo, ¿puedes pasarme la ensalada, por favor? —le dijo.

Este se quedó atónito; Elvira nunca había intercambiado con él otra cosa que no fuera un saludo formal.

Se apresuró a responder.

—¿La de nopales?

—No, la otra. Los nopales no son de mi agrado, y me consta que del tuyo tampoco, nunca te he visto probarlos.

Pablo se quedó mudo, aturdido por el repentino cambio de Elvira. Enric lo apremió con la mirada a contestar.

—Es verdad —reconoció—, no me gustan.

—Es Baudelia la que nos obliga a tomarlos —hizo una mueca parecida a una sonrisa—, antes de que viniera a esta casa yo ni siquiera sabía que existían.

—Tienen propiedades beneficiosas para la salud —dijo Enric, alentado por la actitud de su madre—. Además, ya los empleaban los aztecas.

—Pero no dejan de ser cactus —replicó ella mientras recogía de manos de Pablo la ensaladera.

Se sirvió un poco y, mientras depositaba la fuente sobre la mesa, su mirada rastreó en busca de su otro centro de interés.

Kenzie se puso rígido cuando los ojos de Elvira lo encontraron. Rebeca apretó aún más fuerte su mano.

—¿Son católicos en tu país, Ken…? —Elvira se trabó.

—Kenzie, mamá —le apuntó Rebeca.

—Sí, sí, Kenzie, lo sé.

Este no entendió la pregunta y Rebeca, un poco incomoda, hizo la traducción. Sin embargo, a Kenzie no le sorprendió la curiosidad de la mujer sobre ese asunto.

—Dice que la familia de su padre siempre ha sido católica —tradujo Rebeca, evitando añadir que él no profesaba ninguna religión y que su madre era presbiteriana.

—Bien, bien —dijo Elvira, animada y comenzando a urdir en su interior nuevos planes de boda.

Esa misma noche, Sofi aprendió sus primeras palabras en gaélico. La niña no dejó de repetirlas durante toda la velada, bajo supervisión de su maestro. Después de todo, Escocia se convertiría muy pronto en su nuevo hogar.

Lola regresó a Edimburgo, arrepentida y suplicando el perdón de Rory. Él no pudo evitar perdonarla; la quería y, aunque se sentía muy afectado por lo que había pasado, estaba convencido de que podían extraer algo positivo de todo aquello. Lola prometió que jamás volvería a dejarlo y para demostrarle que su arrepentimiento era sincero, accedió a casarse con él y a intentar darle aquello que más quería: un hijo, dos…

El dieciocho de septiembre de 2014, el pueblo escocés votó en referéndum por su independencia del Reino Unido. El «No» a la separación se impuso con una ventaja de once puntos y puso fin a trescientos años de aspiraciones secesionistas.

Agradecimientos

A mi marido y mi hijo porque son mi motor y la fuerza que fija mis pies en el suelo.

A mis padres y mis hermanos por apoyarme siempre en todo, ilusionarse conmigo y animarme a seguir adelante.

Mi agradecimiento y admiración a la banda de música tribal escocesa *Albannach*, por ser la principal fuente de inspiración de esta historia. En particular a Jamesie Johnston, miembro de la banda que inspiró el personaje de Kenzie y al que también agradezco su amabilidad por compartir conmigo sus sentimientos respecto a su país y lo que significa para él ser escocés.

A Kenny Fraser por ayudarme a escoger una canción que necesitaba introducir en la novela. Gracias a él descubrí a Loreena McKennitt y su preciosa versión de *Bonnie Portmore*.

A Pablo, de Crea-te, por ofrecerme su visión de los ritos celtas; me ha resultado fascinante.

A Emma Restall Orr and the British Druid Order (http://emmarestallorr.org), por permitirme utilizar su ritual de boda celta. Su amabilidad y sus buenos deseos permanecen conmigo.

A Marisa Nevado y Salomé Alonso, por leer el primer manuscrito y cazar un número indefinido de gazapos. Gracias también por reír y soñar conmigo.

A Manuel Navarro, escritor al que admiro, por sus correcciones y sugerencias. Sin su ayuda este texto no sería el mismo.

A mis amigos de las redes sociales, por alegrarse de mis éxitos, compartir mis noticias y estar siempre dispuestos a ayudar.

Gracias infinitas a todos los lectores de mi primer libro *Los Ángeles de La Torre*, cuyos comentarios positivos me han dado fuerzas para seguir desarrollando historias.

También gracias a ti, que has leído esta novela, espero que nuestras mentes vuelvan a conectarse pronto. Porque como dijo Arthur Schopenhauer: «Leer es pensar con el cerebro ajeno en lugar de hacerlo con el propio».



MAYTE UCEDA nació en Asturias en 1967, aunque ha vivido una larga temporada en Madrid. Tiene la carrera de Informática de Gestión y estudia Educación Social. También es una apasionada de la música: toca la guitarra, compone canciones y en los años 90 llegó a formar parte de un grupo musical. En la actualidad vive con su familia en un pueblo marinero del norte de España.

Su primera novela, *Los Ángeles de la Torre* vio la luz en 2012 a través de Amazon (autopublicada en ebook), un relato de amor con tintes paranormales y seres sobrenaturales. La segunda llegaría en 2014, *Un amor para Rebeca*. Ambas fueron un éxito rotundo en la plataforma digital y estuvieron durante varios meses en las posiciones más altas de la lista de ventas.

Desde que sus obras llamaran la atención de una editorial tradicional ha publicado otros títulos como *Alicia y el teorema de los monos*

infinitos, El guardián de la marea (2021), *El maestro de azúcar* (2024) y *Los amores paralelos* (2026).